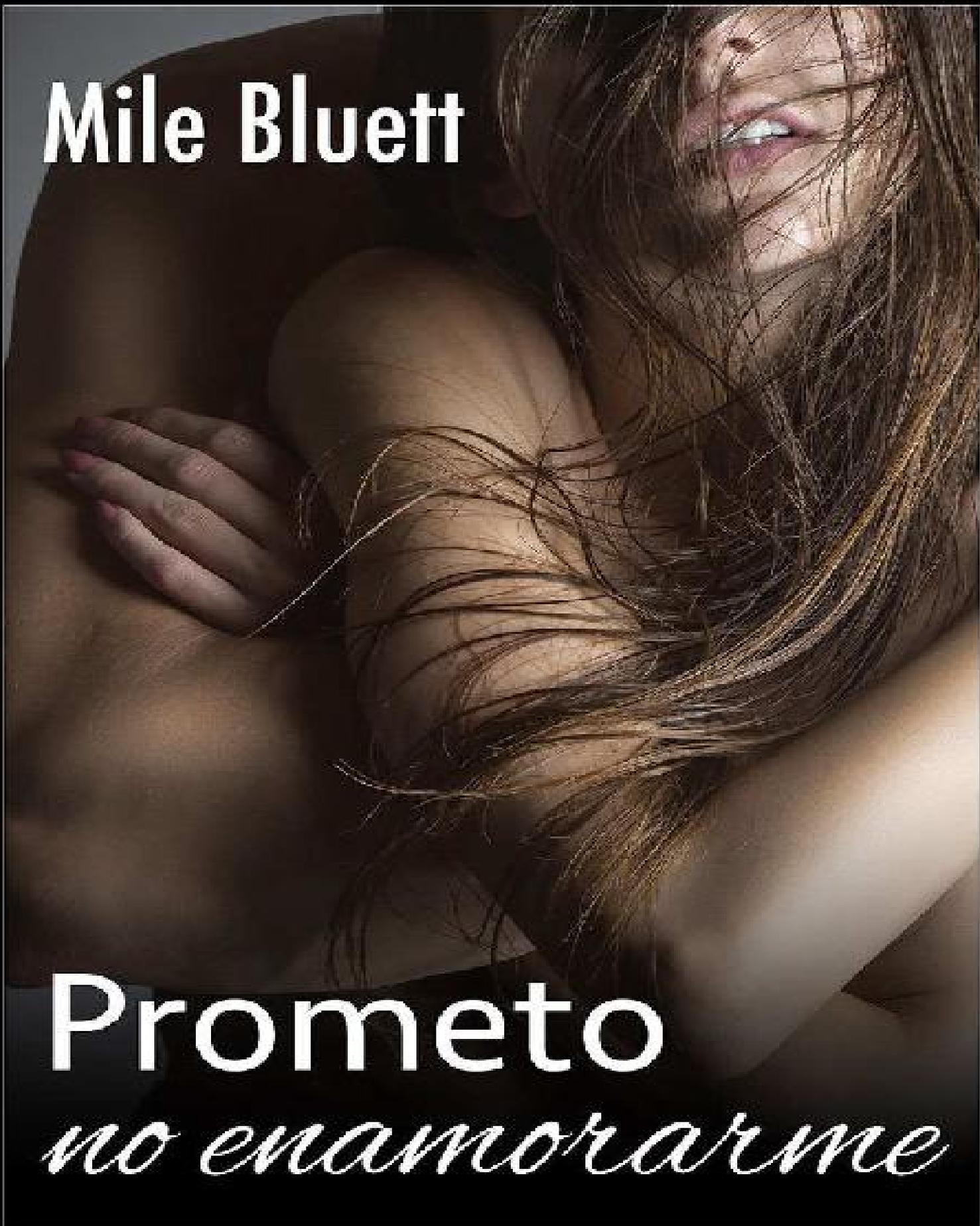


Selecta

Mile Bluett

Prometo
no enamorar-me



Prometo no enamorarme

Mile Bluett

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Prefacio

Hay amores violentos, que te entran al cuerpo y lo arrasan, que se niegan, que avergüenzan y de los que no te puedes librar nunca. Amores que no deben juzgarse por quienes no están ahogados en el fondo de las tentaciones. Amores difíciles de entender. Amores que te salvan en el momento que menos lo imaginas.

¿Alguna vez has podido confiar en alguien que no es de tu familia, lo has querido como tal y has sentido que es recíproco ese sentimiento?

Cuando nos volvemos adultos y los amigos de la infancia y la adolescencia van tomando su camino, la comunicación se va extinguiendo porque el roce cotidiano se pierde y solo nos queda el diálogo a distancia.

Esta novela es para esos amigos míos que, por cuestiones de la vida, ya no veo, frecuento poco o tan solo cruzamos palabras a través de alguna red social. Quiero que sepan que siempre los tengo en mi corazón, que recuerdo los momentos en que disfruté de su compañía, aquella vez que me tendieron la mano o cuando me permitieron tenderle la mía.

Ni la distancia ni el tiempo podrán borrar el recuerdo de sus sonrisas, sus voces, sus miradas, sus abrazos.

Les deseo lo mejor.

Primer año ¿juntos?

Capítulo 1

Noviembre 2015, y embarazada

«¿Qué es la amistad? ¿Quiénes son aquellas personas que sufren o ríen a la par de la otra? ¿Qué alma entrega un pedazo a otra gemela que encuentra en el camino de la vida? ¿Qué es pedir un hombro para llorar una pena? ¿Qué es brindar el propio para sujetar al que ya no puede sostenerse?», escribió Marcela.

Estaba pasando por la crisis número dos de su vida, la segunda desilusión amorosa de la que no podía reponerse. El susodicho —un hombre tan irresistible, al que había sucumbido con una mirada— era el dueño de todos los insultos que se escapaban de sus labios, pero tan encantador y sensual que, aún odiándolo, seguía haciéndole tiritar el alma de deseo, de perdición, de añoranza por cada uno de los momentos vividos, llenos de pasión torrencial, que la habían dejado sedienta y suplicando por más. Un amor que no podía entender, uno que la había arrasado por completo. No podía ser que no tuviera suerte a la hora de enamorarse, ni que todos los gilipollas se cruzaran en su camino. Decidió tomar el toro por los cuernos. Por primera vez en su vida, se había propuesto ser sincera consigo misma, convencida de que el problema era su nula capacidad para elegir un novio decente.

«Mi interior se divide en dos: mi alma, que es etérea, y mi mente, que es demasiado terrenal. Esta debería imponersele a aquella y tomar las riendas de mi personalidad, pero el alma es más astuta y, al aliarse a mi materia orgánica,

que es demasiado apasionada, la mente —tan sensata y seria— sale perdiendo. Lo anterior ha ocasionado un verdadero caos dentro de mí. Alma, mente y cuerpo fusionan mi humanidad, una que ahora mismo es un desastre. Desde el exterior, las personas perciben en mí lo que se vislumbra a través de mis actos, pero mi espacio interno es un cofre con una sola llave: la mía. Siempre se me ha dado bien enterrar secretos y analizar problemas. Lo que no está ocurriendo en estos momentos. ¡Maldición, estoy perdida! ¡Este hombre me ha hecho confundir el cielo con el infierno; ya no sé ni lo que escribo!», continuó anotando.

Marcela levantó el bolígrafo del cuaderno para pensar qué más escribir pero, víctima de la tensión —que la dominaba siempre que tenía cita médica—, arrancó la hoja, la estrujó y la desechó en un cesto para papeles. Continuó esperando su turno para ver a la ginecobstetra. De golpe irrumpió en el salón una chica de su facultad. Marcela trepidó y, ante la vergüenza de ser descubierta, se cubrió el rostro con el cuaderno, fingió que leía y se colocó las gafas de sol. «¡Maldición!», repitió para sus adentros. La recién llegada, en cuanto la vio, le preguntó:

—¿La doctora Guzmán consulta aquí?

—Sí —le respondió Marcela con la cabeza enterrada en su libreta.

Eso no evitó que reparara en la otra chica. Era linda, pero triste, demasiado. Notó que se veía abatida, sin rumbo; movía las manos con nerviosismo y se asomaban, de vez en cuando, a sus ojos lagrimillas que secaba de inmediato. Marcela apenas si la había visto algunas veces.

—¿Eres de Derecho, Universidad de La Habana? —le preguntó la joven a Marcela.

—Sí —le respondió avergonzada por el intento fallido de ocultar su identidad.

—Yo igual. Soy de segundo año. Amanda. —Se presentó.

—Marcela. —Le extendió la mano. «¿Qué más da?», pensó—. Soy de quinto.

—¿Tú también estás embarazada? —dijo Amanda, quien reflejaba en su rostro la inocencia propia de la juventud.

La interrogación, lanzada como una recta a un receptor, logró abatir a Marcela, a quien no le quedó más remedio que contestar que sí, nuevamente, mientras se quitaba las gafas. «¡Qué desastre! ¡Lo que me faltaba! ¡Que se entere toda la facultad de que seré madre soltera!», se reveló Marcela, a sí misma, despotricando para sus adentros.

Marcela no pudo evitar darse cuenta de que Amanda ni siquiera intentaba ocultar el sufrimiento que la hundía. Lloraba con una sombra desgarradora en la mirada y, en ocasiones, con incongruencia, le sonreía a la otra en señal de falsa resignación; hasta que Amanda por fin soltó lo que le quemaba por dentro.

—Esto no es fácil de asumir. A mi edad, menos. Dieciocho años. Ni sé qué hacer con mi vida. ¿Cómo voy a cuidar a un bebé? Desde el día que me lo confirmaron, solo sé llorar.

Marcela se sentía una arpía por intentar ocultarse de la chica cuando, al parecer, su situación era más desesperada. Un poco de empatía no le vendría mal. Iba a despegar los labios para confortarla cuando una asistente llamó al próximo paciente.

—Marcela Vega, puede pasar —dijo la mujer mientras abría la puerta.

Sin saber qué decir por la premura, le ofreció a la joven que pasara primero, compadecida por el estado en que se encontraba. Amanda se negó a aceptar la cortesía con estas palabras:

—No te preocupes. Es solo un poco de miedo; ya pasará.

Marcela se introdujo en el consultorio sin dejar de sentirse consternada por la chica que dejaba atrás. Al terminar de atenderse con la doctora, salió con una frase de consuelo armada, pero se encontró con el salón desierto.

Capítulo 2

Noviembre 2015, y embarazada aún

«Estaba en medio de las investigaciones de mi trabajo de curso de cuarto año de la carrera cuando apareció en mi vida con su ladina sonrisa», escribía Marcela en su libreta de notas. «¡Maldito!», pensó, y no pudo evitar sonreír al recordar las palabras lindas que, en el pasado, el padre de su futuro hijo le susurraba al oído. «Mejor dejo de hacer estas tonterías», pensó, y así lo hizo. Arrancó la hoja, la estrujó entre sus dedos y la lanzó directo al basurero. Fue inevitable que el claxon de un auto, que se escuchaba no lejos de allí, la transportara en el tiempo y le hiciera recordar cómo había llegado su criatura a su vientre.

Capítulo 3

*F*ebrero 2015, y Marcela ni siquiera tenía novio

Calle Carlos III, 6 de febrero y con veinte años. En ese entonces, ni siquiera deseaba tener una relación; pensaba que los príncipes azules no existían, que los hombres eran unos desgraciados que enamoraban a las chicas para luego dejarlas babeando por ellos. Mientras, su amiga Paula intentaba atrapar un auto que les diera un aventón para llegar a la Biblioteca Nacional. No transcurrieron muchos minutos cuando la luz roja del semáforo detuvo a un reluciente Jeep Willy de 1950, de color rojo. Tenía acentos cromados, capota negra y diversas adecuaciones que daban a entender que el dueño era fanático de los autos clásicos. Paula se quedó boquiabierta al contemplar al suculento portento que conducía, con un cigarro que reposaba en sus sensuales labios, el que aspiró profundo para soltar el aire que formó círculos perfectos que fueron arrastrados por el viento. El digno representante del sexo masculino tuvo la cortesía de apagarlo y agitó las manos para aligerar el ambiente. Marcela seguía con la cabeza en la luna, ajena a la vista tan exquisita que le regalaba la providencia.

—¿Llega cerca de la Biblioteca Nacional? —le preguntó Paula, la amiga de Marcela, al conductor del vehículo. En La Habana, era común utilizar ese medio para transportarse.

—No iba pero, justo en este momento, he cambiado de parecer y hacia allá me dirijo —dijo el guapo conductor con una sonrisa y con notables ganas de

coquetear.

—¿Nos puede llevar? —insistió Paula por inercia.

—No me queda muy lejos de adonde voy. Será un placer desviarme un poco de mi ruta para llevarlas —dijo el propietario del auto.

—¿Qué haríamos sin almas caritativas como usted? —Paula soltó una de sus típicas bromitas con el descaro que la caracterizaba.

—Puedes tutearme, muñeca, o me harás sentir un viejo.

Marcela, como autómatas, se metió en el auto después de su amiga; ni siquiera se fijó en el hombre mientras se sentaba. Iba con el letargo que le recorría por el cuerpo en los días de febrero. Por instinto, aunque aún con pesadez en los párpados, reparó en el espejo retrovisor y, al detenerse en los ojos —que la observaban—, olvidó todas sus teorías del desamor. Se quedó en suspenso y se perdió en aquella mirada, que la dejó congelada. «¿De dónde salió este Eros reencarnado?», se dijo para recobrar el aliento. Miró a Paula, quien desvariaba como si hubiera ingerido tres chupitos de tequila; su amiga le hizo una seña descarada para darle a entender que ese hombre estaba fuera de serie. Volvió a los ojos del conductor; él no la perdía de vista y, cuando le sonrió —en señal de victoria por haber logrado captar la atención de la chica—, Marcela sintió un hormigueo, por la base del cuello, que terminó de despertarla.

Era tan bello que dolía verlo. Marcela se reincorporó en el asiento y fingió no estar interesada; olvidó las estupideces en las que se había enfrascado, y trató de parecer atractiva. Era una fachada; en realidad, los sentidos se le agudizaron de inmediato. Ese aroma a mar, ese tono de voz grave que las envolvía, esa risa coqueta de hombre que tiene experiencia en seducir y aquellos ojos pícaros y chispeantes, como lava ardiente, que no dejaron de verla —durante todo el trayecto— con una mirada cautivadora que podía levantar de la tumba a una difunta. La temperatura se le elevó; el color sonrosado de sus mejillas la delató, y comenzó a abanicarse con una mano inconscientemente.

—Hace calor —dijo él obviando que el viento se colaba por las ventanas del todoterreno y les movía, incluso, el pelo y que el sol no se había dignado a salir.

—Ni parece que tenemos el mar tan cerca. —Paula metió su cuchareta al notar que su amiga se había quedado muda, estupefacta. Casi le tuvo que dar un codazo para que reaccionara y no hiciera el ridículo, como si no estuviera acostumbrada al galanteo de un hombre hermoso.

—El clima, que se vuelve loco —dijo mientras se quitaba un bléiser marrón y quedaba en una camisa de mangas cortas que mostraba sus bien torneados brazos.

Marcela intentó quitar la vista de la tela blanca que se ceñía seductoramente sobre sus omóplatos, para luego caer hacia su abdomen hasta perderse debajo de la mezclilla de sus pantalones.

Paula tosió para hacerla reaccionar de una vez y la miró inquisitivamente; fue la primera en recomponerse del impacto que había provocado el desquiciante chofer en ambas al darse cuenta de que iba por su amiga.

—No es que haga tanto calor, es que me afecta sobremanera la temperatura; es como una especie de alergia a la luz solar —inventó Marcela y Paula la miró, a punto de amordazarla, dándole a entender que abortara cualquier explicación loca, infundada por su falta de lucidez.

—Me sucede algo parecido: soy susceptible a los tonos frambuesas —dijo él y sonrió con malicia. Marcela se llevó una mano a sus labios; él estaba jugando con el color de su labial.

—Somos dos atormentados sin remedio. —Rio como posesa ante la expresión atónita de su compañera.

—Creo que nos llevaríamos muy bien —insinuó él sin dejar de sonreír.

Primero, hablaron del clima; luego, de las noticias más recientes. Para cuando llegaron al destino, se podía decir que ya eran «conocidos». Marcela aún seguía enfrascada en una larga conversación con el sensual conductor, que parecía no tener fin. El auto se detuvo y ella abrió la portezuela para salir. Él,

sosteniéndole con fuerza la mirada, le susurró como todo un donjuán:

—¿Me das tu número de móvil? —Tanto ella como Paula quedaron escarchadas por el atrevimiento.

—Prefiero no hacerlo. Ni siquiera te conozco —le dijo Marcela y ya no supo si era precavida o si también lo estaba coqueteando.

—Es que no puedo dejarte pasar. Me gustaría verte de nuevo —admitió él y ella sintió una punzada en el estómago que la sacudió por completo; eran las mariposas, esas que hacía tiempo no se atrevían a revolotear en su interior.

Marcela notó que Paula se bajó del auto sin perder el hilo de la conversación. A punto de descender, él le tomó una mano; una corriente eléctrica le recorrió toda la espina dorsal. La temperatura de su piel era cálida; su tacto, firme. Se esforzó por que la suya cesara de temblar y de dejarla evidencia. Él, sin soltarla, tomó un bolígrafo y, en un acto increíblemente sensual, le quitó la tapa con la boca, para luego escribirle su número de teléfono en la palma de su mano, acompañado de su nombre: David O’Farrill. Lo escuchó extasiada cuando le rogó que lo llamara esa misma tarde; a la vez que Paula sacaba a Marcela fuera, para no llegar tarde a la cita que tenían con los compañeros de clase.

El aroma a libros podía distinguirse desde el pasillo exterior de la biblioteca José Martí. La Biblioteca Nacional era un sitio emblemático que no siempre estuvo ubicado frente a la Plaza de la Revolución; divagó entre el Castillo de la Real Fuerza, la antigua Maestranza de Artillería y el Capitolio Nacional. El legado de los manuscritos antiguos estuvo a punto de perderse, sin un lugar a su altura, hasta que, en 1952, se puso la primera piedra en la antigua Plaza Cívica. Los padres de Marcela no habían nacido y sus abuelos ni siquiera se imaginaban que aquel mausoleo, de quince pisos de alto, con mármoles lustrados, donde se resguarda la historia de la isla en páginas incontables, sellaría el destino de su futura nieta. Una visita, una tarea escolar y una bifurcación al final del camino.

En la quietud de la biblioteca, sentadas una enfrente de la otra, con una

montaña de libros que les impedía verse, Marcela y Paula retomaron el tema.

—¿Paula? —le preguntó Marcela a su amiga.

—¿Sí? —dijo la aludida a punto de dormirse encima de sus libretas de notas.

—¿Qué te pareció David O’Farrill?

—En verdad, guapísimo, capaz de derretir un iceberg. ¿Por qué tenemos que vivir en esta ciudad repleta de tentaciones? Una que quiere portarse bien y no la dejan.

—Tiene unos ojos intensos, pero ¡qué color tan lindo!; aún no sé si son del todo ámbar.

—Lo son y están salpicados de verde aceituna y de violeta.

—¿También lo notaste? Con esas pestañas... uhmmm... de infarto.

—Mirada incinera bragas, jajaja. Como dicen las norteamericanas: está súper *hot*. Tiene unos labios para comérselos. No me sorprende que te haya gustado, aunque no sea tu tipo —dijo Paula sin rodeos.

—¿Qué quieres decir con que no es mi tipo?

—Te suelen atraer los chicos pijos con caras de no romper un plato. Este hombre no es de esos.

—¿Tú lo llamarías?

—Si quieres un ligue, sin dudarle. Cada vez que abría la boca, era para decir lo correcto, y con esa voz... ¡Dios mío! Me dejaba sin palabras. Está soberbio; casi me da un colapso cuando detuvo el auto en el semáforo, y pude contemplarlo. Parece modelo de Calvin Klein y, encima es periodista, tiene una labia convincente —dijo Paula emocionada—. Llámalo, o se te borrará el número.

Antes que las mandaran a callar aquellos que trataban de concentrarse, la animó a marcarlo. Sabía que a su amiga le quedaban vestigios de una pasada relación y, sin un impulso extra, no se habría atrevido.

Marcela pensaba en cuál sería el momento preciso para hacerlo o si sería conveniente. Tomó el móvil en sus manos, sin dejar de cavilar en el destino, en

las casualidades y en si ya estaba escrita la decisión que tomaría. Digitó el número con dedos temblorosos y, de inmediato, intentó colgar; pero, al escuchar aquella voz sugerente del otro lado, no lo hizo hasta que terminaron de conversar. Cuando hubo colgado, Paula la abordó a preguntas.

—¿Qué te dijo?

—¡Nada! Nos vemos hoy a las ocho, en el Gran Teatro de La Habana.

—¿En el teatro? Nada de discoteca, bar, ni siquiera una cafetería. ¡Ay, qué bello! Ya me conquistó. ¡A las ocho! Le hubieses dicho antes.

—¿Cuál es tu prisa? —le reclamó Marcela—. Lo conocí hoy, y saldremos por primera vez hoy. —Remarcó esa última palabra.

—¡Precavida! —se burló Paula—. ¿Y qué obra van a ver?

—¿Qué? No tengo ni idea; no hablamos sobre eso.

Tras la huella dejada por su novio anterior, Marcela había expresado que deseaba tomarse un tiempo para sí misma para disfrutar de su soledad, y ahí estaba intentando todo lo contrario. «¿Cálido o frío?», se decía al contemplarlo como una espía a pocos metros, mientras él esperaba afuera fumando un cigarrillo, en los amplios portales del teatro, con la luz de la luna a sus espaldas, que delineaba su alta figura de manera pecaminosa. Hacía que ese terrible hábito, que estaba tachado de su lista, de repente, le pareciera sensual. Vestía exquisito, sin desentonar con el ambiente caribeño de La Habana: un bléiser gris, una camisa blanca que dejaba traslucir sus bien dotados pectorales y un pantalón a juego, perfectamente a la medida, que reflejaba su estilo de vida y las horas que le dedicaba al gimnasio. El pelo castaño, con algunas hebras doradas más rebeldes que el resto, lo hacía lucir encantador. Las personas entraban acompasadas por el portón principal, mientras ella dudaba si debía acercarse. Él se giró y la descubrió en medio de la oscuridad de la noche, cuando más fascinada estaba admirándolo.

—Tenía el presentimiento de que me estaban observando —le indicó él con

una sonrisa encantadora, mientras apagaba el cigarro para invitarla a entrar.

—Acabo de llegar —dijo Marcela para desembarazarse del apuro. Alisó su vestido negro y batió sus pestañas rizadas. Los temblores la invadieron de nuevo; no entendía por qué, cada vez que él le dirigía la palabra, se apoderaban de ella, junto a unas ganas locas de reírse.

—Te ves preciosa —le susurró y a ella le temblaron las piernas todavía más—. Aún no empieza la función. ¿Te gusta el *ballet*?

—¿Eso vamos a ver? —preguntó ella intentando menguar la intensidad de su sonrisa.

—*Giselle*.

Marcela agradeció la elección del espectáculo que verían, el que tantas veces había sido presentado, en ese recinto, bajo la dirección de la *Prima Ballerina Assoluta*, Alicia Alonso. El romance del *ballet*, la tez de David salpicada por la oscuridad y su delicioso aroma masculino fue el preámbulo al enamoramiento. La mayor parte de la noche transcurrió mediante murmullos, largos espacios de silencio y coquetas miradas que se trasladaban, unas veces, al escenario, donde brillaba el vestuario, y otras tantas, a sus rostros entre el gentío.

Al final de la función, se preguntaron qué seguía. Él la habría subido a su auto y la habría llevado a la cama de inmediato; ella no lo dejó avanzar en esa dirección. Lo frenó en seco y se dio a desear, no porque no estuviera también rabiando por probar esos labios y sí porque su estricto código de conducta se lo impedía en la primera cita. La noche era vibrante y la ciudad resplandecía. Con una sonrisa pícaro, ambos se quedaron sin opciones, tal vez a propósito. Siguieron caminando, sin medir sus pasos, a lo largo del Paseo del Prado, donde a medianoche la gente pululaba por entre los fieros leones de bronce.

—¿Así que estudias en la Universidad de La Habana? ¿Y te mueves de un lado a otro pidiendo *ride*? —preguntó él mientras le tomaba la mano y se deleitaba con aquel contacto. Aceptó que, para conquistarla, necesitaba más que sus encantos naturales; solía convencerlas más rápido de entregarse a una

noche desquiciante de placer. Pero no se sintió decepcionado, al contrario: su reticencia y la forma de reprimir el deseo lo incentivaron a desplegar todo su arsenal para conquistarla.

—No siempre. Adoro caminar y odio el transporte público —manifestó sin dejar de sonreír.

—Yo terminé mi carrera hace un par de años.

—¿Y te gusta lo que haces?

—No más de lo que me fascinas tú, y fíjate que el periodismo me gusta muchísimo. —Esbozó una sonrisa al terminar la frase.

—Jajajaja, no pierdes el tiempo —le dijo Marcela al notar que David se le lanzó, una vez más, con toda su artillería—. ¿Y a qué te dedicas específicamente?

—Estoy en la sección deportiva.

—¿Eres fanático de los deportes? ¿De seguro tu preferido es el béisbol? —asumió Marcela—. Dime que no, por favor.

—Lo es. ¿Qué tienes en contra? —esbozó riendo.

—Yo nada. Mi abuelo fue pelotero del equipo nacional y mi padre entrena a un equipo juvenil. Siempre fue el tema central de cualquier cena en familia. Te lo juro, amo el béisbol, pero me abruma escuchar hablar de pelota a todas horas —dijo y soltó unas carcajadas.

—Tendrás que presentármelos ya.

—Mi abuelo ya no está y mi padre no es muy amigable.

«Siempre dice lo que deseo escuchar», advirtió Marcela para sus adentros. Tenían tantas cosas en común que a él se lo podría acusar de actuar con suspicacia pero, embriagada por sus palabras y presa de las endorfinas que la dejaban mansa, creyó de buena fe todo lo que le decía. Dejaron atrás los leones del Prado, llegaron al malecón y se dejaron acariciar por la brisa nocturna de la bahía, hasta que el reloj sugirió el final del paseo.

La miró a los ojos incrédulo; era un tipo de cita a la que no estaba acostumbrado. Compartir el tacto de su mano —dulcemente sudada, fría y

temblorosa— contra la de él —firme y cálida— lo dejó hambriento; solía besar en el primer encuentro y robarse todas las bases, pero la inocencia de ella, su risa contagiosa, su intensa forma de mirar simplemente lo desarmaron. Emitió un gemido al soltarle la mano y dejarla perderse tras la puerta de su casa, como un premio que se le escapaba.

Cuando Marcela llegó a su casa, encontró a Paula, que llevaba rato esperándola, con el pretexto de acompañar a la abuela de su amiga para que no estuviese sola.

—Mi abuela ha vivido sola desde que se casó mi madre, así que la soledad es una vieja compañera para ella —le comentó Marcela.

—No le hagas caso, Paula —le dijo la señora Josefa—. Me agrada mucho que vengas.

—A mí no me engañas, Paulita; sé a lo que viniste —dijo Marcela tomando al toro por los cuernos mientras se adentraba hacia su habitación y su amiga la seguía detrás.

—Por supuesto que a eso vine. ¿En qué quedaron? Cuéntame detalles —exigió Paula.

—¿No pudiste esperar a mañana? Temprano vamos al zoológico; a las diez, para ser exacta —trató de resumir Marcela.

Paula no podía dejar de reírse.

—¡Por Dios! Al zoológico voy con mis sobrinos. ¿Y eso es todo? —le dijo a Marcela.

—Tiene que suplir a un amigo y cubrirá su reportaje. Niños del equipo nacional de gimnasia de visita en el zoológico nacional; será divertido verlo en acción.

—Quiero detalles morbosos, no de trabajo.

—De acuerdo, te voy a describir cada minuto de lo que pasó. Quédate un rato más y te cuento. Ya sabes cómo es. Me dijo que le gusto, que nunca había

conocido a alguien como yo. Con él todo es como si fuéramos el uno para el otro.

—No seas ingenua, Marce; eso lo dicen todos. Quiere llevarte a la cama para ya sabes qué. Cuéntame otra cosa. ¿Se te insinuó?, ¿te besó?, ¿restregó su cuerpo contra el tuyo? ¡Ay, Dios mío, qué hombre! Tienes una suerte envidiable.

—Ni de broma. ¿Qué te pasa? Fue nuestra primera cita.

—¡Santa Marcela, la Virgen Consagrada! Ya me habías ilusionado; pensé que había algo sustancioso que escuchar. ¿Aún no te sacas a Miguel de la cabeza?

—No soy virgen.

—Solo has estado con Miguel; es casi lo mismo.

—Ni que te precediera tu experiencia. Cállate, que tú también tienes telarañas —se defendió Marcela a carcajadas; luego se sinceró—. Ni siquiera me acordé de Miguel en toda la noche, y eso es difícil de creer. David y yo solo hablamos y me encantó. No me gusta ir tan rápido. Además, me lleva unos años.

—Tiene veintitrés, no es un vejestorio. Está buenísimo el tipo: recién graduado, periodista, sexi. Cuenta, cuenta; no puede ser que solo conversaran.

—No es como otros chicos con los que he salido.

—Que yo sepa, tu único novio ha sido Miguel, así que no tienes mucho que comparar. Los otros han sido intentos que no han llegado ni a primera base. Déjate llevar, Marcelita y, si en algún momento te da mala espina, lo cortas y lo mandas a volar.

—Tiene alma de niño. No lo parece, pero es un poco tímido en el fondo.

—¿Tímido? ¡Y te dijo en plena calle que deseaba conocerte!

—Es cierto, pero algo en su voz me dice que...

—Mejor me voy a dormir, Marce. Tú deberías hacer lo mismo; mañana te esperan los tigres, los cocodrilos y un tal David —le dijo con una sonrisa burlona.

Capítulo 4

*F*ebrero 2015, y segunda cita

Amaneció; el sol aún no calentaba la brisa matutina, suave y fresca. Marcela sentía el corazón acelerado, no creía que aquellos sentimientos renacerían en ella tan pronto. «¡Hombres!», suspiró. Salió a toda prisa de su casa y dejó el desayuno intacto sobre la mesa; los saltos a la altura de su estómago no le permitieron probar bocado. Ni siquiera recordó que un día antes, mientras recordaba a su ex, había dicho que todos los hombres eran unos desgraciados.

Cuando Marcela Vega y David O’Farrill se encontraron en el zoológico, hacía una hora que él la estaba esperando.

—Siento que hayas aguardado tanto, pero nos citamos a las diez —le dijo ella con una sonrisa—. Soy partidaria de que se debe ser puntual. Muy tarde denota poca formalidad, y demasiado temprano es señal de impaciencia.

—Tienes razón; eso es lo que soy —aprovechó él para contraatacar.

—Tú no pierdes el tiempo.

—Me gustas. No lo puedo evitar.

Si por él hubiera sido, ya le habría tirado la cabeza hacia atrás y le habría robado un beso monumental, pero Marcela le frenaba las emboscadas, lo que no lo desanimaba. Al contrario: verla temblar o suspirar, cuando la rozaba accidentalmente, solo acrecentaba el deseo que sentía por la chica. David adoraba el cortejo y, mientras más difícil fuera el trofeo, sería más

satisfactorio.

Aquel sábado, el parque zoológico parecía una jungla en medio de la ciudad; estaba abarrotado de personas, muy diferente a como se veía entre semana, cuando se percibía un vacío y una tranquilidad ensordecedora. Los niños de gimnasia comenzaron su recorrido; David y su equipo hacían su trabajo mientras Marcela lo seguía admirada de su destreza delante de la cámara y de su facilidad para relacionarse con los más pequeños, al ayudarlos a tomar confianza para soltar sus primeras palabras para el reportaje. La tensión sexual la invadía; él era un hombre bellísimo con un magnetismo sexual que se le desbordaba por los poros. No importaba que otras visitantes se torcieran literalmente el cuello para admirar cuán largo era, o que la maquillista que lo acompañaba no cesara de devorarlo mientras lo retocaba; ella se sentía el objeto central de su mirada y él se esforzaba en atenciones para hacérselo notar. Caminaron admirando las edificaciones de piedras, cubiertas por musgos y enredaderas, rodeadas de húmedos árboles provistos de una verde espesura. Después de visitar cada rincón, Marcela lo dejó continuar su trabajo y se quedó un rato observando la majestuosa celda del cóndor, aislada de los otros animales; lamentó ver a aquel inmenso pájaro, que no volvería a remontar el cielo. Cuando más pensativa estaba, David la sorprendió por la espalda, obsequiándole un jazmín que robó de un arbusto.

—¿Trabajas los sábados? —preguntó ella.

—Algunos. Mi horario está patas arribas. A veces, ni te imaginas a la hora que me mandan a hacer una entrevista, o algo así. Lo de hoy fue una suplencia; mi amigo está acompañando a su esposa, que acaba de dar a luz. Ya sabes, está eufórico porque ya es papá; en seis meses lo veré enloquecido con su pequeño demonio. Los niños tienen una energía desbordante.

—Los manejaste muy bien; parecía que tenías experiencia.

—Gajes del oficio.

—Me encantó verte entrevistando. ¿No se te acaban las preguntas? No los dejabas ni tomar aire, entre una respuesta y la otra, a los pobrecitos.

—Ríete de mí —le dijo él con las cejas enarcadas—. Imagino que también lo dices por experiencia propia, porque hablando conmigo te has quedado sin aliento en más de una ocasión.

—Eres un engreído de lo peor, maldito arrogante —le dijo entre carcajadas, sin poder deshacerse del sobresalto en el estómago—. Debería existir una ley que les prohíba a los hombres de letras, como tú, usar las dotes de su profesión para conquistar a una mujer.

—¿Usted hablando de prohibiciones, futura abogada?

Acabado el paseo, no querían despedirse aún, así que decidieron ir al cine Yara, en el mismo corazón del Vedado.

—¿Y el todoterreno? —preguntó ella al ver que el medio de transporte había cambiado; ahora era una moto Ducati negra.

—Hoy toca la moto; pensé que así estaríamos más cómodos.

«O más cerca», pensó ella. Trepidó solo de imaginar que sus cuerpos se tocarían.

—En verdad odio las motocicletas. Son inestables y casi tengo prohibido subirme a una.

—Rompes mi corazón; es mi nena consentida. ¿Te lo prohíben tus padres?

—Mis padres no necesitan alejarme de una; yo les tengo pavor. ¿Para qué necesitas una moto si tienes tu maravillosa antigüedad roja brillante de cuatro ruedas? Lo prefiero mil veces.

—Mi auto clásico; antigüedad suena ofensivo.

—Me pone de nervios subirme a esa cosa —dijo señalando la Ducati.

—Anda, tengo un casco para ti, e iré despacio.

Tomó el casco, se lo puso y se subió detrás de él. Cuando le pasó los brazos alrededor de la cintura, se erizó por completo; estaba convencida de que era una trampa cuidadosamente calculada. La moto era el pretexto perfecto para terminar abrazados, pero se rehusó a sucumbir, dejó una columna de aire entre

sus torsos, y no era por falta de deseo. Ese hombre la trastornaba de un modo impresionante; era su instinto de supervivencia que, a la vez que la intentaba arrojar a sus brazos, le advertía del peligro.

David encendió el motor, que rugió como una pantera, y salieron disparados. Marcela cerró los ojos, segura de estar cometiendo una terrible equivocación; en su reglamento interno, evitar el riesgo encabezaba la lista. En la primera curva, sintió una sacudida que empujó su pecho estrepitosamente contra la espalda de él; intentó contenerse, pero no pudo evitar que las puntas de sus trémulos senos se erizaran al sentir la dureza de sus omóplatos. Cuando aquel hombre guapísimo despegó la mano izquierda del volante para posarla sobre sus brazos e instarla a ceñirlo con más fuerza, terminó por sucumbir y rodearlo por completo, embriagada por la cercanía y por el delicioso olor que ya le era familiar.

Al llegar al destino, respiró aliviada. Se sacó el casco, y su larga cabellera se sacudió como una cascada; él no podía dejar de admirarla.

—Sobreviviste —le dijo.

—No pretendo volverme a subir a esa cosa.

—Te prometí que llegarías a salvo y no veo que tengas ni un rasguño.

Leyeron las tiras cómicas de arte gráfico que exponían en el segundo piso y disfrutaron de un filme que ya habían visto otras veces, porque el cine solo era un pretexto para permanecer juntos más tiempo. Marcela, más que a la pantalla, lo miraba a él. David llegaba justo en el momento en que lo necesitaba, cuando trataba de arrancarse del pecho una relación que le había dejado vestigios de amor y de odio, pero más que nada de dolor. Poco a poco logró dominar sus nervios y, aunque no dejaba de temblar cuando la tocaba para ayudarla a conducirse, cada minuto se sentía más en confianza, como si lo conociera de toda la vida, como si no quisiera renunciar a su compañía.

Al terminar la película, salieron con los rostros iluminados. Estaban felices, así que él la cargó a sus espaldas y dio diferentes volteretas con ella.

—Me vuelves loco, Marce —dijo David para expresar su felicidad. Era

muy espontáneo, impetuoso, totalmente diferente a Miguel, su exnovio; y aunque la envolvía en una burbuja de locura, no se decidía a sucumbir ante su ofensiva.

—No me quieras echar la culpa; tú eres loco de nacimiento. ¡Bájame, por Dios, que la gente nos está mirando! —le dijo ella riendo mientras algunos curiosos los miraban a distancia.

David accedió: la pasó hacia el frente y la deslizó con dirección al suelo, en un largo recorrido por encima de su piel. La fricción con sus duros pectorales y con la parte baja de su abdomen no la dejó indiferente; por unos instantes, sus ojos hicieron contacto, y él estuvo a punto de apoderarse de su boca. Lo deseaba tanto que lo hubiera hecho de modo violento, irracional. La risa de los dos quedó congelada. Él emitió un leve quejido y, a punto de atraparle los labios y succionarlos hasta desfallecer, cambió la estrategia: se atrevió a besarla en la mejilla primero, un beso tierno que marcó el inicio de la aceptación. Embriagados por un elíxir que les hizo cerrar los ojos, David siguió avanzando: le rozó la punta de los labios a Marcela con los suyos, sin apenas sentirlos, pero la chispa, en el interior de sus cuerpos, fue intensa y perfectamente capaz de detonar una explosión. Ella sintió necesidad de repetirlo, como dos adolescentes, y eso fue suficiente.

Un nuevo día de clases. Marcela, con miles de emociones que erosionaban en su pecho, pasó a por la casa de Paula, que vivía a dos cuadras de la suya, a buscarla para ir a la universidad.

—¿Tu amigo llegó a su destino? —le preguntó Paula.

—¿Por qué me preguntas? —indagó Marcela.

—Porque David pasó a tanta velocidad frente a mi casa que pensé que no llegaría muy lejos.

—¡Oh, por Dios!

—Enamorado con moto. Recuerdo que estaba tachado de tu lista de

cualidades del hombre ideal. ¿Qué pasó? Imagino que plantaste tu retaguardia sobre el mullido asiento.

—Sí, terminé por subirme a ese monstruo negro. Me sorprendió con una emboscada; no sabía que tenía una moto.

—Increíble —dijo y soltó una risita.

—¿Me estás espiando?

—No, fue casualidad.

—¿Qué hacías despierta tan tarde?

—Me despedía de... —Paula cortó la frase.

—No tienes que decirlo. De Lucas, tu admirador eterno. ¿Ya se te declaró?

—Por suerte no, porque no sabría qué responderle.

—Eres increíble, amiga.

Capítulo 5

*F*ebrero 2015, y tercera cita

A la Facultad de Derecho se le notaba el 14 de febrero por todas partes: en cada piedra, en cada banco, hasta en el tanque de guerra que, del jardín, se veía menos peligroso. Las universitarias parecían coloridasavecillas que revoloteaban de un lado a otro, con sus risas melodiosas, en un volumen más alto de lo habitual. Día de los Enamorados y feria del libro: era de lo que todos hablaban. La Feria Internacional del Libro no había terminado y, en la universidad, retumbaba su eco. Seguía de exhibición en La Cabaña, esa fortaleza que más romántica no podía ser. Aunque había sido construida por los españoles para proteger a la bahía de La Habana del ataque de corsarios y piratas en épocas de la colonia, el azul del mar no podía hacerla más propicia para una cita.

Esa fue la elección de David: la pasaría a buscar después de clases, y se irían de cultos a la feria del libro.

—¡Qué lindos los dos! —dijo Paula al conocer de los planes de su amiga, pero con voz insufrible de ave de mal agüero—. Tendrán que llegar un poquito tarde a la cita; acaban de convocar a un turno extra de clases sin previo aviso. ¡Que a los maestros no les importan las mariposas en el estómago!

—¡No puede ser! —se desesperó Marcela—. ¿Por qué no avisan? La otra vez tuve un debate sobre la puntualidad con David. Quedaré como una tonta con él cuando sepa que llegaré tarde. Ya debe estar en camino.

—Exageras. No siempre se puede ganar. Dile que tendrá que esperar por ti.

—¡No!

—¿Por qué eres tan testaruda, Marcela?

—Es que él siempre termina por tener la razón y no quiero.

—Falta a la clase.

—No puedo. Si falto, perderé un buen repaso para la prueba final del semestre. Tengo una idea, sé quién puede ayudarme.

Marcela salió corriendo hacia el primer piso; Paula la siguió detrás. Marcela fue en busca de uno de sus mejores amigos.

—¡Lucas! ¡Necesito un favor tuyo! —le dijo al joven alto de cabello color miel y de mirada marrón juguetona, que conversaba con un grupo de estudiantes de primer año, como él—. ¿Ves ese banco?; a la una viene a buscarme un amigo. ¿Será muy difícil que logres que me espere?

—Le daré tu mensaje.

—No, quiero que lo entretengas para que no se dé cuenta de que voy a llegar tarde. Trata de que no vea el reloj. ¿Qué son cuarenta y cinco minutos de tardanza? No es nada.

—Es casi una hora, es ridículamente obsceno. ¿No es más fácil pedirle que te espere?

—Ahora no te lo puedo explicar, voy retrasada. Cuento contigo.

David había salido más temprano de su trabajo. Recorrió las calles aledañas a la Universidad de La Habana, al igual que el interior de la misma, admirado de la frescura que se respiraba en ella. Eran las doce y media, pero no le importó llegar media hora antes a su cita; estaba impaciente. Se miró, por última vez, en el espejo retrovisor y se sintió seguro de su apariencia. Se sentó en el banco del parque, frente a la Facultad de Derecho, y se dispuso a esperar hasta que diera la una en punto. Un muchacho atlético y casi similar a él en estatura se le acercó; era Lucas.

—¡Qué ruedas! —exclamó señalando al todoterreno de David.

—Son las mejores que corren en La Habana —le aseguró David con orgullo.

—Puede ser. ¿Está en venta?

—No, disculpa, tengo una cita —contestó David tratando de espantar al muchacho que se había acercado.

—Parece que te dejó plantado —se burló Lucas con una carcajada. No hizo más que conocerlo y se propuso fastidiarlo. El pretendiente de Marcela tenía toda la pinta de conquistador, y él adoraba a su amiga; algo le aseguraba que aquel tipo le rompería el corazón. Sabía que no podía inmiscuirse; en asuntos de amores, ella nunca le daba la razón.

—No lo creo. Solo llegué más temprano —rebatía David, que comenzó a impacientarse.

—¿Sabes lo que dicen de los que llegan muy temprano a una cita? —inquirió Lucas, que no podía tomar nada con seriedad. La situación le parecía graciosa y más la absurda petición de Marcela, así que llegó con toda la intención de divertirse.

—Es una virtud, pero hay quien se empeña en verlo como un defecto. Una chica obsesionada con tener la razón más que con la puntualidad.

—Concuerdo con la chica; es señal de impaciencia. Diez minutos antes si acaso, no más. ¿Sabes qué dicen de los que llegan demasiado tarde a una cita? —preguntó Lucas y David asintió—. Eso es peor. Es una total falta de interés. —Lucas hizo una pausa para elogiar nuevamente el todoterreno—. Bueno, si me dices quién es, tal vez pueda ayudarte.

—Se llama Marcela, es de cuarto año.

—No la conozco.

—Es bonita y...

—Aquí eso es muy común. Ya es la una de la tarde con quince minutos; tengo que irme —recalcó Lucas.

—¿La una y cuarto? Esperaré quince minutos más —decidió David.

—¿Marcela? No me suena. ¿No será una que usa unas gafas enormes que parecen dos fondos de botella?

—¡No! —David se exaltó—. Bueno, nunca la he visto con ellos.

—Yo, en tu lugar, no espero un minuto más; ya es la una y media. Te diré algo: aquí algunas chicas son muy orgullosas, superficiales e informales. Si tu Marcela es una de esas, lo más probable es que lo haya olvidado. ¿Desde cuándo tienes el vehículo?

Lucas siguió en su perorata y David no consiguió quitárselo de encima.

Antes de que el reloj marcara la una con cuarenta y cinco minutos, Marcela y Paula lograron escabullirse. Volaban las escaleras, de cortos y numerosos escalones, que amenazaban con enredarse entre sus pies, cuando se tropezaron con Lucas.

—Lucas, ¿lo hiciste bien? —preguntó Marcela.

—Ahí lo dejé en el banco. No me estés pidiendo favores como ese; el tipo es pesadísimo.

—¿Para qué le encargas algo a Lucas, Marce? Solo a ti se te ocurre —dijo Paula desconcertada, pero nadie le respondió.

—Además, creo que no te conviene. Tiene una actitud medio sospechosa —continuó argumentando Lucas.

—¿Le vas a hacer caso a este bebé con pañales? —agregó Paula.

Marcela, sin contestar, siguió corriendo escaleras abajo. Cuando llegó, David ya se había marchado. Desilusionada tomó el camino a casa. Se lamentó y sí, le dio la razón a Paula: hubiese sido más sencillo avisarle a David del cambio en los planes. Marcela ni siquiera regresó para buscar a Paula. Se dirigió al semáforo y esperó por que un auto pasara para pedirle un aventón que la acercara a casa. En esas estaba cuando escuchó un motor; se volvió y, al verlo con aquella camisa azul, que le sentaba tan bien, sintió cómo su corazón bombeaba la sangre a cada rincón de su cuerpo.

—¡Por fin te encuentro! —dijo David con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí?

—Pensé que me habías dejado plantado. Fui a buscarte y me encontré con Paula; me explicó todo. Te busqué por toda la universidad. ¿Ya ves que también puedes tener un resbalón? —dijo refiriéndose a la tardanza y comenzó a reír—. Yo seré un impaciente por llegar muy temprano a la cita anterior, pero usted, señorita, no tiene mucho interés en mí. Eso demuestra por llegar cuarenta y cinco minutos tarde.

—No seas payaso. No podía faltar a esa clase, y los maestros la convocaron a última hora.

—Podías haberme dicho; yo lo iba a entender. Mandar a Lucas para que «ayudara» fue caótico. ¡Por Dios, casi hace que se me crucen los cables! Puso mi paciencia a prueba, en serio.

—Ya olvídale. Me alegra que estés aquí. Pensé que ya te habrías marchado.

—Desde ayer no he pensado en otra cosa más que en volver a verte. No te compliques la vida; acepta que llegaste tarde a la cita, por motivos justificados o no. Ese gilipollas de Lucas casi me vuelve loco. No tiene mucha creatividad; no le vuelvas a pedir algo así.

Eran pasadas las dos de la tarde cuando llegaron a la Feria del Libro. Parecían una pareja de enamorados. Él, con unos vaqueros ajustados que no dejaban nada a la imaginación y con una camisa azul de mangas largas que lo hacía lucir como modelo de catálogo; ella, con un vestido con falda de lápiz, cabello como recién salido del salón y tacones de aguja que dificultaban su desplazamiento por sobre los adoquines, pero —como toda una futura abogada— no sacrificaba el glamur por la comodidad. No fue difícil que, en el pecho de Marcela, se fueran enraizando sentimientos hacia él, que se desvivía en atenciones y se había propuesto conquistarla. A cada minuto se miraban con el deseo que flotaba en los ojos, pero se limitaban. Ella, por prudencia, y él, por

indecisión, por el temor que siente el hombre cuando no sabe si ya llegó el momento de decir o hacer lo que la mujer desea. Se admiraron de la armonía y de la sincronización de los pabellones, de la arquitectura, de los colores tenues de la construcción en contraste con el azul intenso del mar, de la parsimonia del lugar. Todo lo contrario a la agitación de la gente. Con tantas personas que caminaban como hormigas locas, no era difícil tropezarse.

—Un helado no estaría nada mal, ¿verdad? —le dijo él invitándola a tomar uno; ella no dudó en aceptar.

Y mientras saboreaban sus helados, continuaron el recorrido. No lejos, unos cantantes entonaban unos boleros que invitaban al arrebató, a la risa y a la pasión, mezcla de la cultura y la genética del cubano. Marcela y David seguían mirándose, ansiando besarse.

—Tengo una lista de los libros que voy a obsequiarte —dijo él al terminar, de una vez, su helado de chocolate.

—¿Qué? ¿Ahora me darás recomendaciones de lecturas?

—¿Si te parece bien? —le preguntó mirándola a los ojos y ahogando la frase en un suspiro.

—¿Ahora pides mi opinión? —le contestó Marcela con otra pregunta, y ya no sabía si hablaban de los libros o de las ganas que tenían de besarse.

Él estaba muy cerca de Marcela; si daba un paso, quedarían uno encima del otro. Para cambiar el tema, ella se metió de golpe una gran cantidad de helado a la boca y no apartó el cono de su cara, con la intención de aguantarse, para no terminar pidiéndole que la besara. Pero él siguió mirándola a los ojos, con una sonrisa que la dejó sin aliento.

—¿Terminarás de tomarte el helado de una vez o necesitas ayuda? —le preguntó jugando, mientras se aproximaba para compartir la bola semiderretida que Marcela aún tenía cercana a su boca. Él también mordió el helado, y se quedaron a escasos milímetros el uno del otro.

Víctimas de la situación, no pudieron esperar a apartarse del gentío y a estar a solas; la naturaleza se imponía. El resto de helado se resbaló y terminó

derramado por el suelo. Los labios de David estaban deliciosamente congelados y fueron tomando temperatura, mientras se esforzaban por hacer sentir a Marcela, que nunca había sido besada así, con tanta furia. Se fundieron, como lo hacen los metales al calor del fuego, en un beso. Ella percibió la sangre de David hervir debajo de su piel; él notó en sus brazos la espalda helada de Marcela, aún temblorosa. Aquel contacto delicioso de sus labios era una venda para los ojos de ambos; los aislaba de las miradas ajenas, como si aquel pabellón, donde la gente se arremolinaba en su interior, fuera solo para ellos dos. El olor a libro recién salido de la imprenta, las gotitas de sal que venían arrastradas por el viento y el dulce sabor a vainilla del helado que se derretía en sus bocas hicieron que aquel instante fuera único. Al fin, aún abrazados, él le reveló:

—¡Cómo deseaba besarte! Me iba a dar un paro cardíaco mientras te miraba comer ese helado. Siente mi corazón —le dijo al llevarle la palma de la mano al mismo—. Ya no aguantaba más.

El segundo beso, tan diferente del primero, que no había pasado de un roce de labios. Ya no pararon de besarse, hasta que hicieron una pausa para ir a comer, y luego se lanzaron a la caza de la lista de libros de David.

—Vamos por la lista —dijo él—. ¡Que no digan que uno viene a la feria del libro a besarse!

—Si tú lo dices.

Pasaron de poemas intensos a clásicos con finales desgarradores, que sorprendieron a Marcela, mientras él le relataba el punto que lo hacía conectar con cada historia. A la par, ella pensaba en su enorme lista de pendientes literarios y el nombre con que guardaría estos: «Recomendaciones de lectura de un hombre irresistible».

Caía la noche y comenzaba el silencio. Se sentaron en el muro que separaba la costa de la fortaleza; de ahí podían divisar toda la bahía. El mar oscuro, más aún en el horizonte, los envolvía en la brisa que regresaba de rebotar con las olas. David la miraba extasiado mientras ella lo sacaba de su inmovilidad

con una pregunta.

—¿Por qué estás tan callado? —preguntó mientras le recorría con un dedo el exquisito perfil. Aún no creía que la había elegido entre tanta chica que se desvivía por sus atenciones.

—Eres tan dulce que tengo miedo de enamorarme de ti —le reveló—. ¿Dónde estuviste todo este tiempo, Marcela?

—¿Miedo? ¿Lo dices como si solo fuera una frase bonita o estás hablando en serio? —Tembló.

—No me hagas caso, Marce; estoy pensando en voz alta. Te voy conociendo y me sorprendo haciendo conjeturas sobre el futuro. Me encanta lo que me das y me descubro deseándolo para el resto de mi vida. Contigo me siento como arrastrado por la marea: no me esperaba enredarme en algo tan intenso. No quiero sufrir y el amor siempre trae una dosis de dolor. —Marcela lo escuchó y no dijo nada. No entendió por qué él se concentraba en las penumbras y no en la luz que se desprendía de un comienzo. David continuó hablando y sacó a Marcela de sus reflexiones—. ¿Sabes algo? Me tienes tan impresionado que no pude callarme. Le hablé a mi madre sobre ti; quiere conocerte. Sé que estamos empezando y que voy rápido. Tendré que hacer silencio de inmediato o terminaré diciendo una estupidez.

—¿A tu mamá? —preguntó Marcela atragantándose mientras seguía arropada por el cuerpo de él.

—Dice mi madre que necesito una chica como tú en mi vida.

—Ya veo que le das mucha importancia a lo que piensa tu mamá.

—No conocí a mi padre.

—¿Y eso por qué?

—Nunca le importé; es triste admitirlo, pero es la verdad. Se fue a otro país, a España, y nunca más se preocupó por mí.

—Lo siento, no debí preguntar —admitió conmovida.

—Cachita es mi mamá y mi papá. Se lo toma con ahínco para que no sienta la falta. La quiero con mi vida y es una madre que ya muchos quisieran; por

eso aún vivo con ella. Solo nos tenemos los dos, y nuestra casa es inmensa. No quiero dejarla sola; sacrificó mucho por mí.

—¡Jesús, tienes *mamitis* aguda! Esa extraña enfermedad que padecen algunos hombres. —Se rio a carcajadas.

—¡No! ¡En serio que no!

—Hablas de ella y te brillan los ojos.

—Solo somos más unidos que la media, y quiere verme feliz.

—No tienes que avergonzarte por querer a tu madre y por entenderse tan bien. Mi madre también es un sol; no la merezco.

—Entonces, me entiendes.

—Somos un par de suertudos consentidos —dijo acompañando sus palabras de una sonrisa.

—Nunca le convenció mi pareja. No es que piense que no me quiere, es que considera que no nos hacemos bien el uno al otro. —Pensó en voz alta, habló sin medir sus palabras, llevado por el momento. Demasiado tarde para enmendarlo.

Marcela quedó atónita y se puso en alerta con cada uno de sus sentidos. Se preguntó si había escuchado con claridad. Repitió el último diálogo en su mente y no le quedó duda. Se puso de pie, dispuesta a abandonar ese lugar. El fuego, pero no del deseo, la estaba quemando por dentro. Habló antes de incinerarse.

—¿De lo que dices debo deducir que tienes novia? —Por la oscuridad, él no notó cómo se contraía el rostro de Marcela al realizar la pregunta.

—Sí —respondió David ya sin escapatoria—. ¡Carajo, espera! ¡No es lo que estás pensando!

—¿Y qué diablos tengo que pensar? —Se exaltó y sus palabras casi fueron un grito.

—Te lo había dicho —añadió él.

—No es cierto. Tengo mala memoria, pero no al grado de no recordar algo tan importante para mí —dijo Marcela, y todo el diálogo anterior de David

cobró sentido para ella. Entendió el significado del «miedo» y del «dolor».

—Discúlpame. En realidad, no tengo novia. Es una terrible confusión. —Él la retuvo con una caricia cuando ella dio el primer paso y comenzó a caminar para alejarse—. Es actriz, no se encuentra en el país. Ni sé si volverá, supe por unos amigos que anda con un tipo por allá. Cuando se fue estábamos disgustados; además, tal vez para cuando ella regrese, ya yo no esté. No voy a dejar de vivir por eso.

—No entiendo nada. No me habías dicho que tendrías que irte a algún lugar. Es mejor que me vaya; es muy tarde —dijo confusa, necesitando poner distancia antes que la lava que bullía en su interior terminara expulsada por su boca.

—Es que no es un hecho, y tú terminas por volver mi cabeza un hervidero. Marce, estoy en un concurso por la plaza de corresponsal de deportes en España; es solo por un año, es rotativo y esta podría ser mi oportunidad. Somos tres finalistas. Cada uno ha presentado un artículo; el ganador se queda con el puesto. Si me aceptan, partiré dentro de poco. No es la primera vez que viajo. ¡Diablos, es mi trabajo! No puede ser que estemos discutiendo.

—Ese asunto queda descartado. Me hará feliz cada logro en tu carrera, pero lo otro sí que no me parece. Ella te ha sido infiel y tú haces lo mismo. ¿Y yo? Tenía derecho a saber. Debiste preguntarme si yo quería formar parte de este... ¿cuadrado? —dijo sin poder definirlo.

—No puedo renunciar a lo que me está sucediendo contigo. Tampoco puedes reclamarme por haberte engañado; aún solo somos amigos. ¿Acaso te he ofrecido algo más?

—¡Por supuesto que no! —soltó ofendida en extremo. Ese último alegato, con el que David pretendió defenderse, fue suficiente; solo quería desaparecer.

—Eso no quiere decir que no lo anhele. Espero más que una amistad contigo, Marce, si tú también lo deseas.

Marcela, pensativa y centrada en sí misma, continuó caminando. Él la siguió

detrás.

—No te vayas —le imploró—. Hablemos, tratemos de entendernos, de llegar a un acuerdo.

—Ahora no quiero hablar. Estoy cansada, confundida y me siento engañada. Lo peor es que tienes razón, David: tú no me has ofrecido nada y yo me dejé llevar sin hacer ni una maldita pregunta.

—¿Piensas que he manipulado la situación?

—No pienso nada, solo quiero irme.

—De veras que no tengo intención de ocultarte nada. Esa chica y yo hemos sido novios de una forma muy turbulenta: nos separamos, regresamos, yo viajo por trabajo, ella también, y volvemos a separarnos. Sé que tiene a alguien, no ocultaré al mundo que también tengo a alguien, pero es difícil para mí tomar el teléfono y decirle que hemos terminado cuando ni siquiera se digna a contestarme. Solo cumplo con informarte el caos que es mi vida amorosa. Quiero esto que tengo contigo. Intentémoslo a ver qué pasa. Te puedo prometer el cielo y la tierra, linda, pero el tiempo tendrá la última palabra.

Se desembarazó de él y se fue andando a través de los largos pasillos de piedra. Iba recordando las palabras de Paula cuando le decía que sus padres la tenían dentro de una bola de cristal, ofuscada y harta de esta situación que se repetía. Marcela vivía con su abuela, desde que había cumplido los dieciséis años, por voluntad propia. Su vida había transcurrido tranquila y sin alteraciones. Sus padres habían procurado que no pasara dificultades y, en su afán de protegerla, la habían dejado indefensa para las complicaciones de la cotidianidad.

—¿No saldrás más conmigo? —la interrumpió David de sus largas cavilaciones.

—No, es lo mejor —le contestó tajante.

—No te he mentado, tampoco dije las cosas a tiempo, pero es nuestra tercera cita apenas

—¿Acaso es normal preguntarle a la persona con quien se sale si tiene

pareja? Tal vez sí —reflexionó—. La verdad no sé ni cómo llegamos a este punto, ni por qué te reclamo. Te acabo de conocer. Me siento incómoda con esta situación; lo más saludable es dejar de vernos, al menos, de la forma en que lo hemos hecho.

—Si así lo quieres... Me agradas. Si te hubiera dicho, desde el primer día, que vivía una mierda de relación, no hubieras aceptado salir conmigo.

—Basta, no te esfuerces; me haces sentir ridícula. Es nuestra tercera cita, y nos besamos dos o tres veces. No tenemos ningún lazo que componer.

—Permíteme salvarlo. Tengo una relación con otra chica; peleamos, y ella se fue de viaje. Esto sucedió hace seis meses. Nos hemos distanciado, dejamos de hablar por teléfono, pero no hemos cancelado el noviazgo de manera oficial. Estoy en esta especie de limbo, esperando a que regrese algún día o no. Las últimas veces que hablamos por teléfono, terminamos discutiendo y quedamos sin definir nada.

—Es suficiente. No quiero entrometerme en tus asuntos.

—Me pediste sinceridad. En medio de la nada, de mi letargo, te conocí. ¿Qué iba a decirte?

—Creo que sigues enganchado con ella. Ya la has mencionado más de lo necesario.

—¡Ay, Marcela! No puedo creer que estemos haciendo esto en nuestra tercera cita: discutiendo como si fuéramos una pareja establecida. No quiero renunciar a lo que me haces sentir. Dime qué hago para que aceptes volver a salir conmigo. Puedo invitarte a cenar a mi casa. Cocinaré para ti; podremos hablar sin esta atmósfera de drama. Conóceme un poco más y, luego, decide si quieres mandarme a volar, sin siquiera darme una oportunidad.

—¿Atmósfera de drama? —inquirió ofendida.

—¡Marce, me enloqueces!

Durante el largo camino de regreso, pasaron del silencio a las palabras suplicantes de David; a otro espacio de silencio; a otro intento de convencerla; a monosílabos de Marcela ante las interminables intervenciones de él; a

suggerentes pausas y, finalmente, a más quietud. La situación se tornó absurda, pero cada una de las palabras que dijo se metió dentro de Marcela. Lo mismo pasó con las miradas, disfrazadas o llenas de inocencia. Idéntico sucedió con cada suspiro que él alargó para alcanzar lo que el diálogo había malogrado. La dejó en la puerta de su casa, ni siquiera apagó el motor para despedirse. Se fue sin insistir nuevamente, a baja velocidad; parecía que no iba a llegar nunca a su casa.

Marcela lo comparó con la última vez que se había marchado. Recordaba sus palabras al decir que aquel roce de labios había sido como gasolina para la maquinaria de su cuerpo. Sintió aquella corazonada que se siente cuando tomas la dirección equivocada, cuando cometes una falta y quieres adherirte al error para infundirle esperanza y que, como resultado, se convierta en un acierto. No debía y no hizo caso a su intuición; abrazó el mal presentimiento y siguió adelante. Una fuerza interior la hizo llamarlo por su nombre, convencida de que se arrepentiría de esta decisión, pero sin lograr evitar aferrarse a ella. Él llegó de inmediato a su lado, salió del auto y se quedó muy cerca observándola.

—Acepto tu invitación a cenar. Me dijiste que tú cocinarías —le dijo ella, al fin, con la única arma que le quedaba: un rostro serio. Como una maestra que perdona al alumno que ha cometido una falta y que cree que no será decepcionada en el futuro.

—Déjame besarte —suplicó él y ella tuvo que apretar las piernas para mantenerse firme; ese hombre la derretía cuando la miraba a los ojos y ella descubría, en medio del ámbar, las salpicaduras de verde y violeta.

—No, solo somos amigos —le dijo cortante, sin inspirar muy fuerte; si su aroma a mar se le colaba muy adentro, claudicaría y se dejaría robar la última pizca de cordura, que era responsable de su orgullo.

Y por aquella extraña noche, fue todo.

Capítulo 6

*F*ebrero 2015, y cuarta cita

Cuando Paula supo que David, posiblemente, viajaría dentro de corto tiempo y por espacio de un año, se preocupó por Marcela.

—Creo que no deberías verte más con él. No le hallo sentido —admitió.

—Tal vez no le den el puesto, o se arrepienta de viajar —dijo Marcela.

—Ya estás empezando mal.

—Trataré de no enamorarme, prometo que no lo haré. Solo seremos amigos; me servirá para sacarme, de una vez, a Miguel de la cabeza. Saldremos, conversaremos y, si llegamos a algo más, lo disfrutaré sin pensar en el futuro. Ya sé que se irá. Un año es demasiado tiempo y acabamos de conocernos.

—Tú no sirves para eso, ni aunque te lo propongas. Eres otro tipo de mujer. ¿Para qué alimentar algo que no tiene futuro? ¿Sabes cuántas cosas pasan en un año?

—El futuro es impredecible. Me siento feliz. Viviré el momento y, después, lo dejaré pasar. Estoy demasiado metida con él. No puedo dejar de verlo ahora; me enciende por dentro.

—¡Es imposible! ¡Lo conoces hace apenas unos días! Tú que, cuando te dije que había terminado con mi exnovio, me aseguraste que ahora estaríamos las dos libres para salir y divertirnos. Recuerda lo que, hasta hace poco, te sucedió con Miguel. Juraste que no ibas a volver a fijarte en alguien que te ocasionara dolores de cabeza.

—Miguel es otra cosa: era mi novio, a quien yo amaba, con quien tenía planes para toda la vida. David es distinto. No te voy a negar que me atrae hasta hacerme perder la razón, pero sé que no me voy a enamorar, no puedo. Solo vamos a compartir juntos un tiempo. Quiero hacerlo, ¿por qué no?

—No tiene sentido.

—Es que no todo tiene que tener sentido. La pasaré bien ahora. No quiero perder esta oportunidad.

—¿Oportunidad? Entonces, vas a estar con todo el que se te cruce delante para no perder «la oportunidad». Lo que te digo es por tu bien. Solo quiero que estés clara de lo que estás haciendo. Está buenísimo; lo reconozco. Es un dios y emana seguridad y sexo por cada costado, pero, Marce, tú puedes resistirte. No quiero que te rompa el corazón.

—Es mi decisión.

—Él te va a utilizar, durante los últimos meses que le quedan aquí, para divertirse. ¿Quieres ser eso?

—No es tan blanco o tan negro, tiene sus matices. Me atrae mucho. El amor a primera vista es poesía, es literatura, pero existe el flechazo de la simpatía, la atracción, lo que con el tiempo puede convertirse en algo más sólido.

—Ya estás delirando. Lo único que quiero es que no sufras —dijo Paula abriendo los ojos como hacía cuando intentaba persuadir.

—Si lo dejo ahora, voy a sufrir también.

—Lo olvidarás.

—Si algo especial va a ocurrir en este año de mi vida es David. Me daré este tiempo para relajarme sin presiones. Me dejaré llevar, ya no pondré condiciones como con Miguel. Tuve con Mich la relación perfecta y no me sirvió de nada.

—¿David y tú han tenido sexo?

—¡Claro que no! —dijo Marcela indignada.

—¡Dios, después que te entregues a él, será peor! Si ahora tienes ese nivel de delirio, no quiero ver cuando ocurra. ¡Amiga!, tus padres te hicieron

demasiado incauta. Creo que pasar por esto te hará más fuerte.

—Lo dices como si se avecinara una desgracia. La desgracia ya la viví con Miguel. Quiero dejarme llevar, no deseo pensar. Con Mich lo planeé todo, hasta cuántos hijos íbamos a tener; seguí todas las reglas y no funcionó. — Marcela se sintió sentenciada por la mirada acusadora de Paula.

—Pasaste por la avalancha «Miguel» y sobreviviste; saldrás adelante del huracán «David». Estoy segura. Solo recuerda que cuentas conmigo.

La noche siguiente, David pasó a buscar a Marcela. Parecía un corderito o un condenado redimido. Vestía más formal que otras veces, como si se hubiera esforzado al máximo por planear aquella cita; nada en su atuendo o en sus acciones parecía al azar. Se dirigieron a la casa del primero. Había preparado una cena para los dos. La arquitectura colonial de La Habana, en la oscuridad de la noche, parecía mística y tenebrosa. Aunque en la calle principal brillaban abundantes luces, hasta aquella callejuela solo llegaban lúgubres destellos. A Marcela comenzó a intimidarla el panorama.

—Mi madre no se encuentra hoy —le informó.

—¡Qué oportuna! —dijo con ironía y comenzó a arrepentirse de haberlo acompañado.

El edificio no tenía luces en el recibidor, lleno de rejas que se cerraban con chirriantes cerrojos, como una cárcel. Eso lo hacía un tanto espeluznante. David se acercó a una columna y prendió las luces.

—Parece que olvidaron encenderlas —dijo. Marcela se sintió más tranquila; con luz todo se veía distinto—. Esta noche es especial para mí; quiero recobrar tu confianza.

—Dices que es actriz; ¿es conocida? —preguntó Marcela, antes de subir al elevador, y se reprochó para sus adentros por su curiosidad.

—No mucho, acaba de iniciar su carrera. Ha sido una relación tan larga y con tanta distancia de por medio que ya no sé ni lo que es. Ahora, en este

momento, lo único que me interesa es conocerte más. Veo que mi relación aún te inquieta. Vamos a conversar y a llegar a un acuerdo, a uno que te dé sosiego. Hagámoslo como adultos y, si con todo lo que te diga no me quieres en tu vida, me tendré que conformar.

—Solo suelta todo lo que tengas que decir esta noche. No deseo más sorpresas de ese tipo.

—Esto es lo que no quiero —dijo y, en la frente de Marcela, depositó un beso que la desarmó—: ese hermoso ceño fruncido. Nena, te agradezco mucho que hayas venido y que no te cierres. Quiero ver una sonrisa en ese bello rostro.

David le recorrió con la yema del dedo desde la frente hasta la barbilla; se detuvo allí, le sostuvo el rostro e intentó besarla. La tenue luz del elevador y el agradable clima la hipnotizaron, le hicieron querer ese beso y que los brazos de ese hombre la sostuvieran por completo. Se miraron deseando atravesarse el alma. Marcela hizo un breve recuento de las escasas citas que habían tenido, de la advertencia de peligro de su mejor amiga. El sonido del ascensor, indicando que llegaba al piso, la salvó de cierta forma, y el momento pasó.

El apartamento era moderno y estaba ubicado en el corazón de La Habana. Aunque David compartía la vivienda con su madre, el espacio de cada uno estaba bien delimitado. Era un inmueble en el último piso, constaba con tres habitaciones, cada una con su baño y con amplios ventanales con vistas increíbles de la ciudad; la mejor era la de David. En el comedor todo estaba dispuesto. Marcela tomó su lugar, en la amplia mesa, y se lo quedó viendo cómo se desvivía por atenderla.

—Ojalá te guste lo que cociné; me fascina hacerlo —dijo él mientras terminaba de colocar los platillos.

—Adoro la pasta. Te felicito, yo no tengo esa habilidad —manifestó realmente sorprendida—. ¿Cuántas horas estuviste cocinando? —le preguntó ella.

—Hoy temprano fui al mercado por los ingredientes. En la tarde comencé a preparar el menú.

Marcela dejó al lado sus remordimientos y se relajó para disfrutar de la velada. Terminó la primera copa de vino y sintió el efecto del alcohol en su cuerpo; solía tener poca tolerancia porque no estaba acostumbrada a beber.

—Tengo varios planes para nosotros —dijo él mientras le llenaba de nuevo la copa—. Si estás de acuerdo. He planeado unas tres citas después de esta; te van a encantar.

—Vas muy acelerado. —Lo observó sin poder liberarse del embrujo.

—Solo me quedan unos meses antes de partir, quería poner de mi parte para conocernos más. Estaré un año completo lejos.

—Nunca había estado en una situación como esta.

—¿Qué pasará en un año? ¿Qué pasará para mi regreso? ¿Lo retomaremos?

—¿Me lo estás preguntando o hablas contigo mismo? —Su corazón dio un vuelco ante la insinuación.

—A mí me gustaría que siguiéramos juntos —le aseguró clavándole la mirada.

—No me metas ideas en la cabeza. Aún tienes una relación con otra persona, no me hables de lo que sucederá dentro de un año.

—Marce, ni sé lo que tengo con Sandra. Te confesaré algo: hablé con ella. Le conté que estoy saliendo contigo, y me habló de su otra relación. Por encima de nuestras diferencias, ella y yo somos amigos, no podíamos engañarnos más. Decidimos ser sinceros y aceptar que estamos viendo a otras personas. A su regreso hablaremos del tema.

—¿Ahora tienen una relación abierta? ¿Para qué me dices esto?

Marcela bebió un largo sorbo para intentar mitigar la confusión que sentía. Le dolía; ese hombre, al que solo había besado, le dolía. Imaginar que la solución era frenarlo para siempre y alejarse la perturbaba más que soportar su presencia. Las palabras de Paula la torturaron; cada una de sus advertencias cobró sentido. Y eso que su amiga no conocía de este otro punto en contra que

tenía el portentoso David: nada más y nada menos que una pareja.

—Me reiteraste que no quieres mentiras. ¿Y si tenemos una relación abierta tú y yo? Sin engaños. Te propongo que seamos amigos, pero no amigos comunes —le dijo, de una vez, con descaro y Marcela se quedó pasmada, así que apresuró a tomar el resto de su bebida. Él la miró con dulzura y le atravesó varias capas en dirección a su corazón.

—¿Algo así como amigos con derechos? —preguntó Marcela y de repente recordó su conversación con Paula. Una cosa era decirlo de dientes para afuera, y otra muy distinta era vivirlo. David era el primer hombre que le proponía algo así, en contra de sus valores. Se sintió un poco mareada y ya no supo si era efecto del vino o de los nervios por la decisión que estaba a punto de tomar.

—Más que eso. Siempre que me llames, estaré para ti; siempre que te llame, estarás para mí. Estaré contigo en las buenas y en las malas. Solo hay una regla: no enamorarse. Pero podemos querernos y desearnos.

—¿Y cada uno podrá relacionarse con otra persona?

—Si se diera el caso y fuera justificable, ahora, que estaremos separados por espacio de un año, será una opción. Nos sentiremos menos presionados cuando esté el Atlántico de por medio. Inténtalo. Si no te sientes a gusto, me sacas de tu vida, aunque no sé si pueda soportarlo —le dijo y se le acercó tanto que su respiración la rozaba.

—No lo sé. Creí que podría, pero ahora, que me lo propones..., no estoy muy convencida.

Él ya le había ofrecido otra copa y ella, totalmente sedienta, se apresuró a beberla.

—No tenemos muchas opciones y una en la que la sinceridad prevalezca puede ser esta. ¿Qué pasará en el año que estaré en España? Te cansarás de la soledad, o me obstinaré yo. Uno de los dos traicionará al otro, y todo se irá al caño. Quedaremos en malos términos. Ahora podemos ser amigos, entender que estaremos mucho tiempo separados y que tendremos necesidades humanas,

y no me refiero solo al sexo. Si solo fuera sexo, sería mucho más fácil. Me encanta estar contigo, hablar y...

—Para esto era la cena: querías proponerme esta especie de «vínculo». Imagino que no es la primera vez que lo haces. Es una buena forma de no perderla a ella y de seguir conmigo también.

—No te estoy pidiendo exclusividad y creo que es justo. Tampoco te pido solo sexo. Quiero que seamos buenos amigos.

—Buenos amigos que tendrán sexo.

—Te veré todos los días, pondré todo mi esfuerzo para que seas feliz y, si en el futuro queremos dar el siguiente paso, lo haremos —aseguró y parecía un santo; ella quedó perpleja ante su osadía—. ¿Qué nos detiene?

—Pretendes que seamos amigos con derechos, aunque quieras dar una explicación más romántica del tema —manifestó estupefacta y se bebió otra copa de vino, aunque en verdad deseaba algo más fuerte—. Nunca he hecho algo así. Mi relación anterior fue totalmente diferente.

—¿Y no quieres probar otra fórmula más que la convencional? Un hombre y una mujer pueden estar juntos de muchas maneras.

—Sí, pero yo no estoy preparada. Te juro que vine con otra cosa en mente. Me dije: «¿Qué tal si tengo sexo con este hombre hasta que se largue? Unos polvos salvajes con este Eros reencarnado me vendrían de maravilla; está de infarto y cada fibra de mi cuerpo me lo suplica. Luego, cada quien sigue su camino, sin meterle mucha cabeza al asunto.

—Creo, entonces, que estamos hablando demasiado —aceptó David y soltó un gemido ronco, totalmente excitado por la forma en que ella lo tomó desprevenido. La deseaba desde que la había visto por primera vez. La arrancó de la silla, la alzó, la obligó a cruzarle las piernas tras la espalda, la recostó con fuerza a su pecho, como poseído —para sentirla completa—, y la besó sin darle tiempo a reaccionar. Cuando pudo recobrar el aliento, le susurró al oído, gemido tras gemido, desesperado por poseerla—: Nena, me vas volver loco. Nunca había hablado tanto con una mujer para llevarla a la

cama.

Marcela ya no opuso resistencia; su cuerpo solo obedecía al deseo. David la condujo a su habitación, y se tiraron encima del lecho sin despegarse el uno del otro.

—¿Tienes condón? —preguntó ella.

—¿Condón? No lo sé —dijo sin intenciones de dejar de besarla.

—¿Qué esperas?

—Claro, debo tener. Ahora lo busco.

La acercó hacia sí y buscó, sin éxito, en la mesita del lado de su cama.

—Dame un minuto. No te muevas; no quiero que se rompa la magia —le dijo David mientras se ponía de pie y buscaba en algunos muebles de su cuarto.

—¡Carajo, no tengo! —admitió—. Te juro que estoy limpio. Hace poco me hice una prueba de VIH.

—¿No sueles usar condones?

—Siempre, pero no imaginé que esta noche tú y yo pasaríamos al siguiente nivel.

—Sin condón, ni lo sueñes —sostuvo, ahogando en un suspiro, la excitación que la invadía.

—Definitivamente me quieres enloquecer —dijo sin dejar de emboscarla.

—En mi bolsa hay un condón —manifestó ella al fin.

—¿Viniste preparada? —preguntó él con una sonrisa que acompañó con unas sonoras carcajadas—. Ahora sí me sorprendiste —mencionó y le dio una ligera mordida en el cuello que la puso a rabiar de placer—. ¿Ya habías pensado en meterte en mi cama cuando aceptaste mi invitación? Yo no tenía condón porque te juro que no creí que aceptarías. Estabas tan renuente, mi loca encantadora; temí perderte.

—Me cuesta creerte. Y no seas payaso; el condón me lo dieron en la universidad, en una actividad de prevención. No vine con segundas intenciones.

—No sabes cuántas veces deseé tenerte así, ni cuantas veces terminé automplaciéndome ante cada uno de tus desplantes.

Deslizó la mano por el cierre de su pantalón, se prodigó un amplio masaje y terminó por abrirlo para liberar la potente erección, que ya no resistía ser aprisionada por la tela del mismo. Se quitó con prisas la camisa, como si le quemara. Ella pudo observarlo como Dios lo había traído al mundo; era grandiosamente perfecto. Sus hombros se levantaban robustos y poderosos; su piel resplandecía; sus pectorales sensuales, producto del ejercicio cruento y de su juventud, daban paso al hueco de su pecho, que se convertía en una línea recta que se deslizaba al sur, hacia el abdomen más firme que había visto de cerca.

A la luz de las velas —que emanaban aromas de frutas tropicales—, unir dos bocas y dos cuerpos fue poco para darle vida al deseo de amarse que sentían. David no lo sabía pero, después de Miguel, ninguno había recorrido el cuerpo desnudo de Marcela. En cuatro citas decidió entregarse, cuando con Miguel habían sido meses de espera. Ella dejó fuera todo con el suave roce de sus labios; las palabras intercambiadas por los dos volaron lejos, hacia donde ella quería enterrarlas. En medio de aquel beso interminable, Marcela abrió los ojos y contempló el rostro de David, encendido por el placer; su cuerpo desnudo era hermoso, y él lo mostraba sin ninguna vergüenza, con toda la seguridad de un hombre que se sabe hermoso.

—Ven, pequeña, déjate querer —le susurró al oído, le envolvió los turgentes senos por encima de la ropa, y la invitó a abandonarse al goce.

Marcela sintió una energía que se le coló dentro; su alma vibraba y, con cada movimiento, desterró los temores que en un inicio la embargaron. Tal vez cometía un error; un amigo con derechos no incluía enamoramiento, y ella tenía una flecha enorme atravesada en el pecho, una saeta que se introducía cada vez más adentro. Pero no le importaba: se perdió en sus caricias. Solo quería que ese hombre, con aquel magnetismo sexual, la hiciera suya, sin pensar en el futuro, o terminaría por arruinar el momento. Tres besos por el

omóplato derecho la erizaron por completo; otro más sobre la nuca la hizo sucumbir junto con la cálida lengua, que descendió a lo largo de su columna, hacia su cintura, la que tembló cuando él la giró para quedar de nuevo frente a frente.

Se quedó tan extasiada admirándolo que ni se percató de cuándo él, con suma destreza, la desnudó pieza a pieza, y volvió en sí al percibir sus senos, abrigados por los duros pectorales de aquel hombre. Nadie la había besado igual, menos sin prometerle la luna.

La tomó, de repente, por el torso, con sus fuertes manos, y la subió encima de sus caderas, mientras guiaba su miembro rumbo al secreto refugio que tenía Marcela entre las piernas. Un suave roce y notó que ella ya estaba lista, expectante.

—Me desquicias, nena —le confesó—. Quiero que me hagas tuyo. Poséeme, enséñame cómo puedes amarme.

Fue delicado. La invitó a tomar el control, y fue muy excitante esa primera vez en que se iban conociendo lentamente. La ansiedad, la emoción y la fuerza del sentimiento que se encendía en su pecho le mostraron el camino para hacerlo delirar de éxtasis. Él la dejó tomar las riendas porque deseaba conocer cómo se conducía para obtener y dar placer; mientras la estudiaba y la disfrutaba, también lo sintió. Su pecho se encendió agitado; era más que sexo y, aunque no quería rendirse, terminó perdido, abandonado a lo que la chica le hacía sentir, como si ambos hubieran estado predestinados para ese momento. Hasta que, encendido como una llamarada, se alzó para quedar completamente adherido a su abdomen y a sus senos, la tomó por la garganta con una mano, la miró a los ojos con ganas de preguntarle: «Pequeña, ¿qué me has dado que me estoy perturbando por ti?». Pero se guardó sus sentimientos para no hacerla consciente del poder que tenía y de la impresión que le estaba causando esa mujer, llena de inocencia, que parecía sensata y que —de un instante a otro— se había transformado sobre las sábanas para darle una lección de la que ni siquiera se había percatado. Ella, sin comprender a profundidad el efecto que

causaba, continuó cabalgándolo como una amazona sin despegarse de sus labios, sintiéndose dueña —por una noche— de aquel semental, que le había trastocado los sentidos, hasta hacerlo sucumbir y permitirle caer derrotado luego de disfrutar con efusividad de un glorioso orgasmo.

Capítulo 7

Marzo a noviembre 2015, y un vínculo indefinido

Después de aquella cena, la relación de David y Marcela se afianzó en un lazo invisible pero poderoso. Él no le había mentado, tenía planes para unas cuantas citas más. Y sí, como le había dicho, no pensaba despegarse de ella ni un día a partir de ese momento. El inicio de aquella «relación» coincidió con el periodo libre de fin de semestre en la facultad, por lo que decidieron tomarse unas vacaciones.

La primera parada sería en la playa. Marcela pasó por David antes de partir.

—Pude ir por ti a tu casa —le aclaró él.

—Estás loco. A mi abuela le caes bien, pero no abuses. Si sabe que estoy contigo, me hará un montón de preguntas. Ella les dice todo a mis padres. Papá es algo tradicionalista. Acabo de terminar una relación; no entenderían esto.

—Eres mayor de edad —le recriminó con ternura, sin dejar de acariciarla. No podía entender que fuera una mujer hecha y derecha en la cama y que siguiera supeditada a las imposiciones de sus padres como una colegiala.

—Ajá. Tengo veinte años recién cumplidos. Mis padres me lo han dicho claramente: mientras estudie y me sigan manteniendo, me pedirán cuentas de mis actos.

—Inconcebible. Lo que me faltaba: a esta altura de mi vida, tener que esconderme de tus padres para perderme contigo —dijo él con una risita mal

disimulada—. ¿Y cómo lograste escaparte?

—Les dije que vamos de vacaciones en grupo. Tampoco son tan estrictos ni me andan cuestionando todo, pero a mi padre no le hace gracia que ande con un tipo que no ha terminado de aprobar.

—¿Con tu pareja anterior no podrías haber hecho algo así? —indagó al sentirse en desventaja.

—No te voy a contar de mi relación anterior, así que cambia de tema. Vámonos ya. Te estás tardando y creo que llevas demasiado equipaje — sostuvo Marcela al ver el volumen de cosas que llevaba David.

—Tú me lo demandas, cariño.

—¿Es una broma? —soltó ella al ver lo que había dentro de una de las mochilas de David. Marcela la vació sobre la cama, y salieron más de treinta condones.

—No quiero que se me terminen en el momento menos oportuno.

—Tampoco quiero que se me caiga de tanto uso. Cálmate; solo nos iremos unos días. ¿Y los cigarrillos también vendrán?

—¿No te parece sexi que fume? Hay mujeres que se vuelven locas.

—Créeme que el cigarro, por sí solo, no causa el efecto; eres tú, que te ves ardiente con lo que sea que te lleves a los labios.

—Adoro gustarle a mi chica. Eso amerita que retrasemos el viaje; hay muchas cosas que deseo llevarme a la boca.

—No me enredes con tus palabras que, hasta donde sé, no soy tu chica; solo somos amigos con ciertos derechos. —David tomó un cigarrillo y lo llevó a la boca mientras se alejaba en dirección a la ventana, sin dejar de devorarla con la mirada. Ella tenía razón y le pesaba en extremo. Su propuesta inicial comenzaba a incomodarlo; no soportaba que se le revelara de esa forma, en el fondo la deseaba solo suya. Marcela le quitó el cigarrillo, antes que lo encendiera, y continuó reclamándole—: Vamos a disfrutar de la naturaleza. Terminarás por contaminar el ambiente si sigues soltando humo como una locomotora.

—Tampoco soy fumador compulsivo, puedo dejarlo cuando quiera —le dijo. La tomó por la cintura y le depositó un beso en la nuca que la hizo estremecerse para que se calmara. Comprendió que los cigarros eran un pretexto para pelear. Ella estaba cansándose de la situación, y apenas estaban comenzando.

—Te haces daño y a los que están a tu alrededor.

—Me alejaré a kilómetros de ti; no te preocupes. Me conociste con un cigarro en la boca, y lo primero que hice fue tener la delicadeza de apagarlo. Juego con mi vida, pero no con la tuya.

—¿Y te parece bonito?

—Lo que me parece bonito es que te preocupes por mí y que pongas esa carita de dominatriz para obligarme a dejarlo.

—No me presiones, o terminaré por darte azotes.

—Me encantaría probarlo, pero luego no te pongas tímida si viene la revancha.

—Estás loco.

—Tú me sacas de quicio. Te ves demasiado sensual cuando te enojas, así que eres la responsable de mi locura.

Cuando Marcela vio el medio de transporte, enarcó una ceja.

—No me subiré a la pantera; el viejo es más de mi agrado, es más seguro.

—Te daré un par de nalgadas si no subes de inmediato —dijo mientras colocaba una mochila al frente y repartía el equipaje en los compartimentos secretos de la motocicleta—. Y deja de ofender a mi Jeep clásico, o te las verás conmigo.

Terminó por subirse al monstruo negro y de abrazar a David hasta fundirse en su cuerpo. Partieron con el viento, que les acariciaba el rostro. Su destino fueron las playas del litoral este. Cuando se introdujeron en aquel mágico lugar de hermosura tropical, la belleza de los corales y de la sal, en la superficie del mar, los dejó sin aliento. Las montañas se elevaban cubiertas de numerosos árboles a lo largo de la costa.

Al llegar frente a la cabaña, la alzó en brazos y, luego de meter la llave en la cerradura, abrió la puerta del sitio en que estarían solos por unos días, para cumplir cada uno de los planes que tenía David para los dos.

—Señora O’Farrill, su nueva residencia —bromeó y, aunque ella estaba feliz, no le gustó nada. Una cosa era que aceptara aquel extraño nexo y otra, que él la abrumara con palabras románticas que terminaran por confundirla más.

—No de nuevo, recuerda que solo somos amigos.

Él se quedó serio, la soltó bruscamente y, de inmediato, la sostuvo para que cayera de pie, de frente a él, sin la altura que le proporcionaban los tacones. Sus ojos se tropezaron con sus pectorales, donde colgaba un dije de plata de una moto deportiva. La tomó de la barbilla y la besó fogosamente.

—Los amigos no se besan así.

—Entonces, ¿qué somos?

—¿Por qué te empeñas en buscarle nombre a todo, mi futura abogada?

—Simplemente me gustan las cosas claras.

—Y es lo que pretendo hacer.

La giró de espaldas a él y le desarmó el peinado, el que cayó como cascada sobre sus hombros. Se quitó el pañuelo negro, que había traído atado en una muñeca a modo de accesorio, y con él le vendó los ojos. Ella sintió una punzada muy adentro, mientras él —sin previo aviso— comenzaba a desvestirla, botón a botón, hasta que cada una de sus prendas quedaron desparramas por el piso.

—¿Qué haces? —se atrevió a preguntar ella.

—Aclararte lo que somos.

Teniéndola desnuda, aún de pie, comenzó a besarla por la nuca; luego, por las clavículas; después, por los hombros, y le hizo experimentar sensaciones que no sabía que podían brotar de su cuerpo. Marcela sintió una sacudida en las paredes del abdomen e, incluso, en los dedos de las manos y en los de los pies, los que se tensaron de inmediato con cada succión que él le prodigaba

por cada uno de los trozos de su cuerpo, como si pretendiera trazar un mapa para poder memorizarlo. La inclinó suavemente sobre la cama, dejando su retaguardia indefensa y expuesta; le recorrió la piel con la yema de los dedos y ella se perdió aún más con aquel roce. Pero cuando su lengua tibia aterrizó sobre su intimidad, la hizo languidecer y algo explotó en su vientre, como sucesivos disparos que la sumergieron en una oleada deliciosa de calor. Era un deseo despiadado que solo encontró alivio cuando él la tomó desde atrás, justo cuando ya no aguantaba más, cuando tenerlo dentro y fundirse en una sola piel era la única satisfacción que necesitaban sus demandas. Eso era, simple o magníficamente, algo que no podía explicarse con palabras, solo sentirse.

La embistió lentamente, al principio, y fue aumentando la aceleración a la par que sus cuerpos demandaban más fruición. Marcela no podía más: se arrancó la venda y se giró para verlo, totalmente extasiada. Lucía tan hermoso embebido de placer y llevando el control que ya no pudo aguantarlo: se dejó ir y comenzó a liberarse. Sus piernas temblaban, no la podrían sostener por mucho tiempo, mientras él aceleraba la potencia y le hacía alcanzar cada vez un nivel más abrumador de satisfacción, como si no existiera un tope y su anatomía se recobrara de cada orgasmo en fracciones de segundo y se alistara para el siguiente. La giró de improviso y le devoró los labios; la tomó en sus brazos y la obligó a cruzarle las piernas alrededor de la espalda, para que sus torsos se estrecharan en una entrega absoluta. Se movieron al unísono, sedientos de más. El sudor se escapaba de sus poros y cada fibra de sus cuerpos se preparaba para tocar el cielo; lo sentían muy cerca. Se miraron a los ojos justo cuando ambos alcanzaron el nirvana y, cuando se sacaron hasta la última gota de placer, se besaron como si fuera la última vez.

Dedicaron aquella semana a amarse incansablemente y a recorrer cada palmo de la región, yéndose de excursión a pie entre la maleza, descubriendo algún río o alguna nube en forma de halcón. Los días de playa dibujaron a Marcela en el alma de David, y él quedó tatuado en el corazón de ella para siempre.

De regreso a la ciudad, sus relaciones se habían afianzado. Él decidió que había llegado el momento de llevarla a conocer a su madre, y fueron directo del viaje.

—No seas impulsivo, David. Mejor esperemos otro momento.

—Nos hace camino y mi madre muere por conocerte. Le he hablado de ti y cree que eres la chica que necesito.

—¿No se sentirá incómoda por una visita sin previo aviso?

—No, ella es de lo más agradable. Ya verás.

—¿Y cómo qué me vas a presentar?

—Con mi madre no tengo secretos; ella sabe que eres mi persona favorita y punto.

—¿Tu persona favorita?

—En todo el universo.

No hizo más que introducir la llave en la cerradura, y su madre se le paró enfrente como un toro bravo. Resultaba que al libertino se le había olvidado dar señas de su ubicación, en el planeta Tierra, de la última escapada. «¡Jesús! ¿Qué edad me dijo que tiene ese hombre? No puedo reírme frente a él», pensó Marcela.

—¿David, me vas a matar! ¿Hasta cuándo va a ser esto? Llevas días en los que apenas te he visto. Te he pedido que, cuando salgas y yo no esté, aunque sea, me dejes una nota en la que diga a dónde vas. No puede ser que yo nunca sepa dónde está mi hijo.

—Cachita... —Él trató de tranquilizarla con su tono meloso.

—Sí, ya sé lo que me vas a decir: que eres adulto. Pero para mí siempre vas a ser mi hijo.

Marcela estaba a punto de escupir una carcajada, y no es que irrespetara a la señora, pero David le había reclamado contra su sometimiento a la autoridad de su padre; él, ya graduado y con veintitrés años en cada costilla, estaba recibiendo un escarnio de la madre, que no se daba cuenta de que su hijo había crecido. Marcela, que había recibido la más esmerada educación de

su familia, no dijo nada, solo se repetía para sus adentros: «Respira y no te rías en su cara, o esa mujer terminará por odiarte». Sintió que los colores desfilaban por su rostro y se quedó petrificada cuando la señora la descubrió detrás de él y se la quedó mirando.

—Cachita, ella es la muchacha de la que te hablé —mencionó David mientras se reía, con cariño, de los arranques de su madre. Luego, tomando a Marcela por el brazo, le dijo—: Adelante, Marcela; esta es tu casa. No te asustes; Cachita no muerde.

—¿La estudiante de Derecho? —preguntó Cachita con una sonrisa.

—Sí —afirmó Marcela tímidamente.

—Es una carrera muy interesante —aseguró la señora, emocionada porque era cierto que deseaba conocerla. Se adentraron en una charla amena en la que Marcela fue desinhibiéndose poco a poco, pero todavía no había descubierto en Caridad sus mejores virtudes.

—¡Ay, hija! Disculpa que me haya exaltado, es que una se preocupa.

Y ya no se separaron jamás. En la casa de ella, en la de él, en cualquier sitio de la ciudad: nada los frenaba. Cada día y cada noche, tenían planes diferentes. En ocasiones, Marcela tenía que repartirse entre Caridad, que gustaba de su compañía, o David, que la llamaba insistentemente para comenzar la tertulia nocturna de palabras dulces y caricias. Por otra parte, Marcela amenazaba con robarle a David su mejor amigo, Marcos, que ya se había convertido en su confidente. Llevaban varios meses de locura desmedida, sin juramentos de amor ni promesas al viento.

Una noche, estaban acostados en la cama de él, después de terminar de ver una película, cuando David le dijo:

—Quédate a dormir.

—No. ¿Qué pensará tu mamá? Desde el lunes me he quedado como tres veces. Además, ya no sé qué pretexto poner en mi casa. En esta semana me

quedé a dormir en casa de «una amiga», en tres ocasiones, para «estudiar para exámenes». Mañana tengo clases.

—Te llevo temprano a la universidad antes de irme al trabajo.

—No tengo mis libros.

—Paula puede compartir contigo, como otras veces.

—No creas que le caes tan bien.

—Anda, quédate. Ya estamos tan cómodos aquí y me lo debes: yo te acompañé cuando presentaste ese parcial que te tenía los nervios de punta. Están por darme los resultados del concurso. Puede ser mañana o en unos días; todo depende de qué tan reñido sea. Tienes que resarcirme; estoy ansioso — dijo mientras la cobijaba en su pecho.

—No quiero. —Le soltó ese hermoso «No» que significaba «Sí».

—Quédate, corazón. Quiero que durmamos abrazados; tú me haces mucho bien.

La comenzó a besar y a convencer. David estiró la mano hacia su mesita de noche. Ella sabía lo que hacía: estaba buscando un preservativo.

—Carajo, creo que se terminaron —se lamentó él.

—¿Estás bromeando? Si tenías muchísimos.

—Saca cuentas.

—Yo no tengo ninguno —le dijo ella.

—No me hagas salir ahora a buscar un condón; son las once de la noche. ¿Cuántos meses llevamos saliendo? Casi diez. Ya podemos dar el siguiente paso: hacer el amor sin protección. —Marcela se viró hacia el otro lado mientras pensaba; él no desaprovechó la oportunidad y le recorrió la espalda con sus labios.

—Frena, David.

—Ya te enseñé la prueba de VIH que me practiqué. ¿Qué más quieres? —le susurró al oído sin parar.

—No me cuido con ningún otro medio anticonceptivo. No quiero quedar embarazada.

—Eso tiene solución: lo puedo sacar cuando llegue al final —le dijo sin dejar de recorrerle el cuerpo con sus besos.

—Sé de chicas que se han embarazado con el líquido preseminal.

—Marce, me vuelves loco con tantas barreras que te pones a ti misma. Esa es una probabilidad bajísima —le dijo David, luego de emitir un suspiro—. Vive, corazón. No se puede andar por la vida como si todos los caminos estuvieran cubiertos de espinas.

—¿Eso crees de mí? —le preguntó indignada. Intentó ponerse de pie dispuesta a marcharse.

—No —dijo y la regresó al lecho, la abrazó con fuerzas por la espalda para no dejarla escapar.

—¡Suéltame! —gimió con deseos de entregarle nuevamente su piel.

—¡Nunca!

David la tomó con dulzura y la giró para que quedaran frente a frente. La miró a los ojos con cara de cachorro suplicante. Marcela intentó negarse, pero él se lanzó a sus labios sin permitirle frenar la emboscada. Marcela sintió que se deshacía por dentro cuando sus bocas hicieron contacto. Su lengua se introdujo muy profundo en su cavidad oral; quería explorarla completa. Ella no se quedó atrás y permitió que su lengua también le diera placer. David terminó de desnudarse y, luego, la giró de espaldas a él, extasiado con su delicada silueta. Comenzó a quitarle, una a una, las piezas que la vestían para observar cómo la línea de su espalda terminaba hacia al sur en una curva que lo hacía sucumbir de la manera más violenta. Le separó las piernas y, mientras ella permanecía expectante, le acarició y le besó cada parte de su cuerpo, y ella se iluminó por dentro.

David le giró levemente el rostro para poder mirarla a los ojos; volvió a subir hasta su boca, le susurró su nombre y cuánto la deseaba. Le mordió uno de los labios y le clavó muy profundo la mirada. Aún se veían a los ojos cuando él entró en su cuerpo desde atrás y comenzó a embestirla muy dulcemente para alargar el encuentro. Gimieron desesperados, moviéndose el

uno contra el otro, y —en algún punto— dejaron de tener sexo y entregaron un trozo de su alma. Comenzaron a hacer el amor de manera desbordante, siendo las embestidas cada vez más impetuosas. Ella ya no tenía intención de poner ninguna resistencia, porque ya no se pertenecía en ese momento; David era su dueño, al menos aquella noche. Marcela entregó todo. Por un instante, olvidó que él quería un extraño lazo de amistad con derechos y que ella iba a estar con él hasta que se fuera y punto; incluso él también desterró esa idea y la poseyó como si no hubiera un final.

—Te necesito tanto como al aire que respiro, te quiero mía para siempre — le dijo en un aullido tormentoso y gutural—. ¿Eres mía?

Ella lo miró con ganas de gritarle que sí, mientras se sentía ir por dentro, pero no se atrevió a articularlo. Había jurado no enamorarse.

—Ahora no. No hables, por favor —pidió apenas sin aliento.

—Déjame correrme dentro. Saca cuentas; no estás en días fértiles.

—No recuerdo, ahora no puedo concentrarme.

—La probabilidad es tan baja —dijo sin dejar de empotrarla sumamente excitado—. Nunca me habías dejado sentirte así, mi sexo desnudo dentro del tuyo. Nena, se siente tan bien; me hace quererte para siempre así conmigo. Estoy a punto; no me lo niegues.

—David, ¿qué me pides? —murmuró mientras jadeaba, apenas sin aire.

—No soporto la idea de otro hombre rondándote. Quiero que seas mía, solo mía.

Lo apretó con sus piernas para darle a entender que no lo dejaría salir cuando se acercara el final. Aquella súplica del hombre al que amaba entró en Marcela muy profundo, terminó por arrebatarse un orgasmo, uno que vino al unísono de la prominente descarga de él en su vientre. Se sacudieron, desbordados de placer, hasta quedar completamente satisfechos. Terminaron exhaustos y continuaron abrazados un rato.

Él fue el primero en romper el silencio mientras se recuperaban. Marcela lo escuchó hablar.

—Si me tengo que ir, ¿me esperarías hasta que regrese de España? —Ella no le respondió nada, pero le gustó escucharlo y se pegó más al cuerpo de David—. ¿Me engañarías con otro? —preguntó él en un impulso.

—El día que esté con otro, ten la seguridad de que será porque ya te habré olvidado. Yo no sé hacer eso, David; eso que tú y Sandra hacen. Yo estoy contigo sin pensarlo demasiado porque, si reflexiono en lo que tenemos, ya habría desaparecido. La verdad, no quiero hablar de lo que seguirá, menos esta noche, que fui más lejos de lo que me había propuesto.

El nombre de ella vino a sus cabezas de inmediato.

—Sandra —dijo él y pareció recobrase de sí mismo.

«Sandra existe; ya no me acordaba de ella», pensó Marcela y no pudo evitar quedar muy seria.

En el tiempo que llevaban juntos, se había hablado de cariño, de deseo, de atracción; hasta se habían confesado que se necesitaban. Pero sobre el amor nadie había mencionado una palabra.

—Tengo miedo de necesitarte demasiado —le confesó, la apretó entre sus brazos.

—No toques el tema.

—Siempre me frenas; tenemos que hablarlo.

Marcela se sentía tan feliz que se había olvidado de aquella tercera persona que formaba parte de sus vidas. Prefirió que así quedara por el momento. Lo dejaron atrás, siguieron adelante con lo que tenían.

Capítulo 8

Noviembre 2015, y no solo eran dos

El sonido del móvil se escuchaba a lo lejos; Marcela lo confundió con la alarma y estiró la mano para detenerla. Cuando logró desperezarse, observó a David de pie, desnudo, tan exquisito como un cuadro erótico del más exigente pintor, con las manos apoyadas en el alféizar de la ventana, de donde se observaba La Habana amaneciendo a sus espaldas. Él hablaba con alguien a través del teléfono. Le dio privacidad y se metió en el baño de la habitación; era normal que de su trabajo hablaran a todas horas, así que no le llamó la atención.

Aún adormilada abrió el agua caliente y dejó que le recorriera el cuerpo; tomó el jabón y acarició con él cada zona de su piel. Bañarse era un ritual que adoraba y que la relajaba por completo. Unos pasos afuera la hicieron ponerse en alerta. David se coló por detrás y la atrapó entre sus fuertes brazos; se sumergió junto a ella bajo el agua tibia, que terminó de elevarle la temperatura a ambos. La tomó en sus brazos y la apoyó sobre la pared, mientras el líquido incoloro seguía inundándolos. La abrazó hasta que se fundieron más allá de la anatomía. Marcela sintió cada célula vibrante; estaba perdida, enamorada de ese hombre, que sabía cómo arrebatársela con una caricia. Sus bocas se estrellaron una contra otra estrepitosamente, sin dejar ni un pequeño orificio por donde pudiera colarse el aire. La degustó con prisas, con desespero, con ansias locas de poseerla, y ella se dejó arrasarse entera. Él era experto en cada

punto sensible y adoraba dejarla expectante, aguardando su embiste, lista para ser poseída. La tomó a la primera, intensa y profundamente. Ella cerró los ojos y lo acompañó en cada movimiento, hasta que se perdieron él uno al otro al llegar a la cúspide.

Tras recuperarse de ser amada con ímpetu, terminó de vestirse con una sonrisa de satisfacción en los labios. Él la recibió con el desayuno en el comedor. Marcela bebió el jugo de naranja recién exprimido, aún plena, y luego mordió una succulenta rebanada de mango. Era la gloria. Después reposó la mirada sobre el sensual rostro de su amante y descubrió su seriedad; eso la puso sobre alerta. Su sonrisa había desaparecido de un instante a otro; se lo veía pensativo.

—¿Te pasa algo? ¿Son los resultados? ¿Te llamaron para decirte que no fuiste seleccionado para el viaje?

—No, corazón. Vamos, te llevo a la universidad. Se nos hará tarde.

—Culpa tuya, que no me das respiro —jugó para animarlo. Él soltó una risita, pero no fue tan efusivo como acostumbraba.

Rodaron en la pantera negra, por Carlos III e Infanta, con rumbo a la colina universitaria, y la inquietud de Marcela subía a la par de la seriedad de él.

—Desde que recibiste esa llamada, solo me miras y no te atreves a abrir la boca. ¿Hay algo que pueda hacer para animarte? —indagó en cuanto la moto se detuvo frente a los escalones de la Facultad de Derecho.

—No puedo aguantar más, tengo que decírtelo. Ella... regresa en unos días; sucedió de improviso.

—¿Era Sandra al teléfono? —Fue lo único que atinó a preguntar Marcela.

—Necesito tiempo para arreglarlo —se atrevió a pedirlo.

—¿Tiempo? ¿Para resolverlo todo con una persona que te ha engañado? ¡Ah, no, perdón, que no te ha engañado! Ustedes no tienen secretos. Me aseguraste que te irías a España y que no se volverían a ver.

—Así era en un principio; ella adelantó su regreso. Dame un par de semanas, corazón. Seguiré viéndote, aunque no sea igual. Entiende que una

relación de tantos años no puedo deshacerla en un día.

—¿Qué diablos estás diciendo? —preguntó estupefacta y herida.

—Marce, lo quise hablar contigo mil veces.

—Vete de inmediato. Para ahorrarnos dificultades a ambos, cuando dobles en la esquina, habremos terminado —dijo Marcela y sintió que, metafóricamente, se le detuvo el corazón.

—No es lo que quiero. Dame tiempo.

—No puedo. Además, solo somos amigos; recuerda que tú lo propusiste. La presencia de ella sería demasiado. Sabes que prefiero no hablar del tema, pero una cosa es que esté a miles de kilómetros de distancia, al punto de que se me olvide que existe, y otra es una situación que no me interesa mantener. ¿Tiempo? Ni siquiera la conozco. No he escuchado su versión de la historia. ¿Y si el canalla eres tú?

—Marce, no te pases. ¡Cálmate y hablemos civilizadamente!

—No quiero lastimar a nadie. Me encantaría continuar con esto que tenemos, aunque siguiéramos con este tipo de amistad atípica que me has propuesto y que he aceptado... Pero con ella aquí, no lo haré. Retoma tus cosas con Sandra; lo nuestro se acabó.

—¿Estás segura? —preguntó él.

—Puedes apostar. ¡Maldito infeliz! ¡Estás deseoso de correr a sus brazos! ¿Por eso me tomaste en el baño con tantas ganas? ¿Te estabas despidiendo? Sabías que no lo iba a aguantar.

—Marcela, no te metas cosas en la cabeza. No quiero dejar de verte. Busquemos una solución.

—Se te nota demasiado que estás loco por correr a recibirla. Parece que se te hubiese escapado el alma. Aún la quieres. ¡Márchate!

—Te hablaré por teléfono.

—No te atrevas. Ni llamadas ni visitas. Adiós.

Efectivamente, cuando David dobló en la siguiente esquina, ni siquiera se quedó observándolo hasta que se desdibujara su silueta en el horizonte, pero

sintió un vacío indescriptible. Mientras él se alejaba, Marcela se volteó de espaldas y permaneció en silencio. Él no hizo más por llegar a un entendimiento, y ella lo tomó como la cruel despedida que David había propiciado.

De antemano, su vida volvía a la quietud y a la rutina habitual; fue un final abrupto. Los días ya no fueron los mismos. Su casa le resultaba más solitaria que de costumbre, las tardes eran más agobiantes, las madrugadas carecían de objetivo, porque dormir sería imposible para ella. Pensar enredada en el insomnio sería su mayor castigo por creer que podía ser dueña de las circunstancias, por haber ido en contra de sus convicciones.

Paula la llamaba la «consejera» a ella, que había sucumbido ante la más simple de las tentaciones, la que su amiga le había intentado advertir. Consejera porque lo veía todo desde su cárcel de cristal, como una espectadora que tiene el poder de ver a los participantes, de analizar, de juzgar, pero que nunca ha vivido en carne propia el sufrimiento, y brinda un consejo lleno de irrealidad. Ahora lo veía todo claro. Para David había sido lo que Paula le había mencionado: solo un entretenimiento en lo que su novia regresaba. Claro que a Paula no le había dicho que David tenía novia; esa parte se la había reservado.

«Por eso Paula intentó separarme de él; mi amiga conoce mis debilidades. Trató de evitarme otro dolor, sabía que me enamoraría. Quería alejarme, pero para mí era demasiado tarde; ya estaba enamorada. Si seré ingenua. ¿Quién se enamora con una mirada? Mis sentimientos eran como pelotas en un cuarto cerrado que, rebotando, llegaban siempre al mismo lugar. No lo podía comprender. Yo misma había colocado la venda delante de mis ojos», escribió Marcela, en su libreta de notas, lo que concluyó para sus adentros.

Marcela cerró el cuaderno. Intentó dejar atrás el recuerdo, con las mejillas surcadas en carne viva por la huella de las escurridizas lágrimas que no se

acababan jamás.

Capítulo 9

Noviembre 2015

«¿Cómo se les hace tan fácil a algunos hombres embaucarnos, y a algunas mujeres creerles? ¡David!», esbozaron sus labios mientras se acariciaba la panza, que apenas sobresalía de su cuerpo, y cesaba de pensar en él. Claro, él rehusó del condón y ella se dejó llevar a sabiendas de las consecuencias. ¿Quién era culpable? Aún no se le notaba el embarazo y ya estaba sufriendo por las explicaciones que otros pedirían y que ella se negaba a dar. No era un hijo programado pero sí deseado porque siempre había soñado con ser madre. Amó a su hijo desde que supo que estaba en su vientre.

Cuando descubrió que estaba embarazada, después de someterse a los análisis previos, la doctora le había advertido que no se encontraba físicamente apta para practicarse una aspiración de pocas semanas. Aquella noticia le alegró; no era partidaria del aborto y tenía el pretexto perfecto ante una posible decisión que tomaran sus padres. Lo más difícil sería decírselo a estos. Diría que ella se había protegido, que los métodos anticonceptivos habían fallado; asumía su responsabilidad tal cual. Obviaría que una noche se había dejado atrapar entre las caricias de un hombre que le había propuesto una relación informal. Negaría que había sido susceptible y que no había podido frenar cuando David le recorrió cada palmo de su piel con sus besos. Borraría de su mente, para no tener que defenderse, el hecho de acceder a entregar su cuerpo sin ninguna protección.

El plan de Marcela parecía perfecto, salvo que sería una carga para otros, y ella no quería. Agradeció estar en el último año de la carrera para independizarse lo antes posible.

Los meses que pasó al lado de David se extinguieron; hacía semanas que no lo veía ni que tenía noticias suyas. Comenzó a perder las esperanzas de que eso sucediera. Vio el teléfono, a escasos pasos suyos, y se preguntó si debía comunicarle lo que estaba ocurriendo o no. Odiaba ser ella la que acortara la brecha y más para dar una noticia que era mejor soltarla de frente. Se abstuvo, por orgullo y por dolor.

Finalizó el mes de noviembre. En la facultad, el curso había empezado hacía tres meses, y ya se les hacía rutinario a los estudiantes acudir a recibir las clases. En la sección matutina, estaban el primer, el segundo y el quinto año; los restantes, por la tarde. Eran las ocho de la mañana cuando Marcela llegó a la universidad; faltaban quince minutos para que empezara el turno de clases. Paula sabía de su estado y había sido tan comprensiva que ni siquiera le había mencionado la tan odiada frase «Te lo advertí». Marcela se sentó en un banco del parque junto a esta y a Lucas. A su alrededor todos se reunían en grupos de diferentes números.

Sola, en otra banca, permanecía Amanda, la chica de la otra vez; parecía aletargada en sus pensamientos. Marcela la observó y le extendió la mano para saludarla.

—¿De dónde la conoces? —preguntó Lucas asombrado.

—De aquí —dijo Marcela.

—Es extraño. Ella no es muy sociable.

—¿La conoces?

—Está en mi aula. Pobre, la madre falleció hace poco.

Cuando Lucas le contó más al respecto, Marcela sintió pena por la muchacha. Amanda se veía medio vulnerable, nerviosa y solitaria. Marcela

decidió acercarse.

—Hola, Amanda, nos vemos aquí también. La otra vez desapareciste de la consulta —le dijo.

—¿Te lo vas a dejar? —preguntó la aludida, a lo que Marcela asintió—. Qué bueno para ti, que vas en quinto. Si yo estuviera en el último año, haría lo mismo pero, si quiero terminar mi carrera, no puedo.

—Te voy a dar mi número de teléfono. Si necesitas algún libro que te explique alguna materia, o simplemente hablar, llámame.

Cuando llegó la hora de salida, Paula y Marcela estaban en el semáforo en el que cada día esperaban un auto que las llevara a sus casas. Amanda pasó por allí. Marcela, con amabilidad, la invitó a que se fueran juntas. Amanda trató de rehusarse pero, tras la insistencia de las otras dos, no le quedó más remedio que acompañarlas.

—Realmente no voy para la casa, voy para la Biblioteca Nacional. Tengo una tarea que terminar —dijo Amanda.

—Te hace camino; puedes quedarte en la plaza y caminas —sugirió Marcela.

—Claro —aceptó Amanda.

Llevaban largo rato esperando sin éxito. Paula, impaciente, comentó:

—Si en este cambio de luces no nos vamos, voy a sentir mi orgullo herido.

—¡Parece que les doy mala suerte, chicas! Mejor las dejo. Me voy caminando; no es mucho —dijo Amanda resignada y se dispuso a despedirse.

—¡Qué va! ¡Si peor hemos estado! —reveló Paula.

Desesperadas no notaron que se les acercaba un auto blanco que, al pasarles por delante, se detuvo.

—¿Marcos? —preguntó Marcela y saludó con cariño al mejor amigo de

David—. ¿Nos vas a llevar?

—Solo si van hasta Varadero —dijo riendo el joven rubio de cabello largo, mientras todas se subían y él ponía el carro en marcha.

—¡Qué bueno que Dios te trajo por este camino! —exclamó Paula sonriendo. Sabía cómo a aquel le molestaban sus comentarios hilarantes—. Marcos es buen cristiano —añadió para mantener a Amanda en la conversación—. ¿Hoy es tu día de caridad?

—No te haré caso.

—Lo digo porque vamos para lugares diferentes. Así que, primero, llevamos a Amanda y, luego, nos vamos a casa de Marcela para ver una película.

—¡De acuerdo! Ustedes creen que no tengo qué hacer. Disfruten de la vida de estudiantes, ¿eh?, que eso se acaba. —Marcos sonrió y, volviéndose a Amanda, agregó—: Si quieres, puedes venir con nosotros a pasar el rato y, luego, te llevo a tu casa.

—No puedo demorarme —se justificó Amanda.

—¿Y mañana? —Él insistió.

Marcela y Paula se miraron a la par al darse cuenta de que la chica había causado una rotunda impresión en el mejor amigo de David. Le suplicaron a Amanda para que los acompañara, pero ella continuó negándose. Para darle otro giro a la conversación, Marcos preguntó:

—¿Y qué película veremos?

—*Esperando a la cigüeña* —respondió Paula, quien reía a carcajadas. Realmente solo a ella le hizo gracia. Marcos no entendió el chiste; Marcela casi se la come con la vista, y Amanda se puso más nerviosa aún—. No es cierto; decidiremos cuando lleguemos.

—Solo te ríes tú, ¿no? —Marcos, divertido por su picardía, increpó a Paula. Luego se dirigió a Amanda y añadió—: ¿Por dónde la llevo, señorita? —La ironía del tono de su voz era una treta más para lograr una sonrisa de la chica.

—Aquí mismo está bien —resolvió Amanda, y no habían avanzado mucho.

—Puedo llevarla hasta la puerta de su casa —insistió Marcos, ansioso por conocer su dirección.

—Hasta aquí llego —agregó.

Los tres se quedaron boquiabiertos al verla abrir la portezuela con el automóvil en movimiento. Su comportamiento no era normal; daba la impresión de que se ocultaba de alguien. Marcos detuvo el auto; ella se bajó y se despidió con nerviosismo. Todos terminaron con las palabras en la punta de la lengua.

«Pobre chica, tiene la novedad de la madre y, encima, queda embarazada estando en el segundo año de la carrera», pensó Marcela y añadió:

—¡Que nadie se atreva a hacer un comentario sobre Amanda! Ella tiene muchos problemas, y no seré yo quien se los cuente. Así que déjenla tranquila.

Capítulo 10

El noviembre de Amanda

Amanda siguió caminando diez largas cuadras debajo del ardiente sol. Al llegar exhausta, se detuvo tres cuadras antes de la casa de su novio, justo ante un teléfono público, de donde llamó a Arturo. Se sentó a esperarlo en el banco de un parque. No se presentaba en su casa porque aún no conocía a los padres de su pareja; no habían sido presentados formalmente. La madre de este creía que lo mejor era no llevar ninguna novia a la casa hasta que no fuera con la que llegara al matrimonio. La intención de la señora era evitar «confusiones». Había impuesto un requisito: que solo conocería a su futura nuera cuando ya estuviera fijada la fecha de la boda. Amanda no estaba de acuerdo con esa teoría, pero trataba de sobrellevarla. Arturo y ella llevaban dos años de relación, creían que era muy pronto para pensar en casarse, más teniendo en cuenta que ambos estaban cursando estudios universitarios, así que se acostumbraron a tolerar la imposición.

En los últimos meses, la relación de Amanda y su novio se les había hecho insostenible; con precisión, desde que la madre de Amanda había fallecido y ella había quedado sola. Arturo, en su afán de protegerla, había confundido las cosas y se comportaba como si fuera su dueño. Se había transformado en otro hombre, desconfiaba de ella y si, por casualidad, a Laura —la madre de él— se le antojaba lo más mínimo, siempre era Amanda la que tenía que tolerar alguna excusa inverosímil. Por toda esta situación, se la pasaban discutiendo;

ella le reclamaba más dedicación, y él se desesperaba. La más débil era la que terminaba sufriendo; él se las arreglaba para tener siempre la razón. Y a pesar de los sinsabores, seguía empeñada en salvar aquella unión, que solo le aportaba angustia. Luchaba para no renunciar al dolor que no podía arrancarse de adentro.

Cuando Arturo llegó, la envolvió en sus brazos protectores y la besó en la frente; ella quedó como conejillo de laboratorio, expectante y tembloroso. Arturo causaba ese efecto en las mujeres. A pesar de su juventud, derrochaba masculinidad; incluso, mujeres de treinta y cuarenta años no eran inmunes a sus encantos. Alto, de espaldas anchas, cabello castaño, rostro con perfil griego y mirada de amo, evocaba la fantasía del profesor con una regla gigante, dispuesto a azotar al que no siguiera sus normas. Amanda parecía la alumna inocente que, sin quererlo, siempre reprobaba la lección y le traía al indignado maestro una jugosa manzana para evadir el castigo. Conversaron un rato y Amanda lo invitó a cenar en su casa aquella noche. Estaba buscando el momento propicio para darle la noticia de su embarazo, aunque ya había tomado la decisión de no tenerlo.

—Sabes que no puedo. Mamá tiene sus costumbres, y la cena en casa es sagrada —murmuró con el ceño fruncido.

—Es que pensé que podíamos ir al cine y, después, a mi casa —dijo ella.

—No empieces, sabes que me gusta tomar la iniciativa. Por algo soy el hombre, ¿no?

«Y además de todo, se está volviendo machista», pensó Amanda.

Él no entendía que su compañía era un alivio para Amanda, quien —desde la muerte de su madre— vivía sola porque su familia no era muy extensa. Por parte de madre, solo tenía una prima segunda que vivía cerca de ella, pero que tenía sus propios problemas. El padre de Amanda residía en Alemania, desde que ella había tenido ocho años, y aquello la había distanciado de su familia

paterna. En todo el tiempo que llevaban separados, Amanda y su padre, hasta sus actuales dieciocho años, lo poco que sabía de él era el depósito que hacía en su cuenta bancaria y alguna escasa llamada telefónica para reconfortarla tras la pérdida de su madre. Él tenía otros hijos y otra esposa.

Arturo accedió, tras su mirada insistente, y la acompañó a su casa. No podía resistirse a sus demandas y es que, aunque era duro y le costaba reconocerlo, estaba loco por ella. Podían lastimarse con mil palabras hirientes pero, cuando cerraban la puerta y dejaban de hablar, sus cuerpos se sincronizaban como dos metales ardientes. No demoró en desnudarla y hacerla suya, una vez más, hasta terminar complacido y exhausto; cuando ella lo abrazó para demandar su calor, mientras se reponían del intenso embiste, el miró el reloj y se apresuró en su huida. Se fue a las seis en punto y Amanda se quedó más sola y desesperada que al principio. Notaba que las cosas estaban tomando un rumbo complicado y tenía miedo. Tomó el teléfono en sus manos, necesitaba hablar con alguien que pudiera entenderla; recordó su reducida lista de amigas y se culpó por ello. Se había olvidado de ellas por estar al pendiente de Arturo. Con temor de no ser bien aceptada, marcó el número de Marcela, quien la recibió con inesperada alegría, y hablaron durante largo rato.

Capítulo 11

Noviembre brutal

El tiempo sin ver a David se extendió. Marcela la había pasado mal, sobre todo por aquel secreto que guardaba. Temía que él, de saberlo, le pidiera abortar. Por lo poco que había conocido de él, en el corto tiempo que estuvieron juntos, pudo evidenciar que sus intereses personales estaban por encima de una paternidad no programada. Al cabo del tiempo, sin noticias y sin tomar una decisión, sobre hacerlo partícipe de su estado o no, se sentó en un sillón a reflexionar al respecto. Estaba en su casa, a solas con su abuela, cuando sintió afuera el frenazo de un auto. Marcela se asomó asustada y tembló al comprobar que era David. Colapsó su certeza de no verlo nunca más; tenerlo en frente borró de golpe todo su resentimiento, todo su coraje. Disfrazó su desconcierto con una fingida indiferencia y aquietó todas las esperanzas que revoloteaban en su interior.

—Pensé que te alegrarías al verme —expuso él como si la última vez que se hubieran visto hubiese sido ayer.

—Y lo estoy. ¿Qué haces por aquí? —preguntó ella, quien intentó mantenerse distante.

—Premiaron mi artículo y quería compartirlo contigo.

—¿De veras? Te felicito. Tienes el puesto que tanto querías. Entonces, es seguro que te vas a trabajar a España. —Intentó alegrarse por él. Las defensas de Marcela se quebraron ante la naturalidad de David, que parecía obviar

cuánto la hería.

—Sí. Aquí lo traigo, quiero mostrártelo para que me des tu opinión. ¿Puedo leerlo?

Marcela quiso preguntarle por Sandra, pero no se atrevió. Leyeron. Ella no podía concentrarse en las frases que él compartía; solo podía reparar en David y en sus labios trémulos mientras los abría y los cerraba para pronunciar cada palabra. Lo vio tan desequilibrado emocionalmente que culpó a su supuesta novia por ello. Supuso que era una fiebre para él. De lejos, lo lastimaba, pero lo podía controlar; de cerca, era indescriptible el desorden que le ocasionaba dentro. David la tomó de las manos y ella sintió las de él temblorosas. Lo vio ojeroso, con la barba de tres días, tan diferente al hombre seguro al que estaba acostumbrada.

David tragó en seco y no siguió disimulando —no había venido por el artículo—, y le soltó:

—¿Puedo pasarte a buscar mañana después de clases? Me gustaría que almorzáramos y habláramos.

—Si así lo quieres, puedes, pero nada va a cambiar entre nosotros —dijo sintiéndose presa del vértigo y de sus palabras.

Lo que más deseaba era volver a verlo, saber que estaban juntos y que podía contar con él; por eso aceptó su propuesta. Al siguiente día, aguardaba la cita anhelando que su deseo trasmutara en convicción y que él la amara. Las horas comenzaron a pasar y, a cada minuto, sentía que una espina se le clavaba en el estómago. Trató de calmarse. Se entretuvo escribiendo en una hoja que había arrancado de una libreta, liberando su angustia en cada palabra. En esas estaba cuando una sombra le quitó la visibilidad. Alzó la vista, con la esperanza de ver a David, y se topó con el dueño de sus antiguos desvelos.

Marcela se puso en pie ante Miguel, su exnovio; se olvidó de la hoja, que fue a parar a la base del banco. Él era la última persona que hubiera deseado

ver en ese instante. Vestía como todo un fiscal; le daba un aire sofisticado y sensual. En otro momento, verlo tan seguro, con su hermoso pelo oscuro — perfectamente peinado— y con su dentadura blanca, la hubiera descolocado; se sorprendía de no sentir absolutamente nada. Miguel le hizo una seña con la mano, como si nada hubiera pasado, como si aún fueran amigos. Marcela pensó que negarle el saludo sería inmaduro de su parte. Intentó ser educada, aunque habían terminado en muy malos términos, y las últimas palabras de ambos habían sido agresiones mutuas disfrazadas de un intento —por parte de cada uno— de ponerse a salvo. Ella le contestó con un movimiento de cabeza para darle a entender que deseaba que la dejara sola.

—¡Qué milagro! Vine por unos trámites y te encuentro aquí en el parque. Parece que fue ayer cuando estuve por última vez en la facultad —dijo él emocionado. Ella agradecía que, en realidad, fuera más de un año.

—Miguel, la verdad estoy ocupada. —Trató de espantarlo.

—Sí, vi que estabas escribiendo. ¿Haciendo tareas? Por suerte, ya me libré de eso. ¿Te puedo invitar un refresco o un café?

—¿Ahora somos amigos? —le preguntó ofendida.

Él constató que ella estaba incómoda con su presencia y no le importó. Siguió insistiendo, pero ni siquiera se imaginaba que ya lo había olvidado. A Marcela le hubiera gustado presumirle que ya tenía un nuevo amor pero, como aquel ‘«uevo amor» tampoco la hacía feliz, no dijo nada. En el pensamiento la joven le dio la razón a Paula y a sus conjeturas; a Marcela le gustaban los problemas o tenía suerte para tropezarse con ellos. Por fortuna, Miguel dejó de insistirle y se fue. Lo que más exacerbaba a Marcela era la seguridad con que se iba, dando por sentado que aquel encuentro incidental la sacudiría interiormente.

Marcela siguió sola, sentada en un banco. Observó a Amanda pasar cerca. La otra chica también la vio y se le acercó.

—Tuve clases hasta muy tarde, ya me voy —dijo Amanda.

—Me alegra verte —le reveló Marcela con sinceridad.

—¿Y ese milagro que no estás con Paula? —le preguntó sin esperar respuesta. Su atención fue acaparada por una hoja escrita en azul que descansaba sobre el suelo—. Parece que se te cayó.

—¡Ah, sí! No tiene importancia. Es parte de una terapia para curar el corazón. Mi psicología personal.

—¿Cómo funciona?

—Le escribes a la hoja como si fuera tu mayor confidente. Sirve para sacar todo lo que tienes atorado dentro. Luego, la desechas muy lejos de ti para que aquello que tanto dolor te ha causado se aparte de tu vida para siempre. Puedes arrugarla con tus manos o romperla en pequeños trozos. Lo que sea, lo que te haga sentir mejor.

—Pobre confidente. ¿Y te ha resultado?

—Por supuesto que no, pero ayuda a desahogarse al menos.

Al escuchar todo aquello, los ojos de Amanda, que reposaban sobre el papel, lo esquivaron de inmediato. Marcela, que la vio, le pidió que lo leyera. Amanda se negó al recordarle que era algo privado.

—Si no lo hubieses encontrado tú, otro lo hubiera estado leyendo. Quiero que me des tu opinión; ni mis propias ideas ni las de Paula me pudieron ayudar. Es posible que me aconsejes algo más razonable.

—¿Yo? —Marcela la animó y Amanda siguió el texto con la mirada.

«Nunca debí entregarme a esta locura con tanta intensidad. He sido la presa de la cacería de un depredador que ha estudiado, con perversa calma, todos mis movimientos para atraparme; o peor aún, me ha capturado un hombre. ¿Cómo podía resistirme si la carnada eran todos mis sueños y añoranzas juntos? La primera vez que intenté desaparecer de su vida, era demasiado tarde; ya me había tirado el lazo al cuello. Me dolía el pecho solo de pensar en él. Llegó el día en que no solo le entregué mi cuerpo, dejé que se apropiara de mi alma, y ese fue mi mayor error. ¿Qué sentí después? ¿Miedo,

curiosidad? ¿Deseo, pasión? ¿Cómo no iba a funcionar la química con perfecta sincronía si se propuso ser lo que yo estaba esperando hacía tiempo? Vivía una ilusión, no había minuto que no tuviera su belleza. No sé cuándo perdí la noción de mi independencia. Me acostumbró a vivir con él cada momento del día, para luego abandonarme y dejarme añorando su presencia. Ahora no me tiene enlazada por el cuello, ahora me tragó el anzuelo y me lo dejó clavado más abajo de la garganta: en el corazón. ¿Resultado?: no se conformó con eso. Aspiró mi espíritu, lo degustó, lo sacó de mi cuerpo con una mirada de adiós. Se lo llevó con él dentro de una botella, la que tal vez, cuando ya no le interese poseer, eche al mar, donde quizás se entierre en las profundidades para siempre», leyó Amanda.

—¡Madre mía! Esto es más que una confesión. Prefiero no decirte nada, porque aquello que hace nacer un sentimiento así, para que sea bello, debería ser eterno —le reveló Amanda.

—Eres la única persona que he escuchado calificar de hermoso al sufrimiento. ¿Y si no hay esa posibilidad?, ¿si simplemente ya no existe? —preguntó Marcela

—Esa botella enterrada en las profundidades del mar volverá a flotar con el tiempo y será encontrada por otro.

—¿Otro? Ya no quiero un tercero en mi vida. Me han tocado dos terribles historias de amor.

—La tercera será la vencida.

Escuchó las palabras de Amanda sin poder desprenderse de aquel dolor agudo que amenazó con despedazarla por dentro. Estaba a punto de marcharse con su nueva amiga cuando lo vio aparecer desesperado.

Lo primero que hizo David fue abrazarla; luego, pedirle disculpas y, por último, contarle el motivo de su demora. Había estado arreglando unos papeles de su trabajo que no podía posponer para después, algo de improvisado.

La agonía de Marcela fue subiéndole del estómago a la garganta y la dejó sin poder decir una palabra. Lo escuchó hablarle mientras ella se tragaba sus miles de interrogantes. El principal, el siguiente: ¿qué había pasado con su novia?

—No aguantaba un día más sin verte, Marce. Me quedé esperando que cambiaras de opinión pero, al ver que ni siquiera te dignabas a hacerme una llamada, ya no pude más. Nosotros no debemos estar separados. ¿No te has dado cuenta? Nos pertenecemos. Mírame a los ojos y asegúrame que no me extrañaste.

Lo miró y tembló. Esa cara de ángel que ponía David cuando quería traspasarla con la mirada y llegar a lo más recóndito de su alma surtía efecto. La desarmaba por dentro. En ese momento en que Marcela se sentía tan vulnerable, en que lo necesitaba porque estaba loca por él y porque su vida estaba por desmoronarse, sus brazos eran el refugio cálido del que no quería escapar. Él se lanzó intempestivamente a sus labios, los besó, los adoró, los mordió suavemente y no les dio tregua. Marcela permitió que la besara, que le robara el aliento, que la acariciara por todo el cuerpo, y no reaccionó hasta la mañana siguiente, cuando amaneció al lado de él, en su cama.

Viendo que el reloj se acercaba a las siete, Marcela aterrizó de repente dentro de su propio cuerpo. Corrió a vestirse, tomó sus libros, y salió a toda prisa sin siquiera despedirse. Se dirigió al semáforo a esperar un auto, para pedirle un aventón que la acercara a la universidad. Mientras aguardaba por el cambio de luz, pensaba: «No puede ser casualidad que David se haya esforzado tanto en obtener ese trabajo en la misma ciudad donde vive su padre. Debe ser muy triste no haberlo conocido nunca». Reconoció que ella, de cierta forma, pondría a su hijo en la misma situación de David, condenado a no conocer a su padre, y aquello la disgustó.

No pudo concentrarse en las clases, tenía una idea fija dándole vueltas en la cabeza. No se había atrevido a comentarle a David de su embarazo, pero eso no podía seguir esperando. Al mediodía, en su casa, seguía impaciente. David

le había dicho que se verían en la noche. Marcela no pudo aguantar más: dejó a su abuela con una excusa apenas creíble, y salió.

Decidida a soltar todo lo que tenía dentro y a enfrentar las consecuencias, Marcela llegó ante la puerta de la casa de David. La madre de este la recibió con su particular hospitalidad, le comunicó que su hijo se encontraba en su habitación. Marcela caminó por el largo corredor, lo descubrió fumando y pensó: «Aparte del cigarro, ¿qué otras cosas de David no he asimilado?». Se sorprendió de sí misma: le iba a dar un hijo a un hombre que no conocía en el fondo. Maldijo la venda de romanticismo sobre sus ojos. «¿Cómo he sido tan insensata?», se reclamó. Ignoraba tantas cosas de David: sus vicios, sus defectos, sus gustos. La imagen falsa que se había construido de él estaba enmarañada entre lo que David quería aparentar y lo que Marcela quería vislumbrar a través de la presencia de aquel hombre. Marcela se enfureció y no con él, sino con ella misma, al darse cuenta de que estaba aferrada a un desconocido. Volcó todo su enojo hacia él.

—¡No sabes que con el cigarro te haces daño! Haz con tu vida lo que quieras, pero respeta la de los demás. El día que tengas un hijo, puede tener problemas de salud por culpa de tu insensatez.

—¿Quién dijo que por ahora pienso ser padre? Aún no está en mis planes —soltó él.

Aquellas fatales palabras... Marcela trató de contener la ira, pero no pudo. Sin decir nada más, se dirigió a la salida con pasos enérgicos.

—Marce, corazón, ¿qué te pasa? ¡Estás sobreactuando! No entiendo por qué exageras. Vamos, si te molesta, no fumo delante de ti —le dijo y la siguió detrás mientras argumentaba miles de explicaciones.

Un taxi oportuno se la llevó y lo dejó sin entender nada.

Capítulo 12

Noviembre 2015 y David

David, en fracciones de segundos, pensó en entrar a su casa, coger las llaves de su auto, e ir en la búsqueda de Marcela, mas no lo hizo. Caminó para tomar un poco de aire; sus pasos lo llevaron hasta la casa de Marcos.

Cuando aquel lo vio entrar por la puerta de su casa, supo que algo no estaba bien, pero prefirió esperar a que su amigo se desahogara. Pasaron varios minutos. David intentó hablar, pero se cortó dos veces antes de emitir una sílaba, por lo que optó por el silencio. Marcos trató de amainar los pensamientos llenos de bruma de su compañero y le comentó:

—Marcela te trae de cabeza. Ves unos ojos bonitos, le ofreces el cielo y la tierra. Tú mismo te complicas.

—No tengo la culpa de ser irresistible —dijo sin poder contener la risa, que amenazaba con convertirse de nuevo en silencio—. Buen maestro tuve.

Marcos sabía que se refería a él, aunque eso formaba parte de su pasado. David no tuvo que decírselo directamente, pero el otro supo que se encontraba en una encrucijada.

—¿No puedes dejar de verla? —le preguntó Marcos.

—No se me sale de la cabeza.

—Me parece maravilloso que te des otra oportunidad y más con una buena muchacha.

—Sabes que mi corazón ya tiene dueña, y eso es historia aparte. Sandra me

dice que viene y, luego, nada. Llevo tiempo esperándola. A Sandra jamás voy a dejarla.

—¡Por supuesto! Haces honor a la frase que dice que el hombre es hijo del maltrato. Sobre todo, por lo «civilizada» —dijo simulando unos cuernos con sus dedos sobre su cabeza— que es la relación de ustedes.

—No puedo exigirle exclusividad porque tampoco le soy fiel.

—Recuerda que, en una relación, el respeto es lo más importante. Si no se estabilizan, lo de ustedes no va a funcionar nunca.

—¿Y crees que no quiero? ¿Piensas que es fácil para mí? Por eso quiero verla, para que hablemos de una vez por todas.

David, sin pedir permiso, sacó uno de los cigarros y se dispuso a encenderlo.

—Preferiría que no lo hicieras adentro. Aquí nadie fuma; debes respetar el ambiente de la casa.

—Disculpa, parece que hoy mis cigarros no han tenido un buen día. Se me olvidaba que, después del regaño de tu madre, te habías vuelto santo —le dijo David.

—Cree lo que quieras. Acuérdate de que me intoxicué con la maldita droga que nos brindaron en aquella fiesta, y casi me muero. Tú estabas ahí, viste lo mal que me puse. Toqué fondo. Ya tenemos edad para sentar cabeza. Desde que dejamos de emborracharnos, de salir hasta tan tarde y de hacer tantas locuras, nos va mejor a los dos.

—Habla por ti. Yo no he salido tanto últimamente porque sin ti no es lo mismo. No veo la lógica en lo que dices. Somos jóvenes, nos la pasábamos tan bien. Ya sentaremos cabeza cuando llegemos a los cuarenta; ahora es el momento de vivir. Hasta un patético cigarro te molesta.

—Di lo que quieras. Tú no tocaste fondo ni sabes lo mal que se siente ver que se te va la vida. David, quisiera ayudarte a tener la paz que he encontrado, pero tú no me dejas.

—Es que yo estoy hecho de otra arcilla.

—Por supuesto que no. Y por eso ahora andas hecho un desastre. ¿Por qué estás aquí?

—Es Marce. Fui a buscarla y regresó a mi lado sin preguntarme nada. Luego desaparece y, cuando vuelvo a verla, parece un huracán furioso contra mí. Me desespera. ¿Por qué son tan complicadas las mujeres?

—A lo mejor esperaba algo más que solo sexo.

—Marce me quiere, pero hay dos cosas que no me convencen.

—Te escucho.

—La primera es que tiene un montón de reglas implícitas de lo correcto y de lo incorrecto que me sofocan.

—¿Y qué más?

—Lo segundo y más importante: aquello por lo que no dejo a Sandra de una vez. Creo que, algún día, Marcela se dará cuenta de que no soy lo suficiente bueno para ella. Estar con Marce ahora está bien; me la paso genial. A futuro no funcionará. Ella es especial; yo soy un jodido perro viejo que ha perdido el sentido de la vida. Cuando me conozca mejor, se va a desencantar; de hecho, ya lo está haciendo. No soy lo suficientemente bueno para ella. Ahora está loca por mí; lo sé. Es pura hormona y está dominada por la dopamina y por otras sustancias; cuando sus neurotransmisores se calmen y vea que no soy ni la mitad de lo que se imagina, me va a desechar y me quedará solo. Sandra me conoce; sabe mis debilidades, mis miedos; me ha soportado, y hemos pasado todo tipo de crisis juntos.

—Al final tú eliges cómo quieres vivir.

—No puedo dejar de ser como soy. No sé tú cómo lo lograste. Una vida con Marcela sería muy complicada, con un montón de expectativas que tiene para nosotros que no sé si quiero cumplir. Sandra sabe qué esperar de mí, lo mismo yo de ella. Con Sandra no tengo que esforzarme para ser mejor persona.

Capítulo 13

Noviembre continúa para Amanda

Amanda estaba, como de costumbre, sola en su casa, a la espera de Paula, quien le hacía la visita con frecuencia. Marcela no la visitaba porque sus problemas sentimentales la absorbían por completo, pero hablaban por teléfono varias horas a la semana. Lo que en realidad había traído un soplo de esperanza a la vida de Amanda eran aquellas dos nuevas amigas, las que se convirtieron en su apoyo. Amanda se había dispuesto a seguir el consejo de Marcela: tomó una hoja y comenzó a escribir sobre todo lo que la agobiaba. Descubrió algo importante: ella se estaba engañando a sí misma.

Leyó sus líneas y verificó que aparecía como única culpable de todas sus desgracias, tratando de justificar a Arturo una y otra vez. Le dolió ser tan ciega. Y sí, ella era la responsable de no terminar ese asunto definitivamente. Respiró hondo y, llenándose de valor, continuó plasmando su sinceridad en la hoja de papel, que no la juzgaría ni le reclamaría. Comprendió que su culpabilidad venía presidida de la palabra *permitir*: era similar a lo que en Derecho se conoce como delito de omisión. Tomó la hoja y la sumergió debajo del escuálido chorro de agua del fregadero. Observó la tinta desteñirse, resistiendo a borrarse por completo. Cerró la llave de golpe.

«Desde el primer día que lo vi, lo idealicé. Su parte física me resultó demasiado atractiva. Aún no olvido el momento aquel en que él bajó los escalones de la Facultad de Matemáticas. En aquella época, que podría

asemejarse a la primavera por la necesidad de mi corazón por encontrar pareja, lo más importante para mí era el amor. Cuando comenzamos a tratarnos, descubrí que su interior no resultó con las características que yo le había atribuido, porque él tenía su propia personalidad, la que yo no había tenido la precaución de conocer. Nos hicimos novios muy pronto. Meses después, chocando de frente y bien duro con las consecuencias que impone enamorarse —sin saber, en realidad, de quién—, empecé a arrepentirme. A la hora de amar, resultó ser todo lo romántico y apasionado que había imaginado, pero mi convivencia con él se tornó funesta. Cada día todo empeora. Ahora nunca tiene tiempo para estar conmigo. Tiene otras prioridades, mientras yo sigo amarrada a esta necesidad de tenerlo, que está acabando conmigo. A Arturo le falta dominio sobre sí mismo, sobre su voluntad; todo por causa de una tercera persona que influye negativamente en nuestra relación, y no me refiero a la “otra”, como se llama a la amante. Esa mujer es su madre, la que tiene un doble papel en su vida, difícil de superar: el de esclava y el de dueña. Ella, con su sobreprotección y con su inadecuada forma de educar, convirtió a su hijo en un ser inseguro, lleno de defectos que no terminaría de enumerar y que pueden resumirse en una palabra, la cual no fue pensada para un adulto, pero le viene como anillo al dedo: Arturo no es más que un malcriado.

»“Tan lindo por fuera y tan malo por dentro”, fue el pensamiento que me vino a la cabeza cuando me harté de la manera en que he dejado que me trate. No sé por qué sigo enamorada de él si ya sé todas estas cosas. Quisiera que fuera más fácil poder entrar en razón, como tomarse una medicina o...», leyó y lloró.

Tres toques en la puerta la devolvieron a la realidad. Se levantó y dejó la hoja sobre la barra. Era Paula, que imaginó que, por ser domingo, Amanda estaría sola y se ofreció a hacerle compañía. La recién llegada se dirigió hacia la cocina para colocar un recipiente con arroz con leche que le obsequió su madre para Amanda. Al ver el escrito mojado, lo volteó al revés para que su amiga notara que su intención no era ser indiscreta.

—¿Te contagiaste de Marcela? Ahora también escribes.

—Un poco. Me aconsejó el método para alejar las preocupaciones.

—No creo que dé resultado; ni a ella misma le ha funcionado. Son letras de agua; es como llorar. Lloran y lloran, escriben y escriben, pero el problema sigue ahí.

—Últimamente estoy tan confundida —admitió Amanda.

—¿Por qué no dejas a Arturo de una vez?

Amanda se quedó muda, le hizo aquella misma pregunta a su consciente y no encontró la respuesta. Continuó unos segundos sin decir nada ante la mirada inquisitiva de Paula, que ya sabía por ella los pormenores de la situación. Sin saber qué responder, Amanda abrió los labios para dejar escapar un pretexto.

—Por mi embarazo.

—Él no ha terminado de madurar. No solo tendrás que cuidar a un niño, sino a dos.

—Estoy sola. No tengo a nadie que más a él.

—No seguiré insistiéndote. Me duele que, con apenas dieciocho años, tengas que enfrentarte a tantas dificultades, más otras que vendrán después, con el nacimiento de tu hijo. Mejor que eso, a mi manera de ser, trataré de darte ánimos. Tienes que ser fuerte, Amanda. No sufras al lado de alguien que, aunque diga que te ama, no te lo demuestra. Estás comenzando a vivir, tienes toda la vida por delante. Puedes aspirar a alguien mejor; eres joven, bonita, inteligente...

—Y con un hijo.

—Y con un niño maravilloso que será tu príncipe, tu compañero, tu familia.

Fueron interrumpidas por alguien que llamaba insistentemente a la puerta; por lo fuerte que lo hacía, podría asegurarse de que era el dueño de la casa. Amanda envolvió en un puño la hoja de papel chorreante y se la entregó a su amiga. Paula, terminando de exprimirla, la guardó en un bolsillo y le pidió

explicaciones de su proceder. Amanda dejó a Paula con la palabra en la boca y corrió a abrirle la puerta a Arturo, que había llegado de improviso. La mirada interrogante de este incomodó a Paula, la que expresó que ya se disponía a irse. Él no disimuló su asombro y su descontento por aquella visita.

Cuando Paula se hubo marchado, Amanda le reprochó a Arturo por su comportamiento delante de su amiga. Él, fingiéndose aún más incómodo que ella misma, le reiteró que no le agradaban las visitas inesperadas. Amanda, sin valor para decírselo, se preguntaba desde cuándo él tenía la facultad de disponer quién la visitaba o no. Mas eso no fue nada comparado con la revelación que luego le hizo Arturo.

—Tampoco me agradan tus nuevas amigas pero, como eres mayor de edad, no puedo entrometerme.

—Son muy amables conmigo —dijo ella.

—Para ellas, sus intenciones pueden ser buenas, pero eso no quiere decir que te convengan.

—¿Piensas que pueden influir en mi forma de pensar? ¡Es el colmo!

—¿Ves? No te das cuenta de que influyen negativamente en ti. Solo falta que empieces a comportarte como ellas: con demasiada libertad —agregó dándole a entender que nadie más que él tenía la razón.

Amanda trató de hacer caso omiso. Si seguía sumando, concluiría en lo mismo de siempre y ella sería la víctima de su incomprensión. Para desviar el tema de la conversación, le preguntó:

—¿Y ese milagro, que viniste? ¿No tenías que acompañar hoy a tu mamá?

—¿Te molesto? ¿Acaso esperabas a otro o pensabas irte de paseo con tu amiguita?

Amanda comprendió que era inútil. Se preguntó por qué él continuaba con aquella relación si ella no llenaba sus expectativas. Tenía el camino libre para buscar a la mujer de sus sueños, a quien no tuviera que estar reclamándole

todo lo que hacía mal durante el día entero. Reflexionó y la conclusión la reconfortó. Creyó en una especie de consuelo infundado, en una respuesta que tejió su mente: que Arturo seguía a su lado porque la amaba demasiado. Pero cuando trató de imaginar ese amor a futuro, Amanda vislumbró una nube gris posándose encima de este. Prefirió dejar solo a Arturo en la sala, mientras él continuaba hablando sin siquiera escucharla. Caminó hacia su habitación para no seguir con la discusión. Arturo, poseído por el cosquilleo que le producía que lo ignorasen, justo cuando más ganas tenía de reñir, siguió detrás de ella sin callarse ni para tomar aire. Amanda, cansada de escucharlo, le dijo en voz baja y calmada:

—No te excedas, Arturo. Sabes que, al decirme eso, me estás ofendiendo. Si piensas que estaba esperando a otro, lesionas mi moral. ¿De veras crees eso de mí?

Él quedó enmudecido. La tranquilidad con que lo tomó Amanda fue el antídoto para su estado de humor. Más calmado le susurró:

—Creo que no debí venir. Es un pésimo momento; estaba enojado con mi padre y salí de inmediato de la casa para no toparme con él.

—¿Volvió a tomar?

—Creo que nunca dejará de hacerlo. Voy para la casa. No debí dejar sola a mamá. Papá no es violento, pero a mi madre no le gusta verlo así, y discuten. ¿Estarás bien?

—Estoy acostumbrada a estar sola.

Capítulo 14

Diciembre 2015

Tres días después, Marcela no había tenido más noticias de David que varias llamadas perdidas en su celular que se negó a responder. El conflicto en su interior, aumentado por las hormonas, se fue sosegando. Terminó de bajar la guardia al comprender que el camino correcto era decirle que esperaban un hijo. Decidida, fue rumbo a la casa de David para decirle lo que estaba ocurriendo. Iba abrumada por un fuerte dolor en el estómago, conocía lo que estaba comenzando a sentir: era miedo a perderlo para siempre. Él había recalcado que en sus planes no estaba ser padre, al menos en su futuro inmediato.

Las inseguras pisadas de Marcela encima de aquellas aceras, que comenzaban a serle familiares, le recordaron que se aproximaba a la casa de David. Movía los pies de forma inconsciente, flotaba en una extraña nebulosa de angustias plasmadas en su destino. Su mirada divagante se tropezó de golpe con una silueta que la hizo sudar frío. Se resquebrajó al ver cómo moría la oportunidad de ser abrigada para siempre por un calor que no le pertenecía. Los miró inusitadamente. No supo si decir algo o si seguir de largo. Sus ojos se quedaron fijos en las manos entrelazadas de aquellos. Era David con una mujer.

Marcela lo notó desconcertado, vio cómo él intentó neutralizar sus propios nervios. Marcela se sintió perdida en medio de aquel turbulento tráfico. Probó

el amargor que queda en la garganta cuando se tragan las lágrimas que no deben salir a la superficie. Sintió el dolor de estómago agudizarse al igual que los sudores. Los oídos comenzaron a zumbarle y la vista se le nubló. Cayó... Lo que en tiempo real fueron apenas segundos para ella fue agobiante y eterno. Abrió los ojos y se encontró en sus reconfortantes y cálidos brazos. Todo se le había borrado, hasta que aquella silueta volvió a colarse en su campo visual. No era una pesadilla.

—¿Estás bien? —le preguntó David tratando de mantenerse sereno y disimulando la familiaridad que los unía. Marcela ni siquiera atinó a pensar en una respuesta, menos aún a mover los labios, mientras sus brazos fuertes y tibios la protegían. Se incorporó lentamente recriminándole a sus nervios por haberla traicionado. Miró hacia ellos y sonrió a medias, mientras sacaba fuerzas de su interior para decir lo que fuera, para disimular lo rota que estaba por dentro.

—Es el calor —murmuró olvidándose de que estaban en pleno diciembre.

Recuperó fuerzas para sostenerse en pie, agradeció la ayuda y, sin volver a mirarlos, caminó y dejó a David con una expresión grave, hasta doblar en la esquina, donde se sentó en el primer banco que encontró para tomar aire. Se sentía mareada y fatigada. Todos los síntomas del embarazo, que hasta ahora se habían mantenido calmados, comenzaron a manifestarse al mismo tiempo como una avalancha de reacciones, producto de su desconcierto interior. No habían pasado diez minutos cuando se levantó dispuesta a marcharse para su casa. Sintió una voz que la llamaba. Se volteó para descubrir que no era él; se trataba de Marcos, quien llegó a toda prisa hasta ella.

—¿Qué te pasa? ¿Cómo te sientes? —La abordó a preguntas.

—¿No es casualidad que nos encontremos, verdad? —soltó a la par que dos lágrimas silentes se le escaparon.

—David acaba de llamarme, me dijo que saliera a buscarte. Está muy preocupado.

—No era necesario, en verdad. Marcos, estaré bien —asumió llorando.

—Estás pálida y fría. Me dijo que perdiste el conocimiento. Te acompaño al hospital.

—Si de veras quieres ayudarme, explícame qué está pasando porque no entiendo nada. —Sus lágrimas se volvieron torrenciales y se abatieron en dirección al suelo.

—Es su novia, Sandra. Acaba de llegar hace dos días.

—¿No se supone que había llegado antes? No digas nada; prefiero esperar a que él me explique, si es que tiene coraje para hacerlo.

—Lo siento, no lo voy a defender ni aunque sea mi amigo. Esta no es la primera vez que pasa. Mejor no lo esperes, córtalo de raíz; si no, va a crecer y se va a hacer más doloroso.

«¿Qué puedo esperar si el mejor amigo de él me dice estas palabras?», pensó Marcela.

Capítulo 15

Diciembre y David

David no dejaba de pensar, se sentía como un barco que navega entre dos aguas, sin timón ni capitán. Sabía que Sandra tampoco estaba sosegada; aquella situación no había pasado inadvertida para ella, quien sospechó desde el primer segundo. El recelo se había hecho evidente cuando él, bajo pretextos ridículos, hubo tomado el móvil para hablar en voz muy baja, sin que ella lo pudiera oír. Sandra lo miró de frente y le reveló:

—Si no quieres verme desaparecer por la puerta, dime qué sucede. —Él comenzó a relatarle lo que creyó conveniente pero, cuando se introdujo en los detalles, ella le pidió que no continuara—. Solo recuerda que las cosas hay que saberlas hacer. No tienes que decirme más; nuestro acuerdo es por el tiempo que estemos separados. Ahora estoy aquí. ¿Crees que no me avisaron que estabas muy entusiasmado con esa chica? Desdichadamente, hay personas que no nos quieren ver juntos.

—Empezando por tu madre.

—Nunca te lo he negado. Escoge mejor a tus amistades; ese numerito del desmayo fue patético. Olvidemos ya el tema; hay algo más importante que deseo hablar contigo. Desiste de esa idea de marcharte a trabajar a España, por favor —le suplicó mientras le tomaba el rostro entre las manos y se convencía de que no lo dejaría ir.

—Sería muy tonto si no lo hiciera. Es un paso significativo para mi carrera.

—Hazlo por mí. No quiero estar lejos de ti de nuevo. ¿A ese precio quieres satisfacer los deseos de conocer a tu padre, un hombre al que nunca le has importado?

—Si te ofrecieran trabajar en una película en otro país, ¿renunciarías tú por mí?

—Si me lo pides.

—Quieres renunciar ahora para detenerme pero, cuando pudiste hacerlo tú, no te detuviste. Jamás te pediría rechazar un papel, sé que lo que has logrado es porque te lo mereces.

Diciembre siguió su curso. David no volvió a ver a Marcela, desapareció de la vida de la chica de una forma desgarradora. Él era consciente. Trató de sacarla de su cabeza. Ahora estaba ocupado en su relación con Sandra, la cual atravesaba un momento difícil; se enfrentarían a una nueva separación. Abrumado por todo lo que tenía en la cabeza, decidió pedirle consejo a su amigo. Marcos lo escuchó, como siempre.

—Sandra quiere que renuncie a ese trabajo —confesó David.

—Y tú ni siquiera lo pensaste —afirmó Marcos.

—Dice que, si desisto, ella hará lo mismo en futuras ocasiones.

—No se trata de renunciar; es bueno que se den su espacio y que ambos prosperen y tengan éxito. Se trata de respetar. Respóndeme sinceramente: ¿se lo crees? Para ella su carrera es primordial. No lo veo mal; tú también tienes que ascender en la tuya. Jamás entenderé la relación atípica que ustedes tienen y, más aún, porque sé que sufren los dos, si no pueden lidiar con eso, no se sigan haciendo daño.

—Soy el responsable. Primero, ella me perdonó una infidelidad y, luego, tuve que perdonársela yo. Lo malo es que continuó repitiéndose, y ya no sé cómo pararlo.

—Cada relación es un mundo. Yo no podría, tendría que tener el corazón de

piedra para aceptar eso en la mujer que amo, pero somos dos personas diferentes y lo que es bueno para mí no tiene que serlo para ti. Sigue a tu corazón.

Capítulo 16

*D*iciembre, previo al festejo de fin de año de Amanda y Arturo

Iniciaron los preparativos para la cena de la noche del 31 de diciembre. En cada casa se estaba preparando el festejo. En la de Arturo se haría una gran cena familiar, como cada año, en la que cada invitado debía cumplir un solo requisito: pertenecer a la familia ya fuera sanguínea o políticamente. Arturo le suplicaba a su madre para poder llevar a Amanda.

—No es conveniente, Arturito. Es una fecha para pasarlo en familia. ¿Han siquiera pensado en casarse? —indagó Laura.

—Como algo futuro, en unos cinco años. Estamos muy jóvenes aún. ¿Qué importa eso?; ella es muy buena.

—De lo que me alegro. Pero no es una joven que se dé a respetar. Yo no sé cómo sus padres te permiten quedarte a dormir con su hija. A mí no me parece, pero eres hombre; una chica debe ser más cuidadosa.

—Vive sola, mamá. Su padre vive en Alemania y lo de su madre ya lo sabes.

—Con más razón. No te conviene. Es una niña que ha sufrido muchos sinsabores, que no tiene una familia tradicional. Para ti quiero una joven de familia, con una educación similar a la nuestra.

Cuando Amanda supo la última palabra de su «aún no suegra», no le guardó

rencor, pero sí a su novio por haber sido tan débil. Sin embargo, no se lo manifestó, solo le pidió:

—¿Por lo menos te quedarás un rato conmigo?

—Sabes que no puedo; mamá tiene sus costumbres.

—Es el primer año que voy a pasar sin mi madre; no quiero estar sola. Eres lo único que tengo —le reveló.

—Lo sé y lo siento mucho.

Ante la indecisión de aquel, Amanda agregó:

—De acuerdo, no digas más. Creo que aceptaré la invitación de Marcela para esta noche. Así estaré acompañada de mis amigas y tú estarás en paz con tu madre.

—No es necesario que lo hagas —reaccionó—. Creo que tienes razón; no te dejaré sola en un día tan marcado. Me quedaré con mi familia hasta las doce en punto y, luego, me escabulliré. Me quedaré contigo toda la noche y dormiremos juntos.

Amanda respiró hondo. Sintió ganas de gritarle que esperaba un hijo para que él y su madre conocieran qué los unía realmente, pero no lo hizo. Temía hablar y que aquella señora se entrometiera en sus asuntos. Era su hijo, su cuerpo y su vida; nadie iba a interferir. Quería decirle a Arturo, pero estaba convencida de que él no tenía pantalones para resolverlo sin la ayuda de su madre. Aún estaba a tiempo de hacerse la interrupción; pensó en ello con seriedad. Cada día veía más lejano un futuro con Arturo; había comenzado a pensar seriamente en dejarlo. Sin su hijo nada la amarraría a su novio y a su familia.

Capítulo 17

Diciembre. Fiesta en casa de Marcela. Hay que despedir el año

Eran las diez de la noche. En la casa de Marcela, la mesa estaba servida. En el centro, una pierna de cerdo recién horneada, adobada con el zumo exquisito de naranjas agrias; junto a ella, la tradicional fuente de yuca con mojo, que no podía faltar cada fin de año; al igual que los moros y cristianos, las ensaladas, los tostones de plátano verde, entre otros platillos apropiados para la ocasión. Los dulces, los turrone y los famosos buñuelos bañados en almíbar de la abuela. Marcela y Fefita eran las anfitrionas y los invitados eran los padres y los tíos de la primera con sus respectivos hijos. Hacia la media noche, Paula y Lucas llegaron para amenizar el ambiente. Sintieron la falta de Amanda, la cual les había asegurado que tendría compañía. Lucas protagonizó la noche con chistes improvisados y las risas fueron el premio a su osadía.

El reloj dio las doce campanadas; era el comienzo de un nuevo año. Se llenaron de besos y apretados abrazos. Llegaron los vecinos, como todos los años, a felicitarlos. Cuando Marcela vio a la persona que llamaba a la puerta, dejó todo lo que estaba haciendo e intentó desaparecerse en la cocina; pero su abuela, que solo conocía la parte bonita de la historia, no la dejó llegar.

—Marce, mira quién vino a felicitarnos; es Miguel.

Solo Paula y ella pararon en seco cuando escucharon a Fefita. No le quedó más remedio que ir a saludarlo. Fefita le tenía cariño a Miguel; era el novio de Marcela de la adolescencia, el primero con quien había comprometido su

corazón, que pasó de ser su amigo a algo más, que quedó por los suelos cuando él dejó de sentirse un chiquillo y quiso experimentar con sus primeros años de hombre. Marcela intentó restarle importancia a su pasado, que se empequeñecía frente a su presente. Vio todo distinto; la situación no era tan grave. «Quizás debí perdonarle sus travesuras; después de todo, tenía derecho a crecer, a probar», caviló. Ni siquiera le había pasado por la cabeza que Miguel caminaría las cinco cuadras que los separaban para ir a saludarla.

Seguía tan guapo como siempre, con aquel porte gallardo que había adquirido al dejar la adolescencia; solo era un par de años mayor, pero su pelo oscuro, impecablemente peinado, donde ni una hebra se salía de lugar, le aportaba una elegancia particular. Marcela no pudo más que sonreír y, de una vez, perdonarlo. Al menos considerando al Miguel niño que había sido su compañero de juegos. Cuando se quedaron a solas y él abrió la boca para comenzar con las mismas frases que ya Marcela se conocía de memoria, ella le reveló mirándolo a los ojos:

—¿Y ese milagro que no estás acompañado? La verdad que en ti me conmueve.

—Hace tiempo que no tengo compromiso, desde que mi novia me dejó — dijo Miguel.

—¿Y tus amigas también te dejaron, o las sigues viendo de vez en cuando?

—Marcela, cuando te digo que estoy solo, es por completo. Vine a felicitar a los vecinos; no te lo tomes a mal. Ya sé que tienes pareja y que quieres que me vaya; no tienes que decírmelo. Nunca falta quien te cuente que tu ex es visitada con frecuencia por un nuevo galán. Por cierto, ¿él no viene muy seguido? Digo, es raro que no esté aquí en un día como hoy.

Marcela prefirió darle la espalda, o aquella conversación no terminaría nunca; no tenía intención de explicarle o confirmarle que tampoco había tenido otro compromiso desde que había terminado con él. De seguro Miguel sabía más de lo que refería. Sospechaba que el joven fiscal se había dado cuenta de que la relación de Marcela con David no iba a funcionar y quería

aprovecharse de la situación, pero él no tenía ni idea de lo grave que estaban las cosas. Lo que Miguel le había hecho no era nada en comparación con esto que Marcela estaba viviendo. Lo de él era un juego de niños.

Marcela siguió caminando y se sentó al lado de Paula. Miguel la siguió detrás.

—¿Me puedo sentar con ustedes? —dijo él y Paula, inmediatamente, intentó ponerse de pie—. No seas rencorosa, Paulita, que a ti no te he hecho nada.

—Si lastimas a Marcela, también me lo haces a mí —arremetió Paula.

—Marce no me está echando de su casa —se defendió él.

—Tienes razón —reconoció Paula tratando de contener la risa—. Si Marcela te acepta una vez más, morirá por su propio gusto. ¿Te va bien en el despacho, Mich?

—Ahí la llevo, estrenándome como fiscal. Si necesitas ayuda para algo de la carrera, me dices.

—Si de eso depende, prefiero quedarme con la duda —contestó Paula.

Miguel, dirigiéndose a Marcela, añadió:

—¿Sabes? Me hubiera gustado verte en mi graduación. Es algo que hicimos juntos y, al final, me porté mal contigo. Te eché de menos ese día.

Paula, al ver que Miguel y Marcela iban a recordar los viejos tiempos, se llevó a Lucas por la camisa, y salieron a conversar al portal.

Capítulo 18

*E*l fin de año de Amanda y Arturo

En su casa, cerrada por completo, Amanda esperaba la llegada de Arturo. Triste, llorosa y perdida. Sobre su alma pesó la huella de su madre, tortura invariable que la perseguía desde el momento de su deceso.

«De un instante a otro llegará», se dijo.

Apagó las luces, encendió una tenue lamparilla en el comedor, y así, en semipenumbras, se miró por última vez en el espejo. Se veía linda; el embarazo aún no se le notaba. Amanda se sentó en el sofá, con los ojos clavados en la cerradura de la puerta. Arturo tenía las llaves del departamento. Sonó el teléfono; era Arturo, que decía que estaba a punto de salir para allá. Amanda se recostó hacia atrás y se dejó vencer por el sueño que le iba llegando con la brisa de la noche. Cuando abrió los ojos de inmediato, miró el reloj; eran las tres de la mañana y Arturo no había llegado. «¡Cómo pasó el tiempo! Pensé que solo habían transcurrido unos minutos. Esta vez Arturo me ha terminado de decepcionar. Nunca está cuando lo necesito, pero por lo menos avisa con anticipación. Hoy se sobrepasó. Me voy a dormir a la cama», pensó.

Entró a la habitación y lo vio allí, durmiendo apaciblemente. Todo tenía explicación: había llegado, la había encontrado dormida y se había acostado en silencio para no despertarla. Amanda se arrepintió de sus malos pensamientos. Así recibió el año nuevo: sin ninguna festividad, sin ninguna

diferencia trascendental, más que una pelea matutina con Arturo, que alegó que para «eso» lo había hecho salir de su casa a medianoche. Ese día Arturo tampoco pudo quedarse a almorzar. Salió corriendo; era costumbre en su familia comer juntos todos los primeros de enero.

Segundo año ¿juntos?

Capítulo 19

Un nuevo enero, 2016

El primer día del año, Miguel pasó a buscar a Marcela. Ella ya sabía por dónde venía. Se convenció de que la noche anterior no debió haber accedido a que se quedara a compartir con ellos. Miguel estaba albergando expectativas. Paula se lo había dicho antes de marcharse un día antes, que eso podía suceder. Marcela también recordó su expresión cuando le dijo: «¿Cuándo te vas a buscar un hombre que haya sentado cabeza? De Miguel a David no hay mucha diferencia». Eso debía ser. No era cuestión de suerte; a ella le gustaban los problemas porque no era que, al más leve indicio, no ponía freno y volteaba en otra dirección, sino que seguía, aunque después se estrellara contra la pared. Convencida de ello, le expuso:

—Miguel, no puedo aceptarte la invitación a salir. Si ayer permití que te quedaras fue porque creí conveniente que ya hiciéramos las paces. Si vamos a tener que cruzarnos a cada rato, es mejor que sea en buenos términos.

—¿No puedes volver a confiar en mí?

—Créeme que es difícil hacerlo, pero ni siquiera me he detenido a pensar en eso. La confianza no es lo que me aleja de ti, Mich.

—¿Es por él? Como no lo he visto, creí que habían terminado.

—Mich, no puede terminar lo que nunca inició. Pero sigo muy involucrada y...

—¡Marce! ¿Estás hablando en serio? Nunca pensé escucharte decir eso. No

hay problema, yo entiendo.

Ese primer mes del año pasó lento y apesadumbrado en compañía de los últimos exámenes de fin de semestre. Mucho estudio y continuos sofocones para completar la bibliografía, pero al finalizar, con la ayuda de todos, empezaron el nuevo semestre.

Una mañana después de los exámenes, estaban, en la casa de Marcela, las tres amigas reunidas y Lucas, para completar el cuarteto. Marcela tenía tres meses recién cumplidos y Amanda, según sus cálculos personales, tenía dos y medio. Las confidencias entre los cuatro dejaron al margen a Fefita, que los observaba desde su sillón, donde tejía un mantel. Amanda les comentó que por fin le había comunicado a su padre que estaba embarazada. Lejos de regañarla o reclamarle, este se había culpado de lo que había ocurrido y se responsabilizó por no haber estado presente para guiarla.

—Reaccionó mejor que los míos, Amanda. Me alegro de que le hayas dicho. Es un peso que te quitas de encima —comentó Marcela.

—No lo creo justo porque ya soy adulta y responsable por mis actos. Les fallé a mis padres y me fallé a mí misma. Ahora mi futuro profesional pende de un hilo —admitió Amanda.

—Tienes dieciocho años, Amanda. Técnicamente eres... —le dijo Marcela.

—... una adolescente —terminaron de decir a coro Lucas y Paula.

—No te juzgues tan duro por haberte embarazado muy joven. A lo mejor, lo ideal hubiese sido esperar a que terminaras de estudiar, trabajar, etcétera, pero pasó. Eres muy jovencita; tu madre había recién fallecido, tu padre estaba lejos. Aprende de la experiencia y sigue adelante; también tienes derecho a equivocarte. ¡Por Dios! ¡Tienes dieciocho años y no tenías a tus padres contigo! —Marcela concluyó el sermón.

—Ya no sé si me gusta tener amigos de la carrera, chicos. Ustedes son implacables, no dejan pasar una —les confesó Amanda.

—Pues nos tendrás que aguantar porque ya no te dejaremos sola; ahora somos tu familia —sostuvo Marcela.

—Lo importante es que salí fortalecida de la conversación telefónica. Siento que Dios me comienza a abrir las puertas. Tengo unos amigos increíbles, puedo contar con el apoyo incondicional de mi padre. Papá me dijo que no me dejará sola en esa situación.

—Entonces, ya habrás desistido de hacerte la interrupción —le preguntó Paula.

—Aunque mi opinión valga poco, creo que un niño te hará compañía —le soltó Lucas.

—Por supuesto que tu opinión vale mucho. Solo falta que lo sepa la persona que está involucrada conmigo en este asunto, y lo haré pronto —dijo Amanda y le sonrió al joven.

La puerta de la casa permanecía abierta. Marcela se quedó atónita al ver a David recostado en el marco, clavándole su mirada taciturna; ni siquiera lo habían sentido llegar. Su pelo estaba más largo y desordenado de lo normal; la barba se asomaba lo suficiente. Se veía endemoniadamente sensual. Marcela se quedó de piedra, sintió su cuerpo pesado; no le respondía. Rápidamente los otros pusieron pretextos para marcharse, y la abuela Fefita se fue hacia la cocina. Marcela se llevó una mano al vientre y tomó asiento, estremecida de miles de chispas que hacían implosión en su interior. Él, para romper el silencio que se produjo entre los dos, añadió:

—Parece que nos han dejado solos. —Su voz ronca la desarmó.

—Será porque tenemos muchas cosas que hablar —dijo ella mientras un montón de mariposas atolondradas amenazaban con escapársele por la boca.

—¿Pensaste que no nos volveríamos ver? —preguntó convencido de lo contrario. Se acercó e intentó encerrarle sus manos entre las suyas; ella las metió en los bolsillos de su jersey para rehusarse, no quería que notara lo frías

y sudorosas que estaban.

—Tenía la seguridad de que, tarde o temprano, tendríamos que estar el uno frente al otro.

—Me voy en una semana, tengo todo listo —afirmó.

—¿Sí? Me preguntaba si ya no te habías marchado.

—No sin despedirme de ti.

—¡Ah! ¿Vienes a decirme adiós?

—Necesitaba verte, te he extrañado cada día. Nadie como tú me comprende y mi cabeza es un hervidero. Nos prometimos amistad por encima de todo. ¿Me odias por lo ocurrido?

—En este instante, no eres mi persona favorita.

—Lo siento, pero nada de lo que te dije es mentira. Te quiero, pero no puedo sacarla de mi vida. No estoy listo.

—Eso me ha quedado claro —murmuró con el alma desgarrada.

—A ti tampoco. No quiero perderte —le susurró y le tomó las manos por fin.

—Ya me has perdido, David —le aseguró al tiempo que se soltaba.

—No me niegues tu amistad, eres importante para mí.

—Nuestro acuerdo terminó; mis conceptos morales no me permiten seguir adelante con lo que me propones.

—Si tanto te afectan, haré un esfuerzo sobrehumano y dejaré al margen mi deseo, te respetaré como mujer, pero no me niegues tu presencia en mi vida.

Sus palabras eran un puñal que se ensañaba contra su lacerante herida; le habría dado la espalda y gritado su rencor si en su vientre no albergara a su hijo. Tuvo un soplo de madurez, uno que la hizo erguirse e intentar salvar ese lazo de afecto —aunque no de amor— que él le ofrecía. Respiró hondo e indagó:

—¿Estás listo para conocer a tu padre?

—Sé que nunca le ha importado si estoy vivo o muerto, pero tengo muchas ganas de saber cómo es. Todos a mi alrededor, excluyendo a mi madre, me

dicen cosas que me harían odiarlo. Cachita nunca habla nada de él, ni bueno ni malo; es como si la paternidad fuera un espacio en blanco para mí. ¿Y por qué me preguntas por mi padre? ¿Eso quiere decir que intentarás ser mi amiga? —preguntó David sin dejar de temblar. Le tomó las manos y procuró sujetarlas con fuerzas—. No he sabido merecerme tu cariño. Quiero que estemos bien. Un día antes de irme, pasaré por la universidad. Yo te sigo considerando una amiga muy especial.

—También tengo algo que confesarte. —«Debí comprender que lo nuestro no tenía futuro», pensó.

—Te escucho.

—Es difícil para mí, ahora no estoy preparada. Ese último día en que nos encontremos, antes de tu viaje, te lo diré. Necesito encontrar las palabras adecuadas.

—¿Puedo besarte?

—¿En los labios? —preguntó atónita y él asintió—. No, David, ya basta de eso. Si vamos a ser amigos, seámoslo de verdad.

—No puedo, Marce, pero me esforzaré con tal de no perderte de mi vida.

David le robó un abrazo, uno muy fuerte. La estrechó hasta sentir estremecerse todos sus huesos, y ella quedó embriagada por su aroma y su calor. La miró con esa mirada tierna que había utilizado para conquistarla. La besó como la primera vez, rozándole suavemente sus labios, y ella, desarmada, entendió por qué se dejó llevar por sus brazos, sus labios y sus ojos. David llegó trémulo, con el aliento en un hilo, le robó la tranquilidad y se fue sin volver la mirada. Marcela cerró rápidamente la puerta para no ver cómo se perdía en el horizonte. Se secó las lágrimas y le sonrió a la abuela, que se le acercaba, para no preocuparla. La señora le abrió los brazos, la besó en la frente con ternura y le dijo:

—Mi niña, ojalá te hubieses quedado pequeña para que nunca hubieses sufrido una pena de amor. Ya verás que, cuando menos lo imagines, solo te quedará una pequeña cicatriz en el alma.

—¿Hablas por experiencia, abuela?

—¿Le dijiste?

—No. Vino a decirme que se va por todo un año.

—Tienes que hablar. Él tiene derecho a saber que será padre.

—No es fácil, no me salen las palabras.

La abuela la besó en la mejilla y la dejó a solas con sus letras de agua.

«No tuve el valor para decir: “David, espero un hijo tuyo. Disculpa que te informe que vas a ser padre, sin primero preguntarte si lo deseabas, pero somos responsables los dos. Cariño, tú me aseguraste que sabías cómo hacer para evitar el embarazo y yo, de irresponsable, me dejé llevar. Fueron solo dos veces las que no nos protegimos. Por más pequeño que sea el porcentaje de probabilidad, nos sucedió», escribió.

Amaneció el viernes. Marcela se enteró por Paula de que no tendría clases. No obstante, fue para la facultad a esperar a David, como habían quedado, a la hora exacta indicada por él. Marcela llegó un poco tarde y temió que ya se hubiera marchado. Su reloj marcaba las once de la mañana. Se sentó en un banco a leer un libro de poemas, mientras transcurrían las horas. Ninguno de sus amigos había asistido a la universidad; comenzó a sentirse una extraña en aquella escuela, en la que llevaba tantos años.

«Parece que no va a venir. De seguro tuvo algún contratiempo. Tal vez irá más tarde a verme», pensó y no espero un minuto más. De regreso a su casa, prefirió irse caminando, aunque la distancia era muy larga. Necesitaba ir acomodando el sufrimiento para asimilarlo, definirlo y dividirlo en partes, para que fuera más fácil olvidarlo.

«Nunca había sido tan falsa conmigo misma —se decía mientras trataba de aislar de su mente las últimas palabras que había cruzado con David—. Siempre te he amado, creo que desde antes de conocerte, porque las chicas como yo soñamos con el príncipe azul. Tú has sido eso para mí: un sueño que,

de tanto desearlo, se me ha hecho realidad, pero por corto tiempo. Estaba predispuesta a enamorarme, por eso he permitido que arrasaras conmigo. Eres tan perfecto en mi fantasía cuando debes, y tan sagaz cuando no lo eres, que estoy casi segura de que ese hombre lleno de virtudes que veo en ti es producto de mi imaginación. Si hubiésemos estado juntos más tiempo, habría conocido los defectos que, como todo ser humano, tienes. Claro, si el tiempo hubiese sido suficiente para quitarme esta venda que llevo sobre los ojos, a la que me aferro para no ver la realidad. Porque no sé cómo puedo quererte tanto después de cada una de las cosas que has hecho conmigo. No soy tu víctima. Yo te dejé entrar y yo te sacaré fuera. Necesito seguir adelante, pero sin pensar en que vendrá otro hombre a levantarme nuevamente. Tengo que superarlo por mí misma. Si lo nuestro llegó a su final es porque la vida me depara algo mejor para el futuro». Se convenció de aquello para sufrir menos, pero sabía que, mientras tanto, olvidar dolía bastante.

Capítulo 20

El enero de 2016 para David

David arribó al aeropuerto. Llegó solo. Era temprano en la mañana. Ya se había despedido de todos. Su amigo le había deseado un buen viaje. Su madre le había dejado como último consejo que aprovechara lo que pudiera aprender y que se cuidara. Se sentía triste, atormentado y, a la vez, con ganas de desaparecer. Deseaba la aventura que le esperaba lejos de su tierra natal.

Subió al avión mientras se acordaba de la despedida de Sandra. También recordaba la primera vez que ella había regresado de filmar una película, precisamente en Europa. Sus palabras exactas fueron las siguientes: «Me enteré de lo que hiciste en mi ausencia. Debería dejarte ahora mismo, pero parece que un año es demasiado tiempo para guardar fidelidad». Luego, rememoró la segunda vez, en que las cosas fueron distintas y a él le tocó perdonar. «Yo tampoco pude serte fiel, tuve una relación que duró el tiempo que estuve allá. Todo ocurre en un set. De cierta forma, no es una infidelidad porque duré más con él que el tiempo que tú y yo hemos estado realmente juntos», le había dicho ella. «¿Y entonces por qué regresaste conmigo?», le había preguntado. Ella contestó: «Porque te extrañaba». En aquel momento, había preferido creerle en parte; después, terminó creyéndole por completo. Para la tercera, ambos decidieron que la infidelidad radicaba en el engaño y que, si se confiaban todo, su amor estaría por encima. Su última reminiscencia eran las palabras que acababan de decirse en la mañana. Él le pidió:

«¿Podrías esperar por mí sin ser de otro hombre?». Ella le contestó: «Nuestro amor es para siempre. Sabes cuán bellas son las españolas; es mejor no deberte nada».

Cuando iba acercándose al avión, David trajo a la memoria el principio de su relación con Marcela, cuando la pasión comenzaba a cegarlo y le hizo prometerle que lo esperaría. Se acordó de cuando le preguntó si le sería fiel, y la respuesta que Marcela le había dado aquel día divagaba en su mente. «El día que esté con otro será porque ya te habré olvidado», le había dicho. Eran muy distintas, pero estaba seguro de que se debía a que no habían estado en la misma situación; a la larga, habrían actuado de igual modo. Cuando David se percató del movimiento, el avión ya había despegado y observó la isla a lo lejos, desde la inmensa altura.

Capítulo 21

Cierre de enero para Marcela

Eran las diez de la mañana. Marcela llevaba tiempo despierta, continuaba acostada en su cama pensando en él. «Debí suponer que aquella mirada profunda era un adiós y que aquel beso tenía sabor al último. Si lo hubiese sabido, lo habría besado y abrazado con todas mis fuerzas, para llenarme de él y no terminar tan vacía. Sin embargo, me quedé dura y fría como un hielo por mi bendito orgullo, con el que no puedo pelearme porque lo estaría haciendo con mi dignidad», reflexionó.

Le costó trabajo levantarse de la cama, pero debía pasar por la consulta de la ginecobstetra. Al llegar, se encontró con Amanda. Se quedó sorprendida de hallarla allí.

—¿Vienes a consultar? —le preguntó a su amiga.

—Sabía que ibas a estar aquí, vine a darte apoyo moral. Hoy se iba, ¿no?

—¡Amiga, gracias! Sé que me sobrepondré. Y tú, desde aquella vez que nos encontramos aquí, ¿aún no has decidido revisarte?

—Voy a aprovechar que vine para a sacar una cita.

Marcela observó a Amanda caminar hacia la recepción y se sumergió en sus pensamientos. Recordó la primera vez que había acudido a consultar tras la sospecha de un embarazo. Estaba en esa etapa de la vida en que se despiertan los sentimientos de maternidad y se desea llenar ese hueco, ese espacio, con el cariño y la dedicación a un hijo. Seguramente era algo hormonal, que se

manifestaba por la realidad que albergaba su cuerpo. Aunado con lo anterior, la estremecía la incertidumbre del cambio que implicaría en su estilo de vida; pensar que solo fuera un retraso la tranquilizaba. Hasta el último momento abrigó la esperanza de que diera positivo, a través de lo que emanaba de su espíritu, mas su mente entretejía una complicada red de justificaciones contra la maternidad no planificada. Aquella vez, subida en la camilla, de espaldas a la pantalla del ultrasonido, no tenía ni idea de lo que ocurría dentro de su vientre.

El médico, mientras hacía su trabajo, no cesó de repetir que todo estaba bien. Al terminar, le entregó un papel sin decir nada más. No se atrevió a preguntarle al doctor qué querían decir aquellos garabatos ininteligibles. Supuso que su reiterada alusión al bienestar significaba que nada había cambiado en su organismo. Tuvo que esperar a preguntarle al médico de la familia, el que miró el papel por varios segundos, afirmó que sí estaba embarazada y que todo marchaba por buen camino.

En ese momento, aquella respuesta deseada se había convertido en una total desesperación. Bajó de la nube en que se hallaba flotando y aterrizó de golpe sobre la tierra. Cuando se le hizo evidente que su atraso menstrual era producto del inicio de la gestación, se encontró en una encrucijada. Sin saber qué hacer, analizó su abanico de posibilidades, ante una responsabilidad que le llegó de la noche a la mañana, mayor que la que había tenido en toda su vida.

Revivió el día que había salido del hospital, ansiosa por encontrarse con Paula, para desahogarse, para pedirle que fuera su apoyo y no la dejara sola en aquella difícil situación. ¡Ardió Troya! Paula no entendía cómo, a su edad, se había descuidado tanto. En ese entonces, le había dicho:

—¡Definitivamente, estás loca! ¡No sé qué han hecho contigo! ¡Es como si te hubieran abierto la cabeza y te hubieran trasplantado el cerebro por el de una demente!

—Más respeto, que yo siempre te he dado mi opinión sin ofender —le

reclamó Marcela.

—Es por eso que no lo puedo creer. Tú, que siempre has sido más sensata que yo. ¿Con qué se van a mantener tu hijo y tú? Sobrecargarte a tus padres es un abuso y una desconsideración.

—Ni siquiera había pensado en eso.

—Por supuesto que no, porque no piensas.

—Si sigues hablando de lo mismo, me voy a ir por otro camino. Te lo vengo a decir a ti, y me sales con un discurso peor que el que me darán mis padres.

Paula estaba muy enojada pero, por encima de todo, la quería y, tratando de comprenderla, le había dicho: «Amiga, cuenta conmigo». Y se habían abrazado a llorar.

Aquella época coincidía con la primera separación de David. Marcela no había pensado en que, económicamente, tenía que depender de alguien hasta que empezara a trabajar. Y esos eran sus padres, cuya situación financiera tenía sus altas y bajas. Ella, que siempre había tenido la concepción de que, para tener un hijo, debía estar graduada, casada y con un trabajo fijo, no entendía en qué momento le había fallado la lógica. Sabía que no iba a poder contar con el padre de la criatura. Él tenía otros planes para su vida y eso a Marcela le había quedado muy claro. Su mayor temor fue comunicárselo a sus padres, quienes no lo entenderían por la carrera sin finalizar y por la juventud de Marcela.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó la doctora.

—Déjeme pensarlo —dijo Marcela llena de nervios.

—Si te demoras, puedes pasarte del tiempo de la regulación menstrual.

Efectivamente, eso había ocurrido. Si hubiera actuado con rapidez, sus padres no habrían estado ahora consultándole sus problemas a la almohada.

—Mamá, papá, siento decepcionarlos, pero estoy embarazada. Ya tomé una decisión: voy a tenerlo. —Fueron las palabras exactas que utilizó Marcela para comunicarles la noticia.

Cuando la escucharon, pusieron el grito en el cielo. Comenzaron a enumerarle circunstancias en contra de su elección y casi la convencieron de recurrir a la interrupción. Le habían dicho que aquel hijo no deseado acabaría con su «vida», pues tendría que enfrentarse a muchas complicaciones y a la responsabilidad de tener un hijo «sola». Su demora, unida al estrés y a una mala alimentación, trajo consecuencias. Los médicos, posteriormente, descubrieron que, por problemas de salud, no era aconsejable el aborto. Tenía anemia. La doctora les anunció, más tarde, a sus padres que debían escoger entre acabar con la «vida» de su hija o con su vida. Con la primera, se refería a la diversión, a lo profesional, a la libertad; pero, con la segunda, se refería a formar parte o no de este mundo. Está de más decir que los padres de Marcela escogieron la segunda. Comprendieron que era preferible ser abuelos que dejar de ser padres.

Marcela dejó de lado sus recuerdos. Sus sentidos volvieron a enfocarse en aquella sala de hospital, en su presente inmediato. Vio cómo Amanda se acercó hacia ella con un papel en la mano. Le preguntó:

—¿Es la cita para que te valore la doctora?

—No.

Marcela se sorprendió al ver que era una serie de órdenes de análisis de sangre, entre otros, que tenían la finalidad de chequear que todo estuviera en buen funcionamiento para cuando tuviera lugar la interrupción del embarazo que Amanda había decidido practicarse.

—¿Estás segura? —Ante la pregunta de Marcela, Amanda asintió—. Piénsalo bien. Tu hijo tiene derecho a vivir. Sé que no quieres tenerlo porque

para ti es un problema, pero eso debiste pensarlo antes de hacerlo. Ese niño ya es una vida; es difícil, pero más duro es cargar con eso en tu conciencia.

—Tengo dieciocho años. No tengo unos padres como los tuyos.

—Perdóname, amiga. No quise juzgarte. Es que, desde que supe que seré madre, mi hijo es todo para mí.

—Tú y yo pensamos diferente, Marce. Yo tomaré la decisión sin mediar consejo de ninguna persona. Así, no tendré que reprocharle a nadie si algún día me arrepiento. Por favor, cambiemos de tema.

Al terminar en el hospital, se fueron de regreso a casa. Tras llegar, se encontraron a Marcos hablando con Fefita. Cuando las vio, se levantó y, luego de saludarlas, le dijo a Marcela:

—Vine en función de cartero y seguiré viniendo porque eres mi amiga también. Tu abuela me dijo que estabas en el hospital, y decidí esperarte. ¿Estás enferma?

—¡Yo... no! —dijo Marcela.

Al ver el sobre que le extendía Marcos, lo tomó. Notó que era de David, no pudo esperar a estar a solas. Lo abrió y lo leyó en silencio.

Marce:

Disculpa si no fui a nuestra última cita, prefiero huir de las despedidas. Soy un cobarde, pero eso ya lo sabes. Inevitablemente, llegó la hora de marcharme. Estoy seguro de que volveremos a vernos; mientras tanto, sé feliz. Todo lo que me diste no me lo merecía: me siento en deuda contigo. Siempre te tendré presente y, antes de lo que imaginas, estaré hablando contigo. No te despegues del móvil. Te quiero.

D.

—Con más razón, todo ha sido una estupidez —balbuceó Marcela.

—¿Perdón? —preguntó Marcos y, al escucharlo, Marcela recordó que él

aún estaba ahí.

—Marcos, eres un gran amigo, no solo de David, sino que también mío. No mereces que te siga engañando, porque un día entrarás por esa puerta y me encontrarás con una panza más gigante que una montaña. ¿Y qué te diré?, ¿de dónde me inventaré un padre?

—¿Estás embarazada? —Marcos se tuvo que sentar para asimilarlo.

—¿Para qué esconderlo si, dentro de unos meses, será obvio? —dijo Marcela ante la cara atónita de los presentes.

—Pero, si es de David, debes tener más de un mes.

—Tres.

Marcela rompió a llorar y dejó a Marcos sin salir de su asombro. Fefita corrió hasta ella para consolarla. Con palabras tiernas, su abuela la nutrió de fuerzas.

—Perdónala, Marcos. Son las hormonas, que se ponen locas en el embarazo. Marce, me tienes a mí, a tus padres, a tus amigos. ¿Recuerdas cuando te dije que dejártelo o no era una decisión que solo te concernía a ti, pero que, antes de decidirlo, tuvieras presente que lo ibas a tener que criar sola, sin su padre y que sería muy difícil?

—Sí —dijo Marcela mientras se secaba las lágrimas.

—Pues no te dije lo más importante: para lo que decidieras, me ibas a tener a tu lado apoyándote. Ya no te lamentes más. Ese niño va a ser la luz de tus ojos. Y si Amanda se decide a tener el suyo, los vamos a criar juntos. Al fin y al cabo, no serán las primeras que saquen adelante a sus hijos en circunstancias adversas. Yo eduqué a cinco, y todos me salieron magníficos.

Capítulo 22

De nuevo febrero

Volvió a ser 14 de febrero. Hacía un año desde que Marcela y David se habían conocido, y aquella fecha le traía imágenes que quería desterrar de su mente, como aquel beso impetuoso en la Feria Internacional del Libro en el Morro. Marcela se sumergía, cada día más, en su recuerdo. La receta para olvidar de su abuela no había funcionado, que era mantener la cabeza siempre ocupada para no pensar. David se le atravesaba en medio de Derecho Ambiental, Derecho Notarial o cualquier otra asignatura. Esa mañana estaba en la facultad, en compañía de sus amigos.

—¿Alguien se apunta para irnos de pinta a la feria? —preguntó Lucas, que siempre buscaba un plan para quedarse unas horas de más en compañía de Paula. Esta casi lo incinera con la mirada, recordándole lo sucedido doce meses atrás.

—No se limiten por mí. Vayan; yo tengo algo urgente que hacer —resolvió Marcela.

—¿Qué harás? —Paula la miró interrogante y salió de su duda al verla quitarle el chip a su móvil y destruirlo con los dedos.

—Necesito un nuevo número; este ya no me sirve.

Ni siquiera se autocompadeció. Reparó en Amanda, que parecía más triste que ella misma; en su caso, porque Arturo no había pasado a saludarla en esa fecha tan señalada y la escuchó decir:

—Mejor me voy, no espero ni un minuto más. Son las dos de la tarde; si Arturo me quiere ver, que pase por mi casa. Bastante mal me sentí el día de nuestro aniversario de novios, que me dijo que lo había olvidado.

—Nosotras también nos vamos. ¿Nos acompañas? —agregó Marcela.

—Prefiero irme sola. Ustedes van a querer parar un auto y yo me voy a ir caminando. Arturo puede llegar en cualquier momento, y a él eso no le agrada.

—No tienes porqué aguantarle sus exigencias. Recuerda que estás embarazada para caminar tanta distancia —le reprochó Paula.

—En todo caso, tomaré el autobús.

—Tu noviecito se pasa de exigente —le dijo Lucas—. Hasta yo pido *ride*; no es nada malo.

—Él no lo entiende, dice que se presta para enamorarse.

No fue necesario que llegaran a un acuerdo; Arturo se aproximaba hacia ellos. Todos notaron cómo Amanda comenzó a ponerse tensa y feliz al mismo tiempo. Ella, al tenerlo en frente, le reveló que, por minutos, la alcanzó allí, porque estaba de salida, a lo que el recién llegado reaccionó exageradamente.

—¿No me digas? Acabo de salir de Educación Física. Si llego a caminar hasta aquí en vano, por tu insistencia de que te pasara a buscar, te hubieses quedado hoy sin verme porque no iba a ir hasta tu casa.

Los presentes se quedaron boquiabiertos, atónitos, estupefactos, y todo lo que fuera sinónimo. ¿Estaba hablando en serio? Amanda, impávida, se quedó sin reaccionar. Así era Arturo: no medía su discurso ni enfrente de quien hablaba. Los amigos de Amanda, que no atinaban a decir una palabra, se llenaron de coraje por el trato de Arturo hacia su amiga, pero respetaron su vida privada y reconocieron que no tenían derecho a inmiscuirse, así que alargaron el espacio de silencio. También porque, siempre que trataban de aconsejarla, Amanda justificaba a su novio, decía que Arturo reaccionaba así debido a que tenía problemas familiares.

Marcela ni siquiera abrió la boca, estaba convencida de que ella era la menos apropiada para hablar de dignidad en ese momento. Lucas se sintió

impotente, pero creyó que en Amanda estaba la decisión de soportarlo. Paula no pudo aguantar la sangre que le hervía por dentro; si en otras ocasiones lo había hecho, aquello la torturó por varios días, así que, aunque sopesó si sería prudente agregar algún comentario atinado o no, sin poder contenerse ante el semblante insolente de Arturo, recalcó, a propósito, antes de marcharse:

—Vamos, Marcela, tengo prisa. Como hoy es 14 de febrero, tengo una cita. Es el día del amor, del romance.

Los otros se alejaron y Arturo se llevó las manos a la cabeza. Amanda veía venir cada una de las palabras y los gestos de su novio. Podía decirse que se los sabía de memoria. Arturo exclamó:

—¡Qué cabeza la mía! ¡Pensé que hoy era 12, 13, cualquier día menos 14!

Ella dudó de su sinceridad. Al principio, nunca se le olvidaban las fechas, meses; después, solo se acordaba de los días en los que él era festejado. Arturo se acercó abruptamente a un arbusto de flores silvestres y arrancó una. Se la colocó a Amanda detrás de la oreja y le robó un beso.

—¿Y a ti también se te olvidó? —indagó.

—¿Lo crees posible?

—Puede ser; errar es de humanos.

—Pues no se me olvidó. —Sin mucha alegría, Amanda abrió la bolsa y le entregó una caja de regalo, que contenía un frasco de perfume y una tarjeta.

—¿Y mi beso? —insinuó con una falsa naturalidad que para Amanda comenzó a ser evidente—. Cuando yo lo digo: eres perfecta, al igual que mi madrecita—. Para Arturo, el elogio más grande era atribuirle las virtudes que él le encontraba a su madre. Añadió—: Ya que estamos aquí, ¿qué prefieres para celebrar el día?: ¿ir al Coppelía por unos helados, o que te compre algo material?

Esto acabó por sacarla de sus casillas. Arturo era egoísta, poco comprensivo, solo pensaba en sí. Seguían juntos porque, hasta entonces, se había mantenido la magia y la química que había entre los dos, pero a estas alturas estaban en peligro de extinción. Amanda era muy sensible y, en

situaciones similares, se volvía muy vulnerable. La joven, con el poco orgullo que le quedaba, trató de simular que todo estaba bien, aunque se sentía muy desdichada. Por primera vez, reconoció, sin engañarse, que Arturo era insoportable y que estaba comenzando a detestarlo.

—No tienes que regalarme nada. Lo bello es la sorpresa y esta ya pasó. En cuanto al Coppelía, que sea como desees.

—Bueno, te propongo algo mejor, así nos ahorramos el dinero para una ocasión que lo amerite más. Llamaré a mi casa para decir que no iré a dormir. ¿Qué te parece si nos vamos a tu casa, me haces una comida especial y la pasamos juntos? Al fin y al cabo, es lo más importante. Te prometo que te voy a hacer un regalo precioso y un gran ramo de flores. Esto del 14 de febrero es pura mercadotecnia, pero tú mereces todo, cariño.

Al escuchar sus últimas palabras, Amanda no supo si seguir culpándolo de egoísta o si considerar que lo había juzgado demasiado duro. Pensó que, quizás, era cierto que se le había olvidado, o tal vez era lo que necesitaba creer. Lo que para Amanda era descubrir un paraíso terrenal, al compartir un día entero con Arturo, para cualquier otra mujer sería todo lo contrario. No más hicieron llegar, Arturo le pidió a Amanda que agilizará la cocción del almuerzo, pues tenía hambre. Mientras tanto, él se dispuso a darse un baño para refrescarse del extenuante calor. Arturo medía casi dos metros de estatura, era fuerte como Aquiles, solo que su parte débil no era el talón, sino su vanidad. Amanda comenzó a preparar, con la mayor brevedad posible, un almuerzo que se acomodara a la ocasión. Como siempre lo hacía, a pesar de no haber empezado el día con el pie derecho, trataría de enderezarlo aunque, cada cinco minutos, Arturo la interrumpía con frases como: «Alcánzame tal cosa», «Tráeme la toalla», «Pon tal música», y otras por el estilo.

Esto no siempre fue así. Al principio, disfrutaban de una complicidad deliciosa. Su relación había comenzado como un cuento de hadas que había terminado por enneguecer a Amanda de todo lo que ocurría en el exterior. Con Arturo conoció la pasión, la unión indescriptible entre dos seres que se

necesitaban con desesperación, la atracción sexual desmedida, que los dotaba de una fuerza atroz para luchar contra quien intentara minar aquel romance. Durante los primeros meses de relación, Amanda se enganchó a Arturo; creía que aquel fuego duraría para siempre. Él también se había ligado a ella con ímpetu, por la fuerza natural que lo impulsaba a abandonar el nido materno. Arturo se había entregado a la pasión de una mujer y se había esforzado para defenderla de lo que amenazara con extinguirla. La madre de Arturo lo vivió como una respuesta de rebeldía, de desapego de ella, y percibió a Amanda como aquella persona que podría apartar a su hijo de su seno.

Cuando la madre de Amanda falleció, esta se dejó vencer aún más en los brazos de Arturo, su único refugio. Llegaban al apartamento y era como si le hubieran echado leña a una hoguera. La pasaban bien. En esa fase intensa del enamoramiento, los pequeños defectos de ambos pasaban desapercibidos para el otro. Aquello, con el transcurso del tiempo, se perdió. La madre de Arturo siguió presionando y él terminó por reprocharle a Amanda más de la cuenta. Ahora todo se había transformado en una rutina tediosa, sin la cual Amanda no podía vivir.

Arturo se sentó en un sillón; estaba fresco y cómodo después de haberse rociado con el perfume que le regaló Amanda. No cesó de apurarla y continuó interrumpiéndola. Unas veces, para que le llevara agua; otras, para pedirle que le preparara el jugo de su fruta preferida, y otra más para recordarle que no olvidara aliñar la ensalada con bastante vinagre, como a él le gustaba.

—Lo siento, Arturo, no hay tamarindo en la casa. Tengo otras frutas.

—Tráeme la cartera para darte dinero y vayas a comprarlo —dijo haciendo un ademán de disgusto.

—Ahora no puedo, estoy cocinando —dijo ella.

—Ve. Vigilo lo que estás haciendo.

—¿Sabes?, me has dado una estupenda idea. Mientras miras lo que se cuece, aprovecho para darme un baño. Yo también estoy cansada.

—Si fuera mi madre, lo haría todo en un minuto. Cocinaba, hacía las

compras, se bañaba y estaba lista para almorzar con su mejor sonrisa.

«Gracias a Dios no lo soy», pensó Amanda. Sin embargo, le dijo:

—Tu madre realmente tiene vocación para ser ama de casa, y eso es un don.

Capítulo 23

Una visita y una llamada

La misma noche del Día de los Enamorados, Marcela estaba afuera de su casa, en el portal, sentada con su abuela. No quería entrar y comenzar a lamentarse por su soledad. Vio pasar a Miguel. De seguro iba de camino a la casa de sus padres; vivían tan cerca que era inevitable que no se volvieran a ver. Marcela trató de escabullirse, pero no le dio tiempo. Las felicitó a ambas. Fefita fue a la cocina por unos refrescos y le insistió en que las acompañara.

—Abuela, no comprometas a Miguel; lo han de estar esperando —dijo Marcela.

—Nadie me espera; de hecho, no tenía nada planeado. Me va a dar gusto acompañarlas —admitió Miguel.

Cuando su abuela entró, Miguel volvió a felicitar a Marcela y añadió:

—Es bonito este día. No creí encontrarte aquí, pensé que irías a salir con David. ¿Es así como se llama?

—De eso no quiero hablar —admitió Marcela. No podía creer que Miguel le estuviera hablando sobre aquel canalla en el Día de los Enamorados.

—Me gustaría invitarte a salir, pero no creo que quieras aceptar.

—Miguel, estoy embarazada —le reveló sin preámbulos y él se sentó de golpe. Ella continuó—: No quiero mentirte ni salir contigo, sentiría que no te estoy jugando limpio.

—¿Y también estás enamorada?

—Si así es el amor, es lo más triste que me ha ocurrido.

—¿Y ese tipo no piensa responsabilizarse? —inquirió alterado Miguel mientras su peinado impecable se desacomodaba y ocasionaba que un mechón se resbalara y le cayera por la frente.

—No lo sé y me da igual. Aún no se lo he dicho y ya no sé si tiene sentido.

—Cálmate, Marce —dijo y también se sosegó. Acomodó el mechón rebelde y respiró profundo; era demasiado para asimilar—. No te pongas sensible, que me desarmas, por favor. Es que no puedo entenderlo. Estuvimos juntos un montón de años y siempre te cuidé para que estas cosas no ocurrieran, ¿y viene un fulano y te embaraza?

—También es mi responsabilidad.

—No voy a juzgarte, pero me duele, no te lo voy a negar.

Miguel la abrazó sin importar qué pensarían los vecinos. Le acarició el rostro, le besó la frente, y se quedaron así abrazados, en silencio, pensando. Él, quién sabe en qué; ella, en esa absurda situación. Miguel le había roto el corazón, hacía un año atrás, y ahora pretendía ser el consuelo para su corazón, nuevamente hecho pedazos.

El día 15, Marcela no quiso desperdiciar una hora más. Sola, acostada en su cama, sintió aquella palpitación sofocante, que la había invadido cuando supo que un ser se estaba formando dentro de su vientre. «No sé qué sería de mí si hubiese permitido que nos separaran, bebé. Me arrepiento de haber dudado. Perdóname si alguna vez sentiste mi rechazo; no te volveré a fallar. Nacerás, si eso depende de tu madre», pensó.

Marcela se levantó y se dispuso a ir a visitar a sus amigas. De pronto quiso reanudar su vida y aceptar la realidad. David se había marchado, pero el planeta continuaba rotando sobre el mismo eje. Con miles de ideas que le daban vueltas en la cabeza, se dirigió a casa de Paula y, como esta no se encontraba, fue hacia la de Amanda.

Lo que la hizo dar el salto fue notar que se estaba debilitando. Ella siempre había sido tan positiva y suficiente para enfrentarse a los obstáculos de la vida, aunque su bandera fuera la inexperiencia. En ocasiones, Paula le había dicho que era ingenua, que sus padres no la habían preparado para la cruda cotidianidad, pero eso nunca la venció; siempre encontraba alternativas. Por lo que, en muchas situaciones, Paula le había pedido consejos, admirada por la fuerza de voluntad de Marcela para volverse a levantar. Aunque una y mil veces se tropezaba, con la misma se levantaba, se sacudía el polvo y seguía su camino. Por primera vez, se había estancado. Estaba anclada en medio de un océano, se dejaba llevar por la marea, hacia adelante y hacia atrás, pero sin poder zafarse de aquella cadena.

Resolvió recuperarse. En sus manos estaba esa posibilidad. Amanecería, como siempre lo había hecho, dispuesta a comerse el mundo a mordidas. Era cierto que tenía un gran vacío en su corazón, que tenía miedos, preocupaciones, pero todo eso se llenaría con la llegada del bebé. Tenía un gran motivo para sentirse llena de felicidad: un hijo.

Al llegar a su destino, se encontró a Amanda con los ojos hinchados y enrojecidos. Le preguntó si había estado llorando; aquella mintió, le contestó que había amanecido con alergia. Marcela intuyó el engaño y no fingió creerle, quería contagiarla con aquel espíritu renovador que se había apoderado de ella. Amanda aguantó seguir sufriendo y le abrió su alma.

—No puedo más. No sé si es él, si soy yo o si somos los dos. Arturo vive encerrado en sí mismo, no me escucha. ¿Me creerías que aún no le he dicho que estamos esperando un hijo porque no hallo las palabras adecuadas? Porque basta una palabra de mis labios para incomodarlo, para que se vuelva contra mí. A veces creo que me odia, o será que él no conoce otra manera de amar.

—Eres muy joven para lidiar con sus problemas, tienes mucha vida por

delante. Es un amor enfermizo.

—Será que también soy así.

—Estoy segura de que no. A veces dejamos que las cosas se nos salgan de las manos; solo basta con que lo reconozcas y avances.

—Pero sigue siendo mi culpa permitirlo. Lo peor es que no puedo estar sin él.

—Porque le temes a la soledad. Piensas que no encontrarás otro hombre con quien vivir un amor como el que sueñas para tu futuro.

—No es cierto. Yo lo amo.

—Si de verdad lo amas, no lo sigas engañando, dile la verdad.

—¿Crees que no lo amo? ¿Eso piensas?

—Si no estuvieras tan ocupada con Arturo, mirarías a tu alrededor y descubrirías que hay otras personas interesadas en ti.

—¿Lucas? —preguntó Amanda.

—No. Lucas está enamorado de Paula.

—Por eso siempre anda detrás de ustedes como un perrito faldero. ¿Y Paula qué piensa?

—Lo sabe, pero finge que no por la diferencia de edad. Cree que es un niño para ella; Paula tiene veintiuno y Lucas, diecinueve. Además, le ha tomado el gusto a la soltería y teme volver a empezar una relación.

—Dime quién es mi admirador secreto.

—Eso es precisamente: secreto.

—Espera, ya sé. ¡Es Marcos! Me ha visitado mucho últimamente. Desde que nos vimos en casa de tu abuela y supo que estoy esperando un hijo, ha venido a ofrecerse para cualquier necesidad que tenga bajo el pretexto de que estoy sola.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Lo corté. Pensé que venía como amigo, pero quise evitar problemas con Arturo.

—Eres una tonta. ¡Marcos es excepcional!

El teléfono las interrumpió con su característico sonido. A Amanda, quien tenía la plena convicción de que sería Arturo, se le iluminó el rostro al escuchar otra voz, desconocida para ella; le cambió, de nuevo, la expresión de la cara. Extendiéndole el auricular a Marcela, le comentó que era Caridad, la madre de David, quien pedía hablar con ella.

—Dice que tu abuela le dio mi número.

Marcela, nerviosa, escuchó lo que aquella tenía que decirle.

—Disculpa que converse esto por teléfono, pero es la vía más rápida...

Marcela solo escuchaba, sin que las manos le dejaran de temblar. Cuando colgó el teléfono, permaneció pensativa por unos minutos. Amanda, que no entendió el conjunto de monosílabos que su amiga respondió, se quedó llena de curiosidad pero, incapaz de robarle aquel momento de privacidad, también guardó silencio.

No fue hasta que su amiga se decidió a comentarle que supo de lo que se trataba. Le relevó los pormenores de la conversación, tomó su bolso, y se dispuso a marcharse.

—Es Caridad; Marcos le contó todo. Quiere que vaya a su casa a hablar con ella. ¡Solo a mí se me ocurrió confiar en el mejor amigo de David!

—Tienes razón. ¡Marcos es excepcional!, especialmente guardando secretos —le reclamó Amanda.

Caridad la recibió impaciente y Marcela se sentó en un sillón. Junto a las luces tenues, el recuerdo latente estaba ahí, en cada loza, en cada adorno; sus besos, su risa, su aroma emanaban por doquier. La reminiscencia de un rostro de mujer la devolvió al presente. ¿Aquella otra también sería una víctima más de los encantos de David O’Farrill? No lo sabía, pero sí estaba segura de que Sandra tenía la fortuna de ser la dueña de su corazón. Caridad le hablaba y sus palabras se le hacían interminablemente largas a Marcela. Mientras, ella trataba de contener la respiración para que la madre de David no notara su agitación y la tortura que representaba estar en el departamento. Marcela se puso de pie y caminó hacia un portarretratos que permanecía encima del

mueble que tenía enfrente. Lo miró sin atreverse a tocarlo, aunque se moría por abrazarlo contra su pecho y por entregarse a aquel sentimiento.

Caridad la llamó por su nombre y aquello la hizo volver a percatarse de su presencia. Marcela disimuló con una sonrisa para dar tiempo a formular una respuesta que contestara la última pregunta de Caridad.

—¿Qué piensas hacer?

—No tiene que preocuparse por nada; mi familia y yo tenemos la situación controlada —respondió Marcela.

—Niña, tus palabras divagan —refirió Caridad. Suspiró y añadió—: Los hijos, aún de grandes, siguen dando problemas. ¿Estás preparada para eso?

—La verdad, no.

—¿Por qué no le dijiste a David? ¿Querías dejarlo fuera de esto? No quiero ser yo la que te dé un sermón; ya tienes bastante. Siempre quise nietos, pero no lo imaginé de esta manera. Veo dolorosamente cómo la historia se repite. Recuerdo todo lo que sufrí viendo crecer a mi hijo, sin el cariño y la presencia de su padre. Paradojas de la vida: por más alejado que David permaneció de su papá, más grande se le hizo la obsesión de conocerlo. No sabes lo que es vivir con miedo de perder a tu hijo para siempre. Y las dudas, atacando. ¿Qué puede ofrecerle aquel? ¿Podría David perdonarlo? ¿Perdonarlo?; no será necesario. David nunca ha culpado a su padre; para él es un ídolo inalcanzable, y ni siquiera lo conoce.

—De querer ocultarlo, no le habría contado a Marcos. Yo no tuve valor de decirle y, cuando me decidí, no fue el mejor momento. —Marcela trataba de aparentar serenidad.

—¿Eres consciente de que el mayor peso recae sobre la mujer? No está bien, pero así ha sido siempre. Crees saber lo que quieres y, mientras más lo parece, no puedo evitar verme a mí misma muchos años atrás. —Sin poder disimular su vehemente preocupación, comentó—: No quiero presionar en tu decisión de dejar que David reconozca al niño, pero creo que es lo mejor para el bebé y, más que nada, hay que pensar en él.

El teléfono comenzó a timbrar. En aquel momento, Caridad le reveló que estaba esperando la llamada de David. Marcela no pudo contener sus manos, que se tornaron más asustadizas.

—Tómalo y hablen de una vez. Mi hijo ya se ha enterado enterado. Le dije y también le reclamé por la imprudencia. Así somos las madres cuando estamos preocupadas, pero todo lo que deseo es el bienestar de David. Le exigí que asuma su responsabilidad, le interpele por actuar a la ligera y por su actitud negligente.

Marcela tomó el auricular y lo acercó con temor hacia su oído, esperó a que él hablara primero. Cuando David supo que estaba conversando con ella, no disimuló su asombro.

—Marce, ¿por qué no me revelaste que estás embarazada? Yo aún estaba en La Habana.

—No estaba segura de si quería compartirlo contigo. —Ella soltó unas tímidas palabras. Marcela estaba pasando una difícil situación.

—¿Y por qué diablos no contestas el celular? ¡Eso no puedes volver a hacerlo, o me harás tomar un avión y volar de inmediato a buscarte! Me temí lo peor. Te llamé el día 14 para felicitarte, y no me contestaste. Pensé que seguías enojada y decidí darte tiempo pero, cuando mi madre me dijo que estabas embarazada, me volví loco, después de digitar tu número más de mil veces, sin éxito.

—No tengo móvil ahora, ¿vale? Así que no pretendas que me quede esperando tu llamada.

—Eso se resolverá de inmediato: mañana mismo Marcos te llevará uno nuevo.

—¡No! Destruí el chip con la intención de cambiar de número, pero supuse que te las arreglarías para atormentarme, así que resolví que no lo necesito por ahora.

—No te atrevas.

—Tú la amas a ella; déjame en paz de una buena vez. No quiero tener un

teléfono y mirarlo ilusionada, esperando tu maldita llamada. No quiero oír tu voz. ¿Qué diablos quieres de mí?

—¡No lo sé! ¡Maldición! Te juro que no lo sé, pero te extraño demasiado. Te necesito.

—No me confundas más. Olvida que existo.

—Serás la madre de mi hijo, no puedes desaparecer de mi vida como si nada.

—No quiero ser tu maldita amiga. ¿Acaso no lo entiendes?

—De seguro me culpas por el día del condón. Lo siento, Marce. Resultó que tú tenías razón. Yo sabía que podía pasar, pero no pude resistirme; creí que tendríamos suerte, que la probabilidad era baja.

—Yo podía haberte frenado.

—De acuerdo, la responsabilidad es de ambos. No te dejaré sola. Salvando los detalles conocidos, siempre nos hemos llevado bien. Seguimos siendo amigos, al menos por mi parte, y eso me compromete.

—Te lo iba a decir aquella tarde, en que me aseguraste que en tus planes no estaba ser padre.

—Lo lamento. Nena, no sé ni lo que siento. Me angustia, pero me alegra a la vez. Te extraño mucho. Muero por estar ahora mismo mirándote a los ojos, acariciándote la mano. Ya no podrás ponerle un punto final a nuestra historia como querías. Ese niño nos unirá para siempre; tendremos que hacer lo mejor para él.

—Puedo tolerarte con tal de que mi hijo sea feliz. —Cedió un poco finalmente. Sus palabras lo hacían odiarlo, pero su voz varonil tenía efecto desconcertante en ella.

—Nuestro hijo, Marce.

—Tendré que acostumbrarme a la idea. Era mi hijo antes que lo supieras.

—Cuenta con mi apoyo, con mi consentimiento, con mi ayuda económica, con mi apellido y con mi amor para mi hijo.

—Me tengo que ir, David. Estoy ocupada.

—¿Esas serán tus últimas palabras? Comprendo si no quieres hablar ahora. No insistiré. —Antes de colgar, le dijo con la voz entrecortada—: Cuídate.

Ella quedó con el sonido de su voz aún en la cabeza.

Caridad le pidió que se quedara a cenar. Marcela se rehusó, no pudo seguir en aquel sitio un minuto más. Se despidió con una disculpa y se fue antes que sus ojos se llenaran de lágrimas. Se fue caminando, mientras las escenas del pasado se escapaban de su memoria y avanzaban como una película en cámara lenta, delante de sus ojos. Quiso correr, pero sus pies parecían sembrados en el camino. A cada paso, vio los diferentes años de su vida. Los recuerdos más latentes eran los días felices de su infancia, las lágrimas lloradas en alguna ocasión, y descubrió algo: que en cada uno estaba acompañada, siempre, de uno de sus padres. Recordó las palabras de su mejor amiga, cuando esta le decía: «Parece que te han criado en una casa de cristal». Siempre la habían cuidado demasiado. Comprendió que, por más que aquellos se esforzaran, no iban a poder evitar que el sufrimiento la rozara alguna vez o, peor aún, muchas veces. Había situaciones que estaban fuera del alcance de sus padres; por eso, había decidido irse a vivir con su abuela, algo que había sido una decisión suya. Su interior le pedía ser suficiente, independiente y más segura de sí misma.

David le había ofrecido todo, excepto amor para sí. Todo el día y toda la noche, se la pasó meditando, tratando de reflexionar, de no sentir, pero aquello parecía imposible. En la noche, cuando colocó la cabeza sobre la almohada, aún era un enjambre de cavilaciones. Sin darse cuenta, se quedó dormida. Despertó sobresaltada, de madrugada, y trató de deshacerse de las ideas que la rondaron hasta el amanecer.

Capítulo 24

*F*ebrero 2016. Aún más negro. Amanda

Al finalizar las clases de aquel nuevo día, Amanda y Paula estaban frente a la Facultad de Artes y Letras, esperando que el semáforo se pusiera en rojo para pedir un *ride*. Mientras esto sucedía, conversaban.

—¿Qué le habrá sucedido a Marcela, que no vino hoy a la escuela? —preguntó Amanda.

—Seguro nada. Cuando se levanta sin ganas de venir, simplemente no lo hace —dijo Paula.

—Ayer, cuando me visitó, estaba animada. ¿Sabes qué quería hablar Caridad con ella?

—No me dijo. No la he visto.

—Darán las dos de la tarde. Salimos retrasadas de la facultad.

—Mejor, así pasa Marcos, cuando salga de la oficina, y nos lleva —dijo Paula.

—Ojalá venga algo rápido. Prefiero no verlo después de lo que le hizo a Marcela.

—Hizo lo que creyó justo. David debía conocer lo que estaba pasando, al igual que Arturo.

—Pero resulta que ese asunto es de a dos.

Paula, entendiendo por dónde venía, hizo silencio. Permanecieron así, sin hablar, durante un rato, hasta que apareció Marcos. Amanda se quedó seria al

ver que se aproximaba, mientras Paula sonreía de oreja a oreja. Desde que Marcela le comentó a Amanda que él estaba interesado en ella, su presencia comenzó a hacerla sentir incómoda.

Paula hablaba más de la cuenta, como de costumbre, al contrario de su amiga, que no decía ni un solo vocablo. Entre palabra y palabra, Marcos les comentó que, finalmente, Marcela y David habían llegado a un acuerdo.

—Vaya, estás más actualizado que nosotras. No hemos visto a Marce hoy —mencionó Paula.

—Sé que fue un atrevimiento de mi parte, pero tenía el deber moral de decírselo a mi amigo. Espero que no se enojen conmigo por eso —pidió Marcos.

—Hiciste lo que creíste correcto. Ahora Marcela podrá contar con su ayuda —argumentó Paula.

—Y tú, Amanda, ¿crees todo lo contrario? —le preguntó Marcos.

—No creo que sirva de mucho el apoyo del padre. En definitiva, la madre es la que se lleva la peor parte —se quejó Amanda.

—¿Lo dices por ti? Sin embargo, pienso que la madre se lleva lo mejor. La maternidad es muy bonita —afirmó él.

—No creo que tengas experiencia como madre, Marcos.

Nuevamente todos se callaron. Marcos y Paula notaron que Amanda estaba muy estresada y concluyeron que no sabía ni lo que decía. Al aproximarse a la casa de Paula, esta le preguntó a Marcos:

—¿Acercarías a Amanda? —Este asintió—. Eres un sol, Marcos.

—Es mi camino, lo sabes, Pau. No me cuesta llevar a Amanda —dijo él expectante.

La aludida, sin darles tiempo a decir más, agradeció por traerla y recalcó que ella también llegaba hasta allí. Ante la prisa de aquella por bajarse del auto, Marcos le dijo con una sonrisa:

—Yo no me como a nadie, Amada.

Las chicas dejaron el auto y lo vieron alejarse. Amanda y Paula caminaron en dirección opuesta a la del joven. Amanda, enojada con Paula, le reclamó:

—¿No pudiste hacerme quedar más en ridículo? —Por el tono de su voz, la amiga comprendió que estaba furiosa—. Sabes que Arturo es muy celoso y, si me lo tropiezo por casualidad, no le va a gustar nada que esté con otro hombre en un auto.

—A Marcos le divierte ver cómo te ahogas con la marea baja. No sé cómo haces para no inmutarte ante sus atenciones, amiga. Es tan tierno y está para comérselo; es guapísimo, rubio, con ese estilo de metal pesado, pelo largo, mirada incinerabragas. Hace todo por llamar tu atención. ¿Es posible que no te despierte nada?

—Pierdes el tiempo.

—Niña, deja de tener ojos solo para Arturo. Sé que tu novio es un adonis, pero ¿de qué sirve si no te hace feliz? ¿Hasta cuándo vas a seguir esperándolo en el parque o en la biblioteca? Ármate de valor y haz que te dé el lugar que te mereces.

Dejaron el tema al tropezarse con Marcela, que caminaba a casa de Paula. Se acercaron y se saludaron con efusividad. La recién llegada añadió:

—Paula, venía a tu casa por tus libretas, para anotar las clases que perdí. No pude ir a la escuela, amanecí muy cansada. Es que no conseguí dormir la noche anterior. —Hizo una pausa—. Disculpen, las interrumpí y ustedes estaban en medio de algo. ¿Discutiendo por lo mismo?

—¿Por qué habríamos de discutir? —preguntó Paula para disimular. Amanda estaba muy susceptible. Otro comentario en contra de Arturo no le favorecería.

—Por el insoportable de Arturo, logré escucharlas, así que no tienen que disimular —contestó Marcela sin rodeos, debido a que aquel también era un mal día para ella.

—¡Esto es el colmo! —espetó Amanda exaltada.

—Estás ciega; no sé cómo lo soportas. Es malcriado, inmaduro, cree que siempre tiene la razón. La verdad es que esto tenía que decírtelo, aunque te duela. Algún día te vas a dar cuenta de quién es él realmente. ¿Sabes cuándo?: cuando se te quite ese capricho que tienes —terminó de decir Marcela.

—Es amor —dijo Amanda.

—No lo creo. El amor es muy lindo para ser ese eterno sacrificio que tienes que vivir a su lado —soltó Marcela.

—Déjame ser feliz a mi manera —se defendió Amanda.

—¡Por Dios! ¿Qué estoy haciendo? —dijo Marcela recobrando el control—. Discúlpame, Amanda, ayer no tuve un buen día. No soy quien para decirte lo que tienes que hacer; mi vida es un caos peor que el tuyo. Me siento en el mismo bando que tú, y ya es suficiente para las dos. Si no hacemos algo, vamos a ser infelices por lo que nos resta de vida.

—Marce, yo aún puedo arreglar las cosas con Arturo.

—Lo has intentado y siempre terminan igual. La forma en que te habla en presencia de nosotras está mal. Si te vuelve a maltratar delante de mí, no lo voy a permitir, aunque te enojas por meterme en tus cosas. Porque después vienes, cuando ese sinvergüenza te hace de las suyas, a decirme...: «¿Qué hago?». Y me duele. Mereces algo mejor.

—No te preocupes, amiga. No volveré a pedirte ayuda, pero recuerda que tú te ofreciste.

—Mi ayuda la tendrás siempre, pero una amiga también tiene que decir la verdad —le aclaró Marcela.

Marcela se fue sin resolver aquello a lo que venía.

—No le hagas caso, Amanda —le dijo Paula tratando de consolarla—. Mira a Marce cómo camina; tampoco puede con su sufrimiento. Lleva sobre los hombros el peso de sus palabras, las que proyectó sobre ti, y eran las que deseaba decirse a sí misma. Marce sabe que no solo tú tienes que poner un alto, sino que ella también.

Paula se quedó y consoló a Amanda. Le pidió que perdonara a Marcela, asegurándole que ya estaría arrepentida. Le repitió mil veces que ambas la querían profusamente y, para reafirmarlo, añadió con ternura:

—Tampoco soporto ver cómo te hace y te deshace y tú te quedas así, aceptándolo todo. Reacciona. Él no es el único hombre del planeta. Si por lo menos dijeras que vas a seguir con él, pero bajo tus condiciones... No puedes seguir siendo una parte de él, tienes que liberarte, y eso no implica dejarlo, pero sí hacer que te respete.

Lo último que Paula declaró fue en vano; Amanda huyó y la dejó hablando sola.

Amanda avanzó, alrededor de diez cuerdas, con las palabras de sus amigas, que erosionaban en sus oídos. Aún le quedaba bastante por caminar cuando sus ojos se tropezaron con la mirada de Marcos. Trató de pasar desapercibida, pero este comenzó a agitar su mano en el aire. Se le acercó al hacerle inútil rehuir. Al auto de aquel se le había pinchado un neumático. Se sintió apenada por él, que les había hecho el favor de traerlas, y por aquello se había averiado.

Al contemplar a Marcos cambiar el neumático, Amanda no pudo evitar sonreír. Al lado de Marcos, respiraba paz. Sus amigas tenían razón: él era buena persona. Otro, en su lugar, estaría maldiciendo haber hecho el favor de llevarlas o, al menos, pateando el auto. Al dejar todo listo, Marcos se ofreció a darle un aventón. Ella se negó, puso de pretexto que estaba cerca. Él insistió, argumentó que podía acercarla a donde quiera que fuera. Amanda lo pensó mejor; había tenido un día pésimo y lo mejor sería marcharse para su casa, en vez de visitar a su pareja. Miró de un lado para el otro, se sentía acechada por la sombra de Arturo, pero terminó aceptando. Cuando Amanda le comunicó hacia dónde se dirigía, este preguntó:

—¿No ibas para la casa de tu novio? Digo, eso creí. Siempre que vas para

la casa de él, te quedas por el mismo rumbo. —Al notar que a ella le desagradó el comentario, se retractó—. Como desees.

Amanda se sentó al lado de Marcos y se sumió en el asiento de tal manera que apenas se veía desde fuera. Marcos no pudo disimular: quedó estupefacto ante el comportamiento de ella. Amanda lo notó y no le dio importancia.

—¿Me estoy introduciendo en un terreno peligroso y tu novio es verdaderamente celoso, tal como lo suponía?

—No es que sea celoso. Tiene un carácter complicado —contestó Amanda.

—Por casualidad, ¿te estás escondiendo de él? Porque es incómodo.

—¿Cómo crees? —evadió.

—Sería el colmo, ¿no? Dios no nos lo tropiece en el camino; no quiero problemas. ¿Qué haces con ese tipo, Amanda? No lo conozco pero, siempre que el tema trata sobre él, te pones muy tensa.

—No es mala persona. Tiene conflictos.

—¿Y por qué tú tienes que arrastrar con ellos? ¿Qué tiene de especial? Eres tan linda, tan joven. No creo que te falten admiradores. A mí me encantas, si te sirve de consuelo. Desde que te conocí, no te saco de mi cabeza. Amanda, si yo pudiera, congelaría este instante para que no terminara nunca.

—Marcos, no, por favor. Si sigues por ahí, me bajo ahora mismo. Ya sabes que tengo novio. Habla de otra cosa antes que el momento se vuelva incómodo.

—De acuerdo. ¿Ya le dijiste al padre de la criatura?

—¿Qué? —Amanda trató de hacerse la desentendida.

—Lo de tu embarazo.

—Mis amigas son tan discretas contigo que, a veces, conoces más de mí que yo misma. ¿Qué más te han dicho? —soltó perturbada.

—No quiero que te enojés; solo intento ayudarte. Me pediste que cambiara el tema y, a lo mejor, elegí el menos oportuno.

—Disculpa, eres tan agradable y yo, todo lo contrario. —Amanda reaccionó y se dio cuenta de que estaba haciendo lo mismo que le había reprochado a Marcela minutos atrás. Marcos no tenía la culpa de que ella hubiese tenido un mal día. Amanda le dijo unas palabras amables y Marcos se volvió para mirarla. Sus ojos lograron desconcertarla unos segundos, y no le quitaba la vista de encima—. ¡Por Dios, mira hacia adelante, vamos a tener un accidente!

—Lo siento —dijo él y se concentró de nuevo en el camino. Ella tuvo que reír ante su desatino.

—Me encantaría que alguien pudiera ayudarme, pero no se puede hacer nada.

—Siempre hay una solución.

—A no ser que me ayudes con una donación de sangre.

—Sé por dónde vienes. Quieres interrumpir tu embarazo. No puedo. Te la daría para salvar tu vida.

—¿Estás en contra del aborto, como Marcela? ¿Es eso?

—Niña, yo no creo que puedas abortar ni aunque quieras. Ya se te nota la pancita; tu tiempo ya está muy avanzado. Los problemas no desaparecen si los guardas en un rincón.

—No quiero traer a un bebé al mundo a sufrir.

—Entonces, llénate de valor y tráelo para hacerlo feliz. —Le apretó con ternura una mano y la miró a los ojos—. A lo mejor, ya no puede ser tu decisión. Te lo explicaré desde el punto de vista médico, con las pocas nociones que tengo.

Él detuvo el auto para explicarse, sin tener que concentrar su atención en el volante. Amanda se incorporó en el asiento y lo escuchó, abriendo su corazón, para entender las razones que este le daba. Amanda se sintió conmovida por la mirada cándida de Marcos, que le transmitía mucha sinceridad. Él despertaba en ella pensamientos que no creía suyos. Albergó deseos de sentirse protegida en sus brazos, de ser acariciada por sus manos y de seguir siendo consolada por sus tiernas palabras. Se dejó llevar por aquel momento y se sintió

perturbada al percatarse de que estaba en un intento de infidelidad. Permaneció callada, pero con miles de imágenes en la cabeza durante el tiempo que él estuvo estacionado.

Creyéndolo conveniente, Amanda le pidió:

—Vuelve a conducir; el reloj ha avanzado de prisa.

—¿Te gusto? —le preguntó mirándola a los ojos de nuevo; su voz volvió a desequilibrarla—. Es lo único que explica que te pongas tan nerviosa cuando me tienes cerca.

—Eh... —titubeó Amanda y no pudo formular la respuesta.

—Mejor no me contestes. Ya sé: tienes novio.

—Detén el auto —exigió Amanda y abrió la portezuela antes que el vehículo se detuviera por completo. Marcos tuvo que meterle el pie completo al freno. Ella reconoció—: Fue bonito hablar contigo.

—Amanda, por favor, deja de lanzarte cada vez que estoy conduciendo. Es un peligro.

Ella lo besó, por primera vez, en la mejilla para despedirse, ante la mirada perpleja de él, y se alejó caminando con lentitud.

«Jamás traicionaría a Arturo, ni podría olvidarlo. Es lindo saber que puedo gustarle a un hombre como Marcos», pensó. Así se convencía de que Arturo no era la única opción. «Puedo escoger y, por voluntad propia, me quedo con mi novio. Esto debe ser amor», resolvió. No había caminado dos cuadras cuando Arturo le salió al encuentro. Él tenía un atractivo diferente al de Marcos. Arturo era de una belleza fría, estática, como una escultura de hielo; carecía de matices y de calor. Amanda respiró hondo al recordar que se había separado de Marcos a tiempo. Intentó abrazarlo cuando tuvo a su novio enfrente. Él la repelió, la sujetó fuertemente por el brazo —al extremo de hacerle daño—, la atrajo hacia sí y la hizo caminar aprisa. Ella no estaba segura de lo que pasaba por la mente de Arturo, pero lo sospechó.

Entraron al departamento de Amanda. Arturo cerró de un portazo, la tomó por los hombros y la sujetó contra la pared. Su aliento lo delató.

—¿Bebiste alcohol? ¿Tú? Pensé que detestabas la bebida —manifestó Amanda.

—Te vi cerca de mi casa, con ese hombre en el auto. Pensé que habías tomado un *ride*. Te esperé en el parque como un imbécil. Vine a tu casa al ver que te demorabas, y llevo más de una hora esperándote —le confesó él.

—¡Ah! Ya comprendo —dijo ella.

—¿Qué?, ¿que es fácil engañarme? Te equivocas. Mi madre siempre me dijo que no confiara en ti.

—Tu madre nunca me ha querido, así que no lo dudo —soltó Amanda.

—Tal vez lo hizo porque sabía cómo me ibas a pagar. Todo lo que mamá ha hecho ha sido para conservar la alegría de mi hogar.

—Tu hogar solo existe como una teoría en la cabeza de tu madre. Prefiero vivir en mi eterna soledad que coexistir con una madre egoísta y manipuladora, que trata de amarrar a su alcohólico marido para que no se vaya con otra, a la cama, que lo haga sentir que aún está vivo. ¡Tu padre es un borracho porque no hay quien sea feliz con tu madre!

Por primera vez, Amanda dijo lo que sentía, y Arturo se sobrepasó; le dolió demasiado escucharla. Todo fue tan rápido que Amanda no llevó la secuencia de lo que había ocurrido. Pronto volvió en sí; entonces, comprendió que Arturo la había golpeado en el rostro. La mejilla le ardía. «¡Esto no me está pasando a mí!», pensó. Amanda nunca se había visto en aquella situación.

Comenzó a llover en su interior; sintió escalofríos que le recorrían la espalda. Era miedo; sentía miedo de «su Arturo», del único que la acompañaba en el mundo y quien debía ser su protector. Ya no lo sería más. Conocía lo que era capaz de hacer cuando estaba borracho, furioso y, sobre todo, celoso. Pensó en su padre, que no estaba cerca para defenderla; en su madre, y la llamó a gritos dentro de su corazón, mientras su espíritu se desmoronaba. «Papá, ve lo que le hacen a tu niña. Si lo supieras, no lo

permitirías, pero estás tan lejos que no puedes hacer nada, y yo... menos», pensó y se sobresaltó al ver a Arturo correr hacia ella. Amanda se encerró en su habitación a tiempo.

—¿Qué hacías con ese hombre? Dime —le exigió él a través de la puerta.

—Lo que no puedo hacer contigo: hablar. Vete ahora mismo; tengo el teléfono descolgado y voy a llamar a la policía.

Amanda escuchó el chasquido de la cerradura, pero no se atrevió a salir del cuarto. Se tiró en la cama sin hacer ruido y se envolvió con las sábanas hasta cubrirse la cabeza. Así permaneció horas. Ni durmió ni pensó. Permaneció aletargada, medio soñando, medio recordando; sufriendo, pero no llorando. Deshiló cada hebra de amargura, cada cadena que le sujetaba el alma. Rogó para que el amanecer trajera el sol y este, la claridad.

Amaneció. Al abrir los ojos y contemplar el techo blanco que se levantaba sobre sí, se sintió más tranquila. La luz la ayudó a ir perdiendo el pánico, así que comenzó a llorar como cuando era pequeña. Lloró, gritó, suspiró. Al levantarse de la cama, lo primero que hizo fue mirarse en el espejo en busca de evidencias. Tenía el borde de la mejilla enrojecido, pero parecía ser de tanto llorar. Ese día no salió de casa, no abrió las puertas ni las ventanas, salvo una pequeñita que había en su habitación. Se pasó todo el día acostada, sin apetito, sin deseos de hacer nada, sin contestar el teléfono. Al día siguiente, tampoco salió. Permaneció encerrada hasta la tarde, cuando decidió abrir las ventanas de todo el apartamento para dejar entrar el aire fresco.

Capítulo 25

Amigas

Amanda llevaba dos días sin acudir a la universidad; Marcela y Paula estaban preocupadas por ella. La llamaban y nadie atendía, así que decidieron visitarla. Cuando Amanda las recibió, taciturna y pálida, las preocupaciones de sus amigas aumentaron. Amanda procuró tranquilizarlas. Batallando para esbozar una sonrisa, murmuró:

—He tenido mareos, por eso no he ido.

—Dentro de poco cumplirás tres meses y no has ido a control prenatal; eso es muy arriesgado —le comentó Paula.

—¿Por qué no vas al hospital? Me parece que no estás bien; te veo desmejorada —completó Marcela.

—Iré mañana, hoy no tengo fuerzas para caminar. No es que me sienta mal, solo es que tengo mucho sueño.

—La anemia tiene esos síntomas —continuó Marcela y se calló, de pronto, al ver que Amanda rompió a llorar—. ¿Qué te sucede? —indagó.

—Nada —dijo Amanda y se secó las lágrimas.

—Amanda, perdóname por lo que te dije la otra vez. Soy la menos indicada para aconsejarte. Me expresé mal y comenté lo que no me incumbía. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que sea. No tengo derecho a exigirte nada, soy un pésimo ejemplo.

—Arturo y yo terminamos —admitió Amanda.

—No llores. Verás que pronto se solucionará —dijo Paula.

—Es definitivo.

Sus amigas no le creyeron, estaban seguras de que era un arranque del momento y, al verla en ese estado, se dedicaron a consolarla. Amanda no intentó convencerlas.

Para la siguiente clase, Amanda se fue en *ride* para la facultad. Decidió no limitarse más por las presiones de Arturo ni por las propias. Al bajarse del auto, lo vio sentado en uno de los bancos de la Facultad de Derecho. Él llevaba días tratando de hablar con ella, pero no había tenido valor. Ahora rogaba por que realmente Amanda estuviese coqueteando con el hombre del auto, porque ya no estaba seguro. Se le acercó y le imploró diez minutos de su tiempo.

—¿También me vas a golpear aquí? —preguntó Amanda a la defensiva aunque, en el fondo, le temblaban las rodillas.

—Escúchame, por favor —suplicó Arturo.

—¿Como mismo me oíste tú?

—No sé qué estarás pensando de mí. Te juro por mi madre que me salí de mis cabales y lo único que encontré en mi casa fue una botella de ron. Se me fueron los tragos a la cabeza.

—Arturo, estamos en la universidad, rodeados de compañeros nuestros. Conversemos más tarde en otro lugar, al terminar las clases.

—No tengo cabeza para clases; hasta que me perdones, no tengo cabeza para nada —insistió él.

—No soy Dios para perdonarte. Solo sé que contigo no vuelvo más — sostuvo Amanda mirándolo a los ojos.

—Es demasiado rápido para tomar una decisión.

—¿Sabes cuánto te he amado?

—Claro que sí.

—No lo olvides nunca.

—No puedes dejarme; te vas a quedar sola —le dijo en tono suplicante.

—Arturo, tú mismo me enseñaste que me tengo a mí misma —le dijo. Aunque el cuerpo le seguía temblando, la voz le salió tan firme que hasta ella se sorprendió.

En la tarde, Amanda se dirigió al hospital, totalmente convencida de no solo terminar con Arturo, sino también con cualquier lazo que los uniera. Cuando Marcela lo supo, decidió no dejarla sola y fue con ella. Temía que Amanda pudiera arrepentirse cuando fuera demasiado tarde. Así que le preguntó:

—¿Estás segura? ¿Lo comentaste con Arturo?

—Tengo que hacer lo mejor para mí. Yo sé que no lo entiendes ni lo harás nunca; también sé que es mi responsabilidad haberme embarazado. Finalmente, pensé mucho en esto, y ya no hay marcha atrás. Apenas estoy en segundo año de universidad y necesito terminar mi carrera porque es lo único que tengo. Nadie me puede ayudar a cuidar a mi hijo para que yo estudie, ni tengo dinero para mantenernos. Arturo no trabaja aún, ni quiero basar mi vida en lo que él haga o deje de hacer. No quiero que nada me una a Arturo, a su madre, a su familia. Solo quiero enfocarme en mis estudios para ayudarme a mí misma a salir adelante.

—Tu padre dijo que te ayudaría.

—Marce, no quiero nada que me una a Arturo. Quiero borrarlo de mi vida para siempre.

Marcela se alzó de hombros sin refutar aquellas palabras.

Al llegar a la consulta, la doctora le comunicó a Amanda los diferentes análisis que tendría que hacerse nuevamente, porque los anteriores ya habían caducado y, antes de mandarla al laboratorio, prosiguió a reconocerla.

—Si querías interrumpir el embarazo, ¿por qué demoraste tanto en venir? Te voy a indicar, también, un ultrasonido, y tráeme mañana mismo los resultados de los demás análisis —dijo la ginecobstetra.

Tenía que esperar un día más. Para Amanda tener a Marcela a su lado, con sus comentarios maternales, se le hacía insoportable. Resolvió alejarse de ella con el pretexto de que necesitaba dormir. Se encerró en su casa para no recibir visitas; se estaba acostumbrando demasiado a la soledad.

Al volver, un día después, al hospital por los resultados y para hacerse el ultrasonido, lo último que imaginó Amanda era a quién encontraría. En espera de su turno, vio a Marcela aparecer por uno de los pasillos. Venía acompañada de un joven. Marcela se lo presentó.

—Es Miguel, mi ex.

—¿Te pasas, Marce! ¿Vienes a acompañarme en un momento tan importante y traes a tu ex? ¿Te falta un tornillo? —Con lo que Amanda constató que Marcela estaba completamente loca—. Sin ofenderte, Miguel.

—Suena feo, ¿verdad? Te lo presento de nuevo. Es Miguel, un amigo de la infancia —se corrigió Marcela.

—Me gusta más el segundo comentario —dijo Miguel y saludó a Amanda.

—Marce, ¿es casualidad que nos encontremos? ¿Tienes consulta hoy? —preguntó Amanda al no explicarse la presencia de Marcela en el hospital.

—No —le respondió la otra—. Vine por ti.

Amanda respiró profundo, precisamente cuando le estaba huyendo. No quería a Marcela a su lado, con sus nuevas ideas sobre la maternidad, que la acercaban más a la realidad de la que quería escapar. Los dejó para encaminarse a la consulta, pero aún pudo escuchar parte de lo que hablaban.

—¿No puedes buscarte amigas normales? Paula tiene un sentido del humor negro y esta niña está medio histérica —expresó Miguel.

—Los estoy escuchando —les advirtió Amanda, que caminaba en dirección

opuesta a ellos. Ante el comentario de Miguel, alzó la mano y le hizo la señal del dedo.

—¡Cállate! Está pasando por un momento difícil —lo sermoneó Marcela.

—¡Lo siento, Amanda! Me caíste bien. Soy un imbécil; no me hagas caso — se disculpó Miguel y luego, volviéndose a Marcela, agregó—: ¿Así se ponen todas las embarazadas?

—Por supuesto que no. Yo no he perdido la tranquilidad —aseveró Marcela y de vuelta recibió unas sonoras carcajadas de su «amigo de la infancia».

Amanda dejó de escucharlos y siguió caminando. Antes de doblar por el pasillo, los observó; Marcela y Miguel continuaron hablando para matar el tiempo. Dentro de la consulta, todavía se aferraba a la posibilidad de que nada se interpusiera para poder hacerse la interrupción. Sin embargo, el ultrasonido reveló otra cosa. Amanda había fallado en sus cálculos: tenía más de cuatro meses de embarazo y no el tiempo que ella suponía. Desesperada le imploró a la doctora que se lo repitiera. Aquella respondió:

—Un legrado sería muy complicado; eres muy joven y aún no has tenido hijos. No te aferres a eso. Yo no me arriesgo a hacértelo ni quiero. Ya falta tan poquito para que ya puedas saber el sexo de tu hijo. ¿No te emociona?

—Doctora, lo necesito. Para mí es una situación muy engorrosa.

—Para mí es más difícil exponer la vida de una paciente. Te aconsejo que desistas de esa idea; ahora debes preocuparte por tu salud y por la del bebé. Te voy a recetar unas pastillas; las debiste haber tomado desde hace meses. Estás baja de peso.

—¿Qué voy a hacer con un niño? Tengo dieciocho años, no tengo familia, estoy estudiando.

—Cariño, hay casas de acogida para madres en tu condición. Te puedo mandar para una.

—Lo pensaré. Aún hay quien puede ayudarme.

Amanda escuchó todas las recomendaciones de la doctora, aún sin poderlo asimilar. Ahora resultaba que ella sobrepasaba a Marcela en un mes y, por ende, tendría primero a su hijo. Al salir de la consulta, vio a su amiga ahí, con la extraña compañía de su ex. Por la puerta, llegó Paula corriendo, justo a tiempo, antes que Amanda se desmoronara. Paula y Marcela se le abrazaron con fuerzas y Amanda les dijo:

—Me dice la doctora que no puedo interrumpirlo.

—Cariño, ya nos habíamos dado cuenta, por eso estamos aquí. Sabes que no estás sola —le aseguró Paula.

—No podíamos decírtelo porque no querías entender —le expuso Marcela—. Recuerda cuando nos vimos por primera vez en la consulta, saca tus cuentas. Amanda, mi familia quiere ayudarte; queremos invitarte a vivir con nosotros.

—Eso vinimos a decirte. Mi madre también quiere que vivas con nosotras. Puedes elegir un tiempo con cada una. ¿Qué vas a hacer, Amanda? —le preguntó Paula.

—Se los agradezco, pero no lo sé. Necesito pensar.

Capítulo 26

Marzo 2016, y casa nueva para Amanda

Una decisión trascendental que tomó Amanda fue realizar una permuta: quería dejar atrás el sufrimiento que había vivido dentro de las paredes de aquel apartamento. Consiguió otro, en un primer piso, similar al que tenía. El reciente hogar le daba una bocanada de aire fresco a su nueva vida sin Arturo, al que no incluyó en la lista de las personas a las que les dio su dirección. Como Amanda no aceptó el ofrecimiento de Paula ni el de Marcela, Paula se quedaba a dormir, con frecuencia, en casa de Amanda y, como una hermana, la ayudaba en todo.

Las dos panzas comenzaron a crecer. Amanda se volvió taciturna, no quería hablar con nadie, eludía a Marcela —que emanaba olor a maternidad—. Lucas se la pasaba bromeando acerca de las dos panzas y llevaba el récord de la más grande. Amanda odiaba sus comentarios. Paula se había convertido en la enfermera de Marcela y de Amanda, corriendo de un lugar a otro, cada vez que alguna tenía un malestar propio de la gravidez. Las obligaba a tomarse las vitaminas y vigilaba de cerca su alimentación. A Amanda le gustaban sus cuidados, pero le molestaba que, con ellos, Paula le recordara continuamente lo que estaba sucediendo. Lo que detestaba Amanda era que, en la facultad, todos comentaban sobre su estado y les preguntaban a ella y a su amiga cuándo se habían casado o, lo que era peor, si eran madres solteras. A ella le perturbaba bastante, y lo que más le incomodaba era que, mientras ella se

moría de la pena, Marcela lo publicaba a los cuatros vientos y no se avergonzaba de su situación. Amanda odiaba que parecieran el club de las solteras embarazadas cada vez que iban juntas; solo faltaba que Paula se sumara también.

En cuanto a los otros, todo iba así: Caridad visitaba frecuentemente a Marcela, David la llamaba sin obtener respuesta y Arturo había desaparecido de sus vidas. Marcos, sin embargo, se había convertido en una persona muy cercana para ellas. Con el pretexto de ayudar a Marcela, estaba acercándose cada vez más a Amanda. Solo él era quien lograba sacar a Amanda de su angustia en los días en que se sentía más desesperada. Amanda creía que la palabra *madre* le quedaba grande, que no estaba preparada para esa responsabilidad, y ya no aguantaba ver que Marcela la asumía con dicha.

Un día, en casa de Amanda, esta escuchó a Marcela verdaderamente indignada por los desaires que le hacía, y fue que le cayó el veinte.

—Amanda, cada vez aumentas tu mal humor. Creo que ha pasado el tiempo suficiente para que te adaptes a la idea de la maternidad.

—Lo que no soporto es que todo haya pasado tan rápido. No tengo ni padre para mi hijo —dijo Amanda.

—¿Y Arturo qué es? ¿Hasta cuándo vas a ocultárselo?: ¿hasta que se tropiece contigo en la calle y te vea?

—Te suplico que no hables más de él.

—Amanda, no se lo dices, no se puede hablar de él en tu presencia. Estoy segura de que, tarde o temprano, van regresar; de lo contrario, hablarías de él como algo normal y no sería un tema prohibido en esta casa.

—Te pido, por favor, que no sigas con tus comentarios. Estoy segura de que lo olvidaré. Ahora me entristece recordarlo.

—Te creo. Los caprichos son una tortura —dijo Marcela.

—Discúlpame. Y lo que sientes tú por David ¿qué nombre recibe? ¿Amor? —le reclamó Amanda.

—Aún no he podido descubrirlo, pero me duele mucho.

—¡A mí también! —La hizo ver.

—Lo mío tampoco es amor, es un doble capricho. Estoy segura de que es peor que el tuyo; aferrarme a alguien que no me quiere no puede ser otra cosa. Al menos tú fuiste la novia de Arturo y él te quería, o aún te quiere; no lo sé. Te admiro, Amanda. Tienes el valor de proponerte olvidarlo. Para nosotras eres una persona muy especial. ¿Verdad, Paula? —le gritó a la otra, que preparaba un postre en la cocina y le contestó mientras se acercaba.

—Estaba esperando que dejaran de lamentarse para presentarles mi obra maestra en repostería. ¿Me responden sinceramente una pregunta? Cuando se está embarazada, ¿una se pone así de nerviosa? ¡Para pensarlo mejor! ¡Están de un humor insoportable!

Aún no era de noche cuando comenzó a llegar la visita que estaban esperando. Eran cinco sentados a la mesa que saboreaban los deliciosos manjares criollos que Paula había preparado. Marcos y Lucas eran los invitados.

—Marce, lo olvidaba, tengo algo para ti —dijo mientras le extendía un teléfono nuevo.

—No puedo aceptarlo.

—David insistió, quiere poder localizarte cuando sea necesario.

—No seguiré sus órdenes y, por favor, cuando entres por esa puerta, no vengas como su emisario; ya no lo tolero. Puedes decirle que ya tengo nuevo número; se lo daré cuando esté lista.

—¿Ahora tú me tomas de intermediario?

Cinco minutos más tarde, llamaron a la puerta. Para los que pensaron que los invitados estaban completos, no se habían percatado de la sexta silla, que permanecía vacía. Era Miguel. Todos actuaron con naturalidad y saludaron, salvo Marcos, que no entendió nada cuando el recién llegado se sentó al lado de Marcela.

—Marcos, te presentamos a Miguel. Es nuestro amigo desde que éramos

niños —le dijo Paula—. Miguel, él es Marcos, nuestro amigo desde hace meses. ¡Me alegra que se conozcan, por fin! No habíamos tenido la oportunidad de que coincidieran.

Marcos correspondió al saludo, pero seguía sorprendido por aquel supuesto compañero de infancia de Marcela y de Paula, de quien no tenía ni idea.

—Ahora que recuerdo —dijo Marcos—, Marce, Caridad quiere verte; es algo sobre David. —Como hombre al fin, Marcos dio a entender la relación cercana que había entre el padre de la criatura de Marcela y él. Mencionar a Caridad fue solo el aperitivo para que comenzara a hablar de David, durante toda la noche, y todos se quedaron con cara de «¿Es una broma?». Aquel nombre no era desconocido para Miguel.

Después de cenar y hablar hasta el cansancio, Amanda y Marcela comenzaron a lavar los platos. Miguel se les acercó y decidió ayudarlas a secar. Justo delante de Amanda, le reveló a Marcela:

—Se puso un poco incómoda la mesa con el tal Marcos. Me siento un poco celoso. Recuerdo los términos en los que quedamos: que solo tendríamos una bonita amistad. Entonces, me pregunto: ¿para qué expongo en vano mis sentimientos? No me puedo engañar: después de lo vivido contigo, es imposible que volvamos a ser solo amigos. Ya no puedo desempeñar ese papel; volver a actuar como antes de ser novios, como tu inseparable compañero, solo por amistad, es imposible.

—Mich, ya habíamos quedado. Estoy embarazada de otro hombre —le dijo Marcela.

—Recuerdo el momento exacto cuando descubrí que sentía, por mi amiga, algo más que cariño de compañeros. Marce, nos estamos engañando. Nosotros no podemos volver a ser amigos, al menos no igual que antes. Me gustas y sí, fui un estúpido al serte infiel con otras y no sé para qué lo hice. Si ese hombre ya tiene su vida resuelta, ¿por qué no arreglas también la tuya? Yo quiero

poner de mi parte... ¿y tú?

Amanda ya había escuchado suficiente y les dijo:

—¡Por Dios! ¿Por qué no hablan en privado?

Pero ni siquiera tuvieron tiempo de decir algo más. Marcos, que los vio, también se le acercó con el pretexto de ayudar, y la cocina quedó pequeña para tantas personas. Marcos volvió al ataque y le recordó a Marcela que Caridad quería verla mañana mismo.

—De acuerdo, Marcos. Mich, hablamos en otro momento. Tenemos un tema pendiente,; no lo olvido —dijo Marcela ante la mirada atónita de Amanda.

—Hecho, Marce. —Miguel le tomó la palabra—. Pasaré por tu casa en estos días. Ahora tendré que irme, tengo unos asuntos. Sabes que te adoro. Cuídate.

—Espera, Mich. Te acompaño a la puerta para despedirte —le dijo Marcela y dejó a Marcos con la palabra en la boca.

Marcos terminó de ayudar a Amanda con los platos. Esta última se lamentó por tener que escuchar las impresiones del amigo de David sobre Miguel.

—El amigo de la infancia es muy cariñoso con Marcela.

—Es su ex. ¡Oh, disculpa! Solo tú no lo sabías —indicó Amanda y no pudo evitar hacerle una mueca a Marcos.

—La quiere de vuelta y se está esforzando —opinó Lucas mientras se acercaba a Paula—. Y tú, Marcos, cálmate, por Dios. Parecía que estabas cuidando la propiedad privada de David. ¡Qué nervioso te pusiste!

—Todos nos dimos cuenta. Vergonzoso, Marcos —se mofó Paula sin parar de reírse.

—Creo que exageré un poquito. Discúlpenme. Marce tiene derecho a estar con quien quiera. Pero es verdad que Caridad quiere verla; estaba muy misteriosa —concluyó Marcos.

—Dame el maldito móvil. Te enseñaré cómo ser más diestro como

mensajero —declaró Paula.

—¿Estás segura? No quiero causar un conflicto entre ustedes.

—Nosotras nos entendemos.

Capítulo 27

Marzo potente

Una canción comenzó a sonar justo en uno de los coros. Percibió claramente la primera frase: «I can't take my mind off you[1]». Marcela la escuchó entre sueños y reconoció la hermosa melodía; como acto reflejo, se volvió para ver de dónde provenía. Intrigada se levantó en dirección a su bolsa, de dónde parecía emerger. Rebuscó en su interior, acelerada, hasta que se topó con el móvil que la noche anterior se había negado a recibir. Conmovida, prestó atención a la letra mientras veía el nombre que aparecía en la pantalla. Simplemente David. Lo dejó timbrar hasta que él, al otro lado de la línea, desistió. Dos lágrimas espontáneas se escaparon de sus ojos y fueron directo al suelo. Movié sus dedos ágiles por las aplicaciones del teléfono y descubrió una lista de canciones, todas del mismo estilo y con el mismo sentimiento. Se tapó de pies a cabeza y las oyó repetidamente.

Las llamadas de aquel número fueron tan insistentes, durante dos días, que no pudo quitárselo de la cabeza por más que se propusiera olvidarlo. Ese hecho y la insistencia de Marcos sobre la noticia que tenía Caridad no se borraron con facilidad de la mente de Marcela. Por un lado, tenía curiosidad de lo que aquella tenía que decirle y, por otro, temía que fuera otra jugarreta para obligarla a hablar con David. Un día más y no pudo aguantar: decidió visitarla. Lo que esta le reveló la dejó sin habla.

—Sandra está embarazada de David.

Marcela disimuló su abatimiento y, sin decir más, se fue. «¿Para qué Caridad me había comentado aquello? ¿Quién soy yo para necesitar saberlo?», eran las palabras que revoloteaban en su pensamiento. Lo cierto fue que ese asunto comenzó a atormentarla. No tenía esperanzas de reconquistar a David, pero sentía que había algo genuino entre los dos, y era ese hijo, que los uniría por siempre, aunque fuera una inexplicable amistad. Aquel otro hijo le quitaba lo mágico y lo esperado a su momento, el que ya no sería único porque Sandra también le iba a dar un bebé.

De camino a casa, escuchó: «I can't take my mind off you». El maldito móvil comenzó a sonar y, llena de furia, decidió contestar. Su ira era tanta que ya no la podía contener; estaba decidida a poner, de una vez, al desgraciado en su lugar. Solo quería que se ocupara de su nuevo hijo, de su novia y que dejara de procurarla, asediarla, confundirla.

—Nena —le susurró y su voz le removió todo por dentro—, ¿qué tengo que hacer para que te dignes a contestar? Me matas; tu maldito orgullo me mata. —«Tú me asesinas a mí, hombre del demonio», pensó, pero no dijo nada y continuó escuchando—. Me tienes como loco pensando en ti noche y día.

—De acuerdo —suspiró.

—¿De acuerdo qué?

—Seamos los putos amigos. ¿Eso quieres?

—No es lo que deseo.

—No seré tu maldita amante.

—Jamás te lo pediría —dijo y su tono de voz que, aunque se esforzaba por sonar sensato, se escuchaba muy arrogante, la exasperó aún más.

—Rompo cualquier trato. No tienes ningún derecho sobre mi cuerpo; responderé tus llamadas siempre que renuncies, ahora mismo, a asediarme; no me hables como si me amaras o como si tuvieras algún título de propiedad sobre mí. Este móvil lo usaré exclusivamente para que nos comuniquemos, no pretendo darte mi nuevo número. Si continúas hablándome como si tuviéramos algo, lo tiraré a la basura.

—Nena, no te pases —espetó enojado.

—Marcela para ti.

No mencionó el embarazo de Sandra; ella tampoco quiso hacerlo. Así que agradeció la sinceridad de Caridad; eso la obligaba a poner los pies en la tierra de una vez. Su reacción fue refugiarse en Miguel, que iba a verla a menudo, y sostenían conversaciones muy profundas sobre sus vidas, acerca de lo que los había unido alguna vez y de lo que los había separado.

—Mich, ahora no sales de mi casa. Me preocupa que te corran de tu trabajo —bromeó Marcela.

—Solo si trabajara de madrugada. Ya es tarde para ti; no deberías estar despierta —le dijo él—. Tu panza está cada vez más abultada.

—¿Sabes tus padres que estoy embarazada?

—Aquí es difícil que no lo sepan. No me han dicho absolutamente nada, si es lo que te preocupa. Te contaré lo mejor: los vecinos comentan que soy el padre de tu hijo.

—No puede ser.

—Ya ves.

—Mich, ¿y tú lo has desmentido?

—Princesa, lo que piensen los demás me da totalmente igual.

El teléfono los interrumpió justo cuando él se había acercado lo suficiente para que ella se recostara a su lado. Marcela contestó y, al escuchar al otro lado, le susurró a Miguel:

—Es David. Dame un minuto; solo quiere saber de su hijo.

—Marce, mejor me voy. Es tarde. Mañana regreso.

—Mich, no te vayas.

—Marce, esto nos ha ocurrido en varias ocasiones. Él dice que te habla para saber de su hijo, y yo no le creo. No entiendo por qué no te deja en paz.

—Solo somos amigos.

—Pequeña —mencionó mientras le acariciaba la mejilla—, me doy por vencido.

Por supuesto que Miguel no se sintió cómodo y prefirió marcharse. No era la primera vez que habían sido interrumpidos por una llamada de David. Marcela tenía una lista enorme de decepciones con respecto a Miguel, pero era consciente de que él estaba luchando para ganarse su corazón de nuevo. Nada de eso importaba; no olvidaba a David. Ella no entendía por qué no podía borrar las huellas de David, ni siquiera con la presencia de Miguel. Tal vez porque David seguía alimentando su recuerdo con las llamadas constantes para saber de su hijo, con las atenciones que le prodigaba a través de la distancia, pero estaban Sandra y su hijo. Marcela desconocía si David lo sabía o no; hasta ahora él no le había comentado nada al respecto. Aunque no se lo habían confirmado, estaba segura de que él también la llamaba a ella.

—Hola, Marce. ¿Cómo te has sentido?

—Todo está estupendo —dijo ella.

—Hoy me sucedió algo increíble. Mi día estuvo de locos... —le contó David y comenzó a relatarle sus anécdotas, como otras veces, mientras Marcela se preguntaba si lo mismo hacía con Sandra.

—De veras estuvo fuera de serie. ¿Quieres saber algo más sobre tu hijo? Es muy tarde y ya hemos hablado muchísimo —refirió cortante.

—Me conformo con saber que los dos están bien. Cuídate, Marce. Escíbeme un correo electrónico de vez en cuando. Podrías hacerlo y nunca lo haces.

—No quiero aburrirte con mis cosas; tienes mucho trabajo.

—Cuando me escribes, mi día empieza bien y termina mejor.

—¡David! —le llamó la atención para que no siguiera por ahí; en eso habían quedado.

—Te extraño, amiga a secas. No seas mal pensada; los amigos también se

pueden extrañar.

Por innumerable vez en su vida, se dijo que no volvería a tener esperanzas de regresar al lado de David, que no debía amarlo como lo amaba, pero todo aquello se le olvidaba cuando escuchaba su voz al teléfono, susurrándole las palabras de costumbre, como si nada más que la distancia se interpusiera entre los dos.

Miguel terminó por venir cada vez menos, y Marcela no hizo nada por retenerlo.

Capítulo 28

El marzo de Sandra

Mientras tanto, Sandra acababa de llegar a su casa. Arribó apesadumbrada y maltratada por la jornada. Era una mujer hermosa, con una piel blanca como la porcelana y con un cabello negro como el azabache. Su cándido rostro se distinguía por unos intensos ojos azules. Le comunicó a su madre que le habían dado el papel para el que había audicionado y que, si todo salía bien, se iría muy pronto a Francia.

—¡Ay, hija! ¡Cuánto me alegro! Has trabajado tan duro desde pequeña. Me siento tan orgullosa de ti. Es otro paso en tu carrera; llegarás muy lejos —le dijo la señora.

—No lo sé, madre. A lo mejor, tendré que rechazarlo.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy embarazada.

—¿Pero de quién?, si llevas un tiempo sola. ¡No me digas que de David! Porque, de serlo, ya llevas unos meses.

—Así es. El médico dice que no tengo otra opción; tendré que tenerlo. Recuerda que ya me hice un aborto. Quiero quedármelo esta vez —le reveló a Gisela.

—¡Sucede porque no te cuidas! No creo que seas tan insensata de darle un hijo a David —dijo la madre.

—¿Por qué no? Él me quiere, siempre me ha apoyado.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Te vas a casar?, ¿vas a abandonar tu carrera por un hombre? No pienses que después te van a ofrecer buenos contratos en el exterior, con un hijo a cuestas. ¿Vas a renunciar a la película que se va a filmar en Francia? ¿Lo vas echar todo por la borda?

—No me atormentes, mamá. Ahora, más que nunca, necesito tener mis ideas en orden para tomar la mejor decisión.

—No te va a dar tiempo para que lo tengas y te vayas. El contrato es para dentro de cuatro meses. Además, yo voy a tener que hacerme cargo del chiquillo.

—¡Mamá! ¡Que es tu nieto!

—Gastar tanto dinero en tu educación y en ti... Porque no fue fácil conseguirte la escuela de arte; recuerda que tuve que mover mis influencias.

—Eso no es cierto. Entré porque tengo talento —le dijo.

—La calle está llena de gente con talento que daría lo que fuera por tener una oportunidad como la tuya. Estás a un paso del éxito internacional. Trabajé mucho para que nada te faltara, y así me pagas —decía llorando—. Todo lo que eres me lo debes a mí. ¿Cómo me pagas? En vez de ayudarnos a prosperar, nos vas a hundir más. ¡Cómo está la situación económica! —Gisela logró su cometido: la hizo sentir culpable. Sandra no pudo contener las lágrimas, que le brotaron a torrenciales. La madre se le acercó y, abrazándola, trató de consolarla—: Todo lo que digo es por tu bien. Estás muy joven para enredarte con un embarazo, que te deja las piernas llenas de várices y grietas en la barriga. El embarazo envejece. Nunca te dije que ser una gran artista era fácil; exige sacrificios. Ahora es tu momento de triunfar, de brillar. Después que alcances la fama, entonces podrás tener un hijo.

—Madre, es suficiente.

—Los consejos de una madre se siguen a ciegas. Soy dura contigo porque te quiero. Si no hubiera sido por eso, no hubieses llegado tan lejos. —Gisela la besó en la frente y agregó—: No puedo permitir que rechaces esta oportunidad que tanto habías esperado. Te eduqué para que alcances lo que yo no pude

lograr.

Sin esperar un día más, Sandra, aún indecisa, acudió al hospital pero, a cada lugar que llegaba, le cerraban las puertas.

—El aborto no es un medio anticonceptivo, y este no sería su primero. ¿Acaso no sabe que arriesga su salud? —le dijo un doctor.

—Si usted no me ayuda, haré lo que sea —insistió.

—No es que no quiera practicárselo, es que ya no se puede.

—Sé de casos en los que...

—Lo que usted me pide solo se haría en casos extremos. Su embarazo está avanzado. Si hubiese venido antes... Tanto usted como su bebé están bien. Le doy un consejo: no haga locuras. Hay personas que, con objetos o con medicamentos no apropiados, han tratado de abortar y ha sido mortal. Recuérdelo.

—Estoy desesperada, pero soy una persona sensata. No se preocupe.

Sandra salió de la consulta y le comunicó a su madre que no había remedio. Su madre le aconsejó que no se diera por vencida, que siguiera adelante con sus planes y que no dijera que estaba embarazada para que no perdiera el contrato, que ya encontrarían una solución. También le aconsejó que le mintiera a Caridad, al temer que esta le dijera a David que había continuado con el embarazo. Gisela creía que era preferible que David se enterara de algo que no pudo ser a que supiera lo que en realidad estaba ocurriendo. Así, podía disponer del tiempo que le quedaba para conseguir su propósito sin sentimentalismos de su parte. De todos modos, Sandra se encargó de David.

Ella se debatía entre ese hijo que se formaba en su vientre y la oportunidad laboral que tanto había añorado. Temía dejar pasar el tiempo y que no tuviera otra similar; era lo que había esperado toda su vida. Él la entendía y sufría por

su frustración. Más porque la responsabilidad era de dos y él tenía un océano inmenso que los separaba.

—No lo puedo tener, estoy desesperada —le confesó llorando.

—Dime qué te atormenta tanto; sabes que no te dejaré sola en esto.

—Acabo de obtener el papel para el que me preparé toda mi vida. Este embarazo llegó en el peor momento; si lo continúo, no podré filmar. ¿Me comprendes?

—Un hijo tuyo y mío, tal vez, es lo que necesitamos para asentarnos de una vez.

—David, los hijos no unen; de lo contrario, el planeta no estaría plagado de divorcios. Tú estás luchando por tu carrera; quiero hacer lo mismo.

—Sabes que soy incapaz de negarte nada.

—Lo sé.

—Dime qué necesitas; lo haré.

—Solo saber que estaremos bien.

Y de su parte obtuvo el apoyo con el que siempre había contado.

A Sandra el embarazo la volvió taciturna. Por un lado, el temor de perder el papel y, por otro, las discusiones con su madre. Su seguridad se iba desmoronando y aquella mujer que había sido solo quedaba en la memoria de David, que no la olvidaba y seguía con la ilusión clavada en el costado izquierdo. Pero, cuando hablaban por teléfono, solo conseguían discutir, y era el resultado de la situación abrumadora que ella mantenía en secreto, la quemaba por dentro y le amargaba la existencia.

Capítulo 29

El abril de Arturo

Laura no era la única madre a la que su hijo le estaba dando dolores de cabeza, pero era la primera vez que se llenaba de preocupaciones por su él. Dejó de inmediato los quehaceres domésticos para acercársele a aquel que, sentado en un sillón, cavilaba. Al tenerla cerca, Arturo se levantó y la dejó sola para no tener que escucharla. Laura, preocupada porque hacía días que su hijo estaba inapetente, lo siguió detrás. Le preguntaba por qué estaba triste y le reiteraba que ninguna mujer merecía sus lágrimas. A toda respuesta él le dijo:

—Por favor, mamá, déjame solo.

—Hasta conmigo has cambiado: ya no estás tan cariñoso como de costumbre.

Laura se retiró y lo dejó solo. Arturo, meditabundo, tomó el auricular en sus manos; tenía enormes deseos de saber de Amanda. Sus ganas fueron más fuertes que sus indecisiones: antes de darse cuenta, ya estaba timbrando del otro lado. Cada timbrado de teléfono le resonaba en la conciencia y, a cada segundo, apretaba la mano para no colgar. La voz de Amanda lo sorprendió. Le pidió que lo recibiera para hablar personalmente y se disculpó por su falta de valor por no ir antes. Ella le dio a entender que no lo recibiría:

—¿Cómo supiste mi nuevo número? —Y sin esperar respuesta, continuó—: Deseo ser dulce contigo, pero existe un sentimiento que nunca va a borrarse. Dices que has cambiado y, aunque así sea, mi dolor... No es que no sepa

perdonar pero, cuando te mire a los ojos, mi dolor saldrá a flote. Te voy a odiar. Voy a murmurar, para mis adentros, maldiciones sobre ti. ¿Recuerdas cada una de las veces que te llamaba inmaduro?; en realidad, disfrazaba lo que deseaba decirte.

—Sé que he sido un estúpido; sin embargo, siempre te he amado. Dame la oportunidad para demostrártelo.

—Has estado muy equivocado. Si lo has erradicado, me alegro por ti, pero yo fui peor. Fui sumisa, bajé la cabeza demasiadas veces, y eso nunca me lo voy a perdonar.

—Te prometo que todo va a ser diferente.

—Estoy segura. Ahora sé que el amor es libre, que tiene autoestima.

Ella colgó.

«Malditos sean el alcohol y los celos», pensó Arturo, pero irónicamente, al mismo tiempo, destapó una botella de alcohol y bebió de ella.

Arturo continuó bebiendo, lo que lo llevó a descuidar sus estudios y a dejar de ser aquel joven excesivamente obsesionado con la rectitud de las cosas. Se quedaba en los parques tomando cualquier cosa que encontraba en el bar de su casa. Entre él y su padre le estaban haciendo la vida muy difícil a su madre, la que intentaba —por todos los medios— ocultarle a su esposo que su hijo le estaba siguiendo los pasos.

Capítulo 30

Junio 2016, y el llamado de la cigüeña

Marcela recién cumplía los ocho meses; por Marcos se había enterado de que el embarazo de Sandra no había proseguido. Por prudencia no había preguntado los pormenores. Aunque aquel asunto era demasiado doloroso para ella, prefirió mantenerse al margen. Trataba de no hacerse ilusiones y ver a David solo como lo que era: el padre del hijo que iba a tener, con quien no tenía más relación.

Amanda, por su parte, esperaba que se le presentaran los dolores de parto de un momento a otro, por lo que Paula se había ido a vivir con ella para ayudarla en los menesteres propios de la situación.

Así estaban las tres —como ya se les hacía costumbre en casa de Amanda—, esperando a la cigüeña mientras revisaban que el equipaje estuviera listo para el hospital, cuando alguien llamó a la puerta.

La visita que Amanda recibió esa tarde no era precisamente esperada. Aquella mujer observó, de palmo a palmo, cada detalle de la sala. Laura, quien había averiguado la dirección por su cuenta, fue a sostener una conversación con Amanda para interceder ante ella por Arturo. Su sentimiento de culpabilidad la había hecho dejar su orgullo a un lado. Laura no estaba segura de haber hecho lo correcto; deseaba, a toda costa, no ser la responsable del sufrimiento de su hijo. Había venido como emisaria de la paz pero, al ver que Amanda estaba embarazada, ya no supo a qué atenerse. Le entró un

escalofrío solo de imaginarse que aquella criatura era también de su hijo, pero rápidamente se convenció de que no era así; de lo contrario, aquello los hubiera unido más. Pensó que no valía la pena que Arturo mantuviera las esperanzas de volver con Amanda si ella había rehecho su vida con otra persona. No obstante, Laura cumplió con su propósito y dijo a lo que había venido, porque no soportaba que aquella chica estuviera robando el sueño de su hijo y, menos aún, que su Arturo se lo reprochara.

—Tal vez no debí haber venido, pero no sabía de tu estado. Tan solo me vi obligada, por el deber de madre, a suavizar lo que consideré una pelea pasajera entre ustedes dos. Por lo que veo, he llegado tarde. Lástima que no nos hayamos conocido antes.

Al decir esto último, no mentía; jamás se había imaginado el tipo de joven que era Amanda. Tal vez su error fue no haberla conocido a tiempo. «Parece una muchacha muy dócil. Quizá hubiera sido mejor ella que quién sabe qué mujercita se tropiece ahora en el camino de mi hijo», pensó, sin salir del asombro por las ideas que le venían a la cabeza, tan diferentes a lo que creyó solo semanas atrás. «Pero bueno, no puedo ser una madre perfecta», se justificó.

—Yo también digo lo mismo —le indicó Amanda—. Tal vez debimos habernos conocido antes, pero hay ciertas tradiciones familiares que no se deben romper. Soy del criterio de que a los suegros se los debe conocer cuando ya se fija el compromiso para la boda, para evitar encariñarse con los que no lo lleguen a ser.

Laura sonrió forzada al comprender que le estaba recordando sus propias palabras. Hubiesen seguido hablando si no hubiese sido por los dolores de parto que se le presentaron a Amanda. Paula, que estaba en la cocina, soltó lo que estaba haciendo, y las dos jóvenes se pusieron a gritar. La inexperiencia, unida al temor que se le tiene a la primera vez, les hizo perder el control. También Marcela llegó y se le ocurrió decir:

—Llamemos a Marcos.

—Cálmense —dijo Laura—. Los dolores siempre se presentan así, pero no quiere decir que dará a luz de inmediato. ¿Ya tienen listo lo que llevarán al hospital?

—Sí —respondió Paula, más nerviosa que la propia embarazada.

Paula tomó el teléfono y llamó a Marcos de inmediato, tal como lo habían planeado semanas atrás. Por más que lo intentó, no pudo comunicarse con él; no le respondía. Le dejó un mensaje en el contestador. Paula se puso más inquieta; ni ella ni Amanda sabían qué hacer, y Marcela tampoco. Laura, indecisa, telefoneó a su casa con la esperanza de encontrar allí a su esposo para que pasara a buscarlas en el automóvil. Quien le respondió la llamada fue Arturo. Laura, vacilante sobre si decírselo o no, primero le preguntó si su padre ya había llegado, pero Arturo la conocía muy bien y sabía cuándo su madre estaba ocultando algo. A Laura no le quedó más que decirle la verdad. Arturo se enfadó por la intromisión de su madre en sus asuntos, cuando supo que se encontraba en casa de Amanda. Al escuchar que Amanda estaba a punto de parir, se quedó unos segundos sin poder reaccionar; luego, le pidió el auto a su padre, y salió para allá de inmediato.

Al llegar Arturo y tener a Amanda enfrente, lo primero que le mencionó fue lo siguiente:

—Amanda, ¿tenía que enterarme de tu embarazo cuando fueras a dar a luz?

—No tenías por qué saberlo; no es asunto tuyo —le contestó ella.

—¿Qué quieres decir?

—Arturo, no sé para qué viniste —le reprochó mientras se sostenía el vientre, ante una contracción, y apretaba los dientes para no gritar—. Esto no tiene que ver contigo. No tienes nada que hacer aquí. Vete, no necesito tu ayuda.

—¡No lo puedo creer! ¿En qué momento ocurrió esto? No me importa quién es el degenerado que te dejó así, pero ahora no está contigo. Así que, quieras o no, te voy a llevar al hospital.

—No tienes que ofenderlo; él ni siquiera lo sabe —le confesó ella.

—¡Es el colmo, Amanda!

Arturo, prácticamente, la obligó a subir al auto ante la negativa de Amanda de aceptar su ayuda. Paula y Laura los acompañaron.

—Amanda, ¿cómo pudiste? ¡Nunca me imaginé que algún día podrías estar con otro! —le recriminó Arturo mientras pisaba el acelerador.

—¿Y tus celos en qué los basabas? —inquirió Amanda, a quien, a pesar de sus dolores, aún le quedaban fuerzas para pelear.

—¿Ves que tenía razón? La prueba es ese niño porque, nueve meses atrás, aún estabas conmigo. —Sus propias palabras la hicieron reaccionar.

—¡Jesús! —dijo Laura—. Hijo, cállate, por Dios. Hablarán después. Ahora hay que llevarla a la clínica. Concéntrate en el volante.

Los dolores, que se acrecentaron, no les permitieron seguir con aquella discusión. Nadie más mencionó una palabra hasta que llegaron al hospital. Amanda estaba cerca de la hora en que traería a su hijo al mundo. Paula se encontraba a su lado, como su acompañante, mientras Arturo aguardaba en la sala de espera, lleno de dudas y confusiones. La madre de Arturo, sin saber qué hacer o qué decir, permanecía en silencio al lado de su hijo.

Fueron apareciendo algunos de los «nuevos» amigos de Amanda, como los llamaba Arturo. Llegaron Marcela y Lucas. Al poco rato después, arribó Marcos. Arturo lo asoció al hombre con el que había visto a Amanda una vez. Aquello hizo que sus nervios se tensaran aún más. Arturo se preguntaba si sería aquel el causante de todo; por otro lado, quería amarrarse a la posibilidad de ser el padre del hijo de Amanda.

El doctor salió a avisarles que ya había terminado todo. Era un varón, como ya sabían. Dentro de unos instantes, podrían verlo en el cunero. Luego de que Amanda estuvo más tranquila, pudo ver a sus amigos. Cuando a Arturo le llegó el turno de pasar, este le preguntó muy serio:

—¿Soy el padre?, porque creo que sí. —Ante el silencio de Amanda,

continuó—: Al menos dime si existe la posibilidad de que yo sea el padre. Si es así, quiero reconocerlo. En aquella época estábamos juntos aún. —Luego de una pausa, agregó—: Tu silencio solo me puede decir una cosa... Sí, es mi hijo, ¿verdad? Lo que pasa es que todavía no me has perdonado, pero no podemos mezclar las cosas; el niño no tiene la culpa de nuestros problemas. Lo voy a inscribir con mi nombre.

—Piénsalo bien. Una vez inscrito tendrás obligaciones que cumplir ante la ley; más tarde no se puede renunciar a una paternidad reconocida por el propio padre. Léete antes el Código de Familia; no sea que después te arrepientas.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás completamente segura de que es de otro? — Amanda se lo quedó mirando sin contestar palabra—. ¿Es tu forma de confirmarlo? ¿Es ese hombre que está en la sala? ¡Qué decepción! Amanda, ¿cómo pudiste engañarme? Si no fuese mío y lo reconociera mi madre, no me lo perdonaría. No puedo hacerle eso, ni por ti. Voy a esperar a que decidas revelar de quién es; cuando desees, me avisas. Ya dejé claro que, si es mi hijo, me haré cargo de él.

—Arturo, no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista. Te quiero lejos de mi vida. Estoy resignada a seguir mi destino. Sigue tú el tuyo, haz lo que te dicte el corazón.

—Amanda, no sé qué quieres de mí... ¿Vengarte?, ¿o me estás poniendo a prueba? Tu silencio es lo que me mata.

Ella dejó de mirarlo y fijó su vista en la ventana. Él contaba con los dedos, en retrospectiva, los meses de embarazo. Estaba seguro: aún estaban juntos en la época en que se había concebido el bebé. Amanda no supo en qué momento llegó a sentir tanto resentimiento. Odiaba tenerlo presente y, cuando no, lo odiaba también. Detestaba recordar cada gesto de Arturo, cada parte de su cuerpo, cada manía, cada frase. Descubrió que estaba llena de rencor hacia el padre de su hijo. Por eso, no le iba a decir y enterraría aquel secreto para siempre, para que la duda no dejara de atormentarlo.

—No puedo creer que me hayas engañado con otro —dijo él—. Pude haber sido incomprensivo, egoísta, y todo eso que me dijiste varias veces, pero te amaba. Si me traicionaste, no me lo merecía. Mi madre trató de protegerme, pero yo confiaba en ti.

—¿De qué te valdría tener un hijo si tu madre no te ha enseñado a cuidar ni de ti mismo? Menos podrías cuidar a otro niño como tú. Te agradezco que hayas venido y te agradecería, aún más, que te fueras. Hasta en este instante me das preocupaciones. Ya no puedo ocuparme de ti; hay quien realmente necesita de mis cuidados.

Arturo se fue hecho un enjambre de ira. Los que lo vieron desaparecer sin decir adiós, por las puertas del hospital, se imaginaron lo sucedido.

Capítulo 31

Paula enamorada

Esa noche la prima de Amanda se quedaba a cuidarla en el hospital. Paula descansaría, así que aprovechó para quedarse en su casa con su madre, que comenzaba a echarla de menos. Estaba pensativa y sonreía porque sus pensamientos le producían alegrías; sabía que las ramas del árbol tomaban, cada una, su propio camino, pero seguían sujetas al tronco. Continuaban siendo amigas y estaban juntas en los acontecimientos más significativos de sus vidas.

Paula tenía toda una noche para descansar. Estaba extenuada, no había parado en esos días. Sintió un murmullo en la sala, se asomó y vio a Lucas, que acababa de llegar.

—Me dijo tu mamá que ya ibas a acostarte. Parece que llegué en mal momento. Pensé que, como tenías libre esta noche, te iba a gustar salir —le dijo él.

—No es mala idea. ¿Quién más va? —preguntó Paula.

—Solo nosotros. Marcela no puede: tiene ocho meses y su panza la supera en tamaño. Amanda, mucho menos. Se me ocurrió a última hora, no sé si alguien más esté interesado.

—Mejor no. Estoy muy cansada.

—Hace un minuto atrás, te emocionaste. ¿No te agrada mi compañía? Tengo reservaciones para la disco del Habana Libre; no se consiguen todos los días.

—¿En serio? Eso es hasta la madrugada. No creo que pueda aguantar, estoy agotadísima. Ni de broma me lo pierdo. Ahora sí te pasaste, Lucas. Me arreglo súper rápido. ¿Cómo hiciste para conseguir las entradas?

—El mejor amigo de mi hermano trabaja allí. ¿Acaso creíste que tengo dinero para eso? Nos va a entrar.

—¿Reservaciones?

—Pau, es la vida del estudiante, pero algún día seré un gran abogado, y las cosas serán diferentes.

—Eres un payaso.

Aquella noche bailaron hasta el agotamiento. El ambiente estaba abarrotado, la gente bailaba eufórica. Ya sin poder dar un paso más, porque las pocas copas que había tomado comenzaron a hacerle efecto, Paula tuvo que recostarse en Lucas para encontrar sostén. Estaba bastante mareada, así que —sin darse cuenta— terminó apoyándose con todo el cuerpo sobre él. Lucas nunca había estado físicamente tan cerca de Paula y, sabiendo que ella no lo recordaría al siguiente día, le dijo:

—Paula, sabes que me gustas y me torturas. Dime si tengo esperanzas contigo. —Lucas era desinhibido para cualquier otra cosa que no fuera el amor.

Paula lo escuchó, pero simuló que creía que aquello era una broma más de su amigo.

—¿Y qué más? —dijo continuando el supuesto juego—. Mejor tráeme un daiquiri y ayúdame a llegar a la mesa.

—No, ya es suficiente. No quiero problemas con tu mamá.

—Ya soy adulta. Se me olvidaba que todavía eres un bebé —dijo sin parar de reírse de él—. Lucas, me parece que estamos en el lugar y la hora equivocados.

—Hace poco me dijiste que te divertías.

—Es que mirándote así, tan cerquita de mí, tal vez no pueda contener los deseos de besarte.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Qué cara pusiste! —soltó Paula sin parar de reírse—. ¿Lo creíste, bebé?

—Ya estás borracha; mejor te llevo a tu casa. Pau, te pasaste. Vamos.

—Lucas, siempre me he preguntado a qué sabrán tus labios —le confesó Paula y lo abrazó aún más. Lucas sintió que las piernas le comenzaron a temblar; no obstante, tuvo valor para aseverar:

—¿Qué casualidad! Yo me hago la misma pregunta todos los días.

Unieron sus bocas en un intento febril de locura, que no terminó en un solo beso. Aquella noche a Lucas se le hizo realidad lo que llevaba soñando por varios años. Bailaron, gritaron y se divertieron como nunca hasta que se acabó la fiesta. Cuando la noche murió, decidieron que no se querían separar.

—Paulita, solo espero que mañana te acuerdes de que me has hecho el hombre más feliz del mundo esta noche.

—Eso de hombre aún habrá que demostrarlo —le dijo al tiempo que sacudía un par de llaves.

—¿Me estás retando?

—Amanda no está en su casa y yo tengo las llaves. Técnicamente estoy sola porque ahora vivo ahí.

—Pero te fuiste a casa de tu madre. Te estará aguardando.

—Hace tiempo que mi madre no me espera despierta cuando me voy de fiesta. No es la primera vez que hemos llegado hasta el otro día. Tú me has acompañado; no sé por qué te asombras.

Llegaron a la casa y cerraron la puerta sin dejar de besarse. Mientras ella se lo comía a besos por el pecho e intentaba desabotonarle la camisa, él le dijo:

—No quiero que esto sea cosa de una noche, ni de un arrebató por estar llenos de alcohol. Paula, ¿quieres ser mi novia? Quiero hacer las cosas bien, tengo las mejores intenciones contigo.

—Lucas, no te pongas tan serio —le dijo Paula y terminó callándolo con un beso. Después, lo sedujo para que fuera con ella a su habitación—. No seas aburrido; la estamos pasando bien. Ven conmigo.

—Lo que tú pidas, nena. Mañana hablaremos pero, si luego te arrepientes, me vas a volver loco.

Se dejaron caer en la cama, vencidos por el deseo, mientras la ropa de ambos iba volando por la habitación. Se besaron despacio y Paula notó lo excitado que estaba Lucas ante el momento de poseerla. Ella ya había perdido la cuenta del tiempo que él había permanecido castigado en la zona del amigo; no porque Lucas no le gustara, más bien por indecisión. Ella lo frenó y le pidió que se pusiera un condón justo antes de que él se introdujera en su cuerpo. Él se detuvo, buscó desesperado en sus pantalones, mientras refería:

—Creo que tengo uno. Se me estaba olvidando —expuso nervioso y ella no pudo evitar sonreír ante la inexperiencia del chico.

—Termina de ponértelo. ¿Por qué te demoras tanto?, ¿necesitas ayuda?

—No me vendría mal. Es un poco difícil.

—Parecería que fuera la primera vez que usas un preservativo —señaló al tiempo que se lo terminaba de poner.

—¿Es muy obvio que es mi primera vez con una mujer?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Paula a punto de que se le pasara el efecto del alcohol.

—Que nunca lo hecho con nadie. Te estaba esperando, solo te quiero a ti —admitió Lucas con naturalidad, sin reparar en la cara de Paula.

—¿No quieres esperar? No querrás que tu primera vez sea recordada como una tremenda borrachera.

—Paula, cierra la boca. Quiero besarte. Ya te he esperado demasiado, ya no aguanto un minuto más.

Se amaron más de una vez, con la efusión de saber lo importante que sería esa noche para el resto de sus vidas, hasta que los venció la fatiga y se quedaron profundamente dormidos.

A la mañana siguiente, Paula se despertó sobresaltada al verlo a su lado y al recordar hasta dónde habían llegado los dos. La nostalgia la invadió cuando lo vio tan tierno, plácidamente dormido. Se vistió a toda prisa y se fue; dejó la llave en la cerradura para que Lucas pudiera cerrar al marcharse. Cuando entró a su casa, su madre aún no se había levantado. Se acostó sin hacer ruido, para que no sospechase de que había pasado la noche fuera.

Lucas se levantó y vio que estaba solo; buscó a Paula por todas las habitaciones. No entendía el porqué de su proceder, pero trató de interpretarlo positivamente. De todas formas, era un joven dichoso, de apenas diecinueve años y con muchos sueños en los bolsillos. Trató de entender las razones por las que Paula había huido, pero no pudo aceptarlas. Así que decidió dejarle las llaves a Marcela para respetar su decisión de no verlo por el momento.

Cuando Lucas se presentó delante de Marcela y movió el llavero —que la chica conocía a leguas— en el aire, esta se quedó desorientada con la visita y con lo que traía su amigo en las manos.

—¿Qué haces tú con las llaves de Amanda? Digo, si no es indiscreción de mi parte —soltó Marcela.

—Hazme el favor de devolvérselas hoy a Paula; seguramente le harán falta —comentó él.

—¡Bien! —convino Marcela, quien sospechó que algo había ocurrido entre aquellos dos.

—¿No dirás nada? —interpeló Lucas con una expresión en el rostro que no dejaba nada a la imaginación; parecía que llevaba el alma hecha pedazos.

—No.

—Te agradezco.

—¿Necesitas algo más?, ¿puedo ayudarte en otra cosa?

—No lo sé, tengo mucho en que pensar. Temo perder lo que tanto trabajo me costó ganar.

Marcela llamó a Paula por teléfono y le comunicó que tenía algo que ciertamente le iba a interesar. Cuando Paula llegó, Marcela, sin decir palabra, sacudió las llaves en el aire. Paula se escandalizó.

—¿Qué haces tú con las llaves?

—Él me pidió que te las entregara —sostuvo con un pequeño tono de burla—. ¿Y bien?

—Te prohíbo tus insinuaciones en mi contra.

—¿Qué puedes alegar en tu defensa?

—Tengo derecho a guardar mi privacidad en secreto.

—Hace tiempo no tenía motivos tan fuertes para reírme —dijo Marcela y sus carcajadas resonaban en los oídos de Paula, que se mantenía seria.

—¿Te dijo algo?

—¡Uhm...! —murmuró para alimentar su curiosidad—. No, pero tú sí me contarás, ¿verdad? Lucas es demasiado discreto y sabe cómo proteger lo que ama.

—¡Gracias a Dios! Espero que lo hayas dejado tranquilo y que no lo hayas molestado con tus insinuaciones. No quiero lastimarlo.

—¿Preocupada por Lucas? ¡Qué interesante! No le dije nada. Por respeto a sus sentimientos, no revelé mis apreciaciones. Sabes que los quiero mucho a ambos y que me hace feliz que estén juntos.

—Te lo contaré todo si dejas de reírte. Me he metido en tremendo lío. Anoche perdí la cabeza e hice cosas que no debía. Lo peor de todo es que fue con Lucas, y ahora temo perder también su amistad, que es lo único que me interesa de él en realidad.

—Paula, ¿crees que soy tonta? Sé que te gusta, pero te cohibe la mínima

diferencia de edad.

—Lucas es demasiado chiquillo para mí; no es la edad, porque ni siquiera me gustan mis contemporáneos. Quiero un hombre maduro. Con él, no sé, me siento como su madre. Sé que apenas nos llevamos dos años, pero por su mentalidad parece un adolescente de quince.

—Es un adolescente de diecinueve y sí se comporta como un chiquillo. Es precisamente lo más admirable que tiene. ¿Cuándo lo has visto sin una sonrisa en los labios?

—Tienes razón. Nunca.

—Te equivocas. Hoy estaba triste y serio, dijo que tenía miedo de perderte.

—¿Se atrevió a decirte eso?

—Con otras palabras, pero sé que se refería a ti.

Capítulo 32

Junio, y David desesperado

David aún no podía sacarse aquel asunto de la cabeza. Por más que había intentado comunicarse con Sandra por teléfono, había sido imposible. Desde que le confirmó la noticia de su embarazo y lo dejó con la palabra en la boca, no había podido contactarla otra vez. Estaba seguro de que ella lo hacía a propósito, para no tener que discutir sobre aquel asunto. Meses atrás, cuando ella tuvo la certeza de su gravidez, lo había llamado muy nerviosa y le había dicho que estaba embarazada y que no sabía qué hacer. Después le habló resuelta de ponerle fin a su embarazo. De ahí, la comunicación se extinguió por completo. Por más que le hablaba para saber cuándo, cómo había sido y, sobre todo, si estaba bien, Sandra se negaba a responderle al móvil. Aquello lo devastó. La distancia, por un lado; por el otro, la incertidumbre. Sandra no quería entender razones.

Cada vez que intentaba comunicarse con ella, era inútil. Rogando tener mejor suerte aquella vez, descolgó el auricular y digitó el número. Tuvo que insistir varias veces. A la tercera o cuarta vez de marcar al teléfono fijo de su casa, alguien se dignó a contestarle. Era Gisela. Cuando David le preguntó por Sandra, le respondió:

—Acaba de salir. Si hubieras hablado cinco minutos antes, la hubieras encontrado. ¿Quieres que le diga algo?

—Me urge hablar con ella. ¿Le podría decir que me hable o, al menos, que

espere mi llamada esta misma noche?

—Yo le digo que te hable. No te preocupes.

Él dudó. Quería preguntarle sobre aquel asunto a Gisela, pero no sabía hasta qué punto Sandra le había contado a su madre y no quería comprometerla. Conocía lo exigente que era la señora. Por más que deseaba decirle, se tragó sus palabras. Decidió que debía resolverlo con Sandra, no a través de intermediarios. Luego de pensarlo por unos instantes, le dijo a la mujer:

—¿Podría decirme cómo se encuentra Sandra?

—Ella está muy bien, trabajando mucho, igual que siempre.

Se consoló con aquellas últimas palabras. Iba a colgar, pero no pudo contener más la preocupación y, sin importarle las consecuencias, le preguntó cómo seguía el embarazo de Sandra mientras aguantaba la respiración. Gisela jamás lo creyó capaz de preguntarle directamente sobre el tema, por lo que se tomó unos segundos. Cuando él, al otro lado de la línea, le repitió el comentario, ella reaccionó con asombro.

—¿Sandra, embarazada? No.

David se despidió y colgó aún más preocupado que al principio. Tuvo ganas de tomar un avión en aquel mismo momento, pero no podía hacerlo. Tenía que ser responsable y cumplir con el contrato que lo había llevado hasta España. Sandra no podía arrebatarse aquello. Si tan solo Sandra le tuviera la confianza para hablar civilizadamente y explicarle por qué su renuencia a enfrentarlo, hubieran llegado a un acuerdo. Ahora no sabía si estaba embarazada o no, si quería seguir con la relación de ambos o no. Nada.

Marcela le vino a la cabeza como una ráfaga de viento. Aquella y el hijo que estaban esperando eran otra preocupación, pero no retuvo aquel pensamiento más de dos minutos seguidos; no podía quedarse de brazos cruzados sin saber de Sandra. Ella era la herida latente, el sufrimiento imposible de arrancar, la daga a la que se apretaba con fuerzas, aunque le destrozara el pecho. Volvió a tomar el teléfono y esta vez le habló a Caridad

para ver qué podía hacer por él. Le pidió a su madre que averiguara al respecto, y lo que le dijo Caridad fue lo mismo que le había comentado desde hacía meses atrás:

—La última vez que la vi, me comunicó que ya tenía fecha para hacerse la interrupción. Luego de eso, no la he visto más. Por más que he intentado hablarle o verla, es como si se me estuviera escondiendo.

—Mamá, es qué no sé qué hacer. Si regresarme o...

—Tú no te vas volver, al menos no hasta que hables con ella por teléfono y que te explique. Piensa bien antes de tomar una decisión; ya falta poco para que termines tu contrato.

Capítulo 33

Junio, y Caridad

Caridad se quedó intranquila y, como no podía detener el flujo de pensamientos que la atormentaban, cogió su bolso de mano y salió a la calle para ver si daba con Sandra. Se propuso encontrarla en alguna parte. Desde ese miércoles hasta el sábado, se la pasó yendo y llamando al domicilio de la chica, pero no le respondió el teléfono ni la encontró. Parecía no haber nadie en la casa. No podía ser tanta coincidencia. Estaba segura de que se le estaba escondiendo; había algún motivo por el cual no quería ser hallada.

El domingo pensó hacer lo mismo, pero resolvió que ya era demasiado. Decidió esperar a que aquella quisiera ser encontrada o a que su hijo no pudiera más y se regresara. De repente, sintió que llamaban a la puerta. Con la esperanza a flote, pensó que Sandra había aparecido. Abrió de golpe; al ver a Marcela, se quedó pálida.

Marcos la había traído en su auto. Desde los siete meses de embarazo, parecía su ángel guardián; David le había suplicado que la cuidara como si fuera él mismo hasta que pudiera regresar. Caridad había olvidado que, la semana anterior, la había invitado a almorzar. «¿Qué hago si Sandra se me aparece en este momento? ¿Acaso soy cómplice de esta situación? ¿Por tal motivo Sandra no quiere dar razones sobre sí a David? Sí, puede ser. Tal vez se enteró del embarazo de Marcela. ¡Ay, hijo mío, te juro que, cuando me tengas delante, me vas oír!», fue lo primero que pensó. Aún no la había

invitado a pasar cuando el teléfono sonó. Mientras Caridad le pedía que entrara y se dirigía al teléfono, que estaba en otro salón, el contestador automático hizo su trabajo.

Marcela intentaba sentarse cuando ambas escucharon algo que las dejó paralizadas.

—Caridad, si mi hija se me muere, David va a ser el responsable. ¿Por qué no pudo dejarla tranquila? Con sus llamadas y su insistencia, lo único que hizo fue empeorar la situación. Se tomó no sé qué pastillas y ahora está entre la vida y la muerte.

Caridad agarró enérgicamente el teléfono y le respondió a la desesperada mujer.

—¿Pero de qué está hablando?

—No se haga la que no sabía. Mi niña estaba desesperada porque le habían ofrecido un papel muy importante para su carrera; con eso del embarazo, perdió la cabeza.

—¡Cálmese! ¡Dígame en qué hospital se encuentra para ir a ayudarla en lo que sea!

—Aquí usted no tiene nada que hacer. —La mujer lloraba exasperadamente—. O sí. Pensándolo bien, venga para que se ocupe de su nieta. Yo sola no basto para las dos.

—¡Dios mío! ¿Usted está queriendo decirme que Sandra tuvo una criatura? Pero si de estar embarazada solo tuviese seis o siete meses. ¿Cómo está la niña?

—Esto es muy terrible. El médico cree que no se salvará; las dos están muy delicadas.

Caridad anotó, con mano temblorosa, la dirección del hospital; tenía la cabeza hecha una maraña de pensamientos. De repente, entre la turbulencia de tensiones que se arremolinaban en su conciencia, apareció Marcela. Esta ni

siquiera se molestó en disimular su abatimiento. Aún no se había sentado, ni quería hacerlo por más que sentía que sus piernas, en cualquier momento, perderían las fuerzas y se desplomarían en el suelo. Caridad vio a Marcela sujetarse la panza, tratando de abrazar a su pequeño hijo, que esperaba ver la luz de un momento a otro. «También está ella. No puedo dejarla sola después de escuchar todo esto», pensó Caridad. Recordó que Marcela estaba en fecha. Tratando de guardar la calma, intentó llamar a Marcos para pedirle que la acompañara a su casa.

—Marcos no me responde —dijo Caridad.

Marcela abrió la boca para decir:

—Marcos me comentó que iría a casa de Amanda, que ya le dieron de alta. Él quedó en venir por mí a las cinco.

—Pero a las cinco será demasiado tarde.

Caridad se volvió a Marcela quien, apenas sin mirarla, perdida aún en su nube de reflexiones, murmuró:

—No se preocupe por mí. Voy a tomar un taxi hasta mi casa.

Caridad por fin se la quedó viendo a Marcela. Las mejillas las tenía encendidas, como si se hubiera insolado; ni siquiera tuvo que tocarlas para darse cuenta de que estaba hirviendo. Se temió lo peor y otra preocupación, en ese momento, sería ya demasiado.

—Creo que es mejor que vayas conmigo al hospital.

—Yo no tengo nada que hacer ahí —dijo Marcela pensando en Sandra.

—Creo que sí. Es mejor que te vea un médico, ahora mismo. ¿En qué hospital te estás atendiendo?

—No se preocupe por mí, vaya a ver a su nieta.

—Mi nieta está en manos de los médicos; lo que ellos no puedan hacer por la niña no lo podré hacer yo. Tu criatura y tú sí dependen de que te lleve ahora mismo al hospital. Vamos inmediatamente.

Caridad condujo a Marcela. En cuanto llegaron, entraron por urgencias. En efecto, la tensión arterial de Marcela estaba alta: la ingresaron de inmediato. Llamó por teléfono a la familia de Marcela y se quedó a su lado hasta que arribaron sus padres. Tenía su corazón partido en dos mitades: uno lo tenía en aquella sala de maternidad y el otro, con su pequeña nieta, que luchaba por vivir. Luego de una hora en que la situación parecía que iba a ceder, inventó un pretexto para marcharse por unas horas. El otro hospital quedaba a quince minutos de allí. A Caridad no le gustaba mentir, pero todo era muy complicado e incómodo para conversarlo con la madre de Marcela.

Cuando llegó con el corazón en la boca, tuvo que soportar el desdén de Gisela por la demora, pero tampoco podía explicarle a esta lo que estaba pasando. Toda su ansiedad la desplazó hacia David; si lo hubiera tenido delante, le hubiera dicho tantas cosas. Estaba convencida de que su hijo era un irresponsable y de que, por desgracia, Gisela tenía razón. David tenía mucha culpa de lo que sucedía, y no era justo que estuviera a tantos kilómetros de distancia, sin responsabilizarse de sus actos. «¿Cómo es posible que haya embarazado a dos mujeres casi a la vez? ¡Y estas niñas de hoy! ¡Por Dios!», reflexionó.

«¡Pobre muchacha! —pensó al ver a Sandra, que intentaba dormir luego de aquel desagradable lavado de estómago que le habían practicado—. ¿En qué momento se sintió tan perdida para ser capaz de cometer una locura semejante contra su propia vida?». Luego, fue a ver a la criatura y tuvo que ser fuerte para no dejarse derrumbar ahí mismo. Intentó hablar con los médicos para que le dieran alguna esperanza, pero todo fue en vano.

Al cabo de dos horas, regresó con Marcela para ver qué había pasado con ella. Reconocía que era lógica la reacción de la joven después de una noticia tan brusca. Cuando llegó, sumamente apenada, ante la familia de Marcela, Caridad vio una cara amiga entre aquellos. No sabía cómo, pero Marcos se

había enterado. Este se le acercó y le dijo algo que la tranquilizó: los médicos habían logrado estabilizarle la presión a la chica. Ahora intentaba descansar. Nadie sabía qué la había alterado tanto; solo ella y Caridad conocían la verdad. Cuando todos se marcharon, agradeció la insistencia de la madre de Marcela en quedarse junto a su hija. Fue para el otro hospital y permaneció toda la noche vigilando a su nieta.

Capítulo 34

Junio. Nadie quiere saber

Pasaron dos largos días. Marcela continuaba ingresada. Le comunicaron que le iban a adelantar el parto y le planificaron una cesárea, que era lo aconsejado en la preeclampsia; aceptó luego de una inmensa lista de complicaciones a las que se podía enfrentar de rehusarse. Pero antes de la hora señalada, se le presentaron los dolores de parto y su hijo comenzó a dar a entender que quería nacer de manera natural. Ya nada paró la naturaleza; la presión no regresaba a su estado normal. Los doctores se encontraban desesperados con su caso; la familia sufría alarmada, pensando que podrían perderla. Durante la trayectoria del embarazo, la presión siempre se había mantenido estable, por lo que el desenlace final no fue previsto por los clínicos.

Al sentir que el momento estaba próximo, su pecho se llenó de un sentimiento conocido; tenía muchas ganas de tener a su hijo entre los brazos. Caridad había vuelto a tiempo y estaba en la sala de espera, junto con los padres de Marcela, que contenían el aliento y le pedían a Dios que todo saliera bien.

Dentro del salón de parto, hubo un minuto en que todo fue mágico y comenzó a sincronizar como una máquina, donde cada pieza trabajaba la parte que le correspondía. Entre enfermeras —que pasaban de un lado a otro— y médicos —que se esforzaban al máximo—, Marcela sintió cómo todo iba

pasando. El bebé nació tan rápido que apenas si se dio cuenta de que ya había sucedido. Una enfermera lo envolvió en una manta y se lo llevó a la madre, que lo abrazó amorosamente, convencida de que la alegría que sentía era tan grande que no cabía dentro de sí.

Ni siquiera permaneció así un minuto; de pronto algo le cambió la expresión del rostro al pediatra. A toda prisa se llevaron al niño a cuidados intensivos. Marcela se aterró cuando separaron al bebé de sus brazos; se desesperó y comenzó a llorar asustada. Los médicos intentaron tranquilizarla, pero fue inútil; ella rápidamente comprendió que algo estaba fallando y se sintió morir. Le regresó el dolor de cabeza y estaba mareada. Escuchaba los consejos de los médicos, que le ordenaban calmarse si quería vivir, mientras no sabía si tratar de mantenerse serena o si gritar toda la angustia que la estaba devorando por dentro. Tuvieron que sedarla.

Nadie quiso escuchar las palabras del médico principal, pero tuvieron que ser muy fuertes, sobre todo Marcela, o el dolor también se la iba a llevar. Una de las cosas más tristes del mundo es la muerte cuando el ser que fallece está emergiendo a la vida. La primera vez que el recién nacido respiró oxígeno y se incorporó a este mundo, se transformó en una experiencia dolorosa y amarga. Hasta los galenos, tan acostumbrados a los procesos biológicos y a los ciclos de la naturaleza humana, se estremecieron. Marcela quedó vacía, con una fuerza oscura y un instinto de muerte que latían en su pecho. Sin ganas de luchar y reintegrarse a su propia vida, siendo un grito latente, apagado y muerto.

La reacción de Marcela fue negativa. No quiso aceptar que su hijo no había sobrevivido y el sentimiento de culpa amenazaba con tragársela. No quería recibir la visita ni de sus familiares ni de sus amigos. Cuando le dieron de alta, la situación no cambió mucho; le pidió a su abuela que, si había visitas para ella, les dijera que no estaba, y era absolutamente para todos. Ni siquiera

recibió a sus amigos, ni muchos menos a Marcos o a Caridad.

Cuando Caridad fue a visitarla, luego de intentar convencerla, la abuela Fefita, con mucha pena, le reveló:

—Marcela está renuente a tener contacto con los demás.

—Otra persona pensaría que se comporta como una chiquilla malcriada, pero yo no —dijo Caridad—. Me imagino cuántas cosas pasan por su cabeza en este momento. Esas ansias de soledad son normales.

—Ella quiso a ese niño desde que supo de su existencia —dijo la abuela.

Caridad se disponía a dejar a Marcela para que descansara. Decidió que la recibiera cuando estuviera lista. Antes de hacerlo, le recordó a Fefita que su hijo llamaría esa tarde. Marcela, que la escuchaba desde el cuarto, pidió verla y le dijo a Caridad que le comunicara a David que no la llamara más, que ya nada los unía. Le entregó el móvil, que les servía para estar comunicados.

—Yo no puedo impedir que mi hijo llame; de hecho, en cualquier momento, lo hará. Creo que es mejor que ustedes hablen.

—¿Ya le dijo lo que ocurrió? —indagó Marcela.

—Creo que no me corresponde; es un asunto que ustedes deben resolver.

—¿Y qué voy a hacer yo si esta niña no quiere tomar el teléfono? —le dijo Fefita—. Ya estoy muy vieja para decir mentiras. David ya llamó varias veces y Marcela no quiere hablar con él.

En ese mismo momento, comenzó a timbrar el teléfono. Fefita se fue a su habitación y las dejó solas. Caridad se decidió a descolgar el teléfono, que aún tenía en su mano. Su hijo se sorprendió al escucharla; le pidió hablar con Marcela. Ante la renuencia de esta, le dijo que no estaba, mientras esperaba que aquella no aguantara la tentación y hablara de una vez, o que su hijo desistiera.

—No está, salió con unos amigos —dijo Caridad.

—¿Por qué no llevó el móvil?

—No lo sé —indicó impaciente.

—¿Ella no sabía que yo iba a llamar? —preguntó David.

—¿Quieres que la tenga amarrada? ¡Que yo sepa, no eres su marido! ¿Acaso estás enojado porque prefirió salir a hablar contigo?

—Bueno, está bien. Ya que lo único que es mío es el niño y que la madre no puede decir nada, podrías decirme tú. Como estás en su casa, imagino que podrás informarme.

—¿El niño? —dijo Caridad sin entender a lo que se refería su hijo—. ¿Y quién te dijo que Marcela dio a luz?

—¡Pues tú ahora me lo estás diciendo! No lo puedo creer; ¿por qué no me lo habías dicho?

—¡Ay, Dios mío! Es que ella iba a decírtelo, pero...

—¿Cuándo fue?

—Hace una semana —dijo Caridad. Ella y Marcela se miraron a los ojos; sabían que lo que estaba haciendo Caridad no era correcto y que una mentira traía muchas a rastras, pero ninguna tuvo el valor suficiente para decir más.

—¿Y ya Marcela está fuera? —preguntó él.

—Dar a luz es algo natural.

—Dime todo del bebé. ¿Cuánto pesó?, ¿cuánto mide?, ¿a quién se parece?

—Lo normal que miden y pesan los niños. Nació grandecito, a pesar de que Marce tenía menos de treinta siete semanas. Hijo, ya no me pidas más detalles, que me tengo que ir. Estoy muy cansada.

—Pero, mami..., ¿cómo eres cruel? No me dejes así, quiero saberlo todo.

—En otro momento, corazón —dijo Caridad, y un par de lágrimas gruesas le surcaron las mejillas.

—Quiero fotos.

—Arréglate con Marcela. Ella no deja que le tomen fotografías, dice que ya lo verás cuando vengas.

—¿Marcela está enojada conmigo? ¿Es eso?

—No lo sé, David. Habla con ella; no me pongas a mediar.

—Dale un beso a mi hijo y otro a Marcela. Diles que los quiero mucho y que me muero de ganas de verlos.

Marcela se quedó llorando.

—¿Y ahora? Estamos peor que antes —murmuró Caridad.

—¿Por qué no se lo dijo?

—Es que, si lo hubieses escuchado, se lo oía tan feliz. Conozco a mi hijo; tiene su lado taciturno y está solo. ¿Para qué darle malas noticias?; allá no puede resolver nada. Creo que será mejor esperar a su regreso.

—Eso representa muchas llamadas y muchas mentiras. Lo que tuvimos David y yo se terminó, murió con nuestro hijo. Haga lo que considere mejor para David, pero que no me llame más. Quiero cerrar ese capítulo de mi vida.

Capítulo 35

Junio. Nadie quiere perder

Caridad se dirigió hacia el hospital donde se encontraba Sandra. Al llegar, se la encontró sentada en una silla, contemplando a su hija. Sandra estaba débil, pero con buen pronóstico de recuperarse; la niña seguía baja de peso, por lo que continuaba en la incubadora y con las consecuencias propias de los sietemesinos. A Caridad le alegró escuchar de los médicos que ya había pasado lo peor, pero le preocupaba la fragilidad de la pequeña y temía que se desmejorara. Al verla le dijo a la nueva madre:

—¡Está linda la niña! Tiene algo de David, pero se parece más a ti. Tiene el mismo tono de tu piel, y creo que tendrá tus ojos.

—Me siento tan culpable cuando la veo tan pequeña e indefensa. Todo por mi falta de cordura.

—Cariño, no te culpes, que nadie lo hace. Están vivas las dos y es lo único que importa. Supe que ya te dieron de alta —le dijo Caridad.

—Estoy arreglando todo para irme. Quería que le dieran de alta para llevármela conmigo, pero el médico no quiere. Dice que le quedan varias semanas en esa incubadora y no sé qué voy a hacer, no puedo esperar tanto —dijo Sandra. Caridad no comentó nada, pero pensó que llevarse a la niña a un viaje como ese era una locura; aún estaba muy delicada—. Hoy voy a firmar el contrato, creo que tendré que irme sin ella. Será más conveniente; va a estar mejor aquí.

—¿La dejarás sola? ¿No crees que le afecte no estar a tu lado? —indagó Caridad buscando las palabras para no ser inoportuna.

—Lo que menos quiero es separarme de ella. Por otro lado, no tengo nada de leche; tal vez no le afecte tanto si me voy. Confío en mi madre; ella la va a cuidar mejor que yo misma.

—¿Y David? Hay que decírselo. No he querido intervenir, pero creo que ya es hora de que sepa que tiene una hija. Yo no puedo seguir ocultándoselo. Él no te va a dejar desamparada; además, sabes que te quiere mucho. Él no dejará que les falte nada.

—Lo sé. Él será maravilloso con nosotras, pero yo no estudié tanto para terminar así: mantenida por un hombre, amarrada para siempre a él, aunque algún día me deteste.

—Pero eso solo será unos meses. Luego, puedes retomar tu carrera.

—No tendré otra oportunidad como esta. Ahora, más que nunca, tengo que seguir mi carrera. Y no lo hago solo por mí, sino por el futuro de mi hija.

—Cariño, ojalá hagas lo mejor para ti y para la criatura. Sabes que puedes contar conmigo para cuidarla si es necesario —murmuró antes de despedirse.

Capítulo 36

Julio. Nadie quiere insistir

Miguel supo que Marcela iba a dar a luz, pero no tuvo conocimiento de su gravedad ni de lo ocurrido después. Pensó que aquello la acercaría, cada vez más, al padre de su hijo y que él salía sobrando. A veces era difícil entender la vida. Desde los seis años de edad, tenía recuerdos de Marcela. Habían crecido en el mismo barrio, jugaban juntos casi todo el tiempo. También tenía recuerdos de Paula y de tantos otros amigos que se habían terminado marchando a vivir a otros lugares, en una época u otra. Pero Marcela había sido especial. Recordaba que, al llegar a la adolescencia, se habían apartado un poco. Él había entrado a la secundaria y ella aún seguía en la primaria. Luego, volvieron a unirse cuando ella ingresó en su misma escuela secundaria. Ahí había comenzado a transformarse la amistad. Cuando volvieron a separarse, al inicio del preuniversitario, sintió mucho alejarse de ella. Fue entonces cuando decidió robarle un beso; ella, supuestamente, había reaccionado enojada, le había dado la espalda y le reclamó en contadas ocasiones. Hasta que meses después, Marcela también descubrió que estaba sintiendo algo diferente por Miguel. Cuando ella ingresó al preuniversitario, ya tenía conciencia de lo que sentía por Miguel, y todo continuó como guiado por la naturaleza.

Miguel supo, por su madre, lo ocurrido con el hijo de Marcela y, sin pensarlo dos veces, decidió visitarla. Ella se negó a recibirlo y aquello lo

devastó; no acababa de entender a Marcela y seguro nunca lo haría. La abuela de esta le explicó que no era nada personal, que ella no quería ver a nadie, y él se sintió aún más desilusionado. ¿Acaso él no era una persona especial que merecía una excepción o un trato diferente? Ahora estaba convencido de que, definitivamente, para Marcela no lo era, y le dolió. Luchó consigo mismo para no guardarle rencor.

Capítulo 37

Julio. Nadie quiere hablar

Primero fueron Paula y Marcela, desde la educación inicial. Después, llegaron Miguel, Lucas, Amanda, y otros. Por eso Paula había perdido la sonrisa: porque Marcela estaba atravesando por tinieblas. Lo que más la sacaba de sí era que Marcela había pintado una línea divisoria entre las dos. Paula no lo podía aceptar y, aunque había volcado toda su atención al cuidado de Amanda y de su hijo, sentía que todas las lágrimas que se había guardado dentro explotarían de un momento a otro. Paula también sabía que Amanda sufría. Amanda no había podido visitar a Marcela para reconfortarla en su pérdida porque cuidaba a su hijo, recién nacido. Le iban a ocultar la noticia para que la reacción no le fuera a cortar la leche, debido a que estaba lactando, pero fue imposible; la depresión que respiraba a su alrededor no podía engañarla. Paula continuaba ayudándola, tratando de sonreír inútilmente para no preocuparla. Marcos andaba cabizbajo y Lucas no estaba con sus bromas de costumbre.

El día de la graduación de Paula y Marcela, se dieron cita a la hora pactada. Nadie celebró aquel acontecimiento, que tanto habían esperado; tenían el corazón destrozado. Marcela llegó justo para el acto protocolario; al terminar, sus tres amigos la aguardaban impacientes. Nadie hizo preguntas incómodas ni emitió frases de aliento que no querían ser escuchadas; solo se fundieron en un largo abrazo grupal, del que Marcela, Paula, Amanda y Lucas salieron con

lágrimas en los ojos.

Marcela se soltó como pudo y huyó con su carta de pasante en las manos. Vio a Miguel, a lo lejos, vestido con un traje de tres piezas; lucía impecable y seductor, recostado en la puerta de la entrada, por la que pretendía salir. Cuando se tropezaron de frente, ella le colocó un dedo sobre los labios; él la envolvió en sus brazos y le dio un beso prolongado sobre la frente. Antes que su interior se desmoronara en público, huyó con sus padres, quienes la escoltaban, y él no hizo nada por retenerla.

En casa de Amanda, la acompañaban Marcos, Lucas y Paula. Habían entendido, después de varios razonamientos, a los que los había hecho llegar Paula, que debían respetar la decisión de Marcela. Luego, Paula los dejó conversando y fue a la habitación a ver si el bebé continuaba dormido. No se dio cuenta de cuándo Lucas se le acercó por detrás.

—Ya me voy —le dijo en voz muy baja.

—Nos vemos —contestó Paula.

—No me refiero a hoy. Unos amigos me invitaron a recorrer Trinidad, Varadero y otras ciudades por lo que queda de las vacaciones.

—¡Ah! ¡Qué interesante! Justo ahora, que hay un bebé que cuidar y que Marcela está devastada.

—Aquí ya no hago falta. Marcela quiere estar sola. ¿Sabes cuántas veces he intentado visitarla y no me deja poner un pie dentro? Amanda te tiene a ti y a Marcos. Además, yo necesito olvidar lo que pasó entre nosotros. Creo que es hora de desistir. ¿Qué ganas con tenerme sufriendo por ti si no me quieres?

Ella no respondió. Le gustaba Lucas, pero lo creía demasiado inmaduro y temía sacrificar la amistad que tenían por algo que no prosperaría. Paula reconocía lo exigente que era. Estaba convencida: él no la aguantaría mucho tiempo. Prefería tenerlo como siempre: día, tarde y noche cerca de ella, amándola inalcanzablemente y no odiándola, pero se cansó de su propio egoísmo.

—¡Qué bueno! —dijo al fin Paula, después de mucho pensarlo—. ¡Que te

diviertas! Por lo menos, uno de nosotros pasará unas verdaderas vacaciones. Bastante nos has ayudado, mereces desconectar un rato. En el curso que viene, te espera un semestre muy duro y tienes que tener la mente fresca para asimilarlo.

Al marcharse, se despidió de ella con un beso en la mejilla y le susurró dulcemente:

—Por lo menos, sé que mi amor no es platónico, superé esa faceta. Y me gustó mucho estar contigo, tanto que todavía lo sueño dormido y despierto, pero quiero disfrutar mi juventud. Me cansé de esperarte. Sé feliz.

Paula quedó consternada, dubitativa y desorientada. Lo había tenido a sus pies, adorando el camino que recorría; ahora ya no sería así. Se conocían desde el preuniversitario; desde entonces, habían sido un trío inseparable junto a Marcela. Juntas, las dos, se habían preparado para los exámenes de ingreso a la universidad, y Lucas era quien las alentaba. Más tarde, él les había seguido los pasos ingresando en la misma facultad.

Paula encaraba la situación de modo similar a como ocurría en la naturaleza, cuando los cachorros abandonaban a su madre para probar su autonomía. Era hora de que él viviera su propia vida y se desprendiera de ella. Sabía que, al principio, su ausencia le dolería hasta los huesos, pero tendría que acostumbrarse. Lo que más le angustiaba era pensar que, cuando Lucas probara la libertad, se iba a negar a volver al nido. Así eran los jóvenes como Lucas —creía ella—: fieles al primer amor hasta que descubrían que, en la vida, había más.

Amanda la sorprendió pensativa y le dijo:

—Paula, ¿hablas con tu espíritu?

—Habla bajo, que el niño está durmiendo. —Paula intentó alejar las inminentes interrogaciones.

—Lucas se despidió de nosotros, dice que no vendrá hasta septiembre. —Amanda esperó la intervención de Paula pero, como esta no dijo nada, continuó hablando—. Creo que entre ustedes ha pasado más de lo que me has

dicho.

—No es eso. He necesitado comentártelo, pero no he hallado la ocasión. Primero, tú en el hospital; luego, Marcela. —Respiró hondamente—. Siento que en este año hemos terminado de madurar. Te lo diré. Quiero que me disculpes por usar tu casa para algo incorrecto. Fue solo una vez; quería evitar los compromisos y aquí esconderíamos el secreto para el resto del mundo. Lucas y yo nos quedamos juntos toda una noche.

—¿Lucas y tú? ¿Sucedió?

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Realmente creo que se fueron a la cama demasiado pronto, después de esperar tanto tiempo para reconocer que se querían. Antes debieron probar si la relación funcionaba. No importa; lo bueno es que te decidiste a aceptarlo y ahora... —Amanda se quedó en suspenso—. Pero ¿por qué se marchó?

—Yo no quiero tener una relación con él; es un chiquillo que no sabe realmente lo que quiere. Ya olvidemos ese asunto. Él prefirió marcharse a seguir luchando por lo nuestro.

—¿Qué más podía hacer? ¿Creíste que iba a estar esperando toda la vida?

Capítulo 38

Julio, acábate ya

Pasaron dos semanas, sin novedad para algunos, diferente para otros. David escuchó timbrar el teléfono. Recién llegaba del trabajo, así que consideró que quien llamaba tenía mucha suerte de encontrarlo. Después de tan larga espera, escuchó la voz que tanto había añorado. Sandra le hablaba desde Francia. Casi se vuelve loco al oírla, la tenía más cerca que antes. Desesperado, el primer pensamiento que le pasó por la cabeza fue ir, ese mismo fin de semana, a verla como fuera. Ella intentó que desistiera de sus planes.

—David, ahora, lo que menos quiero es verte. Han pasado muchas cosas. Estoy muy confundida, necesito tiempo.

—¿Más...? Si hace meses que no nos vemos.

—Dices quererme, pero no hiciste nada. Casi me muero en un hospital y ni siquiera te enteraste.

—¿De qué estás hablando? Traté de comunicarme contigo, pero nunca estabas para mí.

—Tuvimos una hija que casi me cuesta la vida.

—¿Qué dices? —Él se quedó estupefacto, con las palabras atragantadas. Primero, le decía que estaba embarazada; luego, que iba a abortar; después, se desaparecía, y ahora esto. Se sentía terriblemente ausente, culpable y más cuando ella le relató cómo había sucedido todo. Sandra no pudo contener las lágrimas. Lo culpó, se culpó, se sentía lo peor por haber dejado a la niña en

una incubadora del hospital. Pero omitió aquella parte del relato, no tuvo valor para decírselo.

—¿Cómo es posible que tengamos una hija y que me hayas negado la continuación del embarazo? Respóndeme porque me vas a volver loco. ¿Dónde está nuestra hija?

—Se tuvo que quedar. No podía traerla.

—¿Por qué la dejaste?

—Era muy pequeña aún para viajar. Va estar bien; mi madre la está cuidando. Traté de hacer las cosas lo mejor que pude. Si no lo hice bien, lo siento, no estaba preparada.

—Sandra, no te responsabilizo, soy el menos indicado para emitir un juicio sobre ti. No tienes que justificarte. Perdóname por no haber estado a tu lado. Si tan solo me hubieras dicho, hubiese dejado el proyecto atrás. —David se sentía tan responsable que no cesaba de consolarla—. Ahora, más que nunca, quiero que hagas esa película; en definitiva, son solo algunos meses. No quiero que luego te reproches no haber hecho tu sueño realidad. No te preocupes; yo tomaré un avión a Cuba, cuidaré a nuestra hija hasta que vuelvas.

—Pero... ¿Y tu trabajo, David?

—No me importa nada.

Finalmente la convenció; él regresaría. Nunca le había importado sacrificarse por que ella estuviera tranquila. Sandra se quedó sin palabras, pero sabía que él era así; por eso aún estaban juntos, a pesar de la distancia.

En realidad, lo único que hizo aquello fue removerle todo por dentro a David. Si su vida era un desastre ya, no quería saber qué pasaría cuando Sandra supiera que tenía otro hijo, o eso era lo que él creía. Tendría que acumular muchos méritos para que lo perdonara, porque estaba seguro de que, tarde o temprano, se lo tendría que decir.

De inmediato tomó el teléfono para hablarle a su madre. Le relató lo sucedido y, aunque ella no estaba de acuerdo con que dejara atrás aquella magnífica oportunidad profesional, recordar a su nieta en la incubadora le hizo contener el aliento.

—Haz lo que consideres correcto, hijo —dijo Caridad al pensar que, si había nuevas complicaciones, tal vez ni siquiera David iba a poder conocer a su pequeña hija.

—Gracias, madre, por tu apoyo. Lleva a la niña para la casa y prepara todo para que viva conmigo. Regreso en una semana, en cuanto arregle que venga alguien por mí. Yo la voy a cuidar, soy su padre. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Cariño, yo puedo cuidarla hasta tu regreso.

—Lo sé, madre, pero quiero hacerlo en persona. Tráela contigo y nos vemos en siete días.

—No opinaré más de lo que me corresponde. Seguiré tus indicaciones con respecto a la niña, que es lo más importante.

—Gracias, mami, por tu apoyo en esta situación, que se me salió de las manos. Sé que no he actuado bien. Yo... ahora quiero responsabilizarme. En este momento, Sandra debe estar poniendo al corriente a su madre para que te deje llevar a nuestra pequeña.

Cuando su hijo colgó el teléfono, Caridad no pudo evitar seguir reflexionando sobre sus últimas palabras. De seguro David no sabía dónde, en realidad, se encontraba su hija. Ella tampoco tenía la intención de decírselo. En cuanto llegara David, se iba a enterar y lo mejor era que afrontara la verdad de una vez.

Caridad observó el teléfono y pensó que sería prudente prevenir a Marcela de lo que iba a suceder. Al mismo tiempo, prefería darle tal noticia en persona, así que fue a verla. Al llegar, tuvo que sentarse a esperar a que Marcela pudiera atenderla. Vio salir a Fefita con una bandeja que traía un

aparato para extraer leche materna y un recipiente de cristal con una abundante recolección. Se levantó para ayudar a Fefita, tomó la bandeja y la llevó a la cocina. Tocó el frasco de metal, examinó los mililitros y sintió la temperatura; aún estaba tibia.

—¿Qué hará con esto, Fefita? —le preguntó Caridad a la señora.

—Tirarlo, ¿qué más? —dijo la abuela de Marcela.

—Es una pena habiendo niños que, a lo mejor, lo necesitan.

—No conozco a ninguno, pero además esto no seguirá mucho tiempo. Espero que pase y quede en el pasado para que mi nieta pueda seguir adelante.

Por un instante, Caridad pensó en algo que parecía una locura. Marcela podría amamantar a la niña; tenía tanta leche, pero era algo absurdo. Sería una inconsciente si le pidiera algo semejante. Un minuto después, salió Marcela y le dijo a la madre de David:

—Disculpa la tardanza, es que...

—Yo entiendo; aún tienes leche —dijo Caridad—. ¿Y ese milagro, que los doctores no te han dado algún medicamento para cortarla?

—No puedo consumirlos. La doctora me aseguró que, como no hay succión, desaparecerá, pero es muy molesto y he tenido que estar extrayéndola. Cada vez sale más.

Caridad se la quedó mirando y no pudo evitar verse a ella en la juventud. También recordaba a aquel hombre que había huido de su lado, con su mujer estéril, renegando de ese hijo que había nacido como fruto de un amor infiel, al que solo le había dejado sus genes. Caridad le dijo a Marcela que David venía, pero no mencionó los motivos; sabía que aquello devastaría a la chica aún más.

—¿Así que viene? —comentó Marcela.

—Prepárate para decirle la verdad —mencionó Caridad y trató de reconfortarla con algunas palabras amables. Se dispuso a marcharse, pero

aquella idea loca se apoderó de ella y, aprovechando que Fefita estaba lejos, le dijo—: Sandra se fue, dejó a la niña en el hospital. Le dieron un buen papel en una película. —Esperó en vano la reacción de Marcela, que no dejó a su rostro reflejar lo que pensaba—. La niña la necesita mucho; sabes que la leche materna y el calor de una madre son esenciales.

—Sé lo que quiere decirme. Voy a hacer como si no hubiera escuchado nada.

—No quiero causarte más angustia. Es que estoy desesperada, no sé qué hacer para que esa criatura se mejore.

—Me da pena con esa niña, pero piense en mí. ¿No se ha detenido a imaginar cómo me puedo sentir yo al tener cerca un bebé?, ¿las ganas de tocarlo, de alimentarlo? No sabe cuánto quisiera ponerle punto final a David y a todo lo que tenga que ver con él. No deseo estar cerca de una criatura que me recuerde la mía —dijo sollozando—. ¿Por qué cree que no visito a Amanda, que es una de mis mejores amigas? Para no contagiarla de esta sequía que tengo en el alma. Quiero que disfrute de su maternidad, que ría a carcajadas cuando su hijo la haga feliz con alguna travesura; no que limite su necesidad de sonreír porque yo esté presente con mi amargura.

—Disculpa, no te tortures más con eso. No debí... —dijo arrepentida de haber removido las cenizas—. Ningún hijo es reemplazable, pero estás viva y tienes que seguir. Solo recuerda que eres joven y podrás tener otros hijos; trata de superarlo por tu bien.

—Sé que me voy a recuperar, solo necesito tiempo. Para empezar, voy a llamar a Paula; quiero ponerme al tanto de los trámites que tengo que hacer para mi titulación.

—Es una buena idea.

En los días que transcurrieron, Caridad y la otra abuela se turnaban para cuidar a la niña en el hospital. En vano esperó algún comentario de la señora

respecto a la decisión que habían tomado David y Sandra. La madre de Sandra dijo que respetaría la determinación de su hija. Al finalizar la semana, cuando el doctor llegó a decirles que ya se podían llevar a la niña, Caridad no lo podía creer. Justo antes de la llegada de David. Varias veces le preguntó al doctor si estaba seguro de que la pequeña estaría bien; aún la veía tan débil e indefensa. Hasta pena le daba mirar a los ojos al doctor; recordaba la expresión de este al tener conocimiento de la partida de Sandra.

Cuando le entregaron a la criatura, tan diminuta, Caridad sintió un gran dolor en el pecho. Se sobrepuso después, al observar las ganas de vivir que había en la mirada de Diana. Así estaban las cosas: Caridad permanecía en su casa, cuidando a su nieta y esperando la llegada de su hijo de un momento a otro.

Capítulo 39

Amanda y Arturo

En casa de Amanda, esta se hallaba sola, con su hijo, cuando recibió la visita de Arturo. Paula había ido a visitar a Marcela luego de tomar su llamada. Arturo se sentó en un sillón, se encontraba extrañamente sobrio desde que había adquirido el mal hábito de la bebida. Amanda no tenía nada que decir o, al menos, no quería, por lo que solo se limitaba a escucharlo.

—Trato de recordar aquellos días en que éramos novios y nos encontrábamos en tu antigua casa. La pasábamos tan bien —rememoró él.

—Me sentiría mejor si no me lo hicieras acordar —le dijo Amanda.

—No puedes perdonarme, por más que te lo he pedido de mil maneras.

—Arturo, ya te perdoné. Si te tranquiliza, ya lo sabes. Eso no significa que vamos a regresar algún día.

—¡No es cierto! Finges un perdón que no puedes darme. Yo no estuve con otra, ni tengo un hijo con otra mujer. Sé que lo que hice es imperdonable. ¿Qué más pruebas de mi arrepentimiento quieres que te dé? Te acepto, aunque hayas estado con quien sea; te reconozco a tu hijo sin preguntarte quién es el padre.

—Ante la negativa de aquella, añadió—: Si me perdonaras, volverías a mi lado.

—La razón va más allá del perdón.

—¿Amas a otro? —Arturo se quedó en suspenso mirando cómo los labios de Amanda se abrían para responder sin siquiera detenerse a pensarlo.

—No lo sé.

—No me importa si amas a otro. Sé que ahora estás sola con tu hijo, y ese canalla no te ha respondido. ¿Y el amor que sentías por mí? No puedo creer que se haya muerto. Me torturas. ¿Quieres castigarme? Ya lo lograste; estoy deshecho. —Amanda no le contestó y él terminó por agregar—: Me marcharé, no aguanto esto. De lo contrario, me desarmaré aquí, y el momento será más incómodo. No cedes ni un milímetro. No soporto un minuto más sin besarte, sin sentirte, aunque sea por unos segundos...

Amanda quedó consternada; las palabras de Arturo le removieron hasta la parte menos sensible de su ser, y solo le quedó la culpa. Todos sus sentimientos hacia Arturo eran un atentado contra sus principios y los valores que debía mantener en pie. Era como si fuera infiel consigo misma. No era solo perdonar el comportamiento violento de aquel día; volver con él era recomenzar una vida de limitaciones afectivas. Arturo había desencadenado en ella las emociones más desgarradoras. Amanda temía ser débil, lo había vivido de cerca. Sabía que Arturo, por más que quisiera cambiar, no lo lograría mágicamente, y no estaba dispuesta a sacrificar parte de su vida en el intento. Además, ya no le importaba si cambiaba o no, solo quería estar lo más lejos posible de Arturo y de Laura; que los dos estuvieran fuera de su mundo, con sus ideas, con sus extraños conceptos morales y con las malas influencias para la educación de su pequeño hijo.

Arturo llegó a su casa directamente a buscar una botella de ron. No era el amor lo que lo cegaba, sino la ira; le era imposible aceptar que Amanda se le había escapado de las manos. Su madre, que lo vio, corrió hasta él.

—¡Hijo, no bebas más! Vas por el mismo camino de tu padre, que sale del trabajo y se va directamente para la cantina.

—Ella no me quiere, mamá.

—Así son algunas mujeres. En vez de aprovechar la oportunidad que le estás dando de criarle al hijo... Es una egoísta, no piensa en lo que la criatura va a sufrir por la desgracia de tener una madre soltera y un padre desconocido. Para ti es mejor. No te enredes en una responsabilidad que no te pertenece, estás muy joven.

—Ella no es mala persona. Al contrario. Por eso ese sinvergüenza la dejó embarazada. Si tan solo pudiera saber quién fue...

—No creo que sea tan inocente. No tardó en irse a la cama con otro en cuanto le diste la espalda.

—A veces creo que está mintiendo. ¿Te imaginas que ese niño sea mío y solo por orgullo me lo esté negando?

—¿Por qué lo haría? Si tú fueses un mal muchacho, lo entendería.

—¿Y si te dijera que existe un motivo para que me odie?

—No quiero saber nada. Deja ya la botella. Te está afectando, te está llevando por malos pasos. Hijo, mírate en el espejo. Tú no eres así, reacciona, por favor. No quieras terminar como tu padre. Aprovecha las vacaciones para divertirte. Aún eres joven, bien parecido, con educación; puedes buscarte otra mejor. Si no te supo aprovechar, ella se lo pierde. Desde hoy, en esta casa, no se habla más de Amanda.

No obstante, él siguió pensando en ella y en la manera de conseguir regresar a su lado.

Capítulo 40

Julio se extiende

La noticia que recibió David le hizo cambiar los planes. No podía irse, como lo había pensado; había un contrato de por medio y sus superiores le exigieron que ya habían invertido mucho en él para que ahora quisiera que lo reemplazaran. Su jefe, que le tenía consideración no solo como empleado, le habló como colega. Las palabras de aquel señor no le dejaron otra salida. ¿Qué eran cinco meses?; era lo que le quedaba para terminar su trabajo. Trató de aceptar que el tiempo era ínfimo y pasaría deprisa. Reflexionó. Su hija estaba bien, vivía con su madre; él corría con todos sus gastos para que no le faltara nada. Por supuesto que la niña necesitaba el amor de sus padres, y eso era lo que más lo angustiaba. Se quedó más tranquilo cuando habló con su mamá.

Caridad le hablaba y veía a la niña en la cuna. La pequeña seguía igual. Su pronóstico, no obstante, era favorable. Los médicos le habían asegurado que progresaría, aunque también le habían explicado que el calor materno y su leche eran claves en esa recuperación. No le dijo nada a David, le dolía verlo tan alterado. «Yo voy a sacarte adelante, Diana. No sé cómo, pero lo voy a hacer. Son cinco meses, lo suficiente para que tu padre, cuando regrese, te encuentre hermosa, grande, saludable. De lo contrario, no creo que pueda perdonar a tu madre, ni perdonarse a sí mismo», se prometió Caridad.

Decidida tomó el teléfono. Sabía que lo que hacía era reprobable, pero ver

a su nieta le partía el corazón en dos. Estaba resuelta. El teléfono comenzó a dar tono de marcado; al otro lado, le contestaron. Al escuchar aquella voz, le dijo:

—Marce, ¿podrías venir a mi casa un momento? No me siento bien.

—¿Qué le pasa? —dijo Marcela.

—No sé, amanecí así.

—Pero yo no puedo... ¿No le puede decir a Marcos o a...?

—Créeme que no quería molestarte. Les he hablado, pero no he tenido suerte para comunicarme. No te llamaría si no me urgiera tanto.

—Está bien, voy a avisarle a mi madre para que me acompañe y la llevemos al hospital.

—No. No es tan grave; ven sola. Lo que necesito es un poco de compañía y apoyo emocional, necesito hablar con alguien sobre cosas muy íntimas.

Tras la llamada de Caridad, Marcela se apresuró a salir. Su abuela se quedó asombrada al verla activa de pronto. Para tranquilizarla le dijo que iba a visitar a Caridad. Hubiese preferido que otro fuera en su lugar, pero ya estaba ahí, en el sitio que menos quería frecuentar. Al enfrentarse al insoportable recuerdo que le traía aquel almacén de cemento y metal, que representaba el departamento de David, con todos los instantes que habían vivido juntos, congelados en cualquier rincón, tuvo que respirar más lento.

Cuando Caridad le abrió la puerta, Marcela no encontró ninguna evidencia que le asegurara que había un bebé en la casa; ni siquiera se lo imaginaba, no tenía por qué. Tampoco tuvo prueba de la supuesta enfermedad de Caridad. Más aún se sorprendió cuando aquella la recibió con la siguiente frase:

—Disculpa que te haya hecho venir.

—¿Qué puedo hacer?

—Mi mal es más del alma que físico. David aún no viene, va a tardar cinco meses, más o menos. No le permitieron renunciar al contrato.

—¿Y eso la tiene así?

—No. Sí tenía ganas de verlo, pero... Necesito desahogarme con alguien. Sandra abandonó a la niña en ese hospital, y eso no me lo puedo sacar de la cabeza.

—Prefiero no opinar al respecto. De todos modos, como usted dice, no tenía leche. No hubiera podido...

—Tener seco el pecho no tiene nada que ver con tener seco el corazón. Hija, no me cabe en la cabeza que una madre pueda dejar a una criatura en una incubadora.

Marcela se levantó para marcharse. Antes aseguró:

—Ese asunto no me corresponde. No estoy en la posición para juzgar a nadie y menos a ella. En cuanto David me llame, le diré la verdad sobre su hijo para finalizar lo que tengo con él.

—La he traído; está aquí. ¿Quieres verla? —Marcela quedó congelada ante las palabras que estaba pronunciando Caridad.

—¡No! No quiero ver a una niña llena de vida y menos a esa, precisamente, colmada de lo que a mi hijo se le ha negado. ¡No, definitivamente!

—Hazlo como un acto de amor hacia tu hijo.

—Eso es absurdo. ¿Qué tiene que ver?

—Oye mi razonamiento. Imagina que tu hijo hubiera crecido, hubiera amado mucho a su hermana, hubiera hecho lo que sea por ella. ¿No tienes hermanos?

—Paula es mi hermana.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer por ella?

—¡Todo lo humanamente posible, pero no! Caridad, se ha vuelto loca, sé por dónde viene. No soy una santa para sacarme del pecho todo el dolor que siento y proteger a la hija de la mujer que tiene el corazón del hombre al que amo desgarradoramente.

—Si tu hijo pudiera hablarte, ¿qué te diría? ¿Realmente hubiese querido a su hermana o la hubiera odiado por tener todo lo que él no pudo tener, incluso la vida? ¿O tal vez hubiera tenido el corazón tan grande para dejar pasar los

detalles y amar por sobre todas las cosas?

—Sí, mi hijo sería de esos: un gran ser humano, un gran hijo, un gran hermano, un gran todo lo noble que puede existir en este mundo.

—¿Lo ves? Solo conócela.

Marcela caminó hacia la habitación, imaginando encontrar, en la cuna, a una niña rozagante, llena de salud. Escuchó unos débiles sollozos y no pudo evitar que una lágrima escurriera solitaria por su mejilla izquierda, la cual secó con la punta de los dedos, sin permitir que su otro lagrimal dejara escapar otra gota de tormento. Justo un minuto antes de descubrirla acomodada entre las sábanas y las almohadas, no pudo contener el salto en el estómago que le erizó hasta el nacimiento del cabello. Caridad le sonrió con pena a la enclenque y diminuta bebita que, al sentir la presencia de alguien más, dejó de llorar.

—Está... —Marcela no pudo terminar de decir la palabra al verla tan débil.

—Sí, pero dicen los médicos que se repondrá.

Marcela se quedó mirando a la pequeña, que apenas si se le notaba que respiraba. Sintió pena al ver a una criatura luchando por su vida, casi sin fuerzas. Observó a aquella bebita hambrienta, que esperaba por una madre que estaba demasiado lejos para saciarle sus deseos prematuros. Mientras que ella estaba frente a su cuna, como fuente de prosperidad, con la leche que se le escurría por los pechos, aquella que dolorosamente extraía a cada rato para echarla luego por el desagüe.

Marcela, primero, le deslizó la yema del dedo por la frente; la niña abrió los ojos y empezó a mirar a su alrededor. Luego la tomó lentamente en los brazos; la sintió tan suave, tan delicada. Estaba tan conmovida por aquella ternura que no le importó las consecuencias de sus actos. Ella solo estaba tomando lo que habían dejado atrás, lo que había sido menos importante para otros, pero con la plena conciencia de que era temporal. La acarició; la niña

sintió el calor que emanaba de sus brazos y se dejó abrigar por estos. Se la colocó en el pecho y esperó. Todo sucedió poco a poco, como si siempre hubiera sido así, como si así hubiese tenido que ser.

Caridad se quedó observando, con la esperanza que aleteaba en sus paredes abdominales, cuando Marcela devolvió a la niña satisfecha a su cuna. Caridad le imploró:

—Tú puedes ayudarla tanto, Marce. ¡Oh, Dios! La leche materna es irremplazable; ninguna fórmula puede suplir los nutrientes de lo dispuesto por la naturaleza.

—David ha llamado en varias ocasiones —dijo mientras colocaba el móvil que él le había hecho llegar, a través de Marcos, sobre la mesita de noche—. No quiero mentirle. Usted insiste en no decirle la verdad; no me prestaré a ese juego, así que, si pregunta por mí, dígame que prefiero poner distancia y que lo respete. Ese es el trato que le ofrezco y perdóname por hacerlo, pero necesito dejarlo atrás.

—Déjalo en mis manos.

—No quiero saber nada, ni siquiera cómo reacciona cuando lo sepa. A mi abuela le pediré que, si llama al teléfono fijo, le diga que no quiero contestarle. Así de simple.

Marcela prefirió no decirle a nadie en su casa el verdadero motivo por el que iba a pasarse unos días a casa de Caridad; sabía que ni sus padres ni su abuela iban a estar de acuerdo. Pensó decírselo a Paula, pero tampoco quiso escuchar todo lo que su amiga opinaría al conocer que cuidaría a la hija de Sandra. Sería por unos días, hasta que la niña se asentara. Marcos la estaba esperando; tampoco aprobaba lo que estaba ocurriendo, pero prefería no juzgar a los demás. Se contentaba con ayudar cuando se lo pedían y, cuando no, respetaba los espacios y la intimidad. Marcela estaba recogiendo sus cosas cuando sintió un murmullo en la sala. No tuvo que salir para ver de quién se trataba; su abuela había hecho pasar a la visita. Al ver a Amanda, Marcela bajó la cabeza apenada; su amiga corrió hasta ella y la abrazó.

—Disculpa que no respete tu voluntad de querer estar sola, deseaba mucho verte —le comentó Amanda.

—Todo esto es una tontería. Tú eres quien debe perdonarme por tener una pésima actitud —se sinceró Marcela.

—Por lo que veo, estás muy bien acompañada. ¿Quién es ese rubio precioso que te espera en la sala?

—¡Amanda, ya no te conozco! ¡Y si te escucha...!

—Es una broma. Marcos y yo somos buenos amigos.

—¡Por supuesto! ¡Se nota! Te agradezco que intentes levantarme el ánimo. Esto no es fácil, y creo que tú puedes entenderme a la perfección. Un hijo lo es todo, te absorbe por completo. Es un vacío que no se llenará con nada.

—Marce, como me dijiste una vez, recuerda que no estás sola. Quiero que sepas que siempre estaré ahí para ti. Me sorprende tanto verte levantada y con planes de salir.

—Viviré un día a la vez. Bueno, dime cómo está tu bebé.

—Bien, gracias a Dios. ¿Me contarás por qué estás haciendo las maletas?

—Ya no quiero aferrarme a lo que fue. Voy a mirar hacia delante, hay que seguir. Te lo voy a contar, pero otro día, aún no estoy preparada.

—No hagas una locura.

—¿Yo? ¿Cómo crees? No hay chica más sensata que yo.

Capítulo 41

Agosto se muestra

Justo cuando Marcela salió para hacer unas compras, Caridad recibió la visita de Gisela. Eso sí que no se lo esperaba, pero era lógico: venía a ver a su nieta. Ella no conocía a Marcela, pero era una situación muy incómoda. Sandra le había hablado por teléfono. Sabía que David tardaría más de lo acordado.

—Vine a buscar a la niña —avisó la señora. Caridad no daba crédito a lo que estaba escuchando—. Solo hasta que venga el padre. Sandra me dijo que David iba a correr con todos los gastos; es que yo, la verdad, no puedo ocuparme de todo.

—Para mí no es ninguna molestia. —Luego, añadió algo que seguro David no le iba a reclamar, porque él también prefería que la niña estuviera en su casa—. David me comentó que eso último no va a poder ser hasta que venga. Tiene problemas económicos.

—¿Pero es inconcebible...? ¿Y quién se va a hacer responsable de la criatura? Necesito una señora que la cuide mientras hago mis gestiones, y eso hay que pagarlo. Yo no puedo, le voy a hablar a Sandra para ver cómo resuelve esa situación.

—Si quiere, yo me ocupo de todo —dijo Caridad, convencida de que su nieta no iba a estar rodando de un lugar a otro, menos en las condiciones en las que se encontraba.

—¿Usted? —dijo entre dientes—. De ninguna manera. No podemos abusar. Sandra me dejó la niña a mí; es mi responsabilidad.

—Acabo de solicitar mi jubilación, tengo tiempo para cuidarla.

—No, qué va, eso no puede ser. Además, ¿qué pensaría mi hija?

—Yo me arreglo con David, y él le explica sin que usted resulte perjudicada. No creo que a Sandra le importe mucho; no hay diferencia entre usted y yo. ¡Qué más da en su casa o en la mía! Ambas somos sus abuelas. Solo serían unos meses hasta que regrese David.

—Eso es verdad. Pero que conste que solo lo hago por el bienestar de la niña. Eso sí: con la condición de que me permita ayudarla.

Sandra estuvo de acuerdo con la decisión de Caridad y de su madre; por supuesto que ni tenía idea de lo que en realidad ocurría. No pensaba mucho en su distanciamiento con Diana para no sentir que estaba haciendo algo indebido. Se concentraba en su carrera. Para que se convirtiera en una gran actriz, su madre siempre se había sacrificado por ella; no tuvo más hijos para que no le faltara nada, ni siquiera tiempo. Por tal motivo trabajaba hasta el agotamiento; sabía que su sueño era también el de ella y que, si salía adelante, su triunfo sería para su hija. Se sentía orgullosa de ello: de que jamás había torcido el rumbo, de que había sido firme y de que tenía claro lo que quería alcanzar.

Aquella noche estaba pensativa, en el bar del hotel, cuando el director de la película se le acercó. Trató de alejar la tristeza de su semblante y esbozar una sonrisa.

—¿Tomándote un descanso?

—Sí —dijo Sandra. Lo admiraba; era un hombre joven que había llegado muy lejos. Se sentó a su lado y pidió también una copa—. ¿Canadiense? Pensé que eras de aquí; hablas muy bien el francés.

—Soy de Montreal. Llevo tres años en Francia, pero no pienso quedarme

definitivamente; mi vida está repartida en varios horizontes. Amo viajar, no tengo puerto fijo.

—Nos parecemos en algo.

—No solo en eso, veo que también compartimos el mismo amor por el trabajo. Se nota el resultado de tu esfuerzo; eres muy buena actriz.

Él había nacido para triunfar y ella pudo percibirlo. Una de esas personalidades con tal carisma que cautivan a todos a su alrededor. Le agradaba y, aunque sabía que él tenía relaciones con una de sus asistentes, eso no le importó. Sabía utilizar todo lo que tenía a su favor.

Capítulo 42

Septiembre regresa con una nueva oportunidad para Amanda

Marcos invitó a Amanda a almorzar. Amanda aceptó, pero con la condición de no extenderse demasiado; no quería abusar de la amabilidad de Paula, quien cuidaba al pequeño. Pasaron juntos dos horas y, luego, este la llevó para su casa.

Al lado de Marcos, Amanda se transformaba. Sentía la libertad con la que sus palabras y pensamientos fluían; no tenía que hablar como si caminara sobre espinas, como con Arturo, con él que la más mínima opinión diferente convertía la plática en un campo de batalla. Por su parte, Marcos amaba de ella la suficiencia con que había madurado desde que la vio por primera vez, la seguridad con la que había sustituido el pasado por el presente. La había conocido insegura y había observado cómo había crecido ante la adversidad. Amanda era otra, una mujer independiente. Ya no permitiría que viniera un hombre y le arrebatase la libertad. Lo que Marcos desconocía era que, en las nuevas virtudes de Amanda, su apoyo había sido significativo.

Antes de dejarla en la puerta de su casa, Marcos le dijo:

—Amanda, hemos logrado una bonita amistad. No sé si lo sabes, pero no puedo resistirme a querer llegar más lejos. No quiero presionarte, simplemente estoy aquí para que hagas conmigo lo que desees. Si me quieres besar, bésame; si no me quieres ver más, solo dímelo y desaparezco. Cualquiera que sea tu decisión, recuerda que seguirás aquí —dijo mientras le

tomaba la mano y la ponía sobre su corazón— conmigo.

Amanda quiso acariciarlo, pero no se atrevió; se conformó con sentir la piel de Marcos debajo de su mano. Él advirtió que los labios de Amanda estaban titubeando ante la respuesta y no la dejó hablar. Prefirió darle una salida.

—Piénsalo con calma, un día, un año. He cometido muchos errores por tomar decisiones apresuradas y no me perdonaría que me ocurriera contigo.

—Marcos, eres más de lo que podría pedir. Quisiera vivir a tu lado algo intenso, sin importar el final... Y luego me asaltan las dudas. No quiero que te conviertas en algo pasajero o en una mala decisión. Pensémoslo bien.

Después de eso, el tiempo comenzó a correr, saltándose los minutos y las horas, y no se estabilizó hasta octubre. Amanda había conseguido una guardería para su bebé, muy temprano, pero ella necesitaba reanudar el curso escolar. Le esperaba una carrera larga y fatigosa, pero se había propuesto vencerla. Josué, el hijo de Amanda, estaba saludable y fuerte, prosperando cada día más. Amanda aún rogaba por que no predominaran los genes del padre y por que no hubiera heredado el carácter de Arturo. Amanda contaba con el depósito que le hacía su padre todos los meses, desde Alemania, en el banco, con la ayuda incondicional de Paula y Marcela que, aunque habían empezado a trabajar, siempre estaban ahí para ella.

Paula continuaba desempeñando el rol de tía, con el que estaba encantada aunque, cuando le tocaba ver los arrumacos de Amanda y Marcos, sentía que cada día iba quedando de más. Aún no había vuelto a ver a Lucas. Cada vez que podía, le preguntaba a Amanda por él, a lo que su amiga contestaba con una carcajada:

—Igual que siempre.

—¿Anda solo o tiene novia? —insistió Paula.

—Novia no es precisamente lo que tiene, pero anda con una de primer año.

—¡Qué pronto se olvidó de todo! No entiendo la capacidad que tienen los hombres para olvidar. No lo puedo creer de Lucas. Voy a tener que verlo con mis propios ojos. El día menos pensado, me le aparezco en la facultad.

—¿Cuándo empiezas en el nuevo despacho?

—En una semana. Estoy que me como las uñas de los nervios.

—¿Y Marce?

—También. Por más que ha querido mantenerse distante, parece que la vida nos quiere cerca; nos ha tocado juntas.

—Es por la ubicación geográfica.

—Exacto, pero me alegra poder verla todos los días. Me tiene tan preocupada; no entiendo por qué se ha ido a vivir a casa de Caridad. ¿Tú le has podido sacar algo? —Amanda negó y Paula se alzó de hombros—. Cuando le pregunto, cambia de tema, y no quiero insistir.

—Hay algo que no te he dicho —dijo Amanda y Paula se asustó. Creyó que su amiga sabía algo importante de Marcela o sobre Lucas que acabaría con sus esperanzas. No tenía idea de lo que iba a decirle—. Hoy recibí una carta de mi padre.

—¿Y lo dices así? ¿Desde cuándo no te escribía?

—Me pide disculpas por no haber estado a mi lado en estos meses, por el apoyo que no me brindó. Dice que está muy preocupado por mí y que piensa venir a verme.

—Eso es muy bueno, ¿no?

—No sé si quiero que venga; es demasiado tarde para que intente arreglar mi vida.

Escucharon un ruido fuera de la casa. La puerta estaba abierta, así que no pudieron evitar que un visitante inesperado se asomara.

Arturo irrumpió en la casa y acabó con la paz que había antes de su llegada.

Sostenía un retrato en la mano, que le mostró furioso a Amanda. Era una foto de su niñez, de cuando era lactante. Amanda palideció y Paula se quedó perpleja. El visitante no invitado soltó:

—Amanda, mira bien esta foto. ¿A quién se parece? No es que desconfíe de tu palabra —gruñó alterado—, pero el niño es idéntico a mí. Vengo a comunicarte que entablaré un proceso judicial para obtener una prueba de ADN.

—Hazlo, si lo necesitas, para sentirte bien —le refirió Amanda intentando sonar desinteresada.

—¿Y si yo fuera el padre? Eso cambiaría las cosas entre tú y yo.

—Eso lo único que podría cambiar es que tendríamos un hijo en común.

—Un hijo que podríamos cuidar juntos. Tendríamos un motivo para recomenzar; no te dejaría sola.

—Yo no le tengo miedo a la maternidad. No necesito un padre para poder educar a mi hijo.

—Eres una chiquilla que no piensa en el bienestar del bebé. Otro hombre no se comportaría como yo. Vuelve conmigo; me haré responsable de tu hijo sea mío o no.

—¿Tanto me amas? —le preguntó con profundidad.

—No puedo vivir sin ti —dijo intentando acercarse a Amanda.

—No lo creo. No me amas a mí, amas satisfacer tus deseos y tu voluntad. Si tanto me quieres, reconoce a mi hijo legalmente, sin pruebas de ADN, aunque sepas que no es tuyo. Si me amas, querrás todo lo que venga de mí. Eso sí: no esperes que vuelva contigo. Demuéstrame que eres capaz de dar sin recibir nada a cambio.

—¡Estás loca! Estuve conversando con mi madre acerca de eso, y me advirtió que era algo sin sentido. Yo puedo ayudarte, pero no echarme en mis hombros la carga de tus errores. Si es mío, lo reconozco de inmediato. Por eso necesitamos la prueba: porque tú ni siquiera sabes quién es el padre. ¿Te das cuenta de lo irresponsable que has sido? —Amanda se quedó pensativa para

sus adentros. «Arturo, tengo ganas de que desaparezcas de mi vista para siempre», murmuraba en su interior. Ante su silencio, él le exigió irritado—: ¿No vas a decir nada?

Y como nadie le contestó, se fue hecho una furia. Cuando Amanda cerró la puerta, tras la partida de su exnovio, le confesó a Paula:

—Me da pena por él. A veces creo que tengo algo de culpa por su estado, por la persona en que se ha convertido. Al paso que va, creo que va a reprobado el curso.

—Si es que le permiten seguir en la universidad... Es un desastre —confesó Paula.

—Él era tan aplicado, tan meticuloso y comprometido con sus estudios que es un crimen que termine así. Estoy por pensar que su madre tiene razón: he acabado con la vida de su hijo.

—Tú no, cariño. Arturo es un adulto y es responsable de sus actos. Tú mantente fuerte en tu posición. Mírate: desde que no estás con él, eres otra. Segura, confiada, alegre. Imagínate por un segundo volver atrás.

—Recordar eso es llenarme de odio hacia Arturo y hacia mí misma. Si él fuera menos problemático, le diría que es el padre de Josué. Sin tener la certeza, se comporta como un loco; si lo sabe, va a empezar a acosarme. Se va a creer que, por tener un hijo conmigo, tiene derechos sobre mí.

—¿Temes que quiera mandar sobre el niño y que influya negativamente en su educación? Si es eso, es mejor que esté alejado. Si cambia y deja la bebida, se lo dices.

—¿Para qué quiero más problemas? Mientras en mis manos esté que él no tenga derechos sobre mi hijo, no los tendrá. No quiero que ni él ni su madre se entrometan en nuestras vidas.

—¡Amiga! ¡Cómo se te ha complicado la existencia! Y no solo a ti, también a Marcela. ¿Por qué tenía que sucederle tantas cosas tristes? Dios mío. Así como Arturo, todos somos responsables de nuestros actos, tanto que le dije a Marce que se alejara de David. Ese es otro que no le conviene.

Paula y Amanda no estaban de acuerdo con la presencia de Marcela en casa de Caridad. Permanencia que cada vez se extendía más. Todo aquello les olía a complicaciones, pero no podían más que opinar. Por lo que, en una semana, cuando Paula y Marcela se encontraron irremediabilmente en su nuevo sitio de trabajo, luego de tomar sus despachos y de adecuar sus escritorios, justo antes de entrar a la charla de capacitación, Paula la encaró.

—¿Me dirás de una vez lo que haces en casa de Caridad? Porque David sigue fuera, ahora resulta que Caridad puede reconfortarte más que tus amigos, ¿o es porque has retomado tu pacto estafalario con David?

—Pau. —Se pasó las manos por el rostro para restregarse los ojos y combatir su aturdimiento—. Hace meses que no hablo con David. Apoyo a Caridad con algo que, al final, resultó que terminó por ayudarme a mí.

—¿De qué hablas?

—La hermana de mi hijo. —Paula, estupefacta, abrió los ojos y la boca—. Ni se te ocurra juzgarme, bastante tuve que soportar las reprimendas de mis padres, que piensan que me falta un tornillo o que soy una especie de tonta mayúscula.

—La segunda opción te queda mejor. Me imaginé lo que sea, pero eso jamás.

—Tengo claro que no es mía y que tendré que soltarla; también sé que me dolerá, pero me quedará la satisfacción de haber contribuido a que una niña, la hermana de mi hijo, sobreviva.

—Yo solo quiero recuperarte, amiga, saber que estás bien. No me importa qué tan demente estés, ya me ocuparé de traerte de vuelta. Pero veo que sigues siendo la misma persona increíble de siempre; tu corazón es enorme, no cabe en tu pecho.

Capítulo 43

*O*ctubre, y Amanda recupera a su primer amor

Como lo había prometido, el padre de Amanda llegó una mañana. Solo que había venido con otros planes en mente. Amanda acudió con Marcos a recibirlo al aeropuerto. Cuando Amanda lo vio, olvidó los rencores pasados; sintió mucho amor cuando lo tuvo cerca. Estaba más viejo, pero conservaba la misma tierna mirada, que le hacía recordar los felices años de su infancia. Corrió a abrazarlo y no era ella; era una niña, la niña que se había quedado esperando su regreso. Se lanzó a su cuello y no le importó nada; todo estaba perdonado. Lloró mucho en sus brazos y se sintió protegida. Se dieron un abrazo largo que se perdió en el infinito. El señor le depositó un beso en la frente y le pidió perdón por la dolorosa separación. A él también se le ablandó el alma, pero no podía llorar; era el padre fuerte, gigantesco y sonriente. Así lo recordaba Amanda y así lo veía: único. «¡Es mi padre!», pensó ella.

Estaba extasiada, divagando en un mundo sin edad, cuando una voz con acento extraño le dijo: «Hola». Aquella mujer, la ladrona, estaba allí; Amanda reparó en su figura. La que le había robado a su madre y a ella también. Amanda le respondió con la misma palabra.

—Aquí están tus hermanitos —indicó la esposa del padre en un castellano mal hablado.

—¡Mis hermanitos vinieron también! —expresó Amanda y sonrió—. ¡Al fin nos conocemos!

—¿Dónde está el bebé? Estamos deseosos de verlo. Vinimos a buscarlos; ya nunca más estarán solos —concluyó la mujer.

Amanda escuchó tan bien como Marcos, que aún ayudaba al señor a subir el equipaje al vehículo. Sin embargo, decidió contestar la pregunta y obviar el último comentario. Amanda les explicó que el bebé los aguardaba en su hogar, y hacia allá se dirigieron. Josué esperaba en los brazos de Paula, la que aprovechó, junto con Marcos, para dejar a Amanda con su familia.

—Muy lindo nuestro nieto —dijo la señora, mientras Josué se dejaba sostener en brazos de su abuelo por primera vez—. ¿Quién iba a decir que a mi edad sería abuela?

Así continuó hablando sin parar. Su padre solo sonreía y asentía, dándole carta abierta a su esposa. Al llegar a la casa, la señora se instaló como dueña de la misma, tomó voz de mando y dispuso todo a su antojo. Pidió perdón, en nombre de la familia, por permanecer lejos en los momentos que más los necesitaban y argumentó innumerables explicaciones. Le dijo a Amanda que sus hermanitos la querían mucho, aunque no la conocieran, porque su padre les hablaba de ella. La señora le reiteró a Amanda que habían venido a tramitar lo necesario para que se fuera con ellos a Alemania.

—Le agradezco, pero no puedo, estoy estudiando —dijo Amanda con temor ante un futuro incierto.

—Tu padre y yo nos sacrificaremos para que estudies algo por allá, una carrera corta, para que pronto puedas establecerte. Ya le tenemos una nana al niño. —Seguía hablando—. ¿Verdad, querido? —preguntó la mujer y el padre de Amanda movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo en señal de acuerdo.

—No puedo tomar esa decisión sin pensarlo antes —sostuvo Amanda.

—Piénsalo, querida, pero papá y yo creemos que es lo mejor para ti —sugirió la esposa del padre.

—Papá, estoy tan contenta de tenerte aquí que no tengo cabeza para nada —le confesó Amanda, quien se le acercó y lo besó en la mejilla.

Más tarde, cuando todos estuvieron casi acomodados, Amanda aprovechó que su padre estaba solo en la sala y se acercó a conversar con él. Tenía tantas cosas que decirle. Cuando más emocionada estaba, apareció la esposa y se lo llevó para que la ayudara a terminar de desempacar. Amanda suspiró y se dijo: «¡No sé cuanto tiempo aguante a esta mujer!».

Amanda trataba de decidir. Odiaba hacerlo y, en ese momento, debía elegir si irse con su padre y vivir al lado de una recién conocida madrastra o si quedarse en su casa, con su hijo y el recuerdo de su madre. Quería pensar, más que en ella misma, en su hijo. Sabía que ahora podía irse; Arturo no había reconocido a Josué y no iba a tener que pedirle autorización para sacarlo del país. Era algo favorable mantenerlo lejos de la potestad de Arturo. Estudiar era un lujo en su situación; tal vez debía dejar la universidad y trabajar para ella y para su hijo. Pero le costaba renunciar a su sueño; después de su hijo, solo podía refugiarse en su carrera.

Cerraba los ojos, se imaginaba viviendo al lado de su padre; parecía fantástico. Alemania era un país lleno de oportunidades, pero de repente la esposa de su padre se colaba en su sueño, y se convertía en una pesadilla. Estaba segura de que, una vez bajo su techo, tendría que someterse a sus órdenes. Aprovechó que la señora se estaba bañando para hablar con su padre, en el único momento en que la opinión de este no era socavada.

—Papi, no estoy muy convencida de acompañarte.

—Me facilitarías las cosas teniéndote allá. Sería más fácil ayudarte económicamente, porque se me está dificultando mantener dos casas.

—Lo entiendo. Si el problema es económico, yo podría trabajar.

—¿Y quedarte aquí sola con el bebé? Cuando tu madre vivía, yo estaba tranquilo, sabía que estabas bien. No te imaginas mi preocupación durante tu parto, y yo sin poder estar contigo. Necesité esperar a tener vacaciones para poder venir.

Estaba medio decidido, no tenía muchas opciones. Se iba con su padre y renunciaba a graduarse en derecho, o se quedaba, pero igualmente dejaba sus

estudios y se buscaba un trabajo para mantenerse. Si hubiera estado sola, hubiera economizado hasta terminar su carrera, pero no podía sacrificar a su hijo.

Por otro lado, estaba Marcos; le dolería en el alma echar por tierra la relación tan bonita que existía entre los dos. Con respecto a Arturo, le daba felicidad estar bien lejos de él, pero no podía mentirle por siempre. La verdad, por dura que fuera, era el mejor camino porque era lo correcto.

En los días sucesivos, se citó con Marcos fuera de su casa; debía comentarle lo que estaba ocurriendo. No quería seguir ilusionándolo si lo que seguía era una inminente separación. Él la escuchó y después le dijo:

—¿Eso quieres? ¡Dios! Tenía muchos planes para los dos.

—No me queda otra salida. Mi padre es la única familia que puede ayudarme y ahora quiere hacerlo —admitió ella.

—Yo ni siquiera me atreveré a pedirte que te quedes. Piensa en lo mejor para tu hijo y para ti —le dijo él y le acarició la mano con evidente cariño.

—Marcos, igual me gustas mucho. No me lo hagas difícil.

La mano de él titubeó hasta que la sujetó más fuerte y la acercó hacia su cuerpo. Y así, totalmente abrazados, le habló.

—Estoy a punto de sentirme el hombre más egoísta del planeta. Te lo diré antes que me arrepienta de cortarte las alas y separarte de los tuyos. Sí tienes otra salida: cástate conmigo. Esto puede parecerte absurdo, pero escúchame: tiene sentido. Tú me quieres, yo te quiero; no deseamos separarnos. Te queda poco para terminar la carrera; con lo que gano podemos mantenernos los tres. Te juro que me voy a matar trabajando para que no te falte nada. —El aliento y la desesperación del hombre, que comenzaban a robarle la cordura, rozaron a Amanda, y ella no pudo evitar acercarse más hasta robarse los labios, que le suplicaban que no lo abandonase.

Amanda lo besó hasta que la piel le permitió separarse. Se reflejó en sus

ojos y, con ganas de no apartarse de él, le susurró:

—No tienes que hacerlo, no es tu responsabilidad. No es tu hijo y yo no pienso decirle a Arturo, al menos por ahora. Tampoco podría ayudarme, tiene problemas con el alcohol; también está estudiando, y solo me causaría más problemas.

—No me importa quién sea el padre, si es mi mejor amigo o mi peor enemigo. Solo quiero que te quedes a mi lado.

—Es una cruz demasiado grande para que puedas cargar con ella. Ni siquiera hemos pasado la etapa del noviazgo. Deberías buscar a una mujer sin complicaciones; sería más fácil para ti.

—Eso no sería amor —le dijo Marcos y ahora fue él quien no pudo resistirse a la boca de Amanda.

El padre de Amanda no estuvo de acuerdo con la decisión apresurada, ni con una boda a la ligera. Marcos y Amanda aún estaban sentados frente a él, con las manos entrelazadas, cuando el señor les dijo:

—Entiendo que se amen, pero no la prisa por el matrimonio. Amanda, apenas vas a cumplir veinte años y ya eres madre; ahora quieres casarte. ¿Cuál es la prisa?

—No lo sé, papá. Es la noticia y la premura que tienes por sacarme de aquí —le dijo ella.

La esposa de su padre intervino:

—Amor, tu hija debe entender que haces lo mejor para ella. No le permitas frenar nuestros planes por un romance adolescente; no la dejes elegir. Se embarazó de un hombre, se quiere unir a otro, con quien está comenzando un romance; a ese ritmo no concluirá sus estudios ni hará nada de su vida. ¿Qué pretende?: ¿casarse y llenarse de hijos? No, te debe obediencia.

—Marcos, te agradezco que hayas venido a hablarme de frente —le dijo el señor—. Tu propuesta no llega en el mejor momento.

—¡Y la tuya tampoco, papá! ¿Por qué no viniste por mí cuando falleció mi madre? —lo interrumpió Amanda antes que terminara de hablar.

En la sala el silencio irrumpió de golpe. La madrastra —si así se le podía designar— intentó abrir la boca para sugerir, y el padre de Amanda alzó una mano para pedirle que no interrumpiera el instante de quietud. Marcos intentó ponerse de pie para marcharse; Amanda lo tomó del brazo y no le permitió huir, ni aunque los conceptos de educación indicaran que era el momento de dejar a la familia a solas para dialogar. Dos lagrimones gruesos resbalaron por las mejillas de Amanda y terminaron manchándole la ropa. El pequeño, que descansaba en su cuna, comenzó a llorar y Amanda corrió a socorrerlo; Marcos la siguió detrás. Amanda levantó a su hijo, lo besó e intentó calmarlo; Marcos hizo algo por instinto.

—Déjame ayudarte —le dijo a Amanda y tomó a Josué en sus brazos.

El niño se calmó cerca del corazón de Marcos, que lo sostuvo como si ya hubiese sido padre alguna vez. Marcos lo acunó en sus brazos y le susurró una dulce nana, aquella que Amanda utilizaba para dormir a la criatura. Lo besó en la frente mientras Amanda se le abrazaba al joven por un costado. El padre de Amanda lo vio todo. Se les acercó y les dijo:

—No se casen por un arrebató, dense tiempo. Están muy jóvenes; si en verdad se quieren, disfruten de su relación y dejen la boda para cuando sea el momento. No presionen a la vida; nadie les impide quererse.

Amanda tampoco quería eso. Esa noche los jóvenes tomaron una elección que no comprometiera el futuro de su amor. Fijaron la boda para un año después, si sobrevivían a ese año de relación. Amanda se quedaba pero, si lo de Marcos y ella no funcionaba, se marcharía a Alemania. El padre lo consideró prudente y le dio aquel año de plazo.

Capítulo 44

Paula, Lucas, y un noviembre que apesta

Por su parte, con la visita del padre de Amanda, Paula había aprovechado para marcharse a su casa y poner en orden sus asuntos. No podía aguantar un minuto más sin saber qué estaba ocurriendo con Lucas, así que se dirigió a su antigua facultad. Iba con el pretexto de consultar un libro en la biblioteca. Esperó tropezárselo en el parque a la hora del descanso. No le fue sencillo; aunque conocía de aquel lugar hasta sus más escondidos recovecos, ya no era lo mismo. Había caras nuevas y otras no tanto, que no tuvo la oportunidad de conocer. A Paula respirar el aire de la facultad le pareció formidable, aunque un poco nostálgico. Ya no se sentía parte de ese universo. Tuvo que trabajar mucho para encontrarlo.

Después de revisar en los salones y pasillos del edificio, bajó las escaleras hasta la biblioteca de la Facultad de Derecho, hasta aquel salón escondido en los bajos, lleno de tantos momentos. Con igual ímpetu, Paula subió los escaloncillos y recorrió, una vez más, el parque frente a la facultad. Miró detrás, al lado y al costado del tanque de guerra, que permanecía dándole un aspecto de museo a aquella plaza. Paula estaba casi segura de que Lucas no estaría en la biblioteca central a esa hora, pero no lo pensó dos veces y fue hasta allá. Subió los escalones y revisó con disimulo el segundo piso, ya que no estaba en el primero. Desalentada, caminó hasta la estatuara *Alma Mater* y se dejó caer en los escalones de la amplia escalinata, a reflexionar en dónde

más podría encontrarlo. Se le ocurrió que, quizás, tenía un turno de clases en otra facultad, como a ella le había ocurrido tantas veces. Se levantó y, cuando ya pensaba marcharse, escuchó sus carcajadas.

Ella lo vio primero; llevaba a una chica a cada lado. Iba tan entretenido conversando que ni se percató del coraje con que Paula lo miraba. Sin poder contenerse, fue hasta él y lo saludó; lo besó en la mejilla y lo abrazó fraternalmente.

—¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo van los estudios?

—¡Pau! —dijo sorprendido. Lucas no supo disimular su impresión; todas se dieron cuenta porque se quedó tieso. No la había visto venir; la visita inesperada y la actitud de Paula lo desequilibraron. Lo último que esperaba era encontrársela en aquel justo momento—. ¿Cómo te va?

—Me parece que es muy tarde para preocuparte por eso —mencionó Paula sin poder contener su enojo y sin importarle la presencia de las acompañantes de él—. Nos has fallado como amigo, Lucas. Solo faltó que nos graduáramos para que no nos visitaras más. Tu amistad ofrece pocas garantías —dijo al fin sonriendo por el resultado que provocaron sus palabras.

Lucas necesitó unos segundos para reponerse; parecía haberse tragado la lengua. Su mente entretejió varios supuestos y, en menos de dos minutos, lo tuvo todo claro y se volvió loco de felicidad. Comenzó a derretirse como el caramelo al calor. Antes que una tonta sonrisa lo delatara, le siguió el juego a Paula para descubrir hasta dónde llegaba ella en aquella faceta de mujer celosa.

—Tienes razón; me he portado muy mal con ustedes. Te prometo, Paula, que nuestra amistad seguirá igual que antes, solo que estaremos menos tiempo juntos. Ahora soy un hombre comprometido... —Hizo una breve pausa—... con mis estudios, pero las visitaré.

Lucas la dejó con la palabra en la boca. Ni siquiera le preguntó a qué había

ido a la facultad, por lo que Paula no pudo efectuar su plan de decirle que había acudido porque necesitaba extraer unos textos de la biblioteca. Eso la hizo rabiar.

Lucas estaba convencido de que no estaba dispuesto a seguir esperando lo que nunca llegaría. Él la quería, pero como su pareja. No podía conformarse con un amor enmascarado de amistad y, aunque le doliera, estaba decidido a imponer límites para que nadie jugara con sus sentimientos.

Precisamente ahora, que Lucas estaba adaptándose a la idea de que su destino no era estar al lado de Paula, ella regresaba a su vida. No pudo resistir un minuto más: dejó las cosas como estaban y fue en busca de Marcela. Lucas necesitaba averiguar sobre los sentimientos de Paula y, al mismo tiempo, desahogar lo que sentía. Marcela era la persona que podría escucharlo. Luego de dar mil vueltas, terminó por hallarla. Iba tan obcecado por sus propias causas que no reparó en el lugar donde encontró a Marcela ni en las razones por las que se hallaba en la casa de Caridad.

Cuando al fin estuvo frente a Marcela, lo primero que hizo fue abrazarla.

—Disculpa por no haber estado cuando más necesitabas de todos nosotros —le dijo.

—Yo me alejé de ustedes —contestó ella—. Tuve la reacción más nefasta. Ustedes siempre me dieron tanto cariño y lealtad que no me explico aún por qué necesité distanciarme de quienes más me hacían falta.

—Marce, yo habría caminado sobre vidrio molido para que ninguna de ustedes tres derramasen ni una sola lágrima.

—Ni yo te lo pediría, Lucas. Eres como un hermano menor para mí.

—Quítame el menor, por Dios. Eso me ha llevado al límite con Paula. No lo entiendo; son solo dos años. Carajo, ¿tan terrible es? Otros lo hacen. ¿Qué le pasa a Paula?, porque no me creo el cuento de que ese sea el motivo.

—Me alzo de hombros.

—Marce, tú la conoces mejor que nadie. A ti te ha dicho lo que jamás me ha contado a mí, por muy amigos que seamos. Las mujeres amigas guardan

secretos para los cuales los amigos tenemos una enorme barrera delante. Marce, nunca le conocí un maldito novio a Paula. Te lo juro; jamás lo hablé conmigo. ¿Cómo es posible que no fuera virgen?

—Dios mío, ¿de veras me harás esa pregunta?

—No me preocupa la virginidad de ella, pero ¿en qué momento? Desde los quince años, no me he despegado de ustedes. He estado como un perro detrás de Paula, y me daba largas. He estado intentando acercármele no como amigo; no me dice que no, pero me mantiene en esa zona. Yo pensaba que estábamos en lo mismo, que nos gustábamos, y me sale con esto. ¿Con quién ha estado?, ¿cuándo? ¿Y por qué he estado tan ciego para no darme cuenta?

—Lucas, Paula está loca por ti. Por eso, a lo mejor, no has sabido más de lo que conoces de su vida íntima. ¿Acaso te he ocultado a alguien de mi pasado? Amigo, tú y yo no tenemos secretos. Ella intentó algo con un muchacho; salieron casi seis meses, pero no funcionó. No puede sacarte de su cabeza. No se podía mencionar el tema delante de ti. Paula te quiere, estoy segura.

—¿Te lo ha dicho con todas sus letras?

—Paula se resiste. Creo que hiciste bien en alejarte de nosotras. A ti y a Paula les venía bien poner distancia y ordenar las ideas. Espero que ahora ella sepa lo que desea.

—¿Nunca te lo ha dicho?

—Paula, cuando se enreda con alguien, piensa demasiado en el futuro. Tiene miedo por tu carácter, siempre tan niño.

—Por ella cambiaría lo que sea. Nunca me dijo qué no le gustaba de mí.

—Si llegó a sentir lo que experimenta por ti es porque le gustas como eres, solo que le cuesta reconocerlo. Créeme que no sentiría lo mismo si fueras diferente.

Capítulo 45

Diciembre enmascarado

Cada madrugada, tarde y noche, Marcela insistía en darle el pecho a la bebita. Aunque se había propuesto no sentir, su alma se llenaba de amor y ese sentimiento la reconfortaba. Ya no le importaba de quién fuera la hija, tampoco le importaban ni Sandra ni David, ni los dos juntos. Le interesaba Diana, más que nada, y el desvelo de Marcela cobró vida. Diana no era una niña rolliza; a pesar de ser delgada, era impetuosa y luchaba, se esforzaba para recibir alimento para que la tomaran en brazos. Tenía una sonrisa que contagiaba felicidad y los hermosos ojos de su padre. Batallar para que se recuperara y aumentara de peso costaba mucho sacrificio. Durante esos meses, tanto Marcela como Caridad pasaron varias madrugadas en vela, en hospitales, pues la salud de la niña había sido delicada hasta que comenzó a estabilizarse.

Pasado este tiempo y con la inminente llegada de David, el favor solicitado por Caridad llegó a su fecha de caducidad. Marcela le informó a Caridad que estaba dispuesta a marcharse en los días sucesivos.

—Entonces ¿te vas? —le preguntó Caridad.

—Cachita, no vine para siempre. Ya viene siendo hora. Su nieta está mejorcita y yo, vaya que necesito un respiro. No ha sido fácil trabajar y cuidarla.

—Sí que lo sé. Te estaré eternamente agradecida y te voy a extrañar. ¿Ya decidiste la fecha?

—Me voy el fin de semana —comunicó lo que ya había decidido.

—Tu leche le vino muy bien a la niña; ¿crees que le hará mal quitársela de golpe?

—Caridad, no puedo quedarme. Usted habló con el doctor. Recuerde que le preguntó sobre el paso a la leche de fórmula y él le dejó indicaciones al respecto. Yo tengo que seguir con mi vida.

Aún era miércoles; la tranquilidad comenzaba a asentarse en cada familia cuando llegó a Cuba una noticia que estremeció los suelos y las paredes. Sandra se casaba con el director canadiense, y tenían planes de que —al terminar la película en Francia— se irían a filmar otra a Canadá. Ella se había esmerado en conseguir el afecto de él y, aunque no era muy amiga del matrimonio, lo que no podía permitir era que aquella oportunidad se le escapara. La boda con el director no solo significaba continuar creciendo en el ámbito profesional; Sandra disfrutaba de su compañía, y él le hacía olvidarse de los sentimientos de culpa por haber dejado a la niña. A David fue al que más duro le pegó la noticia, quedó desconcertado. La tarde en que ella se lo comunicó por vía telefónica, él no lo podía creer.

—¿Y cómo quedamos nosotros? ¿Y nuestros planes futuros? —le había dicho.

—Nosotros quedamos igual que siempre, si es que puedes entender que esto es importante para mi carrera. Ya hablaremos con calma y llegaremos a un arreglo. Ahora esto es una prioridad; no me lo puedes negar.

Simplemente Jean-Louis Chavanel, el director cinematográfico canadiense, ya tenía en la mira un proyecto en su tierra natal y quiso seguir gozando de la compañía de Sandra, así que le ofreció el protagónico en su próxima película a la vez que el matrimonio. Ella no había podido negarse. Sandra no se veía el resto de su vida con Jean-Louis, pero era lo que deseaba para su presente. A

David, en cambio, lo veía en su pasado, en su futuro, como siempre había sido. Sandra le dijo lo que fuera a David para convencerlo de sus sentimientos por él, que su matrimonio con el director era un arreglo para cimentar los próximos proyectos de su carrera. Para David ninguna explicación fue suficiente para convencerlo esta vez.

—Renuncia a todo eso y regresa conmigo —le pidió él.

—¿Y perder todo lo que he logrado? Acabo de alcanzar mi sueño; no seas egoísta. Sabes que te quiero y que siempre serás el primero en mi corazón, pero no puedo dejar pasar esto.

—Te vas a enamorar de él.

—¿Por qué te aferras tanto? El amor es más que la simple posesión. Tenemos toda la vida por delante —le dijo ella.

—¿Y la niña?

—Está mejor con nuestras madres. Yo voy a estar viajando de un lado para otro; si la quieres, puedes tenerla un tiempo hasta que pueda ir a buscarla. Cuando tenga estabilidad. Ahora es pequeña y no conoce; da igual quién la cuide si lo hace bien. Cuando tenga uso de razón, eso no lo recordará y me tendrá a mí para seguir con su educación. Piensa en la vida que le puedo dar si logro todo lo que me propongo, las oportunidades que tendrá a mi lado. Ahora, que casi alcanzo la cima con la punta de los dedos, no voy a renunciar.

David quedó confundido por sus palabras. «El amor no es posesión», reflexionaba en eso. Tal vez Sandra tenía razón y lo mejor era dejarla ir. Él tampoco estaba seguro de querer una familia tradicional, pero se convencía de que, al lado de Sandra, nunca lo lograría. No deseaba poseerla, añoraba compartir su vida con ella. Pero no le insistiría, lo decidió. Por más que quería ser racional y encontrarle la lógica a todo, David sentía un gran dolor; necesitaba un consuelo antes que el llanto lo consumiera. Tomó el auricular en sus manos para refugiarse en la voz de su amiga incondicional, suplicando que

lo atendiera esta vez.

—¿David? —inquirió la señora Josefa al otro lado de la línea.

—Le imploro, Fefita, que me pase a Marce. Sé que no quiere hablar conmigo, pero usted no puede prestarse a ese juego tan infantil. Le he hablado más de mil veces, y siempre es la misma respuesta. Ya sé que no desea saber de mí, pero es que tenemos demasiados asuntos por resolver.

—Ya estoy harta de mediar entre ustedes. Estoy mayor para esto. Te diré la verdad: no se encuentra.

—Deme su número de celular, por favor.

—No, no puedo, se lo prometí. Mi nieta ha sufrido mucho; ¿por qué no la dejas en paz?

—Perdóneme; no debí incomodarla.

—Basta. Te lo diré, pero te exijo que la cuides. Tal vez la encuentres en casa de tu mamá.

—Gracias, Fefita. Sé que no me la merezco, pero le juro que la protegeré siempre, incluso de mí mismo.

David creyó que sería coincidencia. Cuando logró comunicarse, utilizó todos los recursos para intentar convencer a su madre de que se la pasara.

Marcela escuchó a Caridad negarse en repetidas ocasiones. Sabía que no le pasaría el teléfono; tenían un acuerdo y Caridad lo había respetado. No supo si por saberlo destrozado por la inminente boda de Sandra, porque ya no aguantaba un segundo sin escuchar su voz o porque una especie de esperanza de recuperarlo conspiraba a su favor, extendió la mano, tomó el auricular y, con este pegado a la oreja, se encerró en su habitación.

—Marce, escúchame. No cuelgues, por favor. Si pretendías volverme loco todo este tiempo sin escuchar tu voz, lo has conseguido. Perdóname, te lo ruego.

—Lo dices ahora porque ella ha resuelto su vida lejos de ti.

—Puedes revisar mi historial de llamadas: pasan de cien. No me canso de mirar en la factura todas las llamadas rechazadas o contestadas por tu familia

o amigos, donde siempre me dicen lo mismo: que no quieres contestar.

—¿Por qué sigues insistiendo?

—A tu lado siempre me he sentido a salvo, en paz. Sé que no soy lo suficientemente bueno para ti, sé que no te merezco, pero hoy, más que nunca, quiero esforzarme para demostrarte lo contrario. Quiero que me veas como una opción viable.

—Estás loco.

—¿No crees que me has castigado lo suficiente? ¿Por qué me niegas a mi hijo?, ¿por qué no permites que me hablen de él?, ¿por qué no dejas que le tomen fotos? Muero por conocerlo.

—Lo que menos deseo es escucharte. Lo siento, voy a colgar.

—No te estoy reclamando, sé que merezco cada uno de tus desprecios. Me reconforta saber que estás de visita en mi casa y que has permitido que mi madre disfrute a su nieto y que Diana comparta con su hermano.

Las reiteradas referencias a su pequeño la desbordaron por dentro. Entendió a Caridad; era devastador dar esa noticia por teléfono.

—Te mentiría si te digo que estoy de visita. Estoy quedándome unos días aquí; espero que no te incomode. Me voy el fin de semana.

—Todo lo contrario. Me gustaría que me esperaras ahí hasta mi regreso. Por favor, no te vayas.

—Eso sí que no, David, ni aunque quisiera. Necesito poner distancia contigo.

—Si estuvieras a mi lado, te pediría un abrazo con la fuerza que solo tú llevas dentro. Desde que te conocí, has sido honesta conmigo. Recuerdo cada uno de los días tan maravillosos que hemos pasado. Con lo de nuestro hijo, te portaste admirable y, cuando supiste acerca de mi otra hija, fuiste tan ecuánime. Sé que eres una madre excelente.

—No creas tantas cosas buenas de mí; no me lo merezco.

—Marce, me haces falta. Solo tú puedes quitarme esta amargura que traigo por dentro. Necesito estar en tus brazos, en tu cuerpo. Extraño locamente tus

besos, tus caricias. Desde aquí siento el olor de tu piel. ¿Por qué no nos habremos quedado juntos si fuimos tan felices?

—Tu corazón era de otra —dijo mientras se arrebatava, con una mano, el desastre que las lágrimas hicieron sobre sus mejillas.

—¿Aún sientes algo por mí, o es cierto lo que dicen, que andas con un fiscal?

—Es muy oportuno que ahora me pidas que te espere. Ya no puedo. Aún te quiero, no te voy a mentir, pero hay una fuerza que me empuja muy lejos de ti. Lo siento. Sí, estoy saliendo con un compañero de trabajo. La vida continúa.

—Eso podemos arreglarlo, Marce. He sido un estúpido.

Marcela le colgó antes que descubriera que ella también estaba llorando. Marcela se quedó perpleja y se imaginó que Marcos le había dicho algo sobre Miguel, pero en verdad hacía tiempo que no lo veía. Prefirió mentirle a última hora para cortar cualquier ilusión. No podía conformarse con eso; para él solo era un paño de lágrimas, la confidente comprensiva. ¿Sería posible que él no comprendiera que todo lo que había hecho era por amor? Ahora percibía que se había metido en la boca del lobo por testaruda. Su vida era un caos. No era la joven alegre que David había conocido una tarde de febrero y que había besado fervientemente en los labios el Día de los Enamorados. Por el contrario, estaba llena de desilusión, tristeza y melancolía. Una vez más, estaba dispuesta a cambiar, a volver a ser la que era antes y, aunque los golpes le endurecieron el alma, estaba decidida a recobrar su felicidad.

Capítulo 46

Por favor, que se acabe diciembre

Marcela analizó su historia, su forma de amar y de entregar sus sentimientos. Se había entregado a dos hombres. Uno que le había prometido todo y, al final, le había roto el corazón en mil pedazos; otro que no le había prometido nada y que le recompuso el corazón para enseñarle después que, más allá del dolor, hay una necesidad inminente y brutal que produce desasosiego y adicción. David era eso para ella: una flama que la encendía por dentro, sin lógica.

Al amanecer del día siguiente, ella se marcharía para su casa; lo había decidido. Estaba al llegar el día en que David regresaría y no quería que la encontrara en sus dominios. Marcela se le acercó a Caridad para recordárselo el viernes en la noche. Eran las diez de la noche cuando se dignó a hacerlo. Caridad le contestó:

—Entonces, es definitivo que te vas. Nos iba tan bien; le harás mucha falta a Diana.

—La niña ya está repuesta; es mejor ahora, antes que sigamos involucrándonos la una con la otra. Caridad, aquí nunca voy a progresar. David nunca me va a amar como yo lo deseo. El amor no puede obligarse. No quiero que vuelva conmigo por despecho; lo veo venir. Tampoco por lástima ni por agradecimiento. Esta niña crecerá y, como todo, va a reclamar a su madre. Dice un viejo refrán: «Quien alimenta perro ajeno pierde el pan y

pierde al perro». Odio la comparación, pero no puedo seguir arriesgando mis sentimientos.

—No tienes que explicarte más, has sido clara y sincera. Estoy en deuda contigo. ¿Qué puedo hacer yo?; pedirte que te quedes sería egoísta. Necesitas abrirte a nuevos horizontes. Cariño, te doy toda la razón.

—Te agradezco que no me hagas sentir que las abandono.

—Por supuesto que no, hija, si quiero lo mejor para ti. Es que me acostumbré tanto a tenerte aquí que se me olvidó que no era para siempre.

Los sollozos de Diana pusieron fin a la conversación. Marcela la arrulló para que siguiera durmiendo; luego, comenzó a empacar sus pertenencias. Al terminar, ella y Caridad se tumbaron a ver la televisión en los sillones, hasta que alguien que llamaba incansablemente a la puerta las interrumpió. Caridad se levantó para abrir. Cuando Marcela escuchó las voces, los suspiros, salió corriendo al recibidor. David había regresado sin avisar. Marcela se quedó observando cómo David y su madre se abrazaban con efusión. La sangre se le enfrió y, al unísono, le comenzó a hervir al ver a David parado frente a ella. Un año había hecho maravillas con su rostro. Se había dejado crecer la barba y le asentaba endemoniadamente bien; se veía aún más seductor. Su mirada taciturna la envolvió por completo y sus piernas comenzaron a temblar. Aquellos ojos penetrantes, cazadores, intensos la devoraron como la primera vez que habían hecho contacto a través de un espejo retrovisor. Él se le acercó y se fundieron en un largo abrazo; su calor y su aroma la envolvieron y provocaron una explosión en sus neuronas. La fuerza de su presencia la invadió por completo.

Marcela no mencionaba palabra y, entre tanta conmoción, su hijo le vino de golpe a la memoria. David le tomó el rostro entre sus manos y, sin pedirle permiso, la besó en los labios, como la primera vez, y ella no pudo resistirse; le robó el aliento cuando su lengua, ávida de deseo, penetró su cavidad oral con la intención de poseerla para siempre. La abrazó muy largo; sus manos se apoderaron de todos los rincones de su cuerpo, y la apretó hasta que los

huesos se lo agradecieron por aquella sacudida que la llenó de energía.

—¿Por qué tan callada, Marce? ¿Te sorprendí? —le susurró sin dejar de abrazarla y salpicarla de besos en el rostro, los labios, el cuello—. Me dijiste que te ibas el fin de semana, y salí literalmente volando para no permitirlo. Te necesito tanto. Anda, llévame con ellos. Quiero ver a mis hijos.

Aquella pluralidad casi la destruye. Con paso firme, David colocó el primer pie dentro de la habitación y sonrió al ver la cuna con el velo de tul y la canastilla regada por doquier. Cortando de un tajo la sonrisa de David, Marcela se paró entre él y la cuna.

—Espera —le suplicó pálida y con la energía, que había recuperado tras el efusivo abrazo de David, que se deshacía como una cortina de humo.

—No los despertaré. Solo me voy a asomar en silencio.

—¡No puedes entrar ahora! —dijo Marcela y su metal de voz era tan bajo que apenas si podía escucharla.

David la abrazó por la cintura y la besó de nuevo.

—Estás muy tensa. Relájate, cariño —le dijo dulcemente.

—Necesito decirte que... entrar a esa habitación será algo significativo en tu vida.

—¡Por eso estoy loco por hacerlo! —David no la escuchaba y no cesaba de reír.

Marcela trataba de aparentar calma para simular la preocupación que la devoraba. Él no paraba de besarla por los brazos, por las mejillas, y la interrumpía cada vez que ella le intentaba explicar.

—Ahora escúchame a mí —le decía él—. Quiero que sepas que he sido un tonto por no comprender la forma que tienes de ver la vida. Estaba ciego. Quiero estar contigo, con nuestros hijos, como sé que te gusta: fidelidad, amor y confianza. ¿Me escuchas? No como amigos con derechos. No, eso se acabó. Seamos novios, marido y mujer, lo que te dé la gana.

—No he sido sincera contigo. Hay algo que...

—¿Qué está pasando? —la cortó al reparar en lo ansiosa que se veía, no

solo ella, también su madre, que los había seguido y tenía una extraña expresión en los ojos—. ¡Dios mío! Me estás preocupando.

Marcela notó cómo la efusividad del regreso desapareció del semblante de David y dio paso a la incertidumbre. Su rostro se puso blanco y lo vio pasmado al percibir la tirantez que había en el ambiente. Marcela reparó en el rostro de Caridad y descubrió la palidez desmesurada que convertía sus labios en una línea casi imperceptible. Se soltó de golpe de David, que intentaba tomarle las manos para calmarla.

—Estás sudando frío. ¿Algo no está bien? Hablen de una vez. Si tienen que dar una mala noticia, suéltenla ya porque me lo están haciendo más difícil.

—Esperé para confesártelo hasta ahora, no porque fuera más fácil hacerlo en persona, sino porque ya no me queda otra salida —le dijo Marcela.

—Nena, acaba de decirme qué sucede. ¿Por qué siempre tienes que darles tantas vueltas a las cosas?

—Porque duelen. Nuestro hijo no existe en otro lugar que no sea en nuestro corazón. Murió minutos después de nacer —soltó como si aquella frase fuera un quejido atravesado en su garganta, del que por fin podía liberarse.

—¡No jodas! ¿Qué mierda es esa? ¿Cómo que está muerto?

—Se complicó todo en el momento del parto.

—¿Por qué carajos no me dijeron nada? Ni tú, ni mi madre, ni Marcos.

—No lo sé; nadie quiso, nadie pudo.

—¿Sabes cómo me haces sentir? —gritó con las lágrimas que llenaban sus ojos—. Soy una porquería, Marce. Mi hijo y tú, sufriendo, y yo, pensando en estupideces. ¡Demonios! Perdóname.

—Perdóname tú a mí por no decírtelo antes.

—¿Dónde está enterrado? ¿Dónde descansa su cuerpo? ¡Carajo, Marce! Hicieron velorio y yo, como un estúpido, ajeno a esta terrible pérdida.

—Fue muy rápido. Mis padres se encargaron; yo ni siquiera pensaba. No pude estar porque permanecía ingresada. Tampoco he tenido el valor de visitar el sitio donde descansa; es demasiado desgarrador para mí. Tendrás que mirar

hacia delante, como intento hacerlo yo. Allá adentro, en esa cuna, te espera Diana, la niña más dulce del mundo, tu hija. Conócela.

Marcela lo observó limpiarse las lágrimas de un manotazo y adentrarse en la habitación. Y dolía verlo; se esforzaba por tranquilizarse, pero no podía, David comenzó a sollozar como un niño. Parado frente a la cuna, descorrió el velo blanco y contempló a su hija durante varios minutos. El silencio se apoderó de todos. David se acostó en la cama, cerca de la cuna, y continuó velando el sueño de la pequeña. Estuvo así hasta que la bebita, ajena a lo que sucedía, despertó como de costumbre y comenzó a llorar por hambre. Caridad se acercó y la tomó en brazos mientras le explicaba a su hijo cómo habían estado las cosas y se responsabilizaba de la omisión. Marcela lo vio venir. David explotaría de un momento a otro, y sucedió. En cuanto Caridad le pasó la niña a Marcela, para que la alimentara, salió por la puerta sin decir nada más.

Cuando Diana necesitaba de ella, el mundo se detenía para Marcela, así que dejó a David escaparse y atendió a la criatura. Nada era más importante. Con gran paciencia, trató de dejar a un lado todo lo que la atormentaba y le sonrió. Solo alcanzó a escuchar que Caridad le preguntaba, desesperada, a su hijo a dónde iba y que él le respondía:

—Tranquila, voy a ver al cabronazo de mi amigo. Carajo, no sabía que Marcos era tan confiable guardando secretos. Estaba confabulado con ustedes y yo, confiando que, entre él y yo, no habría espacios en blanco ni estas mierdas. Necesito hablar con él.

Marcela decidió no perder la calma, ni siquiera quiso pensar en las palabras de David. Seguía resuelta a irse al día siguiente, en cuanto despuntara el alba. No iba a salir huyendo en medio de la madrugada; eso no lo haría, ni por orgullo ni amor propio. Si su abuela la veía llegar casi a media noche, la iba a preocupar demasiado, y no se sentía con el derecho de hacerlo. Cuando Diana volvió a dormirse y Caridad se retiró a su habitación, trató de conciliar el sueño, pero no podía, así que se dirigió a la sala y se quedó viendo la tele

hasta que se quedó profundamente dormida sobre el sofá.

Capítulo 47

*D*iciembre de 2016, agoniza

Eran las tres de la madrugada cuando David apareció. Fue directo a su cuarto y observó, a distancia, todas sus cosas intactas en el mismo lugar que las había dejado. Se veía que nadie entraba más que para quitar el polvo. Caminó hasta la otra habitación, en la que se estaba quedando Marcela, y la vio vacía. Pensó que ella se había marchado y sintió unas palpitations insoportables en el estómago. Al regresar a la cocina, por un vaso de agua, y pasar por el comedor, observó la televisión encendida y a alguien que dormía en el sofá. Se le acercó y, con la mayor suavidad, la cargó y la llevó hasta su cama.

Ella fue despertándose lentamente y se encontró entre sus brazos, con sus labios besados por los de él y abrigada por el calor de su cuerpo. Tembló. Quedaban asuntos por resolver, pero no era el momento de las palabras; era el de amarse con gran intensidad. Él notó que Marce intentó oponer resistencia y no se lo permitió. Él sabía qué palabras usar para desarmarla; conocía su cuerpo a la perfección, así como de qué forma le gustaba que la besaran, que la tocaran y que la hicieran llegar al punto de no retorno. La besó con ternura mirándola a los ojos, mientras ella se perdía en las chispas verdes y violetas. Le tomó el rostro entre las manos y se miraron largamente el uno al otro, entre las luces de unas velas que emanaban el dulce aroma del mango y la frambuesa. Se estudiaron cada rasgo para reconocerse luego de la devastadora

ausencia. Le depositó un tierno beso sobre los labios y se levantó lo suficiente para sacarse la camiseta verde bosque de mangas largas por encima de la cabeza. La cadena de plata con el dije de la moto deportiva se balanceó sobre los duros músculos de sus pectorales.

Lo observó vencida por el deseo, acercó su boca al colgante y lo probó junto con el trozo de piel más próximo; continuó recorriéndolo con la boca por todo el torso. David aprovechó para sacarle la bata de seda e ir descubriendo su desnudez. Luces y sombras se apoderaron de la superficie nívea de Marcela. Le pidió quedarse quieta para observarla a contra luz, y su apetencia dio un respingo en el interior de sus pantalones. Excitado probó la dulzura de su piel; ella se perdió en el suave, y a la vez impetuoso, contacto de su lengua sobre sus omóplatos, sus costillas y la turgencia de sus senos. Él se condujo indecentemente hacia el sur de su anatomía, recorriéndola con besos plagados de lujuria, que aterrizaron en su alterada intimidad. Los casi trece meses sin ser tocada por un hombre le cobraron factura, de golpe y profusamente. Marcela desconocía que se podía sentir tanto. A pesar de todos los desvaríos que había padecido con ese hombre, él terminaba por convencerla de que era la única mujer sobre el planeta que podía adueñarse de sus deseos más primigenios. Sus poderosas manos la afincaron por las caderas y no la dejaron escaparse mientras se iba, lentamente, en sucesivas explosiones que emanaban de su interior, que la obligaron a desearlo más, adentro y profundo.

La levantó antes que se sofocara de apetito y, arrodillado sobre el lecho, la hizo descender prontamente sobre su dura virilidad. Los desbordó una sensación sin precedentes. Aquella entrega desmedida les hizo a ambos retorcerse el uno sobre el otro, como en una carrera hacia una meta inalcanzable. Y tras bastantes minutos de castigarse mutuamente, la voz de él la inundó.

—Marce, mírame a los ojos —exigió gimiendo cuando estaba a punto de tener un orgasmo, perturbado por cada una de las sacudidas fuera de control que estaba experimentando. Ella reparó en sus ojos y él se sintió devorado por

el fuego—. Prométeme que seré tu hombre de hoy en adelante; eres lo único que quiero.

—No me pidas nada —dijo agitada.

—Júramelo —exigió mientras la embestía con ímpetu, a escasos segundos de explotar.

Marcela conocía todos sus gestos y comprendió que estaba a punto de acabar; le tomó el rostro entre sus dedos de la mano derecha y, sin pensarlo, le robó la razón con un beso, para así evadir la respuesta. Comenzó a moverse descontroladamente para desequilibrarlo más; él gimió desbocado, se perdió en el desenfreno de sus caderas hasta que ella, mirándolo al centro de las pupilas, le mordió dulcemente sus labios y le arrancó hasta la última gota de su simiente, a la par que se dejaba ir entre sus fuertes brazos.

Amaneció; David se descubrió solo en la cama. Salió a buscarla desesperado por el resto de las habitaciones y descubrió, en el cuarto de al lado, todas las pertenencias de Marcela empacadas. Diana tampoco estaba en su cuna. Las encontró en el comedor, desayunando. David se le acercó y le susurró al oído:

—¿Por qué siguen hechas tus maletas? Dame a la niña; yo la cuidaré. Pon tus cosas en su sitio, por favor. Me estás poniendo nervioso.

—Me iré de todos modos. No estoy dispuesta a sufrir otra despedida. ¿Cuánto puedo ser feliz? ¿Ahora, un día, un mes... y luego?

—¿Te vas a marchar así, después de lo sucedido anoche?

—Sabes que ya estaba decidido.

—Para mí tampoco ha sido fácil. No sabes cuántas ganas tuve de hacer esto: subirme a un avión y regresar a mi casa —le dijo apretando los dientes.

—David, tu madre no siempre iba a estar a tu lado para lavarte la ropa sucia. Hora de crecer. ¿Qué edad tienes, corazón?

—¿Qué me estás queriendo decir? —preguntó él.

—No sé hasta cuándo vas a ser tan inmaduro. ¿Pensaste que ahora, que fracasaron tus planes con Sandra, podías refugiarte en mí? No quiero saber

más nada que tenga que ver contigo, exceptuando a esta inocente —dijo y besó a Diana en la frente—. Espero que la sepas hacer feliz. Me marcho y, por favor, no intentes detenerme. Voy a buscar mi propia vida; la que estoy viviendo aquí es prestada.

—¿Ya no me amas?

—¿Acaso esto es amor? Tú mismo te encargaste de demostrarme que solo éramos amigos. Ni siquiera eso respetaste, me dejaste en aquel maldito banco de la universidad. Si esto es amor, estoy segura de que no es lo que quiero para mi futuro.

Se fue. Lo dejó con la niña en brazos y con su madre, que le reclamaba por haber perdido a Marcela para siempre. Se sintió sustraído por un ejército de demonios; habría descargado toda su ira con sus puños sobre la pared, pero la tierna niña —que lo miraba asustada— no le permitió darle rienda suelta a su agonía. La besó dulcemente y, tras satisfacer todas sus necesidades, la volvió a dejar en la cuna.

Cuando se quedaron solos, David le pidió a su madre, con todo el respeto, que se sentase. Caridad lo hizo sin siquiera imaginarse de lo que le hablaría su hijo.

—Si de mí depende esta pequeña, siempre va a saber quiénes son sus padres, estén o no con ella. Saber la verdad nos aclara el camino; es parte de nuestra identidad.

Caridad se puso de pie, anticipando por dónde venía David. Trató de buscar excusas, como que la niña necesitaba un cambio de pañales o algo por el estilo, pero esta vez no pudo escaparse. David continuó hablando.

—Cuando me propusieron este viaje a España, me brillaron los ojos y no por lo que representara en mi carrera. Siempre me dijiste que mi padre se había marchado a España. Lo busqué hasta debajo de las piedras; simplemente o no se quiere dejar encontrar, o no existe.

—¡Cálmate! No me importa que estés alterado porque hayas peleado con Marcela, ni me interesa que hayas regresado ayer. No permitiré que me hables en ese tono.

—No acepto una mentira más. Es ahora, mamá.

—No confíes en que tu padre reaccione como tú esperas. David, lo único que quiero es que no salgas lastimado.

—Eso déjame decidirlo a mí.

—Entonces, llegó el momento. Lo veo en tus ojos; pase lo que pase, lo superarás. No quería que te rompieran el corazón, por eso mi silencio. Nada es peor que perder a un hijo, y tú lo lloraste, lo gritaste, te derrumbaste, pero sigues intacto, solo con el alma hecha pedazos. —Caridad hizo unos garabatos en un papel y añadió—: Te encomiendo a Dios.

David no pudo esperar más por lo que había aguardado siempre. Dejó a su hija con un beso, tomó una bocanada de aire, y salió hacia allá a toda prisa. Era más cerca de lo que se imaginaba, así que fue caminando. Mientras lo hacía, se despejaba e intentaba acomodar sus ideas. Al llegar no tuvo valor de llamar a la puerta; se quedó en frente, pensativo. Esperó cinco minutos, diez, en los que nadie salía ni entraba. Tanto tiempo deseando estar ahí, a dos pasos de conocer el rostro de su padre, pero no tenía valor. Las manos le temblaban, los pensamientos se le venían en cascadas junto con todas las palabras que quería decir... Se aproximó un auto; era una mujer mucho más joven que él. Disimuló para que ella no lo notara. «¿Será que tiene otros hijos? Seguro, es lo más lógico», pensó. Eso le dio tristeza y, cada vez más, no entendía al ser humano. «¿Por qué? —se preguntaba—, ¿qué culpa he tenido yo para que me desprecie así?», reflexionaba. Ahora era otro auto el que salía de la casa; era un señor mayor con el rostro surcado de arrugas. No tenía tiempo para reconsiderarlo: corrió hacia él. El hombre lo miró serio y mudo.

—¿Qué se te ofrece, muchacho? —le dijo el señor.

—Soy su hijo —balbuceó David con un soplo de voz.

—No tengo hijos, tengo hijas —afirmó el hombre.

—Soy el hijo de Caridad.

El rostro del señor se contrajo. Lo miró detenidamente por unos minutos.

—Sube al auto, muchacho. Este no es lugar para conversar.

David lo hizo, pero aún estaba tenso. Estaba conmocionado; miles de palabras se amotinaban por querer salir de sus labios, pero ninguna se atrevía a asomarse. El señor lo miró fijamente y le preguntó:

—¿Por qué crees que soy tu padre?

—¿No lo es o prefiere dar por enterrado ese asunto?

—Lamento decepcionarte, pero no soy tu padre, soy su hermano. No te preocupes; te voy a llevar con él.

David se quedó consternado y aliviado al mismo tiempo; lo importante era que lo iba a conocer. Sus ideas, como parte de una avalancha, se agolpaban unas con otras. ¡Cuántos años necesitaron transcurrir para que estuvieran uno frente al otro! Llegaron a la Biblioteca Nacional, llena de libros viejos o, mejor dicho, antiguos. Un señor, mayor aún que el primero, sentado en una silla, dormitaba. El hombre del auto, «su tío» —prefirió llamarlo así—, desapareció después de desearle suerte. David se acercó al buró y se paró frente a aquel. El señor se incorporó; a través de los anteojos, David descubrió unos ojos cansados y marchitos.

—¿Qué libro va a llevar? —preguntó el bibliotecario.

David tenía que decirle tantas cosas que se quedó mudo, hasta que por fin pudo despegar los labios.

—Buenos días. —Fue todo lo que dijo y, luego de una profunda pausa, añadió—: Aún no he decidido, voy a seguir mirando.

David siempre había tenido facilidad para las palabras, para hilvanarlas unas con otras hasta formar magníficos planteamientos; por eso premiaban sus

artículos a cada rato. Sin embargo, ahora estas habían huido despavoridas y se habían ocultado hasta de él mismo.

Su padre no era como lo había imaginado en sus sueños; era más viejo, menos fuerte y menos alto. «Ese es mi padre, el hombre que me negó por tantos años... ¿Qué le digo? “Hola, soy tu hijo. Te perdono, papá”. ¿Papá? ¿Tendría valor para llamarlo así?», cavilaba. Continuó simulando que buscaba un libro en las estanterías, pero solo conseguía observar todo lo que el señor hacía y pensar: «Esto es más difícil de lo que me lo imaginaba. ¿Y si no me quiere ver? Bueno, es obvio. Si hubiese querido, me habría buscado. Pero ya estoy aquí, no vine por gusto. ¡Maldita sea! ¡Después de tanto, no me voy a ir con las manos vacías!». Volvió a parársele enfrente.

—Señor —titubeó. Hablaba tan bajo que su padre apenas lo oía.

—¿Ya se decidió, joven?

—Tengo algo importante que decirle. No me importa si no me quiere ver, pero tengo que decírselo, ya estoy aquí.

—¿Dígame?

—Yo... —Hizo una pausa para respirar hondo—. ¿Me podría recomendar usted un libro?

—Claro, joven. —El señor, con gran lentitud, se puso de pie y se dirigió a los estantes.

Cuando el hombre regresó con un libro en la mano, encontró la biblioteca nuevamente vacía. David lo observaba a lo lejos, con las palabras que se amontonaban para salir, pero sin encontrar por dónde escaparse.

—¡La juventud está loca! —pensó el padre en voz alta.

Cuando David le contó a su madre que no había podido, ella le dijo:

—Perdóname, mi amor. Me siento tan culpable por no haberte dado un padre sin ataduras ni compromisos. Me cegué tanto con aquel amor que no pensé en las consecuencias. Si tanto te lastima, no sigas abriendo la herida;

pero, si necesitas hacerlo, prueba otro día. Seguro encontrarás el valor dentro de ti.

—No lo sé, mamá. Tal vez es mejor dejar todo como está —le contestó.

Un día había pasado desde que David fue a visitar a su padre. Estaba pensando en eso, sin podérselo quitar de la cabeza. Sintió dos toques en la puerta, se dirigió a ver de quién se trataba, cuando vio que su madre ya había contestado. Caridad recibió a la visita y se retiró; los dejó solos. La señora que llegó lo miró detenidamente, sosteniéndole el rostro por las mejillas.

—No cabe dudas —mencionó—. No sé por qué me lo negó toda la vida. Soy la esposa de tu padre —se presentó.

David quedó perplejo y dubitativo.

—¿Y él?

—Vine a buscarte; tu padre está muy mal en el hospital. Acompáñame, si quieres, darle el último adiós. Creo que está esperándote —dijo ella y, ante la cara de asombro de David, la señora continuó—: Tu padre ya tiene muchos años. Fuiste el hijo de la vejez y el único. Apúrate, que hay prisa.

David se sentó de golpe, aún impactado.

—A mi padre solo lo vi una vez y temo que no supo quién era yo.

—La sangre tiene sus misterios, llama. Después de tu visita, se quedó muy inquieto. Dice que algo le dijo que tú eras el hijo que había tenido con Caridad. Salió para buscarte, pero ya te habías ido. Su hermano le confirmó que habías ido a verlo y mi esposo recordó el incidente de la biblioteca. Le dio un infarto; él no ha estado bien últimamente. Los médicos no se explican cómo sigue con vida. Yo creo que quiere verte y pedirte perdón.

Salieron para allá. Por el camino, aún seguían hablando.

—¡Te le pareces tanto! —dijo la señora. Calló por un segundo y prosiguió

—: Él me amaba demasiado y no quiso hacerme sufrir; teníamos más de treinta años de matrimonio cuando tú naciste. Prefirió sacrificarse él y vivir en el dolor que hacerme derramar una sola lágrima. Tu padre es un buen hombre; después de aquello, nunca más volvió a sonreír. Yo pensaba que se debía a que no habíamos podido tener hijos y a que estaba resintiendo la soledad. Su conciencia no lo dejó en paz. Me escribió una carta para que, a su deceso, yo la encontrase —dijo y rompió a llorar—. Por accidente, un día la hallé, la leí, y lo único que puedo hacer, para devolverle tanto amor, es permitir este encuentro entre ustedes. No quiero que se vaya de este mundo sin decirte todas las cosas que escribió para ti —le dijo mientras se la entregaba.

David leyó un pedazo y le fue suficiente.

No puedo seguir callando. Tengo un hijo que no conocí nunca, y la culpa me perseguirá hasta mi lecho de muerte. Perdóname, mujer; tú no merecías mi engaño. Tal vez, en la muerte, encuentre alivio, porque vivir con todas estas culpas no ha sido fácil, más sabiendo que, quizá, me lo he tropezado en cualquier esquina y ni siquiera he sabido que era él. Me perdí todo, todo de él. Yo no quise lastimarte, pero es mi hijo y no me perdono haberme hecho a un lado.

David abrazó a su padre el día que se fue de este mundo. Pudo decirle que lo quería a pesar del abandono; pudo conocer su rostro, su voz. Pudo perdonarlo y llenar ese espacio que necesitaba para seguir con su vida. Lleno de impotencia, se prometió a sí mismo que nunca dejaría que el tiempo pasara sin resolver las cosas importantes de la vida, que devoraría el mundo si era preciso, que viviría cada minuto con intensidad y que no dejaría de decirle a sus seres queridos, cada día, que los amaba.

Tercer año ¿juntos?

Capítulo 48

*E*nero renace como cada año

«Nuevamente estoy, aquí sin ti», escribía Marcela en una libreta, a tres días de no saber nada de David ni de su hija. «Me siento más sola que cuando no te conocía. Tal vez debí aprovecharme de la situación a mi favor y quedarme a tu lado, pero el orgullo es algo que nos salta a la boca y nos hace decir las palabras que el corazón no aprueba. Al menos el ego se encarga de intentar salvaguardar mi dignidad. Tanto tiempo esperando tus caricias que tener que conformarme con una sola noche es muy poco para mí, que ansío tenerte toda la vida. Me resulta difícil aceptar que regresaste a mi lado porque no tenías la otra opción, y eso me predispone bastante», agregaba.

«Vuelvo a usar este aparato para extraer la leche, porque este pecho mío no quiere secarse, quiere amamantar a toda costa y más sabiendo que hay una criatura que me necesita. Duele la leche en los senos; sin un niño que la saque, es doloroso. Se ponen tan duros que parecen que van a explotar; la piel se estira y grita que no puede más. Por otro lado, Diana necesita leche materna. Sin ti era más fácil ayudarla; contigo presente no puedo. Es un conflicto para mí. Me acostumbré tanto a Diana que, si tuviera que escoger entre ella y tú, no lo pensaría dos veces. Necesito un hijo para ofrecerle todo el amor que cultivé los nueve meses de embarazo, y Diana necesita una madre que tenga tiempo para cuidarla», siguió escribiendo. Marcela levantó el lápiz y se quedó pensando: «No hizo más que aparecer David, y ya comencé a escribir

idioteces. ¿Estaré realmente enamorada, o esto se me habrá convertido en dependencia?». No había terminado de pensar en la última palabra cuando escuchó a alguien afuera. Miró sus letras escritas con aquella tinta azul turquesa y, antes de arrugar la hoja blanca, pequeña confidente, escuchó un auto que frenaba de golpe fuera de su casa.

Al salir se encontró a David con mirada taciturna, la sonrisa torcida y la niña en brazos frente a su puerta. Diana se agarraba con fuerza de los pliegues de la camisa azul de su padre y le sonreía cada vez que él le dirigía una palabra para aquietarla. Marcela miró con agrado cómo él desplegaba su talento natural para contentar a la criatura.

—Marce, sé que necesitas tu espacio. Por favor, escúchame un minuto. Tuvimos que venir rodando a toda velocidad porque esta pequeña glotona se está muriendo de hambre.

—David, no lo hagas. No uses a la niña como un pretexto —le pidió temblorosa.

—Te juro que los dos te extrañamos tanto que no podíamos quedarnos de brazos cruzados.

Marcela no pudo evitar cargar a Diana. La niña cambió la expresión del rostro al tenerla cerca.

—Tienes que parar y dejarme rehacer mi vida —le rogó ella.

—Dianita casi no quiere comer desde que no estás.

—Pobre angelito. Todo estará bien cuando se adapte.

—El papá tampoco quiere comer. —Y su expresión juguetona y sensual la descolocó.

Marcela quiso decirle: «Alguna vez podrás tomar algo en la vida con seriedad». Antes de abrir la boca, se acordó de lo que le había dicho a Lucas una vez: que, si dejaba de ser como era, Paula dejaría de ver en él lo que le había hecho amarle. Marcela no podía cambiar a David; esa era su naturaleza y por eso se había enamorado de él.

—No voy a regresar. Jamás podría sacarme de la cabeza que vuelves

conmigo porque ella te rechazó. —Fue sincera.

—Quizás era lo que yo necesitaba para darme cuenta de la realidad. Tal vez tú llegaste a mi vida para quitarme la venda de los ojos.

—Quiero un hombre que sea solo para mí.

—Te voy a demostrar que ese hombre soy yo, Marce. Incluso dejé de fumar, sé que lo detestabas. Me estoy redimiendo.

—Es dañino.

—Sí, ya sé que es otro de los estatutos de tu lista y te juro que, con el Atlántico de distancia entre nosotros, continuaba oyendo tu dulce voz en mi conciencia.

—Me alegro por ti y por Diana.

—¿No te das cuenta de que solo traes cosas buenas a mi vida?

—Hagamos un trato: si quieres, puedes pasar todos los días por la leche de la niña. La puedo poner en un frasco en la nevera y vienes a buscarla, para que se vaya adaptando. Hablé con un médico y me lo recomendó.

—Eso es grandioso, Marce. Te lo agradezco. Ahora dale de comer, que ya no aguanta.

Marcela sabía que no se iba a quitar de encima a David si le daba opciones. Al otro día, David estaba bien temprano, como habían quedado. Marcela y Caridad habían hablado la noche anterior; Caridad le contó lo ocurrido con el padre de David. Marcela sabía que David no le comentaría nada si ella no le preguntaba. Él siempre prefería callar al respecto pero, cuando alguien le ofrecía escucharlo voluntariamente, se entregaba y compartía todo aquel cúmulo de dudas y necesidades que representaba la paternidad en su vida. Mientras David esperaba sentado en el sofá, ella se le acercó y le dijo:

—Supe lo de tu padre; me lo dijo Caridad.

—Parece que lo encontré a tiempo —compartió él.

—¿Y ahora cómo te sientes?

—Asimilando todo esto, nena. Parece que me he portado mal; todos me dejan. Marce. ¿Cómo era él, nuestro hijo?

—¡Ay, Dios mío! No sé si estoy preparada para hablar de esto. Solo sé que todo colapsó dentro de mí, en mi cabeza, en mi cuerpo; todo era un hervidero. Y se fue. Apenas guardo su imagen en mi memoria. Era precioso, como todos los bebés; se parecía mucho a ti, pero no pude disfrutarlo lo suficiente.

—Caridad me culpa, me responsabiliza de darte demasiados dolores de cabeza en el momento menos oportuno; no solo a ti, también a Sandra. Me culpa por el nacimiento prematuro de Diana, y me siento una mierda de persona. Me ves hacer bromas y todo, pero es para no desmoronarme.

—No, David, no eres culpable de la muerte de nuestro hijo. Fue una condición médica; los doctores hablaron conmigo, me explicaron. No solo la preeclampsia que sufrí lo determinó; fueron varios factores que influyeron. No llores —pidió y ella tampoco pudo contener sus lágrimas.

Capítulo 49

*F*ebrero 2017. David no podía creer que, después de dos años de conocer a Marcela, seguían estirando su relación

Los días transcurrieron. David iba, dos veces al día, a buscar la leche para Diana. Apenas si compartían palabras; él quería aprovechar la visita para conversar y decirle lo mal que la estaba pasando sin ella, pero Marcela evitaba encontrarse con él y, la mayoría de las veces, era Fefita la que le hacía las entregas. Llevaba tres días exactos sin verla; David creyó que se iba a volver loco de tanta ansiedad, no podía conciliar el sueño y más que nada porque en su casa todo le recordaba los momentos que habían compartido. No solo le estaba agradecido, sino que no podía borrar la huella que Marcela había dejado en su vida. Sandra lo había decepcionado; le hubiera perdonado todo, menos que dejara a la niña en aquella situación en el hospital y menos que, con todo el tiempo que había tenido para reflexionar, aún siguiera lejos de su hija.

Al cuarto día de no ver a Marcela, David se acostó a dormir pensando nuevamente en ella. Marcela se le metió en sus sueños, y se despertó temblando, tras la idea de jamás volver a tenerla entre sus brazos. Estuvo mucho tiempo en España solo, sin ninguna de las dos, y sus sentimientos fueron azotados por la voluntad del azar. Antes de irse a España, había pasado los últimos días con Sandra; habían sido tan pocos que se negó a separarse de ella. «¿Es posible enamorarse de dos personas a la vez?», reflexionó. Se dio

cuenta de que, sin proponérselo, nunca había pensado en dejar a Marcela. Si Sandra no hubiera acabado de desilusionarlo, jamás hubiera podido dejar a ninguna de las dos y hubiera vivido inventando mentiras para no acabar con una herida en el alma. Él había jugado con el amor, se había entregado a dos mujeres, y cada una le había arrancado un pedazo del corazón. «Solo tuve que sentir inaccesible el paso hacia Marcela para darme cuenta. Mi vida es un desastre. Creo que ya es hora de ponerle orden, pero para eso, primero, debo saber qué es lo que quiero», pensó.

Al día siguiente no encontró a Marcela en su casa. A la quinta mañana, tampoco la vería; comenzaba a trabajar de nuevo. Llegó a su nueva oficina y empezó a acomodar sus pertenencias. Su superior estaba contento con su trabajo en España, así que le encargó otro proyecto, para el que tendría que viajar a Centroamérica, pero solo por una semana. «Ahora, que es cuando más necesito estar en La Habana», se dijo. No lo rechazó porque era poco tiempo y necesitaba el contrato. Comenzó a preparar los documentos que llevaría casi sin poderse concentrar. Intentó analizar el nuevo trabajo, que era sumamente interesante, y no conseguía tener ninguna idea novedosa.

—¡Maldita sea! Quise a dos mujeres y me quedé sin ninguna.

Dejó todo y salió a respirar aire puro. No midió sus pasos, que llegaron hasta el vehículo; automáticamente metió la llave y encendió el motor. Cuando se sorprendió, estaba cerca del despacho donde trabajaba Marcela. Preguntó por ella y no la encontró; le dijeron que había salido a desayunar. David imaginó que se le estaba ocultando para no atenderlo.

Volvió al carro para dirigirse a su oficina, pero no pudo poner en marcha el motor. Golpeó el volante ante la impotencia; sucedía que no lo creía. No podía concebir que Marcela estuviera hablando en serio y que la hubiera perdido para siempre. Respiró, lloró, se calmó y, mientras se desahogaba, metió la llave y encendió el automóvil. Justo cuando se iba, al pasar cerca de una cafetería, la vio desayunando con un hombre; seguramente un compañero de trabajo, quiso pensar. «¿Qué hombre no quisiera conquistar a una mujer como

Marce, linda, dulce como una gota de miel e intuitiva, que parece que te puede leer la mente? Claro, nada más que los hombres, la mayor parte del tiempo, piensan en sexo. Carajo, solo de imaginar lo que tiene en mente ese tipo, me muero de celos. Iré a detenerlos; no puedo permitir que ese canalla se la gane», pensó. Recordó las palabras de su amigo sobre el fiscal que salía con Marcela y supuso que, hasta entonces, tenía el gusto de conocerlo. Se inventó mil excusas para parárseles enfrente y saludarlos, como si se los hubiese encontrado por casualidad, pero no se detuvo. Sería ir más allá de lo pactado tiempo atrás, cuando él mismo había sugerido que tendrían la libertad para estar con otra persona.

David se reconfortó con una reflexión. Creyó que cuando, en los días sucesivos, Fefita le dijera a Marcela que Caridad era la que estaba yendo a buscar la leche, esta indagaría sobre su paradero. Tomó el avión y se fue lejos. Y así, se instaló en su nueva oficina, durante una semana, con aquel nuevo proyecto, que comenzaba a tomar forma; pero ni siquiera así dejó de pensar en Marcela. Se convenció; sería difícil que ella entendiera lo que le había sucedido y la forma en que se había entregado a una pasión y a la otra. De cierta manera, entendía a Marcela y la barrera que ponía en medio de los dos; sabía que era justo. La semana transcurrió a paso de hormiga, pero terminó por extinguirse. Le quedaba una noche para regresar; estaba sumamente intranquilo, con insomnio y tuvo que hablarle. Marcela se despertó a media madrugada, al escuchar el teléfono sonando; se asustó al ver la hora y corrió a atender.

—¿Le pasó algo a Diana? —Fue lo primero que le vino al pensamiento al escuchar su voz.

—No. Disculpa por hablarte a esta ahora, pero no lo pude evitar —le dijo él. Por sus palabras, supo que ella desconocía que los separaban kilómetros de agua salada. David no le dijo nada. Le dolió que Marcela no hubiese indagado sobre su paradero; significaba que ya no se interesaba en saber qué era de su vida o, al menos, eso pensó.

—Gracias a Dios mi abuela no se despertó —le dijo Marcela en susurros.

—Marce, te deseo tanto que va más allá de lo físico. Solo necesito escuchar tu voz. Dime lo que quieras, incluso que me odias... Si no me hablas, esta noche no voy a poder dormir.

—Estás loco. ¿Has visto la hora?

—Aún eres mi amiga. ¿Puedo contar contigo en los momentos difíciles? Cuéntame lo que sea. ¿Cómo te fue hoy en el trabajo? Si tienes problemas con tu jefe, o lo que pasaron en la televisión...

—David, vete a la cama de una vez. Hablaremos mañana. Estás demente.

—Mañana te paso a buscar cuando salgas del trabajo.

—¿No tienes nada mejor que hacer con tu vida?

David llegó del viaje, tomó el todoterreno que había dejado estacionado en el aeropuerto y, sin siquiera llegar a su casa, para desarmar las maletas y recuperarse del vuelo, fue a la cita que tenía con el destino. Recordaba las palabras de Marcela en su primera cita, en la que —como ahora— él había acudido demasiado temprano. Llegar antes de la hora denota impaciencia, pero no le importó. Él sabía que lo era. Aún eran las tres de la tarde y Marcela no salía hasta las cinco, así que decidió esperar en la misma cafetería en que la había visto conversar con el fiscal, la vez anterior.

Entró e inspeccionó el lugar. Se sentó lo más retirado posible y sacó una libreta de notas, donde empezó a ordenar sus ideas. Pidió un café y planeó lo que le diría para no perderla. Unas carcajadas lo sacaron de su acomodo; no lo creía, pero era ella. Ya daban las cuatro y Marcela había ido a la cafetería también. Marcela no llegó sola; el hombre de la otra vez se dignó a acompañarla. David se sintió atrapado en la situación de la que quiso huir hacía una semana. Decidió levantarse y decir la verdad: que estaba ahí esperándola. Al ver la forma en la que el fiscal la abordaba, su gentileza y la galantería al correrle la silla, sonreírle y atenderla, David quedó congelado.

Notó que se trataban con mucha familiaridad, como si fueran amantes. Y ahí se quedó, en el ángulo perfecto donde podía ver y oír sin ser detectado. Quería correr antes de escuchar algo que lo lastimara pero, si se levantaba, si daba un paso en falso, ella lo iba a descubrir en una situación vergonzosa.

El fiscal, Miguel, pidió para Marce un jugo de fruta, sin que Marcela revisara la carta, sin que ella le sugiriera la opción, y aquello casi hace reventar a David.

—Mich, eres tan atento —le susurró Marcela—. No olvidas mis gustos.

—Estuvimos casi toda la adolescencia juntos; algo se me tenía que quedar —le recordó Miguel con aire seductor.

—¿Y qué te trae por aquí esta vez? Últimamente me visitas seguido, y no mientas con que le estás dando eguimiento a un caso.

—Marce, me imaginé cualquier cosa, menos lo que me dijiste la semana pasada, y aquí estoy para levantarte el ánimo. Nena, en las buenas y en las malas, aunque sea para curar un corazón herido, cuenta conmigo.

—Más que herido, destrozado. Mi vida es un desajuste total, y la situación que vivo es muy amarga.

—Preciosa, te diría que no tienes necesidad de estar sufriendo por la inseguridad de ese hombre, cuando yo estoy dispuesto a ser solo tuyo. Pero claro, yo también te fallé y no sé si confías en mí —le dijo y le tomó la mano; le acarició los dedos, y Marce se dejó consentir.

David estuvo a punto de colapsar de la ira y los celos; apretó con ímpetu el borde de la mesa para no levantarse y tomarla a la fuerza y alejarla de ese malnacido. La madera crujió bajo la presión de sus dedos. Continuó atento.

—Mich, no es cuestión de confianza. En él no confío, y me tiene muerta en vida —dijo, y aquellas palabras hicieron que la sangre de David se calentara más y fuera bombeada con más velocidad. David sintió el corazón palparle en el estómago, como si hubiese abandonado su cavidad por tanto desenfreno.

—Estoy cada vez más alejado de la esperanza de volver contigo. David te quiere conquistar, Marce. Aunque no te atreves a reconocerlo, es lo que más

deseas.

—No lo niego, lo deseo, pero estoy renuente a caer. Tengo que sujetarme fuerte de lo que sea cuando lo veo, para no perder el piso, el equilibrio y todo. Me estoy prometiendo no flaquear. Él me asegura que todo será diferente, pero ¿por cuánto tiempo? Mi error fue no seguir las reglas desde el principio. Si tuviera la oportunidad de volver a vivirlo, si todo se borrara y lo conociera de nuevo, no me lanzaría como una loca a sus brazos; haría las cosas bien.

David esbozó una retorcida sonrisa, negó con la cabeza, convencido de que aquel tipo estaba perdido. Ella le pertenecía y estaba decidido a recobrarla.

Capítulo 50

*F*ebrero 2017. *Sujétate fuerte, que la felicidad vuela*

Marcela salió de la oficina y no vio a David; pensó que, tal vez, se había arrepentido o que, por cualquier motivo, se había retrasado. Decidió no esperarlo; era mejor mantenerlo lejos, así podía dominar lo que le hacía sentir. Se dirigió a buscar un taxi, sin saber toda la distancia que él había tenido que recorrer para llegar a la cita. Aún recordaba la conversación sostenida con Miguel. «¿Qué explicación tiene amar así?», se preguntaba. Ni siquiera habían sido novios, como lo habían sido ella y Miguel. No entendía por qué seguía tan fuerte lo que la había ligado a él. Una lágrima se liberó y bajó por su rostro. Respiró y se aseguró: «Esto no es amor. El amor te salva y este sentimiento tan solo me ha enterrado debajo de toneladas de tierra». Estaba distraída, pensando, cuando sintió que le preguntaron hacia dónde iba. Se volteó y se tropezó con su mirada intensa.

David se bajó del auto para abrirle la puerta. Llevaba un pantalón de mezclilla gris, que aprisionaba los músculos de sus largas y poderosas piernas; una camisa negra, con los primeros botones desabrochados, que dejaba entrever la piel de su pecho. La miró con suficiencia; aquella confesión se había vuelto un arma poderosa en sus manos. Le regaló una sonrisa muy parecida a la de la primera vez, cuando lo había conocido.

—He atravesado el mar para venir a buscarte. —La sedujo con la gravedad de su voz.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Marcela mientras se borraba la lágrima para disimular su angustia.

—Acabo de llegar del aeropuerto. Un viaje de trabajo —murmuró, cada vez más cerca, alzándose de hombros—. Te vi, hace una semana, hablando con tu enamorado. Lo siento, te lo tenía que decir. Me he sentido ridículamente celoso desde entonces. Dime si tienes algo con él, por favor.

—No tienes idea de lo que hablaba con Miguel.

—A lo mejor sí. Me acaba de ocurrir algo muy tonto que me ha salvado de volverme loco. Llegué como a las tres, muy temprano para nuestra cita, y decidí matar el tiempo en la cafetería. No sabía que podía entrar a tu despacho y sacarte, como lo hizo él —arremetió David y Marcela se llevó una mano a la cabeza al imaginar por dónde venía—. En fin, esperé como un impaciente muy disciplinado.

—Calla. No me digas que escuchaste lo que hablé con Miguel.

—No tienes que seguir torturándote. ¿Quién hace las reglas del amor? Agárrate fuerte; no quiero que pierdas el equilibrio —le dijo con un tono sensual, mientras le deslizaba la mano a lo largo de la espalda, para luego acercarla con ímpetu hacia sí.

Cuando los ojos de ambos quedaron frente a frente y los brazos de él terminaron de rodear la cintura de Marcela, hasta fundirla con su cuerpo, ella no continuó resistiéndose. No podía y no quería. Antes que sus labios fueran silenciados por un beso, Marcela solo mencionó:

—Es la última vez que lo vamos a intentar.

David aceptó la oportunidad que Marcela le dio aunque, en realidad, las circunstancias lo hicieron estar a la hora y lugar precisos para escuchar la confesión, que la dejó sin argumentos para seguir huyendo. Esa misma tarde, pasaron por la casa de Marcela, por algunas de sus pertenencias, y ella se instaló a vivir con David, como si una tormenta de acontecimientos no hubiese

arrasado con sus vidas en los meses anteriores. Les quedaba una vida reconstruida, con dos corazones rotos y remendados, con el dolor agonizante de la pérdida de un hijo —que nunca se borraría—, con la gran responsabilidad de sacar a una hija adelante.

Esta vez el tiempo parecía tener alas. Así sucede cuando hay estabilidad: los días se escurren como el agua, como fluyeron miles de letras para narrar los eventos que llevaron a Marcela a reencontrarse con David, en un punto en el tiempo. Igual avanzaron las semanas, a prisa, para consolidar la relación de Marcos con Amanda. Más lento transcurrió para Paula, que seguía huyendo de sus sentimientos hacia Lucas, y para este, que se alejó de aquel juego de ella, de poseerlo a su manera, sin dejarlo involucrarse.

Marcela era feliz por primera vez, desde que había conocido a David y, aunque para ella parecía ayer —que se habían decidido a unir sus vidas—, el crecimiento de Diana le daba todas las señales del paso del tiempo.

Diana, como niña al fin, no entendía mucho de lo que pasaba en torno a ella. Marcela y David siempre le habían dicho que su madre se encontraba lejos y que, algún día, regresaría. A su corta edad, sus intereses eran muy específicos. Diana sabía que, cuando tenía hambre o sed, se le acercaba a su abuela, y ella procuraba complacerla en todo lo que necesitaba; sabía que, por las tardes, Marcela llegaba del trabajo, la bañaba y le daba la cena; que, por la noche, la acostaba a dormir y le leía un cuento o le cantaba una canción; que, cuando tenía frío, su padre se levantaba por la madrugada y le ponía otra frazada. La familia se enfocó en eso y no dio las explicaciones innecesarias para su edad, por lo que ni David ni Marcela se preocuparon más. Para la niña, Marcela fue Tita, la novia de su papá, y su padre fue «papi», y no se profundizó en el tema.

Comenzó la etapa más hermosa de sus vidas, y aquello convenció a Marcela de tomar la decisión más acertada al unir su vida con la de David. Diana comenzó a crecer al mismo ritmo que empezó a madurar la relación de David y Marcela. Y se convirtieron en lo que ella siempre quiso que fueran, desde que sorprendió la mirada de él en un espejo retrovisor. Y fueron lo que ni por

la mente de él pasó que serían, cuando la divisó en un semáforo y decidió darle un *ride*, pensando que sería la conquista perfecta con tiempo de caducidad.

Capítulo 51

Mayo 2017, y una boda

Marcela terminó de ataviarse con aquel vestido hermoso que se había mandado a hacer para una ocasión especial. Iba vestida de lila, como lo estarían el resto de las damas de honor. Terminó de embellecer a la pequeña Diana con su vestidito color marfil con cintas en satín color uva. La tomó en brazos y salió a encontrarse con el padre de la criatura, que ya estaba listo para acompañar a su mejor amigo en el gran día.

—Vámonos ya, que Marcos no cesa de llamarme. Está más impaciente que la novia: ya ocupó su sitio en el altar —dijo David mientras Marcela no podía dejar de disfrutar de mirarlo. Aquel traje gris le acentuaba los ojos de una forma especial.

—Cálmense ustedes dos. Ya ni Amanda está tan nerviosa —le soltó y su voz se escuchaba jovial.

Llegaron a la iglesia, llena de flores blancas que colgaban desde el techo y convertían el sitio en un remanso de paz. Marcela despidió a David con un beso en los labios, para que corriera al lado de Marcos. Ella ocupó su sitio, con la pequeña Diana en brazos, y se dispuso a esperar a la novia.

Amanda no se casó al año de noviazgo; lo hicieron cuando consideraron que había llegado el momento. El 30 de mayo, todo estaba listo para el gran día.

Marcela y Paula ayudaron a su amiga con los preparativos. Marcela pensaba que, al final de todo lo que había vivido Amanda con Arturo, había encontrado la felicidad en otros brazos. Se casaban por la ley de Dios y la del hombre. Todos sus amigos estaban invitados. Paula, con su novio desde hacía meses — Esteban—, y Lucas, que fue acompañado por una amiga. Los pequeños, Josué y Diana, estaban cercanos a cumplir el año de edad. Paula sostenía a uno y Marcela, a la otra, para que llevasen la cesta de los anillos. La iglesia estaba hermosamente ataviada; cada uno ocupaba su lugar y observaba en silencio. El novio, sonriente, esperaba la entrada de la novia, que hizo su aparición, poco después de la hora señalada, del brazo de su padre.

Marcela pensaba en el coraje de Amanda para casarse tan joven, pero sabía por qué su amiga no había dudado en dar el sí. Amanda había sido feliz con Marcos desde el inicio de su relación; Marcela, en cambio, había padecido muchos altibajos con David desde el principio. Por eso, cuando David hubo hablado de matrimonio, ella lo silenció con un beso y lo hizo desistir de la idea. Marcela aún tenía heridas que intentaba olvidar. Aunque ella y David llevaban juntos varios meses de pura armonía, aún no se sentía con la seguridad necesaria para dar el siguiente paso. Borró de golpe todas sus reflexiones cuando le llegó el turno de desfilas. Dio un paso adelante y acompañó a Amanda en el cortejo matrimonial.

La ceremonia fue preciosa. En un abrir y cerrar de ojos, Amanda y Marcos ya habían dicho «Acepto» y eran esposos. Se dedicaban a salir juntos de la iglesia cuando Arturo les cerró el paso vociferando, producto de su ebriedad. En sus manos traía varias fotos de su infancia y le gritó a la recién casada:

—¡Te podrás casar con quien quieras, pero no vas a ponerle un padre falso a mi hijo! ¡No puedes negarme más que el niño es mío!

—Hablemos en otro momento, por favor —le dijo Amanda delante de los invitados.

—Si antes no lo hice fue porque tenía mis dudas. Voy a llevarte a juicio. Ya sé que tu marido lo reconoció legalmente, pero él no es el padre. No tienes derecho a quitarme a mi hijo.

—Arturo, por favor, estás haciendo una escena —le dijo Amanda, que no podía de la vergüenza ante todos. Luego, reparó en él y parecía un espejismo; no tenía nada que ver con el Arturo con quien había sostenido una relación.

—No me importa el escándalo. Estoy aquí para que todos se enteren de que tu hijo es mío también y de que me lo has negado porque no me crees lo suficiente bueno para él. Te demostraré que te equivocas.

Marcos intentó ponerse entre Arturo y su esposa. Varios temieron lo peor: que comenzara una guerra despiadada y violenta entre los dos. Lucas y David se acercaron con rapidez y no dejaron que Marcos intercediera. Producto del forcejeo, Arturo soltó un puñetazo que salió disparado al rostro de Lucas, que no se sacudió ante el dolor y arremetió —junto con David— contra Arturo para controlarlo. Lo sujetaron y lo llevaron a la fuerza hacia un rincón. Los recién casados huyeron hacia el auto, mientras se despedían de todos, sin creer cómo había terminado su casamiento.

Marcela corrió a auxiliar a su amiga, que parecía un manojo de nervios envuelto en encajes de color blanco. Al ver que Amanda y Marcos estaban petrificados, sin saber qué hacer, le dijo a su amiga:

—Amanda, no permitas que esto arruine tu boda. Sigue adelante, cariño; nosotros nos ocuparemos de él. Ahora sigue tu fiesta, disfrútala. Nos encargaremos de detenerlo para que no pueda colarse y hacer otro drama.

—¡Dios mío, siento el corazón en la boca! Temo irme de luna de miel y dejar a mi hijo después de lo que hemos presenciado —dijo Amanda y tomó a su hijo en sus brazos—. No puedo irme y dejarlo. No con Arturo rondando; ha enloquecido. Hará algo que atente contra la seguridad del niño.

—Es mejor que suspendamos el viaje —decidió Marcos, también agobiado.

—No pueden hacer eso. Ya bastante te ha jodido la vida Arturo, Amanda — insistió Paula—. No permitas que también te quite esto. Vamos, no pierdan tiempo, que yo les cuidaré a Josué como si fuera mío. Y no estoy sola; están tu padre, Marcela, David y hasta Lucas, que se llevó la peor parte hoy. Anda, amiga, ve tranquila. Te aseguro que cuidaré a Josué y no permitiré que Arturo siquiera se le acerque. Primero, le pongo una orden de restricción.

—Necesito hablarle a Josué. Necesito comprobar que mi hijo no se ha alterado con la intromisión de Arturo.

—Hazlo, amiga —le dijo Marcela—. Mientras, llamaré a la policía para que saquen a Arturo. No sea que agreda a alguien más.

Marcela le dio un beso en la mejilla y un abrazo a los nuevos esposos. Se fue a ver qué estaba sucediendo con David y Lucas. Antes le entregó a Diana a Caridad para alejarla del conflicto. Cuando llegó ante David y Lucas, estos habían logrado hacer entrar en razón a Arturo, y estaba más calmado.

—No puedo creer en lo que te has convertido, Arturo. Ya vete de aquí, por favor —le dijo Marcela.

—Es fácil para ti decirlo, pero tu amiguita tampoco es una santa. ¿Por qué no me dice si soy el padre o no, y salimos de esto? Es una tortura psicológica. No me perdona; por eso se venga de mí lentamente —le dijo Arturo.

—Arturo, Amanda es una de las personas más buenas que conozco. Déjala ser feliz y busca paz para tu vida también. Eso sí: lejos de ella.

—Pero el niño...

—Ningún juez te va a dar derechos ni responsabilidades sobre Josué. Si crees que tienes algo que defender, este no es el método, así que desiste de las amenazas absurdas. Renuncia a la bebida y compórtate como un hombre decente. No entiendo qué reclamas en ese estado. ¡O te vas de una vez y nos dejas a todos tranquilos, o llamo a la policía! Agrediste a Lucas, así que ya sabes.

—No fue a propósito —se defendió Arturo.

—Díselo al moretón en la mejilla de Lucas.

Arturo se fue y el ambiente de la fiesta fue mejorando. Llegado el momento, Marcela sonrió al ver a Marcos y a Amanda marcharse a la luna de miel, y se le escurrieron unas lagrimillas que se asomaron a sus ojos. Antes que otra lágrima brotara, ya tenía a Paula a su lado, con unos lagrimones enormes que bajaban por sus mejillas, a la par que sonreía.

Marcela y Paula se quedaron conversando. La última le dijo a la otra:

—¿Cómo ves? Se nos casó la más chiquita del grupo. Ni lo puedo creer. ¿Recuerdas cómo se resistía a admitir que le gustaba Marcos?

—¡Qué pena que Arturo haya echado a perder una ceremonia tan bonita! Lo que más me preocupa es el niño.

—No creo que comprenda esas cosas a su edad —dijo Paula.

—Lo hacen; los niños son muy perceptivos. Diana, a veces, nos interroga con la mirada y nos quedamos sin saber qué responderle. —Marcela notó que Paula casi no le prestaba atención y que no cesaba de observar en dirección a Lucas—. ¿Qué tanto miras hacia allá?

—¿Cómo está él? ¿Le revisaste la mejilla? ¿Tendrá que ir al hospital?

—No pasará a mayores. Tendrá que ponerse hielo y dar muchas explicaciones cuando le pregunten por el moretón. Paula, no puedo creer que sigas enamorada de Lucas.

—Estás viendo fantasmas.

—Te has pasado toda la conversación mirándolo. Disimula, al menos; no sea que Esteban se dé cuenta. Mira qué bien acompañado viene Lucas. ¡Ay, Paulita! ¡Te quedaste con las ganas por indecisa! ¡Ya lo ves, le falta menos para ser todo un licenciado! Lindo como es y con su carácter maravilloso, debe tener muchas admiradoras y no tan inseguras como tú.

—Ocúpate de tus cosas. En vez de estar tratando de arreglar el mundo, deberías ocuparte de tu hija y de tu marido. A ver cuándo se piensan casar.

—No tengo hija ni tengo marido. Ella es la hija de David y él es mi novio.

—¡Y qué novia más buena le has salido!: ¡lo cuidas a él y le cuidas a la hija!

—¡Y él me cuida a mí! Estamos bien así; un papel no significa nada.

—¿Está segura, licenciada? —enfaticó Paula.

Capítulo 52

Junio 2017, y obstáculos

Pronto se acercaba el primer cumpleaños de Diana. Fue entonces cuando David recibió una llamada. Intentó ocultarla, pero Marcela lo captó en el aire. La llamada lo dejó confundido. Marcela le pidió respuestas y él terminó por decirle:

—Sandra viene para el cumpleaños de Diana. Quiere aparecerse como si nada, luego de estar ausente la mayor parte de la vida de su hija.

Al tener conocimiento de ello, Marcela no solo se puso nerviosa, sino que comenzó a anticipar, en su cabeza, los problemas que llegarían. Temía que le arrebatasen todo el derecho que se había atribuido sobre la pequeña, y lo que más le agobiaba era el miedo que sentía de perder a David. Lo peor fue cuando se enteró de las intenciones de Sandra; las supo por el mismo David.

—Sandra quiere celebrarle el cumpleaños a Diana en casa de su madre. Marce, di algo, te has quedado muda. No quiero que esto te turbe. Ambos sabíamos que, tarde o temprano, ella podría regresar.

—Es una situación muy incómoda. —Fue lo que Marcela atinó a decir.

—Lo sé. Diana va a estar llamándote constantemente y va a querer que estés a su lado. Marcela, no te anticipes al futuro. Tú eres mi mujer; en este y en todos los momentos, estarás a mi lado. Trataremos de que todo salga lo mejor posible. Vamos a decirle que ni en su casa ni en la mía. Alquilaremos un local, un terreno neutro.

—Sandra me verá como una amenaza por el lugar que tengo en la vida de su hija.

—No te preocupes. Si la niña no le presta a Sandra la atención que ella espera, es su problema.

Nada de aquello la tranquilizaría. David la dejó en la puerta del despacho colectivo donde trabajaba. Marcela encontró, sobre su escritorio, los casos nuevos que le habían entregado la tarde anterior. Los había hojeado, pero sin detenimiento y, con tantas cosas en la cabeza, no se había fijado bien de qué se trataba esta vez. Examinó la primera carpeta, con todos sus documentos, y se alegró de ver algo sencillo. Cuando se dispuso a revisar el segundo, comenzó a lamentarse; parecía que no tenía suficientes problemas para que ahora le tocara ese precisamente.

Dejó todo lo que estaba haciendo y, antes de dirigirse a la puerta, se encontró con Miguel.

—¿Tú, aquí?

El elegante fiscal tomó el documento que Marcela traía en las manos y le dijo:

—Esta carpeta y todos los documentos en su interior son míos.

—Pero estaba en mi escritorio con...

—La dejé ahí para que la encontraras. No fue accidental, tal vez un poco teatral de mi parte. Solo me estoy anticipando a lo que vendrá.

—Pero ¿tú?, ¿por qué? —investigó Marcela.

—Azar, creo, o no sé si ese hombre me eligió a mí por un motivo particular. No lo rechazaré; es mi trabajo. Vengo a intentar convencerte de que no tomes el caso.

—Si yo ni siquiera sabía nada de esto. ¿De qué estás hablando?

—Pero tu amiga te lo dirá pronto; está por ser notificada de la demanda. Y te conozco. Ella no te lo pedirá; tú te ofrecerás. No lo hagas, Marce. No

quiero verme contigo en el juzgado. Por ética no deberías. No quiero que pierdas tu primer caso conmigo. Es una causa perdida. Me apena por ellos, lo siento —insistió Miguel.

Marcela lo vio marcharse con el expediente en una mano. Paula se los encontró cuando él desaparecía por la puerta. Marcela se citó en la cafetería con Paula.

—Necesitamos hablar con urgencia —dijo Marcela.

—No tengo que preguntarte, me imagino lo que me vas a decir. Desde que me comentaste sobre el regreso de Sandra por teléfono, me he quedado con un salto en el estómago. He estado tan ocupada que no pude pasar antes para conversar al respecto.

—No es eso, Pau, pero ahora, que lo dices..., se cumplió tu profecía. Siempre me aseguraste que Sandra regresaría por lo suyo.

—El asunto no me agrada, pero menos me gusta tu actitud, Marcela. No hay nada de ella; ¿cómo que por lo suyo? Ahora es cuando más necesitas actuar con seguridad. Muéstrate desinteresada para que David tampoco lo vea como un acontecimiento que los sacará del curso de sus vidas. Aleja esos celos, mujer.

—¡Que no son celos!, ¡es miedo! Temor de perder todo lo que amo: el hombre que me desarma por dentro con solo una mirada, el amor de madre que siento por Diana. Por más hijos que tenga en el futuro, ella siempre tendrá su lugar. Es la primera que me hizo desvelarme cada noche, la que me ayudó a superar un duelo que amenazaba con enterrarme en vida. Yo la acompañé mientras gateaba, le enseñé las pocas palabras que está aprendiendo a decir. En fin...

—Sabes que nunca estuve de acuerdo al cien por ciento con la relación de ustedes, pero es lo que tú elegiste, y te apoyaré incondicionalmente. Amiga, nadie mejor que tú para saber cómo deseas vivir tu vida. Admito que me equivoqué; por mucho tiempo creí que lo tuyo con David no funcionaría. Él te mira con tanto amor, besa el suelo por donde caminas. No sé a qué le temes;

ese hombre te ama. ¿Para qué atormentarnos con más palabras que no serán una bola de cristal para averiguar el futuro?

—Esa mujer puede proponerse llevarse a Diana y, en ese asunto, solo los padres tienen voz y voto. ¿Y si David le da la razón a Sandra? ¿Y si me quiere, pero no tiene el valor para privar a Sandra de su derecho, por más que eso nos lastime a los dos? La quiso demasiado; me consta, y es la madre de la niña.

—Es que no sé qué más decirte. Los hombres son tan impredecibles. Jamás pensé que Lucas desistiría después de tanto tiempo intentándolo. Se veía tan seguro en la iglesia, ni siquiera volteaba para verme y, cuando me saludó, fue tan... No tengo palabras para calificarlo. Ni fue cariñoso ni fue un témpano de hielo; me saludó con la misma efusión que a ti y a Amanda, como si nada más que la amistad hubiera sobrevivido. Por causa de ello, no puedo reponerme.

Marcela se quedó viendo a Paula en silencio, pensativa, a punto de decirle la primera frase de consuelo —como siempre—, mientras se tomaba un sorbo de café. Llena de solidaridad, le extendió la mano y le dijo:

—Lucas aún te quiere. Por más que se esfuerce, no puede disimularlo.

—¡Ay, amiga! Viniste a pedirme consuelo y terminas consolándome tú.

—Nada de eso, Paula. Tú me confortaste primero. Nadie como tú puede entenderme.

—Eso dices, pero ya sé que te viste con Miguel. Me alegra saber que se han hecho amigos y que ahora también son confidentes.

—Es otra cosa, Pau. De hecho, por eso te pedí venir a la cafetería. Quiero hablar sobre ese asunto contigo, lejos de nuestras oficinas —le dijo Marcela.

—Dime ya.

—Eso espero, porque no sabes lo que se me viene encima. No sé si es coincidencia o, peor, un juego del destino. No sé si Amanda lo sabe pero, cuando lo sepa, se va a sentir terrible.

—Ahora sí que no entiendo nada. ¿Qué tiene que ver Amanda con tus problemas personales?

—No tiene que ver con mi vida personal; necesito hablar contigo de

trabajo. Hay un caso nuevo muy interesante: proceso ordinario de impugnación de la filiación.

—Marce, eso no me aclara mis dudas. ¿Qué tiene que ver Amanda con tu trabajo?

—Todo.

—¿El demandante es el padre verdadero? —indagó Paula y, ante su pregunta, Marcela solo asintió—. Se la dan al padre —aseguró Paula por experiencia. Marcela la miró con desaprobación. Paula trató de defender su suposición—. Siempre ha sido así.

—El demandante es Arturo López Estrada.

Paula dejó su café sobre la mesa; Marcela no necesitó decirle nada más. El destino había colocado a Marcela y a Marcos en una situación muy parecida e, indirectamente, a Marcela le iba tocar defender su propia suerte en la suerte de otro.

—Amanda va a necesitar ayuda de un especialista en familia —insinuó Paula.

Marcela era especialista en familia. Se imaginó por dónde venía la insinuación de Paula y quiso que sus palabras se las llevara el viento. Jamás se le negaría a su amiga, pero ella sabía que sufriría mucho con ese proceso judicial.

—Es mi nuevo caso; solo falta que Amanda y Marcos me contraten. Para eso vino Miguel; se lo asignaron ayer. Vino a suplicarme que no me involucre, pero no puedo —susurró Marcela.

—¿Y hasta ahora me lo dices? Llevamos más de veinte minutos sentadas aquí.

—Tú empezaste a hablar de David y de Lucas. Amanda nunca debió permitir que Marcos reconociera al niño legalmente. Josué ya tenía un padre y, aunque fuera un desastre, era su padre biológico, y eso nada lo puede cambiar —dijo Marcela, y ya sus propias palabras la lastimaban como dardos.

—¿No se puede hacer nada?

—Es una guerra imposible. —Y nuevamente sentía el paralelismo entre ella y Marcos, que la hacía titubear acerca de las últimas palabras.

Capítulo 53

El junio de Sandra, enrevesado de recuerdos

Sandra esperaba aquel día con gran anhelo. Regresaba como siempre había soñado: como una estrella. Había participado en tres películas que habían sido un éxito. No había descansado desde entonces; dentro de unos meses, comenzarían a filmar otra. Sabía que el momento el de recuperar a su hija había llegado. Recordaba que el embarazo no había ocurrido en el tiempo más idóneo, que las decisiones que se le habían presentado en ese instante fueron tan cruciales que se desesperó y actuó dominada por la presión de las circunstancias. Ella quería todo: ser madre y no renunciar a sus sueños profesionales. Para ello había tenido que mover ciertos acontecimientos en su vida.

No se engañaba: también tenía muchas ganas de ver a David. Quería decirle que lo había logrado, que tanto sacrificio había valido la pena. Por eso se adelantó sola; su esposo la alcanzaría más tarde. Él tenía mucho trabajo y le era más difícil despegarse de sus responsabilidades, y fue una buena oportunidad para ella.

Sandra llegó y, cuando traspasó la puerta de la casa donde había crecido, las lágrimas se escaparon de sus ojos. La pequeña niña la esperaba allí. No pudo evitar el llanto acongojado e intenso al verla. Era muy diferente tenerla enfrente que observarla crecer a través de fotografías. Cuando Sandra estuvo cerca de Diana, notó que la pequeña se le quedó mirando de pies a cabeza,

con los brazos a lo largo del cuerpo. Tras la insistencia de su abuela materna, que le servía de modelo, balbuceó: «Ma, ma, ma, ma». Mientras, escuchaba las palabras de Gisela: «Saluda a tu mami, Diana. Tu mamá viene a verte y debes tratarla con cariño porque ella te quiere mucho».

—Todo el tiempo le enseñé fotos tuyas —dijo Gisela—. Siempre le digo que su madre no vive con ella porque tiene que trabajar muy duro.

Sandra estaba tan emocionada que olvidó uno de sus temores principales: que su hija se comportara de manera indiferente ante su presencia, como ante una visita con la que debía ser buena y obediente, porque pronto se marcharía. La emoción la impactó: era reencontrarse con su pasado, con sus culpas. Ya había logrado todo lo que se había propuesto a nivel profesional y ahora necesitaba llenar aquel hueco que había quedado vacío en su interior. Ahora añoraba aquel sentimiento que había decidido aplazar: la maternidad. Se le acercó a la niña y sintió aquel cúmulo de sensaciones que hubo experimentado en momentos clave: al saberse embarazada, al admitir que tendría que tenerla, al nacer Diana y al dejarla en aquel cunero con la convicción de que tomaba una buena decisión. Miró a su hija y le dijo:

—¿No le vas a dar un beso a tu mami?

Diana se le acercó y se dejó besar en la mejilla.

—¡Dios mío! ¡Qué cosa tan linda, mi amor! Déjame tomarte en brazos —dijo.

La madre de Sandra se la entregó y esta se sorprendió ante la actitud de la pequeña, que en ningún momento la rechazó o quiso desembarazarse de sus brazos. Diana sonreía ante cada palabra que le susurraba su madre biológica.

—¡Esta niña es tan buena que no me la merezco! ¡Perdóname, perdóname! —le suplicó desconsolada.

—Tranquila, hija —le dijo la madre, que tampoco podía parar de llorar—. Ya estás aquí con ella.

—Temo que, cuando crezca, me odie por haberla abandonado tanto tiempo.

—Ella aún no entiende nada. Eso podría suceder si alguien le hablara mal

de ti, y no lo permitiremos. Tú no sabías qué hacer con la suerte que te tocó, mi ángel. Ya no te martirices.

—¿Quién la trajo?

—David.

—¿No quiso esperarme? Pensé que, al menos, podríamos conversar de nuestra hija, o que le gustaría saludarme.

—Ya no pienses en eso. Tendrán tiempo de verse en otro momento; ahora disfruta a la pequeña. Mira qué sonriente está; es como si supiera que eres su madre.

El día transcurrió y no tuvo ninguna noticia de David. Esa parte del recibimiento no fue como ella lo imaginó, pero con el acercamiento a su hija le fue mejor de lo que se lo había esperado. La energía del día estuvo tan cargada que necesitó un tiempo a solas para asimilar esa realidad que había dejado atrás, la que se había congelado en su memoria. Hasta hoy se daba cuenta de que el mundo había girado para todos y ya no podría recuperar el tiempo perdido. Sandra no pudo contener la emoción y tuvo que refugiarse en la soledad de su habitación para llorar todo su arrepentimiento.

La niña durmió en casa de sus abuelos maternos esa noche. A la mañana siguiente, cuando amaneció, Sandra encontró a su pequeña hija dando pequeños pasos por toda la casa, sostenida de los muebles y de todo lo que se tropezaba en su camino. Al compartir aquel día con su hija, se quedó admirada con su desarrollo. La niña era muy dócil y comunicativa; en otras ocasiones, se había quedado en casa de su abuela Gisela, así que se sentía cómoda. Estaba feliz con los juguetes que le había regalado su madre; se pasaron la mayor parte del tiempo jugando. Finalmente, Sandra ideó un viaje para la semana previa a la llegada de su esposo; quería irse a la playa con su hija y

sus padres. Tomó el teléfono para decirle a David, pero luego se retractó; prefirió que lo hiciera su madre. Si él no quería verla, sería mejor no presionarlo.

Sandra estaba complacida y borró a David de su mente. Los primeros días que Diana pasó en Varadero, estuvo contenta; al tercero, empezó a necesitar a los suyos y comenzó a dar señales de que se quería marchar. Con trabajo la abuela la convenció de que se quedara hasta el final, pero se pasaba todo el día balbuceando: «Papá», «Abu», «Tita». Sandra se sorprendió mucho al escuchar la facilidad con que decía «Tita», a una edad que —con trabajo— decían «Mamá» y «Papá». Sandra recordó que, hacía tiempo, Gisela la había puesto al tanto de cómo estaban las cosas; en aquel momento, no le había molestado tanto como ahora. La niña manifestaba tener un vínculo especial con la supuesta Marcela, y eso era lo que más le fastidiaba. No pudo evitar interrogar a Gisela sobre el tipo de relación que tenía Diana con la pareja de David y, al advertir que la cercanía era demasiada, se sintió peor. Cualquier mujer toleraría al hijo del hombre al que ama; muchas le tendrían cariño y hasta le profesarían cuidados por amor a ese hombre. Otras harían lo que sospechaba que aquella estaba haciendo con su hija,: ganarse un lugar especial en su corazón. Descubrió que Marcela ocupaba un papel importante para la niña, tanto como su padre, más relevante que el de ella misma.

Gisela, que se percató de la inquietud de su hija, se le acercó y le preguntó:

—¿Qué tanto te preocupa si tú ya estás casada y eres feliz?

—No es por él, es que siento que esa mujer me ha robado el cariño de mi hija —dijo Diana.

—Tranquila, no hagas las cosas mayores de los que son. Diana está muy chiquita, solo es un año. ¿Qué es frente a los que puede vivir a tu lado? Después ni se acordará. Cuando vea la foto de cada cumpleaños, tú estarás presente. Tranquilízate, la vas a poner nerviosa.

Cuando concluyó la semana, Sandra se enfocó en los preparativos de la fiesta de cumpleaños de su hija, sin poder evitar recordar aquella misma fecha, un año atrás, en la que casi pierde la vida. Su esposo llegaría, de un momento a otro, y quería que todo fuera perfecto. Cuando Sandra se enteró, por boca de su madre, de que David no quería que el festejo fuera en la casa de los abuelos maternos, sino que ya había rentado un local, se exasperó. Tuvo ganas de ir a buscarlo y de aclararlo frente a frente, pero no quería ceder. Ella no sería la que provocaría el encuentro entre ambos. Luego del arranque de coraje, Sandra prestó atención y escuchó lo que le comunicó su madre.

—David dijo que, si quieres, puedes celebrarle otro cumpleaños a la niña un día después, en donde quieras hacerlo, pero que la fiesta del día señalado será en el sitio que él rentó.

Antes de empeorar las relaciones, sabiendo que —para sus planes futuros— debía contar con el permiso de David para llevarse a Diana, Sandra aceptó el lugar que él había escogido, pero le pidió —a través de su madre— que la dejara hacerse cargo de todos los preparativos.

Capítulo 54

Junio, un añito de vida

Comenzó aquella lucha de poder sobre la niña. Por un lado, David, que no quería ceder; por otro, Sandra, que quería llegar imponiendo su voluntad. Marcela se le quedaba observando a David, tratando de encontrar un indicio que le revelara qué estaba ocurriendo en su interior. Ese día Diana estaba con ellos. Mientras él permanecía inmóvil, mirando jugar a la niña, Marcela le estudiaba el rostro.

Caridad estaba en la cocina. Marcela dejó a David con la niña, se le acercó a la señora y le dijo:

—Cachita, a mí no me engaña. ¿Algo le preocupa? Hoy es un manojito de nervios.

—No puedo concentrarme en lo que estoy haciendo. Parece que Sandra y David han resuelto sus diferencias y que son muy civilizados por el bien de la niña, pero el ambiente está muy tenso —admitió Caridad.

—David, últimamente, está muy callado. Parece que estallará de un momento a otro. Es impredecible y más cuando se trata de Sandra. ¿Usted teme que ella lo convenza y que la deje llevarse a Diana?

—Marce, eso sería muy difícil para cada uno de nosotros. Si eso sucediera, tú y yo nos quedaríamos con la conciencia tranquila. Hicimos lo correcto, ayudamos a Dianita. Tal vez la niña crezca lejos y no nos recuerde, pero nosotras sabremos que actuamos bien. Siempre supe que no podía basar mi

felicidad en mi nieta, que ella tenía a su madre y que algún día la reclamaría, pero pasó tanto tiempo... No imaginaría mi vida si estuviéramos separadas.

El teléfono comenzó a sonar; era Gisela, la madre de Sandra. Marcela vio a Caridad contestar, tras comprobar que David no se movía de su sitio. Sandra quería que le llevaran a la niña, deseaba que llegara en sus brazos al lugar de la fiesta, quería vestirla y prepararla para la ocasión. Marcela escuchó a Caridad preguntarle a David qué opinaba al respecto y él le dijo a la madre:

—No cumpliré las órdenes de Sandra. Dile que nos veremos en la fiesta — emitió bufando.

Marcela se dio cuenta de que la niña comenzaba a asustarse ante los gritos. Ella se había prometido mantenerse alejada de aquel asunto, pero ya estaba hartándose de los mensajes y de los intermediarios entre Sandra y David; si se suponía que eran adultos y todo estaba arreglado, ¿por qué no podían encarar la situación como tales? Enfrentó a David.

—Mi amor, Diana solo tiene un año. La situación es un poco tirante; no creo que sea lo mejor para ella. Somos maduros: pensemos siempre en la pequeña. Esta guerra fría entre Sandra y tú nos está afectando a todos. ¿Qué pasará cuando llegemos a la fiesta y ustedes se sigan pidiendo la cabeza?

—Tienes razón. No quiero enredarla en mis problemas de adulto. He querido explicarle que su madre ha venido a verla, pero ni sé cómo decírselo; no sé si entenderá una palabra a su corta edad. Nunca le he negado a Diana la existencia de Sandra, ni que algún día la conocería. No imagino qué pasa por su cabecita.

—Es pequeña, pero los niños entienden. A lo mejor, no requiere de tantas palabras, ni que seas tan específico con la información. Sus dudas serán mayores cuando entre a la escuela y se compare con otros niños. Ahora lo que necesita es sentirse segura, protegida y no ver a su padre con cara de ogro cada vez que sale el tema de su mamá.

—Trataré de poner de mi parte para que la niña sufra lo menos posible con este cambio repentino.

Gracias a la intervención de Marcela, fue a él al que le tocó ceder. Lo hizo por su hija, para que la tirantez no siguiera enturbiando el aire que Diana respiraba.

—Por favor, mamá, ¿podrías comunicarte con el padre de Sandra y decirle que puede pasar por la niña? —Fueron las palabras de David.

Y así se hizo.

En casa de Caridad, todos estaban preparándose para el cumpleaños. Era extraño, para Marcela, que la niña no estuviera con ellos; la encontrarían en la fiesta. Ni sabía siquiera cómo iba a ir vestida. Marcela se sentía rara, ahora era una persona ajena que no tenía control sobre Diana ni sobre su fiesta. A la vez que se arreglaban, David y ella conversaban, como siempre, de algún tema y salió el de Amanda.

—Marcos no ha querido hablar contigo al respecto porque él también está asustado. Se ha encariñado mucho con Josué —le comentó David sobre la situación de su amigo.

—Ya hablé con Amanda, llevaré el caso. ¿Y tú qué opinas de ese asunto?

—Padre no es el que hace sino el que educa. Creo que debe hacerse lo que beneficie al niño.

—Siempre se trata.

—¿Crees ganar?

—Eso pretendo, pero no es tan sencillo. Arturo es el padre verdadero y, por desgracia, el fiscal que lleva el caso es demasiado bueno.

—Tú nunca le has tenido miedo a eso. ¿Lo conozco?

—Es Miguel.

Ella lo conocía demasiado bien y David lo recordaba. Marcela no había intercambiado con Miguel, desde aquella última ocasión en el despacho, más que un saludo casual, ya sea por cuestiones laborales, o al encontrárselo — alguna que otra vez— al visitar a su abuela. Miguel había crecido en su profesión: jamás había perdido un juicio y sabía escoger sus casos muy bien. Por supuesto, veía que aquel estaba ganado de antemano.

Marcela sabía que Miguel seguía soltero, pero desconocía si tenía algún tipo de compañía. Reflexionaba acerca de Miguel como fiscal del proceso de impugnación de la paternidad. Por un lado, Arturo había demandado y exigía que se le restituyesen los derechos que le habían arrebatado; por otro, Marcela tenía que enfrentarse a Miguel en el plano profesional. Siempre existió la posibilidad de que algún día estuvieran cada uno al otro extremo de un caso. Pertenecían a la misma zona geográfica y a la misma área laboral, solo que había llegado en el momento menos oportuno. ¿Acaso Arturo sabría qué significaba Miguel para Marcela? De sospechar la relación que había entre Miguel y Marcela, ¿Arturo continuaría pensando que había escogido al mejor? Miguel representaba los intereses del Estado por encima de Arturo; en eso basaría sus argumentos Marcela.

Al verla tan callada, David la abrazó por la espalda a la par que ella se cepillaba el cabello. Ella se volteó y quedó prisionera de sus brazos; se besaron mientras él continuaba acariciándola.

—He estado muy huraño. ¿Me perdonas? —le suplicó—. No te vuelvas a enojar conmigo; me comportaré a la altura. No quiero destruir la paz intensa que siento cuando me dejas abrigar tu cuerpo.

Ella volvió a llenar de aire sus pulmones y murmuró:

—¡Es el primer cumpleaños de Diana y no lo celebraremos nosotros, pero lo prefiero a que el lugar se convierta en un campo de batalla! ¿Tú estás más calmado?

—Lo estoy. Ya no le daré importancia a lo que no lo tiene; lo único que deseo es que Diana esté feliz y que tú también lo estés. Aunque sé que será un poco incómodo, intentemos seguir adelante. Algo más, antes de irnos: no olvides ni por un segundo que te amo. Es verdad que la quise mucho, pero la mujer de mi vida eres tú. Y no podría ser diferente; ¡estás preciosa!

—¡Eres empalagoso! —dijo Marcela sonriendo—. ¿Cuándo me has dicho que no me veo linda? Ni aunque me vista con papel sanitario alrededor de mi cuerpo. Así me gusta verte: contento. Iré a pedirle una opinión a tu madre; no sé si me veo bien con este vestido. —Marcela se miró, una y otra vez, en el espejo y lo dejó con la palabra en la boca. Fue en busca de su suegra.

Ante la pregunta de Marcela, Caridad la tomó por el brazo y se la llevó lejos de David, para que este no escuchara lo que le iba a decir.

—Con cualquier vestido te ves bien. Eres muy bonita; mírate en el espejo —le dijo mientras la arrimaba con suavidad a uno que tenían enfrente. Lucía un vestido vaporoso, color palo de rosa, que resaltaba la tonalidad de su piel; zapatos que hacían juego, y los labios color frambuesa, que le daban un aspecto entre tierno y tentador—. Dime: ¿qué ves? Ten confianza en lo que tienes, que ya te lo supiste ganar. Sabes que te he llegado a tomar gran afecto, y no te voy a mentir. Sé cuales son tus preocupaciones: por un lado, el cariño que le tienes a Diana y, por otro, el amor de David. No te sientas amenazada por la presencia de Sandra.

Marcela la escuchó y entendió el punto, pero ella no quería un amor de méritos, quería una pasión que se devorara todo a su paso, que no tuviera fronteras, que no pudiera controlarse por los límites de la razón o la conciencia. Así quería que la amaran porque así ella se había entregado: con toda el alma. Suspiró y ya no pudo dejar de hablar con su interior. «El amor va más allá de cualquier demanda. Se trata de amar la esencia del otro sin el afán de cambiarla, sin esperar satisfacer —con esa unión— alguna necesidad

espiritual o terrenal. Es algo muy difícil para nosotros, los seres humanos, que somos un cúmulo infinito de necesidades; incluso, después de muertos, necesitamos la tierra para que descansen nuestros restos, o el cielo para que more nuestra alma», pensó.

Cuando arribaron a la fiesta, sus pensamientos se detuvieron en seco. Ni siquiera había reparado en el camino, solo recordaba la sensación del aire en su rostro. Al llegar, aún no había muchos invitados, pero ya estaban Marcos y Amanda con su pequeño hijo. Por esta supo que Paula no vendría. Había dejado dicho que no estaba de acuerdo con aquella farsa, después que Sandra se había desentendido de su responsabilidad como madre. Era el primer cumpleaños de Diana, y Paula no estaba presente.

Marcela y David divisaron a la cumpleañera; se veía muy linda con un vestido azul. En cuanto Diana supo que ellos habían llegado, quiso que la tomaran en brazos. Sandra tuvo que acercarla, vino acompañada del brazo de su esposo. Se presentaron y saludaron como si todo fuera parte de la rutina diaria. Marcela intentó sonreír, aunque estaba algo nerviosa, temiendo la reacción de David. Él se comportó a la altura, como lo había prometido. Sandra aparentó naturalidad, los besó en la mejilla a cada uno y, si sintió algo, lo disimuló a la perfección. David lucía soberbio con un traje gris hecho a la medida, camisa blanca ligeramente abierta en los primeros botones, sin corbata; todo derrochaba su esencia masculina y sensual. La sonrisa torcida no abandonó su rostro ni siquiera un segundo.

Diana se les colgó del cuello a Marcela y a David para darles un beso. Entonces, Marcela tuvo que soportar la mirada de Sandra que, aunque trató de disimular, no pudo ocultar del todo sus sentimientos ante la reacción de la niña. Marcela ni siquiera retuvo las palabras de saludo que le habían dicho, ni las pronunciadas por ella misma; esperaba ansiosa la reacción de David. Diana le tendió los brazos a Marcela y no le dio otra opción: tuvo que cargarla

ante la mirada de complacencia forzada de Sandra.

—Vaya, parece que Dianita está muy a gusto en tus brazos. No hay quien la despegue de ti —le dijo Sandra a Marcela—. Bueno, a lo mejor, en un rato, decide regresar conmigo. Te la presto mientras tanto.

Aquello no le agradó a Marcela; notó que las palabras de Sandra tenían doble sentido. La observó alejarse junto a su esposo. Sandra se creía una diosa y caminaba, de un lado a otro, balanceando las caderas, desde su mundo infranqueable, con aquel vestido rojo pasión que la hacía lucir más sugerente aún. Marcela pudo notar que David no era el mismo; aunque trataba de disimularlo, estaba retraído y extremadamente pensativo. Pocas veces lo había visto así.

Marcela trató de olvidarse, por un instante, de sí misma y se enfocó en la niña. A eso había venido: a acompañar a Diana en su cumpleaños. Si algo amenazaba con arrasar la paz en que había crecido la pequeña, lo único que quería era no ser la responsable. Diana no quiso separarse de Marcela ni un minuto más, hasta que comenzaron a llegar los niños y pidió que la llevaran de puntitas a jugar con ellos. Pero ni eso la distrajo. Marcela se sentía tensa; todo su cuerpo estaba a la defensiva. Espió de reojo a David, que miraba a Jean-Louis. De seguro David no se había imaginado así a la pareja de Sandra. Marcela y David no tenían secretos; por eso Marcela creyó leer el rostro de David e intuir lo que pensaba al respecto. Aquel hombre era el que, según Sandra, había sido un escalón más para su carrera; por supuesto que, tras verlo, David ya no se tragaría ese cuento. Jean-Louis era un hombre que podía interesar a una mujer por sí mismo y bastante.

La fiesta estaba llena de gente, de muchos niños que corrían de un lado a otro y participaban de los juegos que organizaba el mago. Diana estaba muy contenta. Luego de la piñata, Marcela se sentó un rato con ella sobre sus piernas, y no cesaba de reírse de las monerías del payaso. El ambiente estaba

tan sobrecargado que a Marcela le costaba seguir a David con la vista; tenía un conocido dolor a la altura del estómago. Lo vio conversando al otro extremo con unos amigos; entre ellos, Marcos. Se sentía agobiada. Por un lado, la niña; por otro, Amanda, que le hablaba. De pronto David se le desapareció. Por más que quería confiar en él, era débil para eso. Lo que podría preocuparle era que él se encontrara con Sandra a solas, pero aquello era imposible porque Sandra y su esposo estaban a la vista de Marcela. A cada rato Marcela la veía: una vez platicando con su madre; otra, con unas amigas. Sandra se cambiaba de posición con frecuencia. Cuando Marcela trataba de perseguirla con la mirada, Diana le tomaba la cara entre sus manitas y le reclamaba su atención.

Entre una y otra, Sandra también se le perdió de vista. Pasó medio minuto en que turbios pensamientos torturaron a Marcela. Se levantó, con la niña aún en brazos, para tener mejor visibilidad, pero fue inútil. Por último, dirigió su vista a la puerta y vio a Paula, que acababa de llegar. Esta se dirigió hasta ellas y, luego de abrazarla, le dijo:

—Tuve que venir a apoyarte, no te podía dejar sola.

—No te preocupes; todo está bien. ¿Verdad, Amanda? —comentó Marcela.

—Sobre todo —señaló Amanda—. Hace rato que no divisamos a David.

—Pero... —titubeó Marcela, que no se había percatado de que su amiga estaba al tanto de sus angustias.

—Dame a la niña un rato —le propuso Paula—. Ve y tómate una cerveza para que se te enfríe la cabeza. David está por la entrada con unos amigos; lo vi cuando venía. Cálmate, Marce, por Dios.

—Estoy tranquila; ustedes están alucinando. Te tomaré la palabra: iré por una bebida, pero para las tres.

Marcela fue directo al bar, pidió un chupito de tequila y lo tomó sin respirar; cogió las tres cervezas y, antes de regresar con sus amigas, giró la vista en

dirección al sitio donde Paula había visto a David por última vez. En el otro lado del salón, él conversaba con unos amigos. Marcela lo continuó mirando y el tiempo se le fue de prisa mientras se terminaba su cerveza. Sonrió complacida al convencerse de que los fantasmas que alimentaba solo existían en su mente. Cuando a la par vio a David abandonar al grupo de amigos, decidió caminar hasta él para encontrarlo a medio camino; moría por estrecharlo en sus brazos, a donde pertenecía. Antes de llegar a su lado, vio que Sandra se le había adelantado. Ella ya lo estaba esperando. Él, sin darse cuenta, se tropezó con su ex, que a propósito se colocó en el sitio idóneo para que sus cuerpos rebotaran. Marcela la vio devorarlo con los ojos, mientras él la desafiaba con la mirada; los celos la hicieron rabiar. Sandra le sonrió coqueta a David, y ambos dieron señales de intenciones de conversar, y se sintió de más. Se quedó congelada en su sitio, de donde los podía oír.

—David, has estado muy ocupado desde mi regreso. No hemos tenido mucho tiempo para hablar —le dijo Sandra mientras retorció un mechón de pelo entre sus dedos. David no había notado que Marcela estaba cerca.

—Con permiso. No sea que tu esposo se sienta incómodo al encontrarnos hablando a solas.

—Jean-Louis no se inquieta por pequeñeces. Tal vez lo que te preocupa sea tu mujer. —David ignoró la insinuación. Ella continuó hablando lentamente—: Necesitamos hablar sobre la niña.

—Es muy tarde para eso y no es el momento apropiado; debemos atender a los invitados.

—¿Quién le ha dicho a Diana que esa mujer que anda contigo es su madre?

—Esa mujer no anda conmigo. Vive conmigo y muy pronto vamos a casarnos.

—Eso no la convierte en la madre de mi hija, así que tengan cuidado con lo que le dicen.

—No vas a venir a decirme cómo tengo que educarla. Marcela es lo único que ha visto tu hija que se parezca a una madre. Es tarde para preocuparte por

ella.

—Tú me abandonaste cuando más te necesitaba, y no te lo echo en cara. Casi me muero en un salón de hospital por traerla al mundo. Ahora no quieras dártelas de súper padre, cuando ni siquiera pudiste criarla solo; tuviste que buscar a una mujer para que te ayudara. Una solución muy fácil. Tuve que luchar mucho para lograr ser lo que soy, pero nunca olvidé que mi hija estaba esperándome. Sufrí mucho al estar separada de ella, así que, si tu mujercita quiere jugar a las casitas, que vaya pensando en tener a su propio hijo, porque la mía no le va a servir más de entretenimiento. He venido para llevármela.

Marcela vio a David salir caminando hecho una furia. Se tropezaron y ella seguía impávida. Él no se sorprendió al encontrarla en el camino; todo lo contrario, suspiró de alivio. Ella aún tenía, en cada una de sus manos, las cervezas para sus amigas. David se las quitó y las dejó en la primera mesa que encontró; tomó a Marcela del brazo, y siguieron avanzando. No se detuvieron hasta llegar con Paula y Amanda. David sostuvo a su hija en brazos, miró su reloj y la besó en la frente.

—Ya es muy tarde, Diana. Ya jugaste y te divertiste lo suficiente, así que nos vamos para la casa.

—Pero ¿cómo va irse antes que los invitados? —insistió Amanda.

—La farsa terminó —dijo Paula sonriendo y dando en el clavo. David le contestó con una mueca retorcida y Marcela le dio a entender a su amiga que mejor se callara.

Esa noche Diana durmió entre Marcela y David. Ambos la abrazaron para borrar cualquier amenaza que intentara arrancarla de sus brazos.

Capítulo 55

Julio turbulento

Amaneció más pronto que de costumbre. Marcela se despertó temprano; era lunes, y debían prepararse para ir a trabajar. Aún estaba preocupada por David, quien seguía ensimismado y casi no había mencionado palabra desde la fiesta. Sabía que miles de ideas se habían apoderado de él. Estaba taciturno y reflexivo; desde que Sandra había llegado, no encontraba paz. Lo dejó durmiendo al lado de Diana, no sin antes esbozar una sonrisa, al ver la tranquilidad que reposaba sobre el rostro de la hermosa niña.

Marcela se metió en el baño, dejó que la ropa se le deslizara por la piel y, luego, se introdujo en la ducha. El agua, fresca como la de un manantial, recorrió todos los rincones de su cuerpo y lo nutrió como a una tierra árida: llevándose con ella las impurezas. Tal vez, ahora comprendía un poco más el amor. Los celos lo debilitaban, la confianza lo hacía más fuerte. Se resignó y esperó que el desenlace del ataque de Sandra fuera lo más provechoso para todos. Si Diana iba a estar mejor con su madre, o si la vida le daba una oportunidad a Sandra para ganarse el amor de su hija; eso, a la larga, iba a beneficiar a la niña, porque encontraría la total armonía familiar, la dejaría ir si realmente la amaba. ¿Sería eso, por fin, eso el amor?: ¿dejar ser?

Se sorprendió cuando sintió una piel cálida y firme deslizarse por la sedosidad de la suya. Sabía que a David le gustaba comenzar el día con las pilas bien puestas. La parte preferida de él era la mañana, donde era

implacable y no aceptaba un «No» por respuesta. Marcela se despegó con suavidad y le susurró:

—¿Qué haces? Vamos a llegar retrasados al trabajo. Hoy me levanté media hora más tarde.

—Entonces, tendremos que empezar a levantarnos más temprano. Es mi turno en la ducha y te encuentro así, sin nada de ropa. Ya sabes cómo me pone eso. —Instintivamente ella bajó la vista hacia la potente erección con la que solía amanecer su hombre—. No puedo resistirme si te veo desnuda debajo del chorro.

David la observó unos minutos y, luego, deslizó una mano a lo largo de su cuerpo.

—Ven —le dijo y la arrimó hacia sí con fuerza y se lanzó desesperado a la boca de Marcela, como si fuera el aire que necesitaba para respirar.

La envolvió con su elíxir de seducción y a ella no le importó nada más que apoderarse de cada rincón de su cuerpo, con la misma pasión con la que él se había adueñado del suyo. Se le metió tan adentro que no dejó más espacio, en la mente de Marcela, que para el deseo desenfrenado de amarlo. El agua caía como lluvia de la regadera y seguía corriendo a través de sus cuerpos, fundidos en uno solo. Lo miró a los ojos, al tenerlo muy cerca, mientras David no soltaba cada trozo de su piel y le robaba la sonrisa una vez más. Marcela se entregó por completo, como lo había hecho desde que hubo decidido amarlo sin garantías, porque no las necesitaba.

Así, teniéndola en sus brazos, David le susurró:

—Quiero decirte algo y esta vez no permitiré que me detengas. Quiero ser tu esposo para que no quede pedazo de mí que no te pertenezca; por todas las leyes, las de la tierra y las del cielo; para que nada nos separe.

—Nada tiene lazos más fuertes que los del corazón.

—Entonces, ya te pertenezco por entero —dijo y mostró lo que llevaba puesto hasta la mitad del dedo meñique—. ¿Quieres casarte conmigo?

—No lo necesito para... —intentó decir Marcela, y la calló con un beso que

la dejó sin aliento.

—Marce, yo sé que me quieres sin un papel de por medio. No te estoy preguntando eso. Quiero saber si te gustaría ser mi esposa. Solo responde «Sí» o «No»; no aceptaré otra respuesta.

—Te amo. Por supuesto que quiero casarme contigo.

—Esa respuesta me gusta más que un «Sí» —admitió y siguió embistiéndola hasta que ambos se perdieron en la gloria.

Marcela ahora estaba segura de que elegimos a la persona con la que queremos compartir nuestra vida, a quien nos hará compañía, mas eso no nos hace propietarios de su entidad. El amor es como el aire: no se puede atrapar. Por más que se trate, se escurre entre los dedos; es pura vida, entra a nuestro cuerpo y nos llena de energía, pero con la misma rapidez podría escaparse para seguir el ciclo de su existencia. Ella sabía que un contrato no le aseguraba el amor eterno y desconocía por qué no podía dejar de reír. La insistente propuesta de David la tenía flotando en una nube, en la misma que lo veía flotar a él. Adoraba verlo sonreír.

David y Marcela salieron del baño con una sonrisa, se terminaron de alistar, y se dirigieron a la cocina. Ella se dio cuenta de que la niña no estaba donde la había dejado.

—¿Y Diana? —le preguntó a David.

—La llevé a su habitación cuando me levanté. Aún estaba rendida.

—Vamos por un café a la cocina. Ya no nos dará tiempo de desayunar.

Salieron del brazo, entre besos y risas. Se sorprendieron al ver a todos despiertos y a la visita. Caridad y la niña se habían despertado porque alguien había llamado temprano a la puerta. Era Sandra, que había venido a buscar a Diana.

—Discúlpeme por venir tan temprano. Mi esposo y yo hicimos planes para un paseo y queríamos llevar a Dianita —dijo Sandra.

—Ya ves que ya todos estamos despiertos. ¿Te quedas a desayunar con nosotros mientras la preparamos para que te la lleves? —preguntó Caridad.

Sandra se lo pensó unos segundos y terminó por aceptar—. Marce y David, ¡miren qué hora es! ¿Se les hizo tarde hoy?

—Marce y yo no podremos quedarnos. Mi madre te hará compañía —le comentó David a Sandra.

David se tomó un café de pie, al lado de la barra de la cocina, y esperó a Marcela para marchar al trabajo. Caridad hacía el desayuno para Sandra mientras Marcela peinaba y vestía a la niña para que se fuera con su mamá.

—Te desenvuelves muy bien con ella —le mencionó Sandra a Marcela—. Lo último que quiero es retrasarlos. Si me muestras dónde están sus cosas, puedo prepararla.

—Claro. Acompáñame a su habitación —le propuso Marcela.

—Diana está muy encariñada contigo, casi se cree que eres su madre —le insinuó Sandra con una sonrisa, cuando se quedaron a solas en el cuarto.

—Siempre le he dicho la verdad.

—No, no me importa. Al contrario, no sabes cuánto te agradezco. Es natural, es muy chiquita. ¡Al fin podemos estar juntas! He sufrido mucho por la lejanía, pero he tenido que preparar el terreno para poder llevármela conmigo.

Marcela sintió un nudo en la garganta al escucharla decir lo último. Era muy diferente pensar en aquello en frío que vivir el comienzo de aquella separación. La sola idea de alejarse para siempre de Diana le hacía perder la estabilidad. Sintió una mano cálida, que la sujetó por el talle, y una voz conocida, que le recordó que se les estaba haciendo tarde.

—Vamos, cariño —le pidió David a Marcela y, luego, se volvió a Sandra—. Tráela temprano. Puedes preguntarle a mi madre lo que necesites saber.

—Pensaba que podría quedarse esta noche conmigo —le comunicó Sandra a David.

—Diana tiene una rutina y, desde que llegaste, no la hemos respetado. Quiero retomarla. Saquemos un tiempo tú y yo para que conversemos acerca de nuestra hija y lleguemos a acuerdos, por su bienestar.

Marcela se sorprendió de la sensatez de David y le gustó escucharlo tan centrado. Primero se despertó con mucha determinación y no le aceptó un «No» por respuesta ante su propuesta de matrimonio. Después, actuó como un adulto coherente, con la edad que tenía, y aceptó sentarse con Sandra a dialogar sobre la hija que tenían en común. Marcela pensó que sería lo mejor que David actuara con serenidad. Así, él y Sandra dejarían los diálogos atropellados y llenos de indirectas y doble sentido.

Se fueron juntos a trabajar. Marcela quiso decirle a David, mientras él ponía en marcha el motor de la pantera negra, que perder a Diana sería muy doloroso para la familia. No fue necesario manifestarlo; él le leyó la mente y le aseguró:

—Marce, Sandra vino para llevársela. Eso no sucederá; no, al menos, mientras de mí dependa. —La actitud de él la ayudó a mantener la calma.

—Por suerte, Diana es pequeña y no comprende los planes de su madre; de lo contrario, estaría muy asustada.

Él, sin dejar de mirarla a los ojos, se deslizó sensualmente hacia atrás en la moto y le pidió tomar el lugar del piloto.

—¿Qué pretendes? —inquirió sorprendida y abriendo los ojos como platos.

—Ya aprendiste a dominar el todoterreno; es hora de que te enfrentes a la moto.

—Ni loca conduzco este monstruo.

—Yo dejé de fumar por ti; tú tienes que hacer esto por mí.

—No puedes obligarme.

—Viajo mucho y quiero que, si la necesitas, no te aterres al tenerla enfrente.

—Prefiero tu adorada antigüedad.

—¿Y si de pronto se rompe, o pasa algo? Vamos —le insistió—. Además, te ves endemoniadamente atractiva arriba de la pantera.

—Te gusta provocarme y ponerme de los nervios —admitió mientras se subía a la moto y tomaba el volante que él le pasaba.

—Me gusta llevarte al límite porque sé que puedes dar más —dijo al

tiempo que se apretaba contra su trasero y, besándola en la oreja, le susurró—: ¿Ves? Me pones a mil.

Hizo su mejor esfuerzo y, entre aciertos y desaciertos castigados por las risas de él, llegaron al despacho. Levantaron las miradas de sus colegas cuando el sensual hombre que la había acompañado le robó un beso nada profesional ante las caras atónitas del resto del personal.

—Tan bonito que es el amor —le susurró Paula a su amiga, que la esperaba en la entrada.

—No me hables de amor. No sé qué haces aquí y no corriendo a los brazos de Lucas.

—¡Calla! No me lo recuerdes.

—Necesito tu ayuda con el caso de Amanda. Acompáñame a mi oficina.

Ahora, más que nunca, Marcela comprendía a Marcos. Ella no tenía ningún derecho escrito sobre la menor, pero estaban en una situación muy parecida: luchaban en el mismo lado de la batalla. Esto no podía continuar; si de ella dependía que Marcos no sufriera aquel latrocinio, que no estaba registrado en ningún otro código que no fuera el del corazón, aquel juicio estaría ganado. Más que a Marcos, se defendía a ella misma. Rápidamente, olvidó todas sus teorías acerca del amor; la parte irracional de la naturaleza se había apoderado de Marcela.

Marcela le había presentado, hacía días, sus evidencias al juez; ahora se encontraba ante el tribunal, porque el fiscal le pediría formalmente al juez que la madre del menor accediera a hacerle la prueba de ADN a su hijo para confirmar así la paternidad del demandante, visto que la madre negaba aquel hecho.

Marcela miró nuevamente a Amanda buscando su aprobación o una señal que la liberara de seguir lo acordado entre su amiga y Marcos. La resolución de Amanda no parecía haber cambiado, así que Marcela prosiguió. Después

que Miguel planteó lo que le había traído hasta allí, Marcela intervino.

—No es necesario que se haga la prueba requerida por el fiscal. La ciudadana Amanda Manzanillo Fernández asume que, efectivamente, el ciudadano Arturo López Estrada es el padre de hecho. Pido a su señoría que reconsidere impugnar la paternidad de un ciudadano honrado y trabajador, como lo es el esposo de Amanda Manzanillo, para entregársela al padre biológico quien, en primer lugar, no trabaja y, en segundo, sufre de un alcoholismo severo; por lo cual no podría brindarle la educación que el menor necesita.

Esas fueron las palabras de Marcela, las que el juez tomaría muy en cuenta. Marcela trasladó sus ojos a Miguel. Notó que se quedó sin palabras al entender que ella pretendía dejarlo sin caso en sus manos, porque Miguel había centrado su trabajo en presentar pruebas que demostraran que Arturo era verídicamente el padre del menor de edad, sin imaginarse que Marcela le saldría con aquello. Miguel se disculpó ante el juez, afirmando que la abogada debió presentar cómo iba a llevar el caso con anticipación. El juez le reiteró lo mismo a Marcela y le comunicó que debía traer, también, la prueba testifical. Así que se suspendía la sesión por el momento.

Marcela se sintió complacida. Lo que más temía era que, para ese entonces, Arturo ya hubiera erradicado su conducta con respecto a la bebida y estuviera trabajando, porque así ni siquiera hubiera tenido una oportunidad.

Marcela se despidió de Amanda y de Marcos e intentó reconfortarlos.

—Todo salió como esperábamos.

—Marce, te agradezco que hayas decidido apoyarnos —le dijo Amanda.

—Espero que lo que salga de este juicio sea lo mejor para Josué y no para nosotros mismos —admitió Marcos.

—Trabajaré para que así sea. Nos vemos.

Marcela se dirigía a salir cuando se encontró con Miguel, que la invitó a un

café. Ella admitió:

—Quisiera aceptártelo, pero voy de salida. Si es algo sobre el caso, podríamos citarnos mañana.

—Por supuesto que es algo profesional lo que quiero hablar contigo. Me diste un golpe bajo —dijo él y añadió una sonrisa.

—Cada cual hace su trabajo lo mejor que puede —manifestó Marcela.

—Podías haberme avisado que ella aceptaría que él es el padre, así no hubiera hecho el ridículo solicitando una prueba de ADN.

—Hiciste tu trabajo. Ahora tienes tiempo suficiente para aconsejarle al padre, supuestamente privado de su derecho, que vaya consiguiendo un empleo y deje el alcohol. Es un mal ejemplo para el menor.

—Ahora, que el juez se llevó la mala impresión de él, la que tú te encargaste de mostrarle.

—¿Y qué esperabas, Miguel?

—No me daré por vencido.

—Es tu trabajo.

—Nadie me ha derrotado hasta ahora. No me ganarás, Marce.

—¿Estás seguro?

—¡No lo puedo creer! —Marcela notó que Miguel se mostró bastante sorprendido—. Estamos peleando por cuestiones laborales. —Se llevó las manos a la cabeza e intentó calmarse. Se la quedó mirando a Marcela, que lo desafiaba aún enojada—. Es un caso de gran peso; nos jugamos los intereses y el futuro bienestar de un menor de edad. Es mi deber ético recordártelo, como fiscal del proceso, que siempre el padre de hecho debe ser el de derecho para el bien del niño. Voy a hablar con el juez para que asigne a otro abogado. No puedes llevar este caso, te estás identificando con la situación. —Miguel tartamudeó al mencionar las últimas palabras.

—¿A qué te refieres?

—Es mi trabajo estar informado de todo lo que esté relacionado con el caso. Sé que cuidas a la hija de tu pareja.

—Soy una profesional y jamás mezclaría mis asuntos personales con el trabajo.

—También están de por medio los lazos que te unen con Amanda. Represento los intereses del Estado y debo hacer lo mejor para el menor. Estás demasiado involucrada con esa familia y no estás siendo objetiva.

—Enfréntate conmigo en el juicio, y dejemos este asunto por la paz. Si estás tan seguro de ganar, ¿a qué le temes?

—A ti. —Suspiró—. A no tener valor de pararme en una corte y lastimarte. —Marcela se sorprendió al escucharlo; después de tanto tiempo, él reconocía que aún la quería.

—Entonces, tal vez, el demandante deba buscarse a otro fiscal que represente sus intereses y los del Estado. O, tal vez, este caso estaba perdido para Arturo de antemano, y hasta ahora te das cuenta. No tienes fundamento legal para pedirle al juez que me retire del caso, y no voy a permitir que manches mi reputación como abogada.

—Lo último que quiero es hacerte daño —recalcó Miguel.

—Licenciado, haga su trabajo, que yo me encargaré de hacer el mío. Si de mí depende, no voy a dejar a ese menor bajo la sombra de un alcohólico que ni siquiera tiene estabilidad económica.

—Marce, todos nos merecemos una oportunidad. ¿Acaso tu amiga, al menos, lo ha intentado? —preguntó Miguel y estiró el silencio unos segundos para luego añadir—: No tenemos que hacerlo personal. Somos tú y yo de un lado y el trabajo del otro; recuerda eso. No hay que mezclar las cosas. Me duele la separación, que cada vez se hace más grande entre los dos. No me refiero a no tenerte como mujer, me refiero al respeto y al cariño que siempre nos hemos tenido y que, desde que nos involucramos en este caso, se esta perdiendo. Al menos por la amistad que por tanto tiempo hemos compartido, por haber crecido prácticamente juntos, merezco un mínimo de consideración. Como profesionales, al fin y al cabo, intentemos ver las cosas con claridad.

—Mich, sabes que te quiero y que te considero un amigo, pero dejemos

nuestra amistad en la puerta para tratar este caso.

—Pero, Marce, no tiene que ser así.

Marcela salió con la mente hecha un caos y, encima de todo, tenía que lidiar con sus problemas personales.

Capítulo 56

Julio. David parecía calmado, pero era un volcán a punto de hacer erupción

Con la llegada del domingo, David recibió una llamada telefónica; Sandra le pedía que pasara a buscar a su hija esa noche. Le recalcó que sería una buena oportunidad para la conversación que tenían pendiente. David estaba inquieto, no conseguía dejar de pensar en lo que significaba encontrarse a solas con Sandra. Era una tentación latente de la que no estaba seguro que pudiera hacerle frente, si quería ser franco consigo mismo. Le dijo a Marcela, con aparente naturalidad, que pasaría a recoger a Diana por casa de sus abuelos.

David llegó a casa de Sandra y lo pensó dos veces antes de llamar a la puerta. Ya eran las ocho y media; la casa estaba iluminada por una tenue luz. No se sorprendió al escuchar que los padres de Sandra habían salido; Sandra era especialista en las casualidades en el justo momento que le convenía. Diana estaba viendo una película de animados cuando David mencionó que era la hora de marcharse. Sandra intervino.

—Déjala que termine; ya falta poco. Mientras, te invito una taza de café.

—Ella no ve las películas completas, solo tiene un año. Se deslumbra con los colores y los sonidos; es todo —comentó David.

—Dejémosla entretenerse con eso mientras llegamos a un acuerdo.

David se sentó al lado de su hija; Sandra lo hizo en otro sillón. Los minutos

siguieron transcurriendo mientras Sandra conversaba por los dos. Él solo emitía monosílabos ante sus preguntas.

—No me puedes perdonar, ¿verdad? —inquirió Sandra.

—Quedamos en que solo íbamos hablar de nuestra hija —reiteró él.

—David, ¿en qué momento la vida nos llevó por caminos tan distintos?

Notaron que Diana se había quedado dormida. David reparó en su reloj. y aquello no lo sorprendió; la pequeña estaba acostumbrada a dormir temprano. No continuaron hablando; hubo un silencio absorbente en que los ojos de Sandra se le clavaron aún más en su herida. David dudó de sí mismo, de lo que sería capaz de hacer al verla con los labios entreabiertos, devorándolo con la mirada. Ella intentó besarlo y él se quedó congelado, con miedo a sentir. Sandra se acercó aún más hasta que David pudo percibir su respiración agitada. Sacó cada uno de los botones de sus ojales para liberar su poderoso torso y deleitarse en él. Él gimió complacido y se dejó besar por todas partes, hasta que se fundieron en un beso en los labios.

David sintió que sus manos echaron raíces. No podía despegarlas de los costados del cuerpo de Sandra; intentó levantar una, pero aquella indecisión seguía torturándolo. Abrió los ojos y la observó; era muy bella. Los momentos que vivieron en los años de relación comenzaron a metérsele dentro.

—Yo sabía que todo volvería a la normalidad. Tú no sabes vivir sin mí y yo no acepto vivir sin ti. Puedo demorar mi regreso tanto como quieras.

David se alzó, cual largo era, con ella encima a horcajadas y caminó en dirección a la habitación; conocía perfectamente el camino. Continuó besándola y, cuando la dejó caer con suavidad sobre la cama, la escuchó.

—Te extrañé mucho —dijo ella y le bajó el cierre del pantalón de mezclilla negro, que le aprisionaba la entrepierna.

—No parecía. —Atacó y le tomó el rostro entre las manos para admirar ese azul que, por un momento, lo llenó de nostalgia.

—Esto no es solo sexo, David; tengo planes para nosotros. No sé qué va a pasar entre tú y yo pero, en el tiempo que me queda aquí, no quiero a esa mujer en tu casa.

«Esa mujer» fue todo lo que escuchó David, y el recuerdo de Marcela se le metió dentro hasta poseerlo por completo. David no pudo más; sintió un impulso y se dejó guiar por él. Se levantó de la cama y abandonó el cuerpo de Sandra, semidesnudo. Sin mirarla de nuevo y sin reparar en las palabras que usó para intentar retenerlo, se acomodó la ropa, se acercó a la niña y la cargó aún adormecida. Salió de aquel lugar. Miró el reloj; pasaban de las doce. Sabía que era tarde y que, seguramente, Marcela estaría esperándolo preocupada.

Iba manejando, tratando de concentrarse en el volante del auto, recordando la propuesta de matrimonio que le había hecho a Marcela hacía días. Moría de angustia tan solo de pensar que ella pudiera abandonarlo. Se sentía un maldito idiota. Se abofeteó el rostro y se llamó «estúpido, cabrón, imbécil» de mil maneras. Sabía que Marcela le iba a preguntar y que tendría que inventar alguna excusa, pero alguna que satisficiera toda su curiosidad para que aquello muriera allí y no siguiera lesionando su relación. Tenía que mentir para salvar su matrimonio, aún antes que este fuera una realidad. ¿Qué podría decirle? Le había fallado y no sabía qué explicación darle.

Cuando entró a la casa, Marcela estaba despierta. Tomó a la niña en sus brazos y la llevó a su habitación. Luego, se retiró al cuarto de ellos, se metió en la cama y apagó las luces. David la siguió detrás y esperó en vano las preguntas; su conciencia y el remordimiento fueron más poderosos. Él comenzó a hablar.

—Perdona si tardé, no quise preocuparte.

—Todo está bien. Imagino que te entretuviste hablando con el esposo de Sandra; es tan atento.

Él titubeó y al fin respondió:

—Sí, fue eso.

Ella le dio las buenas noches y él le deseó lo mismo. Le costó trabajo conciliar el sueño. Hacia las tres de la mañana, se quedó profundamente dormido y no despertó hasta las seis, como cada mañana, para ir trabajar. Abrió los ojos y comprobó que Marcela ya se había levantado. Se dirigió al baño y, como un autómata, abrió la regadera y se metió en la bañera. Luego, salió y, como hacía todos los días, se dirigió a tomarse un café para terminar de despertar.

En el comedor su madre lo estaba esperando. A pesar de su estado somnoliento, David notó que la expresión del rostro de Caridad no era la habitual. Ella lo miró y le recriminó:

—¿Qué hiciste? —Él no entendió cómo su madre sabía lo de la noche anterior—. ¿Aún no te has dado cuenta? —inquirió Cachita y David se quedó negando con la cabeza—. Ojalá estés seguro de lo que quieres.

David, sin esperar un minuto más, se regresó a la habitación y abrió el clóset para descubrir que muchas de las cosas de Marcela no estaban. Intentó salir como un loco a buscarla, pero su madre lo detuvo. Le recordó que tenía una hija que no iba a entender qué estaba pasando y que, si le afectaba, le iba tocar arreglarlo a él. Cuando su madre lo dejó a solas, se sentó a esperar a que Diana despertara. La niña balbuceó para llamar a Marcela, y él se excusó diciéndole que se había ido a trabajar temprano. Pronto se arrepintió al recordar que las mentiras no traían nada bueno.

Quiso ir de inmediato a buscar a Marcela, pero no sabía qué le diría y, hecho un manojito de nervios, se fue para su trabajo. Durante el transcurso de la mañana, no consiguió concentrarse en nada. A la hora del almuerzo, se recostó sobre su escritorio a pensar, sin otro alimento más que una taza de café. Así hubiera permanecido hasta la hora de salida si no hubiera recibido una llamada de la recepción a las tres de la tarde. Le comunicaron que tenía una visita que lo esperaba abajo. El rostro se le iluminó al pensar que sería

Marcela, pero al mismo tiempo no supo cómo parársele enfrente.

Cuando estuvo abajo, se convenció de que la visita no era la esperada. Sandra apareció con una sonrisa, aparentando que nada había pasado, que podían encontrarse y conversar como buenos amigos. Cuando David le preguntó a qué había venido y le dijo que había pasado a recoger a Diana y que venían juntas a saludarlo, él se fijó en que la niña no estaba al lado de Sandra.

—Preferiría que no vinieras a buscarme aquí y menos sin nuestra hija. No me gusta que la dejes sola en el auto —le dijo David.

—Está en el asiento de bebés; ¿qué le puede ocurrir? Deje las ventanas abiertas y podemos verla desde aquí.

Mientras caminaban hacia auto por Diana, él se exasperó ante su comentario y sacó a la luz todo el resentimiento que guardaba.

—Lo de anoche no se repetirá.

—¿Es tu última palabra? —preguntó ella y David asintió—. Nunca habías sido tan frío conmigo.

—La misma frialdad con la que nos dejaste a tu hija y a mí.

—No sabía que me iba a demorar tanto en volver. Fue un sacrificio por el bien de todos, por el futuro de Diana.

—¡Mentira! Viste la posibilidad de vivir como querías.

—¡También! ¿Es un delito tener sueños? —Comenzó a llorar—. Tú también mentiste. Muchas veces dijiste que nuestro amor era infinito y te bastó tropezarte con esa para olvidarlo. Sé que puedes reclamarme que estoy con Jean-Louis pero, si me lo pides, estaría dispuesta a divorciarme. Tengo mi propia carrera, no lo necesito.

—En otro momento sería fantástico reunirme contigo aquí o en la luna. Muchas veces te pedí que te casaras conmigo, y el tiempo pasó. Ahora tengo la vida que siempre quise.

—Sería increíble estar juntos los tres —le propuso ella. David se sintió fuerte y descubrió que estaba decidido a no seguirla esta vez—. Haz lo que

quieras, pero mi hija se va conmigo.

—¿Serías capaz de separarla de la que para ella es su madre?

—¡No me importa lo que sienta tu mujercita! ¡Diana es mi hija y yo la necesito!

—Le desgarrarías el corazón a Diana.

—Solo es una niña; dentro de unos años, ni siquiera la recordará.

—No te la llevarás. No sabrías cuidarla, la dejarías sola demasiado tiempo.

—¡Esa niña es lo único que me ata a mi descendencia y la quiero a mi lado!

—¿Qué daño te hiciste?, ¿no puedes tener más hijos? —La miró a los ojos y ella se quedó en silencio. David la vio temblando de impotencia y desesperación; le dolió, pero no daría marcha a atrás—. Para hacer lo que quieres, necesitas mi firma sobre un papel y no la obtendrás nunca.

—Lo que más me duele es saber que esto lo haces por despecho, por no darme la satisfacción, por herirme...

—No quiero hacerte daño. Entiende que no es una venganza; me cansé de lo nuestro, de estar despedazándonos continuamente. Los dos somos responsables, pero quiero que eso se acabe de una vez. Sigue con tu vida, trata de ser feliz y déjame en paz —dijo mientras caminaba más rápido en la dirección de la niña.

Ella lo siguió detrás. David vio a Sandra secarse las lágrimas con una mano y apretar los puños para agredirlo. Él la tomó por los brazos y, en voz baja, le susurró:

—Si pudiera ayudarte, lo haría, pero tus instintos maternos despertaron cuando te supiste estéril. No sé si tendré más hijos o no pero, si de mí depende, Diana va a ser equilibradamente feliz.

David se dirigió al auto y tomó a su hija. Le pidió a la pequeña que se despidiera de su madre con un beso. Luego, le recordó a Sandra que podría seguir teniendo contacto con su hija, que eso jamás se lo negaría, pero para llevársela tendría que esperar a que Diana fuera mayor de edad y tomara la decisión por sí misma.

David salió de allí, con la niña en brazos, a buscar a Marcela. Llegó al despacho y le dijeron que no se hallaba allí, que estaba en el juzgado. Sin perder tiempo, se dirigió al mismo. Al arribar, se encontró con que no lo dejaban pasar y se sentó a esperarla en el recibidor.

Capítulo 57

Agosto 2017, y el juicio

Marcela respiró hondo, dejó sus problemas personales fuera y se dijo: «El matrimonio de Amanda y Marcos marcha bien; salvo lo relacionado con la paternidad de Josué, que reclama Arturo, se los puede considerar una pareja feliz. El juez tomará en cuenta mi defensa. Son una pareja joven pero estable: ella estudia, él trabaja, tienen un niño sano y es un hogar lleno de amor. Vamos, ya estoy lista. Voy a entrar». Marcela recorrió la vista y reparó en los presentes. Caminaba con paso firme hacia su sitio cuando Arturo la sujetó por la mano y le soltó estas palabras:

—Estoy seguro de que, con el reconocimiento que hiciste delante del juez, ya nada evitará que me den la paternidad de Josué. Desde que llegaste a la vida de Amanda, la has perjudicado, has sido una pésima influencia para ella. No te servirá de nada meter la ley en esto; el niño será mío y Amanda también.

—Suéltame el brazo, por favor. No tengo nada que decirte, Arturo —le exigió Marcela, tragándose todas las palabras que hubiese deseado escupirle al rostro, y continuó avanzando.

Antes de ocupar su lugar, se topó con Miguel, le extendió la mano; este la tomó con mesura y, con rapidez, volvió a lo suyo. Marcela lo notó distraído; ni siquiera reparó en ella, como usualmente lo hacía.

—¿Qué sucede? Miguel, ¿te sientes bien? El juicio está por comenzar. Prefieres que lo dejemos para otro día.

—Estoy estupendo. Ya quiero salir de esto.

—Ya somos dos —dijo Marcela. Notó a Miguel nervioso respecto al juicio e imaginó que ya se había dado cuenta de que Arturo tenía una personalidad difícil—. Tienes cara de estar harto del demandante y de sus demandas, valga la redundancia.

—Marce, no estoy para bromas. Terminemos esto de una vez.

En el tribunal todo estaba dispuesto para comenzar. Marcela había traído a tres testigos para demostrar que Arturo no estaba en condiciones de responder como padre del menor. También pidió pruebas del estado de salud del demandante para comprobar qué tan comprometido estaba su sistema con el alcohol. La negativa de Arturo ante la sugerencia de someterse a un análisis de sangre, para comprobar el nivel de alcohol en la misma, alertó al juez y fue un punto a favor de Marcela. Este ya estaba de su parte y convencido de cómo se presentaba la situación. Si embargo, el fiscal intentaba que cambiara su opinión acerca del demandante.

—El ciudadano Arturo López Estrada ha sido privado de su derecho por la ciudadana Amanda Manzanillo Fernández quien, a lo largo de un año, le ha negado la verdad acerca del hijo de ambos, menor de edad. Encima de tal omisión, la demandada aceptó que su esposo, Miguel Domínguez Cruz, realizara un reconocimiento de complacencia en cuanto al menor, lo cual es innecesario pues su hijo tiene un padre. La ciudadana también ha privado a su hijo de conocer su verdadero origen y de relacionarse con su padre y sus abuelos. No sabemos por cuánto tiempo más pretendía callar esta situación o si tenía intenciones de que fuera definitivo. Como resultado, el demandante ha sido una víctima del actuar negligente y egoísta de la demandada, que lo desestabilizó emocionalmente, al punto de abandonar sus estudios, luego de haber sido un estudiante excelente. El demandante, consternado, no encontró otra salida que refugiarse en el alcohol por el sufrimiento que lo ha consumido

a lo largo de un año, por no saber si era padre del menor o no, como efectivamente lo es, y por la posibilidad que le ha negado la demandada de estar al lado de su hijo. Pido a su señoría que se restablezcan los derechos del menor y los de este ciudadano para que pueda rehacer su vida y abandonar su adicción, lo que le ha traído, como consecuencias, que le hayan cerrado las puertas en todo centro laboral, donde ha acudido a buscar trabajo.

A los testigos de Marcela, al ser cuestionados por la contraparte, no les había quedado más que responder que, efectivamente, Arturo había comenzado a beber después de terminar la relación con Amanda. Miguel había traído testigos de gran importancia; entre ellos, la madre de Arturo y excompañeros de la universidad, que testificaron del cambio sufrido por su cliente a raíz de la separación de Amanda y del nacimiento de su hijo.

Marcela se defendió de aquello manifestando:

—Mi defendida es la víctima aquí. Ella refiere que el motivo de la separación del demandante fue el abuso físico y psicológico que cometió en su contra. Está dispuesta a ser entrevistada por un perito en el área, de ser necesario. No está buscando revertir el asunto de este juicio y acusar al demandante. Ella no niega que el demandante es el padre biológico del menor de edad, pero no quiere que su hijo quede bajo la patria potestad de una persona que sufre alcoholismo, inestabilidad emocional y que no tiene los medios económicos, ni siquiera básicos, para velar por la manutención, como el fiscal del caso también ha manifestado. El fiscal defiende los intereses del Estado y debe concordar conmigo en este punto: un menor no debe quedar sin la posibilidad de una manutención. Por más que el fiscal le insistió, el demandante no ha erradicado su conducta ni se presentó en una entrevista laboral que se le sugirió previo al juicio.

Hubo receso previo al desenlace. Todos estaban en el juicio, esperando la resolución. Los jueces estaban deliberando. Marcela se le acercó a Amanda al

darse cuenta de cuán abatida estaba. Paula ya estaba con ella.

—Me siento verdaderamente culpable. Las palabras pronunciadas por el fiscal me destruyeron por dentro —se lamentó Amanda.

—Tranquila, la decisión ya debe estar tomada, incluso antes de que el juicio llegara a su fin. Estoy casi segura de que será a tu favor —le explicó Marcela.

—Por mi terquedad, he hecho infeliz a Arturo, le he mentado a mi hijo y he puesto en riesgo tu carrera, amiga —le comentó Amanda a Marcela.

—Hiciste lo que creíste necesario para proteger a Josué. De todos modos, Arturo no es un santo, bastante te ha hecho sufrir. Por esta vez, es bueno que aprenda que no siempre puede salir victorioso —la incentivó Paula.

—Pero todo lo que dice Miguel es cierto; yo lo empujé a la bebida —dijo Amanda.

—Claro que no. Miguel hace su trabajo; no tomes sus palabras en cuenta. Arturo es mayor de edad y es responsable de sus decisiones. ¿No viste la forma en que la madre lo defendía? Ella, en todo caso, es la culpable: no supo cómo educar a su hijo. Lo convirtió en una persona insegura e insuficiente para enfrentarse a la vida. Tú, amiga, no tienes culpa de nada. Te has librado de él como has podido, a tus escasos años, y eso ha sido un acto muy valiente —le aseguró Paula.

—Termino por darte la razón, Pau —le dijo Amanda—. Tiempo atrás, cuando me separé de Arturo, lo hice convencida de que, si él seguía a mi lado, no era por amor. Ni siquiera creo que exista la mujer ideal que sueña. Siempre culpé a Laura de la forma de ser de él. Me decía a mí misma, mientras estaba embarazada, que lo tendría presente a la hora de educar a mi hijo para no cometer los mismos errores que ella. Ahora, a solo un año de maternidad, me doy cuenta de que ser madre no es tarea fácil. Dejé de culpar a Laura y traté de comprenderla. Ví a mi hijo tan pequeño, tan indefenso, y quise evitar que sintiera dolor, ni siquiera con un roce, a pesar de saber que no solo debía crearle defensas para el cuerpo, sino también para el alma. Ahora creo que, si le niego a mi hijo el derecho de conocer a su padre, sea quien sea, terminaré

haciendo lo mismo que Laura y protegeré a Josué de la forma incorrecta.

—Amanda, amiga, ¿qué quieres hacer? Ya reconociste que él es su padre; no será un secreto para Josué —dijo Marcela.

—Pero no le estoy dando el derecho a tener su apellido, a ser reconocido como su hijo socialmente —insistió Amanda.

—¿Quieres que Arturo pueda reconocer a tu hijo, aunque luego te haga la vida imposible y no te lo puedas quitar de encima? Para todo tendrás que contar con él y pedir su autorización legal. Terminarás dentro de la pesadilla de la que ya habías logrado escapar; una vez que un juez firme una sentencia, no habrá vuelta atrás —le dijo Paula.

—Tú eres la madre, Amanda. ¿Qué quieres hacer? —preguntó Marcela.

Mientras los jueces regresaban, Miguel se les acercó a Marcela y a sus amigas. Miguel saludó a cada una y se dirigió a Marcela.

—Creo que debimos resolver esto de otra manera. Hubiese sido más sano hablar con tu amiga y aconsejarle llegar a un acuerdo de la manera más civilizada posible.

—Miguel, por favor, olvida que me conoces, por lo menos hasta que termine el proceso. Date cuenta de la gravedad del asunto si el niño es reconocido por un padre tan inestable —le recalcó Marcela a punto de enumerar todas las consecuencias, que no necesitaba mencionar porque Miguel las conocía.

—Estoy casi seguro de que los jueces van a pedir que lleguemos a un trato; de ser así, cuenta con mi aprobación —dijo el fiscal y se retiró a ocupar su sitio.

Aquello y el tormento evidente de Amanda comenzaron a preocupar a Marcela. Siempre había estado convencida de que, en un proceso semejante,

lo importante no era ganar, sino hacer lo justo, y eso era lo primero en su ética profesional. Se lo quedó mirando a Marcos y no pudo evitar reflejarse en él. En su cabeza miles de preguntas se asomaban: «¿Qué pasaría si algún día Amanda y su esposo se separasen? ¿Qué pasaría ahora, que había dejado a David? ¿Acaso los niños no estarían mucho más confundidos con tantas personas que tratan de ocupar un lugar central en sus vidas? ¿Qué pasaría cuando los niños crecieran? ¿Qué sentirían? ¿Qué hubiesen preferido que ocurriera?». Se le acercó a Amanda y le comunicó que aún estaba a tiempo de decidir.

—Tú eliges, Amanda.

—Y que por mi culpa sea este el primer juicio de familia que se te vaya de las manos, Marce —dijo Amanda.

—Lo más importante es el bienestar de tu hijo —le aseguró Marcela.

—Siento todas las miradas clavadas en mí en este momento. El fiscal, seguro, les comentó a Arturo y a su madre lo que nos acaba de proponer —dijo Amanda.

—Probablemente, ya saben que la decisión depende de una palabra tuya —mencionó Paula.

—Me arrepiento de subir a Marcos a este barco, que navega en medio de una turbulencia. Tengo que hablarlo con él —dijo y le pidió a su esposo que se acercara.

Mientras Amanda lo ponía al corriente de los últimos detalles, Marcela reparó en cada sombra de dolor en el rostro de su amigo y en lo que implicaría para él la renuncia. Una vez más sintió aquel sufrimiento muy familiar. Marcos abrazó a Amanda, cuando terminó de explicarle, y le dijo:

—Comprendo tu angustia. —Con un gesto le dio a entender que todo estaría bien a la mujer que amaba—. Te apoyaré cualquiera que sea tu decisión. Esto no debilitará nuestro amor, lo hará más fuerte.

Amanda se llenó los pulmones de aire y reveló:

—Quiero llegar a un trato; de lo contrario, me sentiré culpable toda la vida

por no darle una oportunidad a Arturo de recuperar a nuestro hijo. También por Josué; él debe crecer sin mentiras.

Los jueces se acercaron al estrado y todos guardaron silencio. Pidieron a los licenciados del caso que se les aproximaran. Les dijeron, en voz baja, que podían llegar a un acuerdo entre las partes si querían. El fiscal estuvo de acuerdo y la abogada también; el juez emitió su sentencia.

—No se puede permitir que un menor de edad termine desamparado, con el riesgo de quedar sin pensión alimenticia. Para evitar un juicio posterior por la demanda de la manutención, debido a la inestabilidad del demandante, quien tiene problemas con el alcohol y está desempleado, se concede un año de plazo al demandante, a partir de la fecha del presente día, para someterse a un tratamiento para el alcoholismo y para que consiga un trabajo digno. Al cabo del año, si el demandante logra reintegrarse a la sociedad, se reabrirá el caso para su estudio y tendrá la posibilidad de recuperar la paternidad legal del menor.

Capítulo 58

Agosto, después del juicio

Todos comenzaron a marcharse. Marcela les pidió a sus amigas que no la esperaran; fue la última en quedarse en la sala. Por primera vez, se tragaba sus conflictos con David y no corrió a contárselo a sus amigas. Tal vez, así sucedía al madurar. Los problemas crecían con la persona, y era cada vez más difícil confiarlos, porque la solución siempre estaba dentro de uno mismo. La cuestión era saber encontrarla. Recogía sus cosas cuando alguien se le acercó lentamente. Se sorprendió al ver a Miguel esperándola.

—Me siento orgulloso de usted, abogada; ha hecho un gran trabajo —le dijo Miguel.

—Eres bueno; tengo que reconocerlo.

—Es un empate.

—Por ahora. Dependerá de Arturo.

—¿Qué te sucede? Por más que trates, no dejas de parecer ausente.

—¡Oh, no, Mich! Acabas de enfrentarte a mí en un juicio, no vengas ahora con la ropa de amigo. Esto comienza a volverse confuso.

—Nos tratamos bien en el juicio, Marce. Terminamos en acuerdo. No destrozamos nuestra amistad con argumentos falaces, y se hará lo mejor para el menor de edad. Seguimos siendo tú y yo, y no puedo evitar darme cuenta de que estás triste.

—Así como pude notar, al inicio del juicio, que estabas bastante nervioso.

—Arturo es alguien con quien me ha sido difícil lidiar. Por momentos lograba sacarme de mis casillas. No cambies el tema, ¿qué tienes?

—No te había dicho, pero tenía pensado casarme.

—¿Tenías?

—Él me mintió de nuevo. Yo tampoco me porté bien. Propicié la mentira, lo puse a prueba, sabiendo de antemano la respuesta correcta, y él falló.

—Solo a él se le ocurre arriesgarse con una abogada tan hábil.

—¿Cómo podemos casarnos si yo no le brindo confianza y él no sobrepasa la primera prueba de sinceridad?

Marcela, consumida por el dolor, consideró refugiarse dentro de los brazos de Miguel —que se abrieron para ella—, pero no lo hizo. Tan solo le acarició el cabello tratando de no perder el suelo y de descubrir, en el rostro de él, al amigo. Le intentó sonreír mientras los ojos se le llenaban de lágrimas; tomó las manos de Miguel, que aún permanecían extendidas; las apretó con fuerzas y se las llevó a las mejillas para secarse con ellas una lágrima.

—Chiquita, si quieres llorar, hazlo. Verás que todo es un malentendido y se va a arreglar —dijo Miguel. La besó en la frente y se dispusieron a salir.

Bajaron juntos las escaleras y, cuando llegaron al recibidor, Marcela vio a David con la niña, que se le había dormido en los brazos. Se despidió de Miguel con unas palabras, y él le dejó una palmadita sobre el hombro. Caminó hasta David, luego de ver a Miguel desaparecer por un pasillo.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

—Vine a apoyarlos, pero no me dejaron subir. Hace rato que vi salir a tus amigas y a Marcos. Me dijeron cómo les había ido y me aseguraron que no tardarías en bajar. ¿Qué tanto hiciste en esta media hora?

—¿De verdad me estás preguntando eso?

—Discúlpame, es que el tal Miguel te trata con mucha familiaridad. Olvidé que también estaba en el caso. Verlos bajar juntos me hizo sentirme peor de lo

que ya venía. Un miedo enorme a perderte se apoderó de mí y... Marce, ya no sé ni qué decir, no consigo ordenar mis ideas. No venía a esto. Perdóname, yo...

—¡Eres un irresponsable! ¿Por qué traes a la niña aquí? —Fue todo lo que ella le reclamó y no mencionó lo de la noche anterior.

Marcela cargó a la niña, que comenzaba a despertarse; mientras la arrullaba, notó que David se esforzaba por no soltar todo lo que lo quemaba por dentro. Por eso, cuando la abrazó, y la niña quedó en el medio de ambos, no opuso resistencia.

—Perdóname, déjame explicarte —le susurró David.

—Salgamos de aquí; no es el mejor lugar. Hablemos cuando estemos a solas.

A pesar de que el orgullo, el dolor y el resentimiento la impulsaban a dejarlo ahí parado y a desaparecer, no podía hacerlo por Diana. Caminó con padre e hija hasta el Jeep y, cuando él abrió la puerta para que ella se subiera, Marcela la cerró y demostró con ello que no los seguiría.

—Diana, mi vida, papá te va a llevar a la casa. Yo no puedo ir porque tengo trabajo —le dijo Marcela a la pequeña, que ya estaba despierta.

David le suplicó que los acompañara. Para que la niña no la escuchara, ella le susurró:

—No me hagas más difícil esta situación delante de Diana. Hagas lo que hagas, no voy a regresar. No sé qué hiciste o qué no; eso se lo dejo a tu conciencia. Lo único que sé es que me mentiste y no creo recuperar la confianza en ti. Así nada vale la pena. Vete, hazlo por tu hija. Trata de que salga lo menos lastimada posible.

Marcela lo vio partir. Después, reparó en su reloj; al ver que no daban las cinco, se dispuso a regresar al despacho a dejar todo en orden antes de marcharse a su casa. Fue entonces cuando se topó a Lucas. Respiró hondo para

tratar de cambiar su estado de ánimo. Lo saludó.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Vine a ver unos asuntos de un caso que estoy llevando en mis prácticas. Ya iba de salida —comentó él.

—Igual yo. ¿Te gusta lo que haces?

—Se aprende mucho. Quiero ser penalista y me están dando la oportunidad de aprender de los mejores. ¿Qué más puedo pedir?

—Igual, Amanda está muy feliz, está practicando de asesora jurídica en una empresa. ¡Dios mío! No me imagino el día en que tenga que decirles licenciados.

—No veo el momento de terminar las clases, tomar los seis meses para la tesis y listo. ¿Y cómo les va a ustedes en el despacho? ¿A ti y a Paula?

—Con el tiempo se le toma amor y cuesta renunciar.

—¿Y cómo está Paula? ¿Sigue con su novio?

—Sí, pero no deberías estar tan preocupado por él. ¿Por qué te rendiste? ¿Ya no la quieres?

—¿Eso crees? —inquirió Lucas y Marcela asintió—. No sé hasta dónde Paula siente, realmente, algo por mí. Ya no pude más; fueron años. Lo cierto es que sin ella siento que mi vida aún está incompleta. Por más logros que obtenga, siempre falta algo y, por eso, aún no he conseguido engancharme con nadie.

—Te voy a revelar un secreto: Paula no es de las que se les debe dejar pensar mucho las cosas. Lo que necesitas es más acción y menos palabras, para no darle tiempo a divagar y comenzar con sus indecisiones. Empieza por hoy. Puedes acompañarme al despacho, bajo el pretexto de conocer dónde trabajamos, así la ves y conversan. —Marcela miró su reloj—. No creo que se haya marchado.

—¿Y si está con su novio? El tal Esteban.

—Por suerte para ti, él trabaja bastante lejos. No te rindas; después que han pasado tanto, hazlo por los dos.

Lucas se quedó esperando mientras Marcela pasaba a la oficina de Paula. La encontró como siempre: tecleando sin parar. Al escucharla llegar, Paula comenzó a comentarle lo que le había parecido el proceso de Amanda, pero sin levantar la vista de lo que estaba haciendo. Marcela seguía parada en la puerta, imaginando cómo reaccionaría Paula al saber acerca de la visita. Escuchó todo lo que esta le decía y, como Paula, al parecer, no tenía intención de dejar la máquina, le pidió que la atendiera un minuto. Paula la miró mientras increíblemente, con aquella habilidad que solo ella tenía, siguió escribiendo. Marcela sonrió ante lo que iba a decir.

—Lo mejor de todo es que ni siquiera te lo imaginas.

—¿Y a qué se debe esa sonrisa? Hoy has estado más seria que... —dijo Paula y no terminó la frase.

—Hay un bombón esperándote afuera.

—¿Es Esteban? ¡Qué milagro! ¿Por qué no le dijiste que pasara?

—Es Lucas.

—¡No! —dijo mientras dejaba a un lado todo lo que estaba haciendo—. ¿A qué vino?

—A verte, pero él finge que vino a conocer dónde trabajamos, así que síguete el juego.

Capítulo 59

Agosto, Paula y Lucas.

Paula le pidió que lo hiciera pasar inmediatamente. «Virgencita del cobre, gracias por este regalo», se dijo mientras besaba la medalla que colgaba de su cuello.

En menos de un minuto, él se sentó enfrente de ella, con su mirada jovial y su actitud de siempre. Paula notó que Lucas había madurado un poco en ese año transcurrido, pero que eso no cambiaba la forma en que él la miraba. Él estaba nervioso, como solo ella conseguía ponerlo, y ella se dio cuenta. Paula pensó que esa sensación de cosquillas por todo el cuerpo ya no la dominaría, pero se equivocaba; ahí estaba de nuevo. Lo tenía enfrente, mientras él se moría de los nervios, y los dos se consumían por las ganas de besarse. Lo vio morderse el labio al reparar en una foto del novio de Paula sobre su escritorio.

—¿Te va bien con él? —preguntó Lucas.

—Es buena persona —dijo ella obviando contestar.

—Si tienes una foto de él sobre tu escritorio, debe ser porque lo quieres mucho. De lo contrario, ¿para qué le gritarías tu amor al mundo?

—Fue un regalo —dijo. Paula tomó el cuadro y lo colocó dentro de una gaveta y añadió—: Voy recogiendo porque ya es hora de irme.

—Así que es aquí donde trabajas —comentó él.

—Ya lo ves. ¿Y tú qué estás haciendo? Me dijo Marce que de prácticas en

lo penal. Me alegra; es lo que siempre decías que ibas a hacer. Ya te falta menos para graduarte.

—Algún día dejaré de ser estudiante. Tal vez, así, ya no te avergüence andar por ahí conmigo del brazo. Digo, siempre estuviste años más adelantada que yo en la carrera pero, cuando lleguemos al tope, los dos estaremos en el mismo plano. Aunque, bueno, no tengo cómo aumentarme dos años de golpe.

—¡Cállate, Lucas! Eso es de lo que menos deseo hablar.

—Hay que conversarlo; por eso no te quedaste conmigo. Si ahora mismo te besara y entrara alguno de tus colegas o tu jefe, ¿qué pasaría si te ven andar de novio con un estudiante universitario? ¿No es esa tu peor pesadilla?

—¿Y qué pensarán tus amiguitas de la facultad cuando te vean andar con una abogada? ¡Por Dios! Serás el chico que anda con la «mujer mayor».

—No me importa en absoluto lo que piensen ni mis amigas de la facultad ni tus colegas. Me importa lo que piensas tú. Hay miles de chicas que andan con hombres, dos, tres, cuatro o más años por encima de su edad, y nadie lo ve extraño. Y tipos como yo, con mujeres mayores, hay otro montón. Tú eres la que está llena de prejuicios, Paula. Tú eres la que nos ha separado desde el principio. Siempre tuve las de perder; cada vez que intentaba acercarme a ti, me frenabas. Me alejé y pasó un año; ¿cuánto tiempo tiene que transcurrir? Si me voy ahora, no sé si haya un después. Yo ya me había dado por vencido. No sé cómo hizo Marce para convencerme de venir a buscarte. Tal vez porque no tuvo que darme mucha cuerda; yo sigo enamorado de ti.

—Lucas, ya entendí el punto. No fuiste tú, fui yo. Fue terrible darme cuenta de que te había perdido. Cuando Marce me dijo que estabas afuera, no lo pude creer. ¡Es tan bueno que hayas venido! Ya te echaba de menos. Pasábamos juntos mucho tiempo en la universidad y este año, separados, ha sido difícil para mí.

—Me arrepiento de no haber venido antes —dijo él—. No sé por qué no lo hice. Pensé que me extrañarías y que, al menos, me harías una llamada. Así habría tenido un motivo para volver.

—¿Estás saliendo con la muchacha que llevaste a la boda de Amanda?

—Sí, pero eso está terminado si me aceptas una invitación a salir ahora mismo.

—Sabes que tengo novio.

—No me importa. Paula, tú decides. Solo necesito que dejes de ponerme luz roja cada vez que te digo que estoy loco por ti.

—Tienes luz verde —dijo y el corazón se le disparó acelerado.

—Me devuelves la vida, me das confianza en mí mismo. Ni sabía por dónde empezar cuando entré por esa puerta.

—Lo hiciste muy bien. Vámonos de aquí.

Capítulo 60

Agosto. Un beso es todo

Cuando Marcela terminó de recoger, se dispuso a marcharse. Pasó por la oficina de Paula y la encontró vacía. Lucas y Paula se habían marchado sin despedirse; le preguntó a la recepcionista y esta le dijo que los había visto salir juntos de la mano. Marcela se alzó de hombros y se dijo: «Ojalá que esta vez no quede en una noche». La hizo feliz poner un granito de arena para que sus amigos dejaran de sufrir inútilmente.

Marcela había tenido una jornada extenuante; con todo lo que le pasaba por la cabeza, lo que más deseaba era meterse a la cama. Si no descansaba su mente, que al menos lo hiciera su cuerpo. Llegó a su casa mientras se preguntaba si alguna vez podría olvidar a David, hasta que nada le quedara dentro que le volviera a recordar la agonía de no tenerlo cerca. Su abuela había respetado su silencio y, sin hacerle preguntas, la había recibido. Le preparó un cocimiento de tilo para que pudiera descansar. Desde la vez que Marcela y David habían decidido vivir juntos, nunca habían tenido un desacuerdo que los llevara a la separación. No había pasado un rato cuando Fefita tocó a la puerta de la habitación de Marcela para decirle:

—Marce, David acaba de estacionarse frente a la casa.

—Por favor, abuela, dile que no estoy —pidió ella.

—Tienes que hablar con él y arreglar tus asuntos. Si de veras no vas a regresar, díselo y que sea lo que Dios quiera.

—No puedo. No tengo valor de negarme si lo tengo frente a mí.

—Sé que tu sufrimiento es doble porque, al renunciar al hombre al que amas con todas tus fuerzas, también te alejarás de tu hija. Así lo considero yo; para mí Diana es hija tuya porque lo has demostrado con hechos.

—Es complicado, abuela. Diana tiene a su madre, una de carne y hueso, que ha cometido errores, pero que está dispuesta a luchar para recuperarla. No tengo derecho a juzgarla. Cometí miles de desaciertos como madre; tal vez no me cuidé lo suficiente.

—Calla. Ya los médicos te explicaron las razones de lo sucedido. ¡Basta! Ahora mismo voy a salir y le diré la verdad a David.

—Hazlo como desees. No quiero verlo, al menos hoy no.

Marcela cerró la puerta de su habitación y escuchó los pasos de su abuela alejarse. Después oyó cómo, con todas sus letras, le decía a David:

—Ella no quiere recibirte.

—Por Dios, Fefita, estoy tan apenado con usted, pero no puedo respetar la decisión de Marce, no puedo contener mi angustia. Sé que está sufriendo y es mi culpa. —David caminó hasta la habitación de Marcela, donde se encontró la puerta herméticamente cerrada—. Abre, por favor. Necesitas escucharme; no es lo que piensas. Permíteme explicarte.

Marcela lo sintió recostarse en la puerta, en silencio, por unos minutos. Al otro lado de aquel obstáculo entre los dos, Marcela se acercó, colocó sus manos sobre la madera helada y no pudo contener sus lágrimas al sentir el calor de David, que comenzaba a apoderarse de la fría habitación. Por más que su corazón se deshiciera en mil pedazos, Marcela estaba decidida a no retroceder.

—Marce, no me iré hasta que me atiendas.

Marcela se secó las lágrimas y abrió.

—Lo estoy haciendo por mi abuela. Me muero de la vergüenza con ella aquí. Pasa adelante. —David entró a la habitación y Marcela cerró la puerta tras de él—. Lo diré de una vez. Tú creíste que no, pero yo sabía que Jean-

Louis se había marchado. Te vi partir y me quedé sin añadir ningún comentario. No pude concentrarme en otro asunto: me senté al borde de la cama y me dediqué a esperar. Decidí confiar. Tenías y tienes todo el derecho a conversar con la madre de tu hija. Pasaron las diez, las once, más, y tu tardanza me puso en alarma. Me subestimaste. Empecé a desconfiar, me imaginé lo peor; por más que quería actuar llevada por la razón, mi corazón ejerció una fuerza enorme sobre mi voluntad. Te di la oportunidad de decirme algo cuando llegaste. Incluso te pregunté si habías estado hablando con Jean-Louis hasta tan tarde para que me dijeras cualquier cosa: que te habías entretenido en otro sitio, con tus amigos, tal vez. Pero ¿quién anda hasta altas horas de la noche con una niña dormida en brazos? Incluso pudiste decir que se te hizo tarde arreglando los muchos asuntos que tienes pendientes con Sandra. Fue más fácil decir que estabas hablando con Jean-Louis.

—Fui un estúpido. No tuve sexo con ella, te lo juro. Nos besamos y estuvo a punto de ocurrir, pero recapacité antes de que fuera demasiado tarde. Tú eres la mujer a la que amo y no quiero perderte, Marce.

—Me cansé de este juego. Ya me perdiste.

—Dices que regresé a tu lado porque ella me abandonó; si fuera cierto, no estaría aquí implorándote que no me dejes. Sandra me quiere de vuelta y yo solo puedo ser tuyo.

—Me pediste que te escuchara y lo hice. Ahora te pido que te vayas.

—No puedes renunciar; vamos a casarnos. Somos felices, tenemos algo hermoso. ¡Por Dios, Marce! Sandra y yo solo nos besamos.

—Ese es el problema, David. Para mí un beso es todo.

Marcela lo acompañó hacia la salida. Fefita tenía dos tazas de té de tilo, una en cada mano; le ofreció una a David. Él, sin siquiera mirar la bebida, la colocó en una mesa y comenzó a despedirse.

—Sin Marce ya nada vale la pena, Fefita. Muchas gracias por el té, pero es

mejor que me vaya. En este momento, ni una botella de vodka es capaz de sedarme.

—Vete a tu casa, descansa. El tiempo sana las heridas —le aconsejó la señora.

Marcela lo contempló hasta que desapareció y, después, tomó asiento de golpe, con la otra taza de tilo en sus manos.

Capítulo 61

Agosto, Arturo

Nada acababa con la esperanza que tenía Arturo de volver con Amanda. Estaba de lo más emocionado, creía que aquella oportunidad que le había dado en el tribunal iría más allá, al plano sentimental. Lo que más deseaba era regresar con ella y no le importaba todo lo ocurrido después de su separación. Se lo comentó a su madre de lo más emocionado, y esta reaccionó alarmada.

—Arturo, estoy por pensar que has perdido la cordura. Ella se casó con otro hombre, ya no te ama. Agradécele porque vas a poder ver a tu hijo.

—Con más razón debemos estar unidos. Somos una familia —dijo él.

—Hijo, eso no es suficiente. Mírate en el espejo de tus padres. Después de todo, esa muchacha se portó dignamente reconociendo tu derecho ante el juez.

—Pero, mamá, yo la quiero.

—En la vida uno puede enamorarse muchas veces. Eres tan joven; no soporto verte tirado en un rincón sin hacer nada. Tu padre también bebe, pero por lo menos trabaja y, por su desempeño, es reconocido por sus colegas. Tú ni amigos tienes. Arturo, reacciona de una vez, sino también vas a perder a tu hijo.

—Amanda regresará. Todo lo que necesita es convencerse de que puedo enmendar mi camino.

—Hijo, esa muchacha, a pesar de ser tan joven, te está dando una lección a ti y a nosotros. Ella pudo haberse quedado callada o haberlo hecho más

difícil. Recuerdo el día que la acompañamos al hospital para dar a luz, tan fuerte, tratando de salir adelante apoyándose en sí misma, sin miedo a enfrentarse sola a la maternidad. No imagino cómo habrá hecho cuando tuvo que luchar sola contra las adversidades que ha tenido. Me arrepiento de mi actitud. Tal vez nosotros pudimos hacérselo más fácil en algún momento.

—Tú no querías ninguna novia aquí, mamá, recuérdalo. Hasta que no fuera con la que me iba a casar. Pero éramos muy jóvenes para pensar en eso.

—Lo sé, hijo. Ideas absurdas y preconcebidas. Amanda me mostró muchas cosas que quiero enderezar en mi vida y ahora, que tengo la oportunidad de ver crecer a mi nieto, trataré de no repetir la historia.

—Siempre te dije que era una gran chica.

Arturo no le hizo caso a su madre; tomó el teléfono y marcó el número de Amanda. Comenzó a pedirle que regresara a su lado mientras aquella no le daba crédito a lo que escuchaba.

—Amanda, si vuelves conmigo, todo será mejor que antes. Hazlo por nuestro hijo. Confía en mí; voy a hacerlos felices. Sé que las palabras no bastan, pero compruébalo con hechos; nunca más lo haré. No soy hombre de golpear a las mujeres. Estaba borracho, pero eso va a cambiar.

—Si no me llamas para conversar con respecto a Josué, no hay más de qué hablar —dijo Amanda y colgó.

Arturo giró y se encontró con su padre, que había oído toda la conversación.

—Papá, ¿qué escuchaste? —Arturo le preguntó al señor.

—No fue a propósito. En verdad, no hubiera querido saberlo nunca —dijo el padre de Arturo. Dejó, sobre la mesa, un vaso con ron que traía en la mano y miró despectivo una botella de alcohol que reposaba sobre el aparador—. Es mi culpa, lo sé. Soy responsable del camino que has tomado. Cuando hablaron en el juicio que Amanda te dejó porque la habías agredido, pensé que era una treta de la abogada para desacreditarte ante el juez. Me duele

escucharlo de tus labios. La bebida nos ha distanciado; primero me odiaste y ahora te convertiste en alguien como yo.

—Ya no podía más. No era un secreto para nadie que mamá y tú hacías tiempo que no se amaban, pero guardaban las apariencias. Me rehusé a aceptarlo. Mientras ustedes más lo negaban, más quería creer que éramos una familia normal.

—Si todos lo saben, ¿por qué malgastamos tantos años en una mentira? Cuando nuestra relación comenzó a fallar, Laura volcó toda su atención hacia ti. Nunca nos sobrepusimos de la primera crisis matrimonial y, luego, vinieron otras. Sabía que la educación que recibías era dañina, pero no hice nada. Era más fácil para mí; yo seguía con otras mujeres y en mis fiestas. Laura tenía lo que quería: un matrimonio en apariencias. Cuando quise corregir tu conducta, la situación se me había escapado de las manos y preferí cerrar los ojos.

—No pienses mal de mí —le repitió Arturo a su padre.

—Eres un poco malcriado a veces, pero madurarás y lo superarás. Espero que aproveches la oportunidad del juez.

—¿Por qué mamá nunca se separó de ti?

—Creo que tuvo miedo de enfrentarse sola a la maternidad, así que prefirió esto.

—Nunca me perdonaré haber perdido a Amanda. Solo te pido que no te avergüences de mí; trataré de ser mejor de lo que soy.

—Ya eres adulto. Elige a qué tipo de hombres quieres pertenecer: a los dignos o a los despreciables —dijo el padre de Arturo.

—No me digas eso, papá, que me hace sentir más humillado de lo que me siento.

—No, hijo. Estoy seguro de que serás un hombre digno. Aprende a crecer de los errores, como mismo lo haré yo. Voy a seguir el consejo de tu madre e ingresaré en una clínica para alcohólicos; me gustaría que vinieras conmigo.

Arturo, comenzando a llorar, asintió con la cabeza. Se abrazó a su padre y lloró como un niño.

—¿Y después qué harás?, ¿te separarás de mamá? —le preguntó.

—Dejaré que Laura escoja. Yo me he acostumbrado a ella y no concibo mi vida lejos de ustedes dos.

Arturo vio a su madre acercarse con lágrimas en los ojos y también la abrazó.

Capítulo 62

Agosto, Amanda y Marcos

Amanda, a pesar de haber dejado a Arturo con la palabra en la boca, aún no se sacaba aquella llamada de la cabeza. Su esposo, que lo había notado, se le acercó y, tomándole las manos, le preguntó:

—¿Te arrepientes de algo?

—No, solo creo que he sido muy dura con Arturo. Fueron doce meses de privarlo de su derecho a ser padre. Por otro lado, estás tú; no puedo olvidar que mi decisión te quitará la paternidad sobre Josué —dijo ella.

—Hiciste lo correcto. El cariño que le tengo a Josué no va a cambiar porque lleve mi apellido o no.

—Te amo.

—Y yo más.

—Estoy aliviada por haber dicho la verdad; me pesaba en la conciencia. Ahora puedo disfrutar con más ganas esta felicidad que me das. Después de tanto tiempo sintiéndome sola, tengo una familia: mis amigas, que son como dos hermanas; mi padre, mi hijo, que es mi mayor motivo para vivir, y tú, que eres una bendición para Josué y para mí, la mayor de todas.

Capítulo 63

Agosto, y la conversación pendiente

Al siguiente día, Marcela llegó a su trabajo. Observaba cómo todos entraban, marcaban sus tarjetas, se dirigían a los escritorios, y el día transcurría como uno más. Paula estaba feliz, se le veía en la sonrisa; Marcela no quería arruinarle lo que estaba viviendo, por lo que se esforzó para que no notara su aspecto. Como sabía que no era muy buena disimulando, trató de tropezársela lo menos posible en los pasillos, para que no sospechara que algo no andaba bien. Al acercarse la hora de salida, ya Marcela no podía más; casi no había almorzado y, prácticamente, no había dormido nada la noche anterior. Estaba agotada, al punto de no tener fuerzas ni para cerrar los ojos o concentrarse en conciliar el sueño. Lo que más deseaba era caer en cualquier parte y quedar aletargada hasta que llegase la otra mañana, para volver a iniciar la rutina.

Marcela no quería pensar; aquello estaba acabando con su tranquilidad. Por más que reflexionara y sacara conclusiones, no iba a adivinar por qué David le había mentado. Ni él mismo había dado una explicación lógica más que se había dejado llevar y, luego, había recapacitado. Para ella era inmadurez. Al terminar la jornada, Marcela se sumó a la rueda, que comenzaba a girar, de empleados que se disponían a marcar las tarjetas a la hora de salida. Lo que menos se esperaba era con lo que se encontraría al retirarse del despacho. Sandra la aguardaba sentada en la cafetería de la esquina. Al verla le hizo

señas, y a Marcela no le quedó más que ir hasta donde estaba aquella.

—Necesito que me escuches —le dijo Sandra mientras se retorció las manos.

Marcela pensó decirle que no tenían nada de qué hablar y cosas por el estilo, pero consideró que, si no la escuchaba ahora, tendría que hacerlo otro día; así que, como era inevitable, tomó asiento para terminar con aquel asunto de una vez. Sandra continuó hablando:

—Cuando tuve a la niña, quedé estéril. Lo supe hace poco, al hacerme un chequeo médico para volver a quedar embarazada. Al principio pensé que bastaban unos meses para lograr lo que quería, profesionalmente hablando, pero todo se complicó y el tiempo siguió pasando.

Marcela sabía por dónde venía la conversación y no le agradaba. Tiempo atrás, cuando decidió cuidar a la niña, antes del regreso de David, había anticipado un momento como este. Más adelante se confió y creyó que Sandra jamás reclamaría lo que, por naturaleza, le pertenecía.

—¿Para qué deseas hablar conmigo? No tengo voz ni voto en este asunto, ni aunque quisiera —le dijo Marcela.

—Ahora, que te veo de cerca, te recuerdo. Eres tú la que una vez se tropezó con David y conmigo. Ese día te sentías muy mal —le hizo ver Sandra.

—Tienes buena memoria.

—Te agradezco todo lo que has hecho por Diana. Sé que la quieres y sé que te has sacrificado. Sé que lo has hecho a cambio de nada, que lo hiciste por el amor que sientes por David. —Y al decir esto, Sandra tragó en seco—. Pero, si en realidad la quieres, has lo mejor para ella. Debe estar conmigo; sé que es tarde para venir a buscarla, pero soy su madre.

—Convérsalo con David. Ustedes son los que deben llegar a un acuerdo, por el bien de Diana; lo mejor para todos es que sea pacífico.

—Ya lo hice. Está renuente. Te lo pido como mujer. Eres joven, podrás tener tus propios hijos. Convéncelo. Nunca aceptaré perder a mi hija. Es un dolor muy grande; no lo imaginas.

—Sí, lo sé. Perdí un hijo de apenas días de nacido y no estoy dispuesta a perder otro. A Diana la cuidé desde que salió del hospital: la amamanté con leche de mi pecho, sufrí cada enfermedad, le enseñé las pocas palabras que sabe, cada canción, cada juego. Ella también es mi hija. Podré tener más hijos en el futuro, pero no podría suplir la pérdida de ella si me faltara. No eres más madre que yo por haberle dado la vida; ella es el resultado de mi amor, de mi devoción. No voy a mover un dedo para alejarte de tu hija pero, de la misma forma, no voy a hacer lo más mínimo que pueda perjudicarla. Si su bien es estar a mi lado, no la voy a apartar; si es estar contigo, colaboraré para que la transición de la niña sea lo menos difícil posible. Es todo lo que puedo ofrecerte, pero no esperes que yo haga algo para convencer a David de que te la entregue. Me parece justo para las dos.

—Entonces, no podré llevármela; si David no lo autoriza, no podré hacerlo hasta que Diana sea mayor de edad. Por lo visto, para lo único que me sirvió la charla fue para conocerte. Eres buena de verdad, y eso me da impotencia. Hubiese preferido que te me enfrentaras, que me discutieras, que perdieras la razón y que llegaras al límite de la vulgaridad para poder justificar mi resentimiento. Pero eres decente, tienes autocontrol, sabes desenvolverte en una conversación y, sobre todo, sabes escuchar. Hubiera sido más fácil que me trataras de un modo reprobable, para que no fuera en vano todo el rencor que tengo dentro de mí.

—Lo siento mucho, Sandra.

—Si tendremos que seguir tratándonos por Diana, más vale que al menos podamos sostener una charla civilizada cuando sea necesario.

—Es lo que estamos haciendo, ¿no? —le dijo Marcela.

—¿Eso crees? —Sandra la retó—. No me daré por vencida. Ya perdiste un hijo: sabes lo que se siente y sabes que rendirse no es una opción.

—Ya te dije que la decisión no es mía; los padres son David y tú. Arréglenlo ustedes.

—Una palabra tuya bastaría para que David entre en razón y se dé cuenta de

que lo mejor para Diana es estar con su verdadera madre. Él jamás me había negado nada. Ahora está ciego y obsesionado contigo. No me la entrega por ti, no quiere lastimarte.

—En eso te equivocas. David quiere estar al lado de su hija porque la ama y no imagina cómo sería un día sin ella. Otra cosa que quiero aclararte es que te quiero lejos de mi hombre.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—Soy decente, es verdad, pero también sé defender lo que es mío. Acabas de decir que está obsesionado conmigo; supongo que te lo ha dejado claro. No vuelvas a lanzarte a sus brazos, o de verdad vas a conocerme.

—¿Te lo ha contado?

—David y yo no tenemos secretos. Ya sé que intentaste seducirlo y que él recapacitó antes de mandar lo nuestro por un caño.

—Te detesto.

—La verdad, no me interesa.

Capítulo 64

Agosto 2017. Prometo amarte

Marcela la vio marcharse, respiró profundo y se sintió aliviada por haberle dicho todo lo que sentía. Cuando por fin pudo irse a su casa, ya el agotamiento era tanto que necesitaba llegar con prontitud para poder acostarse, cerrar los ojos y detener un instante la maquinaria de su cerebro, que no cesaba de trabajar. Aún no dejaba de pensar en las palabras de aquella mujer. Si ella y David estaban teniendo problemas para llegar a un acuerdo, solo podía indicarle una cosa: estaban más alejados que nunca.

Como autómata estiró el brazo para llamar un taxi. Por su lado pasó un automóvil clásico y se detuvo justo frente a ella. Marcela intentó hacerse hacia atrás, pensando que tal vez la puerta se iba a abrir y necesitaban espacio, cuando una voz familiar la llamó por su nombre desde el asiento del copiloto.

—Marcela.

—¿Paula? Ya te hacía en tu casa. ¿Qué haces en ese auto? ¿Es de un amigo?
—le preguntó Marcela.

Paula, por toda respuesta, le entregó una tarjeta de un metro de largo por un metro de ancho, de color blanco y similar a la hoja de un bloc de notas, con reglones de unos diez centímetros de distancia entre sí. El papel decía, en letras azules, lo siguiente: «Perdóname».

El vehículo con Paula siguió de largo, ante el asombro de Marcela, para dar paso a otro parecido, donde Lucas sacaba la cabeza por la ventana y agitaba,

en su mano, otra pancarta que tenía escrito lo siguiente: «Eres la única mujer de mi vida».

Marcela la tomó con lágrimas en los ojos, imaginándose de quién era la autoría. El claxon de otro coche de colección, que sonaba insistentemente, la hizo divisar a Amanda, con el pequeño Josué y con la tarjeta que portaban, cuya leyenda decía: «Me entrego a ti en cuerpo y alma para toda la vida y para toda la eternidad».

Marcela se llevó una mano al corazón, tenía un suspiro atravesado en la garganta. Un vehículo más llegó con Marcos, le frenó delante de Marcela y le extendió la siguiente leyenda: «Porque, desde que te conocí, no he podido sacarte de adentro. Porque mis manos no quieren recorrer otro cuerpo y mis labios se niegan a besar otra boca».

Las lágrimas de Marcela caían a lo largo de sus mejillas y una sonrisa floreció en sus labios. Cuando imaginó que nadie más iba a aparecer, desfiló otro auto frente a sí. Era Caridad con Diana; la niña, emocionada, le entregó a Marcela un sobre cerrado y le lanzó un beso. Marcela tomó el sobre y lo rasgó; encontró dentro su anillo de compromiso con una nota que decía: «Di que sí de nuevo».

Un auto que conocía bien, que la había estado esperando cerca de aquel lugar con la ilusión de verla aparecer y comprobar si le recordaba la primera vez que se habían tropezado en la vida, se acercó de último. David aún no le había dicho una sola palabra y, sin embargo, ella ya lo sabía. Era algo que le recorría todo el cuerpo, una certeza, una seguridad. Marcela no quiso adelantarse: aguardó en silencio, lo dejó hablar porque quería escucharlo de sus labios, no que le explicara qué había pasado, sino todas las frases desesperadas de agonía y de amor entremezcladas, que se agolpaban en la garganta de David y que se le escapaban como un suspiro.

—Un beso es todo, Marce. Ahora mismo estoy agonizando por tu boca. Perdóname. Acepta mi propuesta y cástate conmigo.

Marcela le sonrió, se lanzó a sus brazos y se dejó robar, una vez más, la

razón con el roce de los labios del hombre al que amaba.

Días después, releendo uno de los libros que David le había regalado, encontró una hoja que había escrito en uno de sus momentos de mayor desesperación.

«Nunca debí entregarme a esta locura con tanta intensidad. He sido la presa de la cacería de un depredador que ha estudiado, con perversa calma, todos mis movimientos para atraparme; o, peor aún, me ha capturado un hombre. ¿Cómo podía resistirme si la carnada eran todos mis sueños y añoranzas juntos? La primera vez que intenté desaparecer de su vida, era demasiado tarde; ya me había tirado el lazo al cuello. Me dolía el pecho solo de pensar en él. Llegó el día en que no solo le entregué mi cuerpo, sino que dejé que se apropiara de mi alma, y ese fue mi mayor error. ¿Qué sentí después?: ¿miedo, curiosidad?, ¿deseo, pasión? ¿Cómo no iba a funcionar la química, con perfecta sincronización, si se propuso ser lo que yo estaba esperando hacía tiempo? Vivía una ilusión, no había minuto que no tuviera su belleza. No sé cuándo perdí la noción de mi independencia. Me acostumbró a vivir con él cada momento del día, para luego abandonarme y dejarme añorando su presencia. Ahora no me tiene enlazada por el cuello, ahora me tragué el anzuelo y me lo dejó clavado más abajo de la garganta: en el corazón. ¿Resultado?: no se conformó con eso. Aspiró mi espíritu, lo degustó, lo sacó de mi cuerpo con una mirada de adiós. Se lo llevó con él dentro de una botella, la que tal vez, cuando ya no le interese poseer, eche al mar, donde quizás se entierre en las profundidades para siempre», había escrito.

Terminó de leer y dijo:

—Es hora de cambiarle el final.

Tomó un lapicero y escribió:

«Resultó que aquella botella se hundió y flotó en distintas ocasiones hasta que se rescató a sí misma de las profundidades; encontró al hombre que la

había arrojado al mar y tal fue su sorpresa al saber que él, extenuado, llevaba tiempo buscándola en el mismo fondo del océano».

¿Qué es el amor? ¿Qué es unir dos bocas y dos cuerpos en la oscuridad, a la luz de las velas? ¿Qué es entregar la pasión de una vida entera en una noche? ¿Qué es una playa desierta, donde dos amantes no necesitan más refugio para amarse que el mismo cielo? ¿Qué es decidir con qué persona queremos amanecer el tiempo que nos queda?

Epílogo

Cuatro años más tarde

Una alarma la despertó de su dulce sueño. Daban las seis de la mañana, y comenzaba un día más, pero era uno especial: era lunes y septiembre. Marcela respiró profundamente para intentar levantarse sin despertar a las razones de su existencia; no supo en qué momento se colaron en su cama. Diana dormía justo en medio de ella y David; el intrépido Elías —de tres años— le tenía una de sus piernas de almohada, y la dulce Elsa —de uno— permanecía con la cabecita al lado del corazón de su padre. Como pudo los reacomodó para que no notaran su ausencia y durmieran media hora más.

No quería perderse el primer día de escuela de Diana; toda la familia estaba entusiasmada con ese evento tan esperado. Se escurrió de puntillas al cuarto de baño, despegó la puerta con mucho cuidado, la cerró tras de sí, se quitó sus ropas una a una, abrió la ducha y permitió que el agua tibia terminara de desperezarla. Mientras se enjabonaba, recorrió con la mano la cicatriz que le quedaba de las dos cesáreas por donde habían sacado a Elías y a Elsa. Suspiró al saberlos con ella. Había seguido las recomendaciones del doctor al pie de la letra; debido a su historial médico, fue lo más recomendado para evitar un episodio fatídico como lo ocurrido con su primer hijo. Fueron dos embarazos de riesgo con un final afortunado.

Oyó el chasquido de la cerradura y sonrió complacida. David amaba despertarse temprano; sus energías se renovaban en la mañana y tenía una

forma concreta de conseguirlo. Cuando lo vio, ya estaba desnudo y sumergido con ella bajo el agua chorreante.

—¿Qué haces? —le susurró ella.

—Vengo a darte los buenos días. No quiero que luego, en el despacho, te acusen de mal humor porque tu esposo no te atiende.

—Sabes que suelo llevarme demasiado bien con todos.

—Eso es porque siempre me encargo de tenerte contenta.

Sus bocas hicieron contacto una contra la otra, y Marcela sintió justo lo mismo que la primera vez: una corriente eléctrica que le recorrió por la columna vertebral. David la tomó en sus brazos y la recostó contra la pared mientras las gotas caían y recorrían sus cuerpos temblorosos. La alzó y la acomodó sin dejar de besarla; así, mirándola a los ojos, entró en su cuerpo, una vez más, con movimientos suaves y ondulantes. Mientras le hacía el amor, iba recordando cómo la había conocido y cómo se le fue metiendo dentro hasta convencerse de que no podía dejarla ir. «¿Qué habría sido de ti sin mí? ¿Dónde estarías ahora? ¿Qué habría sido de mi vida si tú no estuvieras en ella?», pensó y se sorprendía, particularmente reflexivo. Culparía a la forma tan divina de poseerlo que tenía ella: amarlo y desquiciarlo. Pegó su frente a la suya y se lo confesó; no quería dejarlo de decir cada vez que brotaba en su mente.

—Te amo tanto —le dijo convencido de la existencia plena del amor entre ellos.

—Te amo —le respondió.

Continuaron amándose sin reservas y, en una escalada fulminante, llegaron juntos a una descarga placentera de sensaciones ascendentes que los condujo a la cúspide sin retorno.

—¿Tomaste las píldoras anticonceptivas? —soltó preocupado al final, al recordar el sentimiento de angustia vivido en los dos últimos embarazos. Sabía que la preeclampsia era una situación que podía repetirse, y no quería perderla.

—Sí, y tengo cita para un método de planificación definitivo.

—Eso me dará mucha tranquilidad. Estoy obsesionado con tu cuerpo, pero no quiero ponerte en riesgo.

—Es curioso; no piensas lo mismo cada día que me haces conducir a ese monstruo.

—Sé que eres muy cuidadosa al manejar y sigues un sinfín de reglas asombrosamente extraordinarias.

—No tanto como antes.

—Es verdad. Ahora eres la sexi abogada que llega al juzgado en una flamante moto negra; los fiscales han de sentirse aterrados cuando te ven arribar.

—Estás loco.

—He estado pensando que la familia ha crecido. ¿Qué tal si vendemos la pantera y el Jeep y nos compramos algo más grande, donde los niños y tú estén más seguros y cómodos?

—Del monstruo me deshago con gusto —dijo bromeando—. En cuanto al todoterreno, le tengo un cariño especial: te conocí manejándolo.

—Lucas está obsesionado con el vehículo, quiere comprarlo a toda costa.

—Tendremos que pensarlo y hacer lo mejor para los niños.

Salieron del baño compartiendo las miradas cómplices de siempre, se vistieron, prepararon la mesa y despertaron a los niños. Después del desayuno especial y de tomar a cada uno de sus hijos, corrieron a la escuela antes que se les hiciera tarde.

En la escuela primaria, se dieron cita con Sandra, quien tampoco quiso perderse ese día. Llegó acompañada de su esposo y de su nuevo hijo adoptivo.

—Les agradezco permitirme estar aquí —les comentó.

—Eres su madre; jamás te apartaría de su lado —admitió David.

Con una sonrisa enorme que le embellecía su adorable rostro, Diana se despidió de su familia en la entrada de la escuela; se introdujo tomada de la mano de Josué, el hijo de Amanda, la que también estaba allí, con una panza

enorme, contando siete meses de embarazo. Arturo, completamente reformado, tampoco se perdió el momento. Paula y Lucas llegaron tomados de la mano para ese día especial.

Cuando Arturo, Sandra y su familia se fueron y solo quedaron los seis amigos, Marcela aprovechó para indagar.

—Marcos, hay algo que siempre he querido preguntarte. ¿Cómo diablos metiste en mi bolso aquel móvil que te dio David? Recuerdo que no te perdí de vista ni un minuto.

Amanda comenzó a reír a carcajadas. Marcos abrió los ojos desmesuradamente y, al sentirse enfrentado, terminó por decir:

—Marce, han pasado millones de años desde eso. ¿Por qué te asalta la curiosidad hasta esta fecha?

—Porque no me gusta dejar cabos sueltos.

—No es a mí a quien tienes que preguntarle.

—¿Quién se atrevió a hacerlo? —preguntó enfocándose en sus amigos, uno a uno.

—Alguien que te quiere bien y que, aunque detestaba a David por aquel entonces, sabía que te morías por escuchar su voz —dijo Paula—. Alguien con quien David, definitivamente, está en deuda y creo que ha llegado la hora de cobrarla.

David lanzó una sonrisa retorcida ante la mueca de enfado de su esposa, que estupefacta se lo recriminaba a su amiga, a la par que le agradecía por haber tomado una acertada decisión. Y todos rieron ante aquella travesura que había contribuido, como tantas otras, a que el amor triunfara por encima de todo.

Agradecimientos

Agradezco a mi familia por apoyarme a seguir este increíble sueño de escribir novelas; a mi madre, a mi esposo, a mi hijo. Gracias a mi prima Janette, que fue mi primera lectora cero de esta historia cuando ni siquiera imaginamos que se publicaría un día. A mis tíos Marlene y Alberto, por impulsarme en este camino de letras. A mi padre, por sus palabras de aliento. A mi suegra, por leer mis historias y por ayudarme a encontrar errores, y a todos primos, tíos, en general. A mis bellos amigos.

Mi más sincero agradecimiento a mi editora Lola Gude, por su amabilidad desde el minuto cero en que nos cruzamos en este bello mundo literario. Gracias por abrirme las puertas de Selecta, Penguin Random House Grupo Editorial. Muchísimas gracias a todo el equipo de Selecta involucrado en el proceso de creación, promoción y distribución del libro.

Gracias a mis amigas del club de las Crazy: Maricela, Rotze, China y Kris. A la bella Cecilia Pérez, por crear un puente entre mis libros y mis lectoras. Así como a cada una de las personas que, desde diversos frentes, apoyan en la promoción: los blogueros. que ayudan con sus entrañables reseñas: los administradores de grupos en Facebook, la inmensa red de escritores y de amigos que ayudan a promover con sugerencias muy puntuales que son de mucha utilidad. A Roxy González, por ayudarme a administrar mi grupo de Facebook. A Románticas-Novelas con corazón, administradoras, integrantes, por la bonita labor que realizamos en conjunto.

Y el más importante: mi agradecimiento especial a los lectores, para

quienes escribo y quienes me hacen inmensamente feliz con sus mensajes privados de retroalimentación y con sus reseñas, las que ayudan a dar visibilidad a la obra y contribuyen a que la novela llegue a más personas. A todos, muchas gracias.

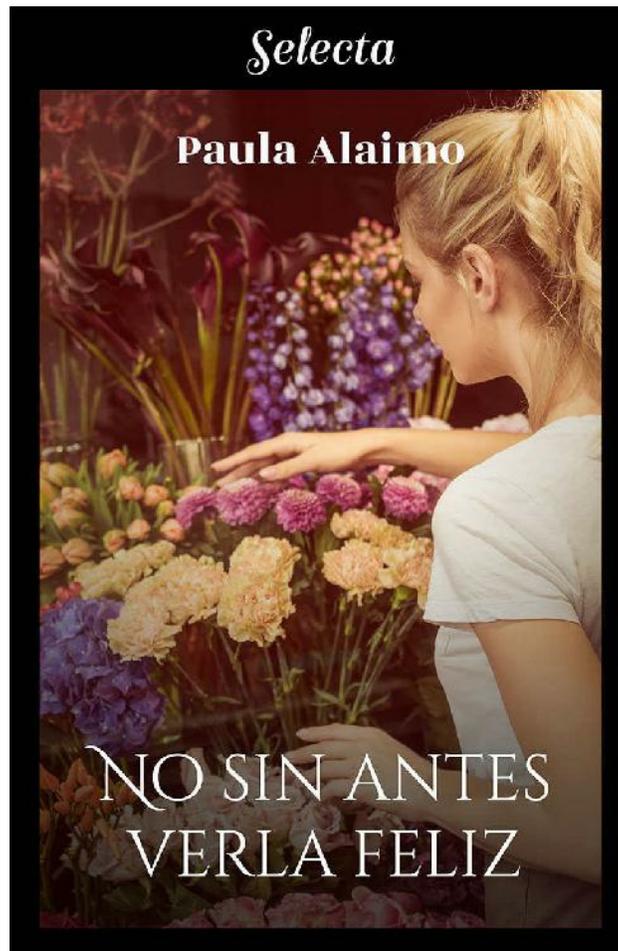
Si te ha gustado

Prometo no enamorarme

te recomendamos comenzar a leer

No sin antes verla feliz

de *Paula Alaimo*



Realmente, la lluvia estaba imposible, no lograba ver bien. La tensión en el auto era palpable y se sintió arrepentido por no haberla escuchado, se lo

había pedido de mil maneras, pero no la escuchó. Su egoísmo y desesperación por aclarar todo lo había dejado en esa situación. Fue cauto, no iba a gran velocidad, pero la buena visibilidad era casi inexistente.

Y entonces el accidente ocurrió.

—¡No!

—¡Martín!

—Ahhhh.

Silencio... golpe... giro... vuelco.

—¿¡Dónde estás!?

—¡Ayudaaaa...! ¡Por favor, ayuda!

Humo... gritos... vuelco... calor... más humo... calor... calor... fuego.

—¡Ayudaaaa... Socorrooooooooo!

Explosión... fuego... fuego... gritos... silencio...

Ahora todo está tranquilo... silencio... silencio y paz... Estamos cerca... me guía con su mano... Nunca me abandonó, pero aún no lo sigo... no puedo... no es el momento, antes tengo que saber de ella. Si algo sé con estos pocos años vividos es que debo ayudarla, debo acompañarla en su nuevo camino... Es lo que siento... porque la amo y necesito saber que será feliz.

No cruzaré. No sin antes verla feliz.

El centro comercial se encontraba en plena renovación. El grupo al que había

pertenecido se había separado por ciertas diferencias entre sus miembros, por lo que ya no querían saber nada con esa mole. La nueva dueña, Ruth, entrada en sus sesenta años, soltera y acomodada, había comenzado pronto con la reorganización colmando de nuevas ideas cada rincón y espacio. Así fue como también había decidido darle mayor importancia y prioridad a la seguridad edilicia, ya que estaba bastante descuidado ese aspecto. Su obsesión por el resguardo de la seguridad de la gente que trabajaba ahí y de los visitantes hizo que contratara una empresa privada para asesorarse y cubrir todos los aspectos necesarios, y asegurarse de que su centro comercial estuviera a la vanguardia en ese tema. Estaba estipulado para esa tarde, a la hora del cierre, comunicar a todos los propietarios de los locales las diferentes actividades que se llevarían a cabo en los próximos meses y era obligatorio asistir a dichas charlas para prepararse ante cualquier eventualidad.

Alejandra era la dueña de aquel bellissimo local en donde se exponían y vendían los más hermosos centros florales que se podía encontrar por la zona. Aromas y Colores tenía la mayor variedad de orquídeas, calas, rosas. Todo era encantador, perfumado y único. Las manos de Alejandra podían hacer magia con aquellas bellezas y las orquídeas eran cultivadas en jardines que pertenecían a su familia política o lo que quedaba de ella. El local de Barbi (el apellido de Alejandra era Barbirova y algunos la llamaban Barbi) era casi mágico y no había visitante que, por lo menos, no pasara a verlo. Pero sus amigos, los más cercanos, sabían a ciencia cierta que detrás de esa calidez y amor expresado en arte, detrás de todo ese brillo, había un gran dolor, un dolor latente, no curado, que la asfixiaba día a día y que le era casi insoportable. Todos temían que ese dolor, a veces suplantado por la desesperación, algún día hiciera explosión y se convirtiera en tragedia, pero esa vez Alejandra sería la protagonista. Cada uno la amaba y sufrían en silencio por ella, deseando que por fin algún día su alma se curara rápido y de verdad. No soportaban verla así por más que ella los quisiera convencer de que estaba bien con su amabilidad y su sonrisa, de que después de cinco años

estaba bien. No cualquiera podía superar tanto y sola. Liz, su mejor amiga y dueña del local de artículos de decoración, estaba siempre atenta a sus estados de ánimo para apoyarla, para salvarla de su tristeza, de su negación a pedir ayuda, y para que tratara de reconocer que la necesitaba.

Alejandra, ni bien se daba cuenta de que alguien se acercaba por compasión o por lástima, se cerraba, se alejaba y después era muy difícil rescatarla. No soportaba que nadie la mirara como víctima, se lo tenía prohibido. A tal punto que muchas veces desaparecía por días sin que nadie supiera dónde estaba, ni a dónde había ido. Solo una empleada ocasional se encargaba del local cuando se presentaban estos episodios y, por una razón que nadie entendía aún, hasta las flores perdían su magia. Era como si ellas tomaran vida cuando Ale estaba, sin ella todo era diferente.

En cambio, Leo, en particular, le daba ánimos de una manera que solo él y su humor ácido y desenfadado podían, y lograba hacer desaparecer cualquier dejo de lástima. Era el único amigo del sexo opuesto que ella se permitía tener, no le daba cabida a ningún hombre excepto a su excuñado. Por un motivo que ni Liz ni Ale se explicaban, Leo, de buenas a primeras, se había impuesto buscarle una pareja, aun cuando no había podido tener éxito.

Esa era una misión titánica, ya que, en definitiva y de forma inconsciente, él quería quedarse con el candidato, cosa que pasaba muy a menudo y muchas de esas veces con acierto. Eso irritaba a Liz, pero en cambio a Ale la divertía, quizás porque la idea de salir con alguien no le hacía ninguna gracia y eso dilataba una situación que en definitiva quería evitar.

Siendo realistas, al verlo a Leo, uno podía entender que era muy tentador para el sexo masculino y, aunque muchas mujeres lo intentaban, no tenían chance.. Era moreno, muy alto y atlético. Cuidaba muy bien su físico y su estética, con ojos verdes como la menta y sonrisa deslumbrante. Las mujeres suspiraban por ese bellissimo hombre que, evidentemente, nunca lograrían tener y eso a Leo lo divertía. Su local era pura estrategia, sastrería masculina, una fuente de masculinidad a su alcance y sin ningún esfuerzo para salir a la caza

de toda esa testosterona.

Al mediodía los tres se juntaban a picotear algo y charlar de cualquier cosa, los temas eran diversos, pero siempre muy divertidos porque el relato estaba a cargo del morocho. Aunque esa semana la novedad era esa bendita charla con el personal de la empresa contratada por Ruth, y ese sería el día que harían las presentaciones. Había cierta expectativa entre los empleados y dueños, era una novedad que los sacaba de sus rutinas.

Ale no estaba muy convencida de ir, pero sus amigos la mantenían a raya y no le dieron margen para decir que no. Era que el tema de accidentes, tragedias e incendios no la animaba, era más, la aterraba y ellos lo sabían.

—Ustedes toman nota, me traen los folletos y listo, prometo estudiármelo de memoria. —Lo decía tratando de convencerlos con ese tono dulce que tenía al hablar.

—Ale, ya te dijimos que queremos que vengas, no tienes nada que hacer después del cierre más que llegar a casa y mirar un capítulo de esas series que miras —le dijo Leo tranquilo tratando de convencerla—, además, después nos iremos a tomar unas copas y dejar que la noche nos sorprenda... Porfa, mi reina. —Hizo un pucherito con sus labios y Ale no pudo evitar la risa.

Liz se sentía frustrada de que Leo, de esa forma, siempre la convenciera. Nunca Liz podía convencerla con la misma rapidez que lo hacía ese delincuente hermoso y muy seguro de sí. Sin ganas de seguir dilatando la situación, Alejandra accedió y ambos sonrieron en agradecimiento.

—Además, si van a venir bomberos voluntarios, seguro que algún musculoso y ahumado bombero podría interesarte y, quién dice, conquistar ese corazón solitario. —Le guiñó un ojo.

—Leo, cállate —lo increpó Liz—, siempre con lo mismo. Deja de pensar solo en eso o se te atrofiará el cerebro, si es que tienes todavía. —Ale y Liz no pudieron contener la carcajada ante la cara horrorizada de Leo.

La tarde transcurrió sin inconvenientes, todos los locales estaban con plena actividad y el devenir de las horas pasaba con cierta dinámica para lo que era

un miércoles. Por altavoz, se anunció a los visitantes que, por reorganización interna, el *shopping* cerraría sus puertas ese día a las diecinueve horas.

Ese *shopping*, además de varias características peculiares, tenía una jornada laboral particular, casi horario de oficina, pero no era obstáculo alguno, los turistas y público en general se las arreglaban para circular por sus pasillos y apurar las compras antes del cierre.

Roberto, el encargado de la seguridad, despidió a los últimos visitantes y, a la hora acordada en punto, el centro comercial cerró sus puertas. En el patio de comidas se organizó un pequeño lunch para todos los participantes y en el centro ya se había colocado una gran pantalla para que la empresa de seguridad se presentara. Pasarían algunas imágenes, contarían las próximas actividades –incluyendo en la agenda simulacros como actividades semanales con los bomberos voluntarios–, hablarían de posibles situaciones de riesgo y responderían a cualquier pregunta. Alejandra se sentó junto a Liz y Leo, quienes ya estaban desde hacía un rato, ella llegó cuando la señora Ruth presentaba a Demian Guzmán, gerente y dueño de Prevenir. Ruth, al ver a Alejandra sentarse entre los participantes, le sonrió con agradecimiento y un dejo de ternura. Eso no pasó desapercibido para Demian, que ante la aparición de esa bella mujer dejó unos segundos más su mirada en ella de lo que él hubiese querido. Cuando Ruth terminó con su introducción, le cedió la palabra. Demian se acercó al centro del salón y, en medio de un silencio curioso por lo que iba a decir, comenzó a observarlos.

—Les doy a todos la bienvenida a estas charlas que esperemos les sean de gran utilidad, no solo para su vida y convivencia en el shopping, sino para la suya particular. En estos días mi grupo de trabajo estará conviviendo con ustedes para dejar todo en regla. Es nuestra idea garantizar a los visitantes y a ustedes la mayor seguridad, y es por ello que mi secretaria, Mónica, y este grupo maravilloso de bomberos voluntarios estarán interactuando con ustedes para poder capacitarlos. Pero antes de comenzar con la proyección de los temas que vamos a tratar y enfocarnos, me gustaría desde el vamos aclararles

algo. —Hizo una recorrida con la vista al auditorio y volvió a posar su mirada en aquella pequeña mujer—. Si ustedes creen que esto es un favor que le hacen a Ruth o a mí, están equivocados. —Volvió a quitar la mirada de ella y se dirigió a todos—. Lo que hacemos, nuestras acciones, influye y modifica al otro.

»Debemos ser conscientes y responsables por nosotros y por el que tenemos al lado o en frente. Llegar tarde a un lugar en donde se van a plantear temas tan importantes como proteger nuestra vida o la de nuestros seres queridos no es acertado, ¿verdad? —Diciendo esto miró de modo directo a Alejandra—. Ténganlo en cuenta y piensen que a partir de hoy tomarán conciencia, créanme que podrían salvar su propia vida o la de algún ser querido.

Ni bien Demian terminó esta introducción, el ambiente en el recinto cambió de forma categórica. Observó que las dos personas sentadas a los costados de la mujer lo miraron con desaprobación, mientras que Alejandra tensó su rostro y un dejo de ira y pánico lo cubrió. Sus ojos, de un tono verdoso profundo, se volvieron de un color gris huracán, gris oscuro y tormentoso. Intentó en ese momento comenzar a levantarse de su asiento, pero Liz con suavidad la tomó de la mano y la obligó a sentarse. El orador decidió volver su mirada al auditorio y comenzar con la charla. El ambiente se distendió avanzada la hora y todos acordaron que dicha reunión se repetiría todos los miércoles durante un par de meses. Ciertas charlas estarían a cargo de Demian y otras, a cargo del jefe de bomberos, Lucas Montolla, amigo y mano derecha de Demian. Además, contó al auditorio que él también pertenecía a Bomberos Voluntarios, pero que ya hacía unos años había decidido organizar su empresa relacionando todos esos temas de seguridad y como complemento de su primera pasión, la de bombero.

A eso de las nueve de la noche, todos compartían ya el *lunch* y algunos comenzaron a retirarse. Liz, Leo y Ale habían decidido irse después de comentar algunas ideas con los chicos de la librería, cuando fueron interrumpidos por Ruth acompañada por Demian y su secretaria, que a simple

vista era muy atractiva y que por cierto no dejaba de mirar de manera intensa a Alejandra. La presencia de él la hizo incomodar bastante y sin comprenderlo no entendía qué le pasaba a esa mujer, que la miraba de ese modo. «Tranquila, nena, no es mi tipo...». Se sorprendió con solo haber tenido ese pensamiento, ¿de dónde venía todo eso?

—Queridos amigos, me gustaría presentarles al señor Demian Guzmán, nuestro orador. Le gustaría agradecerles en persona que se hayan quedado e interesado en todos estos temas... Los dejo con él.

—Bueno, quedé maravillado por el interés que han puesto. Si bien son temas nuevos que recién los empresarios están tomando en serio, me alegro de que lo acepten con tanta responsabilidad. —Tenía una forma muy cordial y amena para expresarse y las mujeres allí presentes estaban más que atentas a lo que decía, o quizás solo lo observaban con admiración porque aquel hombre era de admirar—. En cuanto a usted... —Y dirigió su mirada a Alejandra, lo que la sorprendió a ella y a todos—. Lamento si mis comentarios en el comienzo de mi oratoria la incomodaron.

Alejandra quedó atónita, con los ojos abiertos ante la sorpresa. El tiempo quedó suspendido por unos segundos... eternos, quizás... mientras ellos se miraban sin decir nada, observándose, igualando intensiones. Alejandra inhaló de forma casi imperceptible y, sin ninguna emoción aparente, esbozó una sonrisa que más que una sonrisa parecía una mueca de marioneta.

—No se preocupe, no lo tomé a mal, ya que no lo sentí como un comentario personal. Ahora, si me disculpa... —Y sin más se dio media vuelta y se dirigió hacia las escaleras.

Leo y Liz la siguieron y en segundos estaban a la par. Nadie hizo un comentario hasta que Liz rompió el silencio preguntando si compartirían el taxi. Los tres vivían en el mismo edificio a unas veinte cuadras del *shopping*, por lo que acompañarse para ir y venir ya era una rutina. Eran como los tres mosqueteros, y todos para Ale. Al cerrar la puerta de su departamento, se quedó a oscuras, se dirigió al sillón y abrazándose a uno de los almohadones

se hizo un ovillo mirando hacia la nada. No sabía qué había pasado, no entendía qué era lo que sentía, pero no podía dejar de preguntarse por qué terminada la charla seguía pensando en ese hombre. Con todos los temas que habían tocado la había llevado a un lugar que dolía y que la hacía desesperar, ¿cómo haría para soportarlo ello si una y otra vez le hablaban de muertes, incendios, quemaduras, desastres... fuego y más fuego? Ese hombre la había hecho sentir que no le importaba su vida ni la de los demás, y quizás en algún punto la había descubierto. Su propia vida no le importaba ni un poco. Eso era algo que todos sabían y que nadie se atrevía a manifestarle, pero ese hombre lo había descubierto, consciente o no, y lo había dicho ante ella y ante todo un auditorio. Sintió que había desnudado su alma, su tortuosa alma, y eso la había dejado expuesta, sin protección.

Las lágrimas comenzaron a desbordar de sus ojos y después de muchos años su agonía y su desesperación volvieron a la superficie, algo que ella había logrado cerrar bajo mil llaves. Ahora la compuerta se estaba abriendo y la oleada de lágrimas y un llanto desgarrador estaban descontrolados. ¿Cómo haría para sobrellevarlo? Si bien sería saludable superarlo, su determinación se había desvanecido, no podría hacer frente a todo eso, en definitiva, jamás podría, no otra vez. Pasaron horas hasta que el cansancio la invadió y se quedó dormida, abrazada a su soledad y a su almohadón, no sin antes volver a pensar, después de tantos años, en otro nombre que no fuera el de su esposo... Demian.

Una vez que hubo terminado de saludar y de conversar con todos lo que se le acercaban, Demian se retiró del *shopping* junto con Lucas, su amigo y compañero de trabajo, a tomar unas cervezas y a comer *pizza*. «Noche de solteros». Luego de repasar algunas observaciones que entre ellos se hicieron de las consultas y dudas elevadas por Ruth, Lucas no pudo seguir con su curiosidad.

—Y bien, ¿qué sucedió con ese comentario? —Lo miró tratando de adivinar cuál sería su reacción. Demian no era de expresar sus sentimientos y eso a Lucas no le importaba, trataba en cualquier oportunidad de sacar de su amigo aquellos pensamientos que ocultaba.

—¿Cuál comentario? —Arrugó la frente.

—Demian, no me jodas. ¿Qué pasó con esa mujer a la que te quedaste mirando? Y, por cierto, no entiendo por qué la hiciste sentir tan incómoda. La verdad es que nunca antes te vi tan descortés.

—No fue para tanto, fui sincero y le di a entender que se tomara las cosas más en serio. Parecía que había que agradecerle el hecho de que estuviera ahí; para colmo, llega tarde. Una falta de respeto total, sabes lo que pienso de la impuntualidad.

—Bueno, por lo que vi, le quedó muy claro, aunque no sé si vaya a volver, me parece que se te fue la mano. —Seguía observándolo.

—Si no quiere volver, entonces sabremos que no le importa nada su seguridad ni la de nadie. Esperemos que alguien pueda hacer que entre en razón.

—Muchas molestias por una desconocida, ¿no? —Sabía que su tono lo iba a irritar... lo conocía demasiado, ahí había gato encerrado.

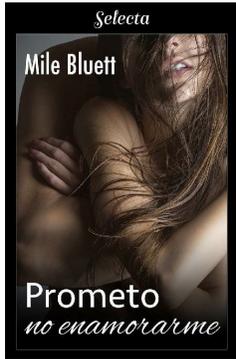
—Lucas, déjalo pasar. No le des más importancia de la que tiene. —La arruga en la frente se estaba profundizando cada vez más.

—Mmm... ya veremos.

Cerca de las once Demian dejó su saco sobre el sofá y se dirigió a la ducha. Bajo esa cortina de agua reparadora no podía dejar de pensar en esos ojos que lo miraron con furia y pánico, no entendía aquella reacción. Si bien esperaba por lo menos un poco de arrepentimiento, fue justo lo que no hubo, solo ira, furia, desconcierto... ¿horror? Terminó de cambiarse, se acostó y en penumbras comenzaron sus ojos a cerrarse no sin antes repetir el nombre que había leído en su tarjeta de identificación...

—Alejandra... ¿Qué pasa contigo, Alejandra?

«Nunca debí entregarme a esta locura con tanta intensidad».



Tras una ruptura amorosa regresa el mes de febrero. **Marcela** ya está odiando que se acerque el día de los enamorados ahora que tiene el alma hecha pedazos. Una semana antes de San Valentín, decide tomar un ride a la salida de la universidad con su mejor amiga. Lo que menos espera, es encontrarse con unos ojos irresistibles que la devorarán a través del espejo retrovisor.

El sensual conductor es **David**, tan bello que duele verlo, un periodista recién graduado que sabe utilizar sus encantos y que amenaza con hacerle confundir el cielo con el infierno, un libertino que le hará romper las reglas bajo las que ha conducido su vida, uno que le ofrecerá un acuerdo que no incluye amor, justo a ella, que le bastó conocerlo para quedar con una flecha enorme atravesada en el corazón.

Marcela pasará de vivir los días de pasión más intensos, a quedar atrapada en una relación de amigos con derechos sin precedentes, un vínculo indefinido que amenaza con romperla por dentro cuando acepta que para ella todo se resume **al deseo poderoso de encontrar el verdadero amor.**

Mile Bluett nació en La Habana y actualmente vive en México con su hermosa familia. Estudió Derecho, Psicología y un master en Psicoterapia. Escribe desde la adolescencia y el amor a la literatura ha sido una constante en su vida.

Es autora Best Seller en Amazon. Ha publicado la saga *Herederos del mundo* (2016), distopía que consta de (I) *Atrévete a sentir*, (II) *Tierras Inhóspitas* y (III) *La Búsqueda del Arcoíris*. También es autora de los romances contemporáneos, *Buscándome te encontré I* (2017) y *No te dejaré escapar II* (2018). Su mayor éxito es la novela romántica de época *Amor Sublime* (2017). Sus obras han destacado en diversos Top 100 de Amazon.

La autora refiere: «Hay dos hombres en mi vida que son capaces de hacerme temblar el alma. Uno tiene los ojos color del amanecer y el otro de un tono de azul que aún no logro definir. Uno es mi esposo y el otro mi hijo».

«Soy una mujer orgullosa de serlo. Pienso que antes de dar un paso hacia atrás hay que dar dos hacia delante. Considero que si le pusiéramos el mismo énfasis a la inteligencia emocional que a la adquisición de conocimientos, seríamos más felices y el mundo sería menos cruel».

«Amo el agua, la cama y mi laptop. El agua porque repara y nutre cada célula de mi cuerpo, la cama porque tiene múltiples usos imprescindibles para amanecer con una sonrisa y mi laptop porque es ahí donde sucede la magia».

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Mile Bluett

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-73-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 27

[1] En español: «No puedo dejar de pensar en ti». Frase tomada de la canción «The blower's daughter», de Damien Rice.

Índice

Prometo no enamorarme

Prefacio

Primer año ¿juntos?

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Segundo año ¿juntos?

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Tercer año ¿juntos?

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Mile Bluett

Créditos

Notas